JEFF MILLER

AL BORDE DE LA LOCURA



THRILLER DAGNY GRAY

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Borderline Insanity
Autor: Jeff Miller
Fecha de publicación original: Julio, 2016

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

PRAISE FOR *THE BUBBLE GUM THIEF: A DAGNY GRAY THRILLER*

"There are lots of twists and turns here, and just when the case appears to be solved, it isn't. A gripping plot and a terrific cast leave the reader hoping that this is the first of a series; these characters are too good for just one book."

—*Booklist*, starred review

"Deliciously complex and entertaining. . . . Jeff Miller will be a must-read for me."

—*Deadly Pleasures Mystery Magazine*

"Brings a few new twists to the mystery genre [and] surprises us by pulling it together in the end."

—*Cleveland Plain Dealer*

"A terrifically entertaining novel. . . . The narrative is smartly written, the dialogue realistic, the actions on the part of all involved credible. . . . An amazing ride and a fine start to this series."

—*Mysterious Reviews*

BORDERLINE INSANITY

OTHER TITLES BY JEFF MILLER

The Bubble Gum Thief: A Dagny Gray Thriller

JEFF MILLER

BORDERLINE INSANITY

A DAGNY GRAY THRILLER



This is a work of fiction. Names, characters, organizations, places, events, and incidents are either products of the author's imagination or are used fictitiously.

Text copyright © 2016 Jeff Miller
All rights reserved.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Published by Thomas & Mercer, Seattle
www.apub.com

Amazon, the Amazon logo, and Thomas & Mercer are trademarks of Amazon.com, Inc., or its affiliates.

ISBN-13: 9781503936812
ISBN-10: 1503936813

Cover design by Brian Zimmerman



Dedicated to my parents, Joel and Linda Miller, for their endless support and love



ÍNDICE

PRÓLOGO Hace treinta y cinco años . . .
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
EPÍLOGO Dos meses después . . .
AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO

Hace treinta y cinco años . . .

El sheriff Hal Dickens patrullaba las colinas que miran al Río Grande cuando vio a una mujer en pleno parto al otro lado, en territorio mexicano. Como todo un caballero, apartó la mirada . . . hasta que la oyó gritar.

Ella cruzaba el río con el recién nacido cuando la corriente la arrastró. Las aguas turbulentas y espumosas los hundieron. El sheriff bajó corriendo la ladera, se lanzó al agua y los sacó a flote. Con ellos apretados contra el pecho, los llevó hasta la orilla norteamericana.

Dickens la apoyó contra una roca. Ella pegó al bebé a su rostro. *—Tu nombre es Pedro —susurró*. Luego gimió y empezó a tener convulsiones.

—Gemelos —dijo ella. Dickens no entendió lo que quería decir hasta que un segundo bebé empezó a salirle.

Nunca había hecho algo así, pero el buen sheriff logró ayudarla a dar a luz al segundo bebé. Ella lo miró a los ojos, a ese hijo menor, y dijo: *—Tu nombre es Diego*. Le dio un beso al recién nacido y alzó la vista hacia el sheriff.

—Me llamo Hal —dijo Dickens, sonriendo.

Estaba llena de heridas, arañazos y cubierta de barro. No sabía qué camino había recorrido hasta la frontera, pero era evidente que no había sido fácil.

Llevó a María y a sus hijos al único médico del pueblo. Durante cuatro días, el doctor los tuvo bajo observación mientras su esposa los alimentaba y cuidaba. Cada día, el sheriff llevaba ropa, pañales y otras cosas necesarias, y se aseguraba de que ella estuviera recuperándose y los niños, bien.

Al quinto día, el médico dijo que ya estaba bien. Dickens le anunció que había llegado la hora de marcharse.

—¿Adónde? —dijo ella, sonriendo.

Su sonrisa se desvaneció. *—Mis hijos son estadounidenses*.

Ella rompió a llorar.

Mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, le contó que tenía una prima en Corpus Christi que podría hacerse cargo del bebé norteamericano.

Dickens llevó a María y a sus hijos en un viaje de ocho horas hasta Corpus Christi. Llegaron al atardecer. La acompañó hasta la puerta y pulsó el timbre. Abrió una mujer menuda de rasgos mexicanos.

—Soy tu prima —dijo María. Las dos mujeres intercambiaron unas frases rápidas en español, y Dickens apenas entendió nada. Ambas rompieron a llorar.

—Por supuesto —dijo la tía—. Por supuesto.

Tras veinte minutos de conversación de la que no entendía nada, Dickens dijo: *—Es el momento*. No le gustaba apresurarla, pero ya era tarde.

María bajó la cabeza.

Entregó a la tía al niño que llevaba en el brazo derecho. *—Esto es un regalo, Diego —le susurró*. En inglés, añadió:

El sheriff llevó a María y a Pedro a Brownsville y cruzó la frontera hacia México. Se detuvo en una terminal de autobuses, abrió la cartera, sacó 138 dólares en billetes sueltos y se los puso en la mano.

CAPÍTULO 1

Doce mujeres anoréxicas estaban sentadas en círculo en la Sala 4A del Centro Comunitario de Shirlington, pero solo una de ellas jugueteaba con el teléfono en el bolsillo, esperando la vibración de un mensaje que revelara la ubicación de un asesino en serie.

La Dra. Colleen Childs prohibía expresamente los móviles, pero a Dagny Gray le daba igual. Seguro que también prohibía las armas, pero la suya iba sujeta bajo la chaqueta. Los agentes especiales del FBI nunca desconectan, ni siquiera en terapia de grupo.

A una señal de la Dra. Childs, dos mujeres avanzaron al centro del círculo, se tomaron de las manos y se miraron fijamente durante segundos que parecieron minutos. Luego, a su indicación, intercambiaron cumplidos cada vez más intensos y exagerados hasta que ambas se abrazaron entre sollozos.

Otra pareja les sustituyó. Mientras intercambiaban palabras como *poderosa* y *magnífica*, sus voces apenas se oían sobre el zumbido del aire acondicionado, que mantenía la sala incómodamente fría. No tenía sentido enfriar una habitación en un día de otoño, pensó Dagny, y mucho menos una llena de mujeres delgadas y desnutridas. La Dra. Childs debería haber pedido que lo apagaran. Estaba demasiado pendiente de las emociones y poco de las necesidades reales.

—Dagny y Elizabeth.

Dagny alzó la vista hacia la Dra. Childs.

—Es tu turno —dijo la Dra. Childs.

Dagny se levantó y dio unos pasos hacia el centro del círculo. Elizabeth se plantó frente a ella. Aunque solo tenía 27 años, vestía y parecía una mujer mucho mayor: jersey de cuadros lleno de bolitas, falda larga plisada, gafas con montura negra y cristales grandes. Debajo de todo aquello, era huesuda y demacrada. Elizabeth tomó las manos de Dagny y la miró fijamente. Dagny apartó los ojos.

La Dra. Childs le hizo un gesto a Dagny para que hablara.

—Elizabeth, eres una mujer fuerte y valiente, y no hay nada que no puedas hacer.

—Un poco más alto, por favor —dijo la Dra. Childs.

Dagny alzó la voz. —Solo llevo aquí unas semanas, pero en ese tiempo te he visto crecer. —La Dra. Childs le hizo un gesto para que continuara—. Tienes el poder de hacer cualquier cosa que quieras. No debes permitir que nada tenga poder sobre ti.

—Gracias, Dagny —sonrió Elizabeth.

—Ahora, Elizabeth, dile lo que ves en Dagny —dijo la Dra. Childs.

—Eres como una brisa de mar en verano. Eres una flor delicada . . . —comenzó Elizabeth.

Dagny soltó una risotada. —Lo siento mucho —dijo—. Lo siento mucho. Pero . . . —Y a pesar de sus esfuerzos, volvió a reír. Cuanto más lo intentaba contener, más fuerte le salía la risa.

La Dra. Childs se puso en pie. —Estamos aquí para apoyarnos mutuamente . . .

—Lo siento mucho —dijo Dagny—. Lo siento mucho. Pero . . . —Recorrió con la mirada los rostros ceñudos del círculo—. Esto fue una mala idea. —Agarró la mochila y se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —gritó la Dra. Childs, pero Dagny ya había salido por la puerta. Corrió por el pasillo y entró de golpe en el baño de mujeres, apoyándose en el lavabo.

A sus treinta y cinco años, seguía librando las mismas batallas que en la adolescencia. Sacó un pañuelo del dispensador y se secó los ojos. Al mirar al espejo, solo vio tristeza. Y luego, a la Dra. Childs, de pie tras ella.

Dagny se giró. —Lo siento. —Se sonó la nariz y se limpió una última lágrima.

—Vuelve al grupo y díselo.

—No puedo hablar de mí delante de otros. No entiendo por qué alguien querría hacerlo. Parece que todo esto consiste en obligarnos a decir en voz alta cosas que ni siquiera nos atreveríamos a reconocer.

—Sí, ese es el punto. —La Dra. Childs rondaba los cuarenta; su cabello canoso iba recogido en un moño, ni demasiado tirante ni demasiado desenfadado. Tenía buena postura, buena forma física, pero sin delgadez excesiva. Llevaba un traje profesional, perfectamente ajustado a su figura. Sus gafas eran modernas, y el maquillaje, justo el necesario para que Dagny no supiera si lo llevaba o no. Hablaba con claridad, frases cortas y precisas. Nunca titubeaba ni se corregía a mitad de frase. Aquella seguridad la inquietaba.

—Me siento perdida y confundida en este momento —dijo—. No creo que sea buen momento para terapia. —Ella misma se dio cuenta del absurdo de sus palabras en cuanto las pronunció.

—¿Y tu jefe?

El Profesor le había exigido que acudiera a terapia como condición para mantener el empleo. —Hablaré con él. Me dará una tregua.

—Lo dudo. Me llama para asegurarse de que asistes. Parece algo muy importante para él. Y tú también.

Aquello la sorprendió. —¿Te llama?

—Con una regularidad que roza la intrusión.

Dagny esbozó una sonrisa. —A pesar de las lágrimas, sabes, estoy bien. He mantenido el peso durante . . .

—Tres meses.

—Han sido cuatro.

—¿Y crees que eso significa que estás bien?

—Mi última recaída fue en un momento difícil. Había perdido a alguien importante. Fue una excepción.

—Perder a gente no es ninguna excepción, Dagny. Es parte de la vida. Y si no puedes superarlo sin pasarte de la dieta, entonces tienes un problema.

—Ahora tengo un sistema.

—Las anoréxicas suelen ser muy estrictas con los sistemas.

—Hablo en serio. Ahora como. Y siempre lo haré.

—El hecho de que pienses que tu problema es comer me dice que no tienes ni idea de lo que realmente pasa.

—Es una opinión muy fuerte sobre alguien a quien apenas conoces.

—Y sin embargo —Dagny lo sabía— era completamente acertada.

—Entonces, déjame conocerte.

—Childs le puso la mano en el hombro—. Olvida la sesión de grupo. Prueba a hablar conmigo a solas.

—¿Y a ti qué más te da?

—Porque tienes un buen seguro médico.

Una risa breve escapó de sus labios.

—¿Me dejarás ayudarte?

No tenía escapatoria. Era una condición del contrato.

—Vale.

El teléfono le vibró en la pierna. Lo sacó del bolsillo y miró el mensaje de Victor.

—Tengo una cita disponible el lunes.

—No puedo —dijo Dagny—. Me marcho a Chicago.

CAPÍTULO 2

El padre Diego Vega estaba desnudo, aún chorreando de la ducha, y el agua le caía sobre la alfombra del baño.

—Estuve enfermo, y me cuidasteis. Estuve en prisión, y me visitasteis.

Agarró una toalla del gancho y se la enrolló a la cintura.

»Y los de su derecha respondieron: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, desnudo o en prisión, y no te ayudamos?"».

Tomó un bote de espuma de afeitar, se echó un poco en las manos y se enjabonó la cara. Al mirarse en el espejo sobre el lavabo, vio un pelo corto y oscuro, una mandíbula fuerte, ojos cansados. Ya no quedaba rastro del muchacho que fue. ¿Cuándo se había ido?

»Pero Él les dijo: "En verdad os digo que cuanto no hicisteis con uno de estos pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo".

Eso era lo que significaba creer.

Tras afeitarse, fue recogiendo las prendas del uniforme: calzoncillos, calcetines negros, camisa clerical, vaqueros, cinturón, alzacuello blanco, zapatos y el reloj. Antes, aquella indumentaria le daba la sensación de tener un propósito. Ahora solo le apretaba, le constreñía.

Cogió una manzana de un cuenco en la encimera de la cocina y salió corriendo hacia su coche, un Corvette descapotable rojo cereza del 69. Con la fruta entre los dientes, abrió la puerta, arrancó el motor y tomó rumbo al pueblo.

Un cartel de madera a la entrada del pueblo rezaba: **Bienvenidos a Bilford, el pueblo más Amistoso de Ohio.**

Cuarenta pies más atrás, una valla publicitaria mostraba el rostro redondo del sheriff del condado, con el pulgar levantado hacia atrás, como quien pide autoestop, bajo unas letras mayúsculas que proclamaban: **¡AHORA MÁS QUE NUNCA, VUELVE A CASA!**

Diego dio un mordisco a la manzana.

El centro de Bilford tenía el aspecto de la América de los años cincuenta.

Unas cuatro manzanas dispuestas en cuadrícula alojaban tiendas con escaparates de cristal y apartamentos en las plantas superiores. Banderas estadounidenses ondeaban de los postes telefónicos. Había una oficina de correos, una barbería y, en medio de una fuente, una estatua de un hombre a caballo, rodeada por un pequeño prado.

En el corazón del pueblo se alzaba el juzgado del condado, erguido como una montaña, proyectando su sombra sobre todo a su alrededor.

Pero no estaban en los años cincuenta.

Los escaparates estaban en su mayoría vacíos. La fuente rara vez funcionaba. La bola de la barbería no giraba.

Algunos artistas se habían instalado y abierto galerías; cada una aguantaba apenas un mes o dos antes de que otra la sustituyera.

Una compañía de teatro había ocupado el antiguo cine para representar obras de Beckett ante públicos reducidos pero entusiastas.

Unos pocos emprendedores habían abierto restaurantes aprovechando los alquileres bajos, y al menos dos habían conseguido fidelizar a cierta clientela.

Aún palpitaba algo de vida en el viejo Bilford.

Pero de todos los edificios del centro, solo el juzgado tenía movimiento constante.

Diego sostenía la manzana con una mano y manejaba el volante con la otra.

—Ovejas y cabras. Ovejas y cabras. Y encima, vivimos en el pueblo de las cabras.

¿O más bien en un pueblo fantasma?

Mucha gente vivía dentro del término municipal de Bilford; la mayoría no iba al centro salvo que les citaran.

Toda la nueva construcción se levantaba a cinco millas al oeste, junto a la interestatal que llevaba a la gente a Cincinnati, Dayton, Columbus y otros sitios más grandes y mejores.

Las escuelas estaban ahora allí. También la biblioteca, el campo de golf y un centro comercial.

El periódico local, la emisora de radio . . . todo estaba allí. Los trabajos también.

Lo llamaban Nuevo Bilford, pero seguía siendo el mismo Bilford.

Los suyos no vivían ni en el centro de Bilford ni en el Nuevo Bilford; habitaban en los márgenes, en los intersticios.

Vivían en Cleves, el pueblo vecino, y en Rhodes, más al norte.

No podían permitirse el lujo de pertenecer al club de campo, pero eran ellos quienes arreglaban su tejado.

Evitaban el juzgado como podían, pero también eran quienes cocinaban el almuerzo que el juez mandaba traer a su despacho cada día.

Dejó atrás la estatua, la fuente y el juzgado, y tomó Alpine Drive, que serpenteaba cuesta arriba, paralela a un río.

Aparcó en el terreno de gravilla frente a Barrio Burrito y miró el reloj: 9:28.

—La fe llega lentamente —dijo.

Salió del coche y lanzó los restos de la manzana al bosque junto al aparcamiento.

Pasando por alto el cartel de **Cerrado** en la puerta, entró.

Sobre el mostrador, un plato con un solo tamal. Lo cogió.

Se habían congregado en el almacén.

Los mayores, sentados; los jóvenes, de pie entre cajas apiladas.

Algunos lucían trajes del domingo; la mayoría, camisetas y vaqueros.

Los niños corrían persiguiéndose: Ángel y César, como siempre, pero también los gemelos y Jorge, que normalmente se mostraba taciturno.

Los hombres hablaban entre ellos, las mujeres entre ellas. Nadie advirtió su entrada.

Diego comió el tamal y escuchó, pero solo había un griterío, más fuerte de lo habitual.

Se abrió camino entre la multitud hasta el frente del almacén.

A su paso, el bullicio fue apagándose.

Los padres hacían callar a sus hijos y los atraían hacia sí.

Subió a una caja de madera y empezó.

—Hoy quiero hablar de la fe. Y de por qué la fe no basta.

Siempre empezaba con el sermón: la congregación rara vez tenía paciencia para otra cosa.

»En Mateo encontramos la parábola de las ovejas y las cabras. No viene a contarnos cómo llevar una granja.

No se oyó ninguna risa. Había contado con alguna.

»Es una parábola sobre la fe y las obras, sobre cómo se encuentran. Mateo cuenta que Jesús separará a la gente como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y dirá a los de su derecha —a las ovejas—: "Tuve hambre, y me disteis de comer. Tuve sed . . ."

—Padre, hay algo importante que debemos tratar.

Fue Juanita Vázquez quien lo interrumpió: una mujer menuda y dulce.

No solía interrumpir los servicios; el hecho de que lo hiciera ahora le indicó a Diego que era algo serio.

—¿Qué ocurre, Juanita?

Ella se levantó.

—Padre Vega, mi hermano ha desaparecido.

—¿De la iglesia? —Escaneó la congregación.

—No, quiero decir que ha desaparecido. No lo veo desde hace siete días.

No era nada raro. Gran parte de la población mexicana alrededor de Bilford, como en el resto de Estados Unidos, era itinerante.

—Ya aparecerá, Juanita. A veces cuesta asentarse.

—No es el único que falta.

Miranda Delgado se levantó. Era una mujer entrada en carnes, de trato agradable, que casi cada semana le llevaba a Diego unos dulces caseros. —Mi hijo mayor, Javier, también ha desaparecido. Hace siete días que no sé nada de él.

Sentía el impulso de consolarlas. —Quizás se fueron juntos, a buscar trabajo en algún sitio donde sea más fácil ganarse la vida. Pasa a veces, Miranda. Pasan unos días, te llaman y al final todo se arregla.

Juan Sánchez se puso en pie. Era un hombre grande, de voz atronadora, y uno de los pocos residentes legales que asistía a los servicios en Barrio Burrito. Propietario de un concesionario Ford, era, con diferencia, el más rico de los allí presentes. —Padre, a veces ocurren estas cosas, pero esto no es uno de esos casos. Tres de mis chavales también han desaparecido. —No se refería a sus hijos, sino a los inmigrantes ilegales que empleaba para lavar coches o cortar el césped: trabajos que les daba como ayuda, sin ánimo de lucro. Para evitar que nadie cuestionara sus intenciones, les pagaba igual que a sus empleados legales, asumiendo él mismo el coste de su bolsillo, sin deducirlo como gasto empresarial. —He oído hablar de otros cuatro que también han desaparecido. Sumarían nueve jóvenes en una semana. La mayoría tenían mucha relación con sus familias. No se habrían ido sin avisar. Si llamas a sus teléfonos, da directamente al buzón. Algo ha pasado.

Diego recorrió la congregación con la mirada. Había unas cincuenta personas en la sala, casi todas sin papeles o familiares suyos. No buscaban consuelo; querían ayuda. —¿Quién más conoce a alguien que haya desaparecido?

Varias manos se levantaron.

—Hagamos una lista.

Arrancó un trozo de papel del lateral de una caja de vasos de usar y tirar, le dio la vuelta y fue anotando los nombres según los iban diciendo: Lino Fuentes, Héctor Morales, Gabriel Díaz, Emilio Garza. Diego añadió al hijo de Miranda, al hermano de Juanita y a los chavales de Juan. En total, trece nombres. Todos jóvenes, entre dieciocho y veintitantos años. Los leyó en voz alta.

—¿Alguien aquí sabe algo de alguno de estos chicos?

Silencio.

—¿Tiene alguien alguna idea de lo que puede haberles ocurrido?

Roberto Soto se levantó. Era un mecánico sin garaje; si necesitabas que te arreglaran el coche, él iba a tu casa y te lo

solucionaba.

—Tiene que ser el sheriff Don.

Se oyeron murmullos de aprobación, tan fuertes que Diego tuvo que pedir calma.

—Por favor, por favor. Si fuera el sheriff Don, ya estaría presumiendo por la tele. No lo haría en silencio. Así que no es él.

La multitud se quedó en silencio hasta que Juanita volvió a levantarse.

—Si no es el sheriff Don, entonces es algo peor, ¿no?

Diego quiso decirle que no era peor, pero habría sido una mentira, y nunca mentía a sus feligreses.

—Déjenme preguntar por ahí a ver si averiguo algo. Mientras tanto, creo que deberíamos seguir con la misa y rezar por estos chicos.

Pero su mente ya estaba en otro sitio cuando retomó la celebración.

—Hablemos de las ovejas y las cabras.

«Vivimos en el pueblo de las cabras», pensó Diego. «Vivimos con las putas cabras».

CAPÍTULO 3

Dagny Gray aferró el siguiente peldaño oxidado de la escalera de incendios pegada a la fachada este del edificio Tandoor, un complejo de dieciséis plantas en el lado oeste de Chicago. El agente especial Brent Davis la seguía de cerca.

—Tú primero —insistió—. Así te cojo si te caes.

Dagny había visto a Davis entrevistar a gente, seducirla, incluso desarmarla, pero nunca lo había visto enfrentarse a un verdadero peligro. Aquello de *tú primero* podía ser pura caballerosidad o pura cobardía.

No importaba. A Dagny no le costaba ir delante.

Como norma, no seguía a nadie.

Ni siquiera por la fachada de un edificio, a oscuras, en el lado oeste de Chicago.

La escalera ascendía en vertical por la fachada del edificio. En cada planta, una plataforma salía a la izquierda.

Cuando Dagny alcanzó la sexta, miró hacia abajo. Error.

—No mires para abajo —dijo Brent.

—La vista era terrible —respondió Dagny—. Todo lo que veía era a ti.

Mareada y con la lección aprendida, alzó la vista y comprendió que lo que le quedaba por subir era mucho más que lo que ya había dejado atrás.

Martin Benny había asesinado a trece mujeres jóvenes en nueve universidades de cinco estados en apenas tres meses. Llevaban semanas tras él, y ahora lo tenían localizado.

El asesino en serie estaba escondido en un apartamento de dos habitaciones en la esquina del decimotercer piso. El piso pertenecía a la herencia de Harriet Swinton, la tía de una amiga de la abuela de Benny. Harriet había fallecido cuatro meses antes, pero la herencia estaba en disputa, y el apartamento seguía amueblado, aunque vacío.

El agente especial Victor Walton Jr. había seguido pistas hasta dar con él y lo había identificado como escondite de Benny. El contable forense de veinticinco años era un genio en eso, aunque quizá no sirviera para mucho más del trabajo.

Dagny lo quería como a un hermano pequeño y rezaba por que no estropeara esta misión.

La voz de un anciano sonó en su auricular.

—¿No podéis ir más rápido, vosotros dos?

—Fácil es decirlo desde la comodidad del sofá, Profesor.

—Que sepas que estoy en la ventana.

Dagny miró el edificio de enfrente y fue contando las ventanas hasta llegar al decimoséptimo piso, donde Timothy McDougal observaba el apartamento de Swinton a través de las cortinas entreabiertas.

En sus años jóvenes, sus compañeros, hartos de sus lecciones moralistas, lo llamaban burlonamente el Profesor. Para desgracia de ellos, él adoptó el mote con orgullo.

Ahora, nadie lo llamaba de otra forma.

—¿Qué ves? —preguntó Dagny.

—Las persianas están echadas, pero veo la luz intermitente de un televisor por las rendijas de la ventana del dormitorio principal —respondió.

—Parece que el alquiler de tu piso de allí está saliendo rentable.

Oyó a Davis reírse desde abajo y rezaba por que Victor no estuviera riéndose en la escalera del decimotercer piso del Tandoor.

El plan era sencillo y descabellado.

Cuando Dagny y Brent llegaran al decimotercer piso, Victor caminaría hasta la puerta de Benny y llamaría. Con su atención fija en la puerta, Dagny y Brent irrumpirían por las ventanas. Luego, Victor entraría por la puerta principal, y de algún modo los tres lograrían detener al asesino más temido del país.

Cualquiera con dos dedos de frente habría enviado a un equipo SWAT a hacer el trabajo, pero el Profesor llevaba años defendiendo que un equipo pequeño podía rendir más que uno grande, y demostrarlo valía más que tonterías como la seguridad personal.

Así que Dagny, Victor y Brent, junto con el Profesor cómodamente acomodado en su piso de enfrente, eran toda la operación.

Mientras Dagny escalaba, percibió el viento, el ruido de los coches abajo y el ulular de una sirena lejana. Vio cómo los pájaros huían de los salientes de ladrillo en la fachada cuando se acercaba a menos de dos plantas.

Observó las colillas esparcidas por las plataformas y los nudos en los cordones de las persianas venecianas baratas que cubrían algunas ventanas.

Ni por un instante pensó en lo que odiaba de sí misma, en las pérdidas que había sufrido o en lo que quería conseguir en la vida.

Y por eso sonrió al acercarse al piso de Benny.

—¿Dónde estás? —susurró Victor por el auricular.

—Décima planta —dijo Dagny—. ¿Nervioso?

—Sí.

—¿Tienes la Glock?

—Sí.

—¿El seguro desactivado?

—Muy gracioso.

—Once.

—¿Qué?

—Estoy en la planta once.

—Ah. Pensé que hacías una broma de Spinal Tap.

—Voy al doce.

—Espera un segundo —dijo Victor.

—¿Por qué?

—Necesito un momento para respirar.

—Ni se te ocurra respirar —ladró el Profesor por el auricular—. Hacedlo ya.

—Dice el hombre del edificio de enfrente —respondió Dagny, mientras subía a la plataforma del duodécimo piso y Brent se reunía con ella—. Victor, recuerda: cuando llames, no lo hagas muy quedito, que tiene que oírlo por encima del televisor. Pero tampoco muy fuerte, que ha de sonar casual, ¿eh? Nada de golpes de pánico. El toque de un vecino que quiere pedir prestado un huevo. Ni siquiera como el de un repartidor de pizza, porque Benny no ha pedido ninguna, y si suenas así, se pondrá en guardia.

—En Quantico no enseñaban a llamar a puertas, Dagny.

—Una cosa más, Victor.

—¿Sí?

—Por favor, no nos dispares —estaba más preocupada por eso que por cualquier cosa que Benny pudiera hacer—. Ahora, ve.

Dagny oyó los pasos de Victor por el auricular, subió hasta el decimotercer piso y se agachó en la plataforma bajo la ventana izquierda del salón. Brent se reunió con ella, agachado bajo la ventana de la derecha.

Los pasos se detuvieron; su respiración, no.

Estaba en la puerta.

Esperaron el golpe.

—Es la hora, Victor —dijo el Profesor.

Tres golpes rápidos, como de un vecino que necesitara pedir un huevo prestado.

Dagny abrió la mochila y sacó una palanca; Brent hizo lo mismo.

Ella asintió, y ambos irrumpieron por las ventanas.

El primer golpe quebró el cristal; un segundo despejó los restos.

Se lanzaron al interior, armas en mano.

Cuando los vidrios dejaron de caer, solo se oía el silencio y el sonido de un televisor en la habitación de al lado.

Dagny echó un vistazo.

Un sofá de terciopelo verde.

Un televisor de sobremesa.

Pantallas granates con borlas.

Acuarelas de paisajes en las paredes.

Un golpe violento sacudió la puerta. Victor intentó forzarla. Otro golpe. Dagny retrocedió hacia la puerta, los ojos fijos en el pasillo, buscando a tientas el cerrojo. Lo descorrió y abrió justo cuando Victor se lanzaba contra ella por tercera vez. Él trastabilló y cayó al suelo.

Se desplegaron en formación, cada uno cubriendo una zona. Brent registró la cocina; Victor, el comedor. Dagny abrió el armario de la entrada y apartó los abrigos. Nada. Avanzó por el pasillo y entró en el baño. Sobre el lavabo había una maquinilla de afeitar y un tubo de gel abierto; en el lavabo, un montón de pelo cortado. Detectó un goteo tras la cortina de la ducha y la corrió de un tirón. Vacía. Abrió un pequeño armario empotrado: solo toallas y medicamentos. Salió al pasillo; Brent acababa de revisar la habitación de invitados y se reunió con ella. Señaló la puerta cerrada del dormitorio principal. Del otro lado llegaba el sonido de la tele: un anuncio de patatas fritas. Victor se acercó y se colocó con ellos.

—¿Qué está pasando? —la voz del Profesor les llegó por los auriculares.

Nadie respondió. Aún no.

Brent alzó la pierna y arremetió contra la puerta, que cedió con un crujido. Dagny intentó entrar, pero él se coló delante. El televisor estaba encima de una cómoda. En una silla de la esquina colgaba una sudadera de la Universidad de Indiana. Las paredes mostraban fotos enmarcadas de nietos. Sobre la cama, perfectamente hecha, había un sobre. Brent dio una patada a la puerta del baño principal. Dagny miró bajo la cama y abrió de golpe el ropero. Victor se balanceaba inquieto, cambiando el peso de un pie al otro.

Benny ya no estaba.

Dagny sacó unos guantes de nitrilo y se los puso mientras cogía el sobre de la cama. Lo rasgó. Dentro, una nota doblada. La desplegó. En una letra grande, rezaba:

Estoy demasiado cansado, y vosotros llegáis demasiado tarde.
—Martin Benny

El anuncio acabó y en pantalla apareció el presentador del informativo.

—Volviendo a la noticia de última hora: el asesino en serie Martin Benny se entregó anoche a la policía de Chicago. Benny permanecerá en la cárcel del condado hasta que las autoridades decidan dónde será recluido y qué jurisdicción lo juzgará en primer lugar.

Las imágenes mostraban a unos seis agentes introduciendo a un Benny esposado y recién afeitado en la parte trasera de un furgón policial.

—Por todos los diablos, ¿alguien puede decirme qué está pasando? —espetó el Profesor.

—Llegamos tarde. Demasiado tarde —dijo Dagny.

Ocuparon un reservado en el fondo de un TGI Fridays. El Profesor se sentó al lado de Dagny. Era un hombre bajo y encogido, con unos

pocos pelos blancos sobre las orejas y completamente calvo en la coronilla. Solía acariciarse la barba corta, llevándola hasta la punta con gesto pensativo, pero ahora no.

Brent y Victor se sentaron al otro lado del reservado. En otras circunstancias, ver a dos hombres tan altos apretujados en el mismo lado del asiento le habría arrancado una sonrisa a Dagny. Fuera del tamaño y del trabajo, no tenían nada en común. Brent era un hombre negro y atractivo; Victor, un pelirrojo pálido. Brent, atlético y en forma; Victor, algo blando y torpe. Brent rondaba los treinta y cinco y tenía pinta de agente curtido; Victor, los veintitantos, parecía un crío. Brent trataba con testigos; Victor, con informes. A Dagny le interesaban más las habilidades de Victor, pero al Buró le gustaban más las de Brent.

Cuando llegó la camarera, Brent pidió un café, Victor, una ración de tarta de manzana, y Dagny, una hamburguesa con extra de queso. El Profesor no pidió nada. Todos tenían el gesto caído.

El Profesor había sacado partido del éxito del último caso para lograr una independencia sin precedentes dentro del Buró. Por ahora, operaban sin supervisión. Podían elegir sus casos y usar cualquier recurso necesario. El protocolo, las reglas, los estándares del Buró . . . todo eso les quedaba fuera. No aparecían en ninguna estructura del FBI. Cada detalle de la operación era un experimento: la culminación de toda la carrera del Profesor en el Buró, y la prueba definitiva de sus convicciones. Y hasta ahora, estaban suspendiendo esa prueba.

Victor rompió el silencio.

—Soy una mala persona.

Pasó un minuto antes de que Dagny hablara.

—¿Por qué?

—El tipo se entregó. Va a la cárcel. No volverá a matar. Debería estar satisfecho. Pero no lo estoy. Y la razón es que no fuimos nosotros quienes lo atrapamos.

—Es una razón tan buena como cualquier otra para estar triste —dijo ella.

—No sé —respondió Victor—. Es solo egoísmo.

El Profesor se giró hacia Victor y dio un puñetazo en la mesa.

—Tienes razón: es egoísta, y gracias a Dios por eso. Ese egoísmo que te hace querer ser tú quien atrape al criminal, esa locura que te consume si no lo consigues, eso es justo lo que hace a un buen agente. Pasamos dos meses tras este idiota, y ahora se ríe de nosotros entregándose. No estoy triste: estoy furioso. Me siento por los suelos, y no querría trabajar con nadie que no se sintiera igual.

—Hizo una pausa mientras la camarera dejaba los platos—.

Tu orgullo, tu ambición, tu vanidad . . . pueden hundirte o elevarte. Tú eliges. Yo las uso para atrapar a delincuentes.

Dagny estuvo de acuerdo. Aunque no tenía hambre, cogió la hamburguesa y le dio un mordisco.

CAPÍTULO 4

. . . . . .

El despacho de Marcia Bell estaba encima de un Quiznos. Diego llamó por el interfono y dio su nombre. La puerta zumbó, la abrió, subió las escaleras y giró el pomo de una puerta de cristal con las palabras pintadas: **Bufete de Abogados**. El mostrador de recepción estaba vacío; pasó de largo y siguió por un pasillo. Marcia compartía espacio con otros abogados en solitario; pasó frente a sus despachos hasta encontrar el suyo.

Bell tenía cuarenta y seis años y los aparentaba todos, ni uno más ni uno menos. Llevaba una blusa blanca y una falda gris oscura; la chaqueta pendía del respaldo de la silla. El café le había amarilleado los dientes. Su cabello oscuro apenas estaba sujeto por una gran pinza en lo alto de la cabeza, y mecía la silla de un lado a otro, como si siguiera el ritmo de sus pensamientos. Le hizo señas a Diego para que entrara, y él tomó asiento frente a ella.

El teléfono de su escritorio sonó. Ella cortó la llamada, pero las luces seguían parpadeando. Carpetas marrones se amontonaban en pilas desordenadas. Su título y su colegiación colgaban en la pared, que por lo demás estaba vacía. Una foto de su marido y su hija adolescente estaba en la segunda estantería desde arriba. Los demás estantes estaban llenos de documentación de congresos sobre inmigración y distintas ediciones del Código de los Estados Unidos y del Código de Regulaciones Federales.

—A ver si adivino . . .

No sabía a qué se refería, así que esperó.

—Te he visto en algún sitio.

—No creo que nos hayamos visto.

—No se me olvida una cara.

—Si nos hemos visto antes, lo siento, no lo recuerdo, señora Bell.

—Mi cara no es tan llamativa como la tuya. Por favor, llámame Marcia. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que me tranquilices.

—Eso suena grave.

—Puede ser. Gente de mi parroquia está preocupada porque familiares suyos han desaparecido.

—No es raro que los indocumentados desaparezcan.

—¿Trece personas? ¿En solo una semana? ¿Sin avisar y sin dar señales desde entonces?

Ella se echó hacia atrás en la silla. —Eso es mucho.

—¿Has oído algo? ¿Tal vez el sheriff Don?

—Detuvo a dos hace poco. Estoy representando a uno de ellos.

Diego abrió su cuaderno, sacó una hoja y se la dio. —¿Conoces a alguien de esta lista?

Ella se puso las gafas, tomó el papel y repasó los nombres. —No.

—¿Sabes si el sheriff Don los ha detenido?

Ella se rio. —Don Marigold sube sus nombres y fotos a Internet después de tomarles las huellas, antes de procesarlos. Se jacta de ello, como si fuera un logro. Reviso su web todos los días, y no he visto ninguno de estos nombres. Además, les deja hacer llamadas. La noticia corre . . . y a él le gusta. Así mantiene a todo el mundo con miedo.

Diego suspiró. —Esperaba que supieras algo, pero no es el caso. ¿A quién más podría hablar? Sé que Marty Feldstein se ocupa de asuntos de inmigración.

—¿Estás buscando hacer lo justo, volver y decir que lo intentaste? ¿O de verdad quieres encontrar a esta gente?

Diego no estaba acostumbrado a que cuestionaran la buena fe de un cura. Le pareció refrescante. —Por supuesto que quiero encontrarlos.

Ella se inclinó hacia delante, con la cabeza ladeada. —Deberías pensártelo bien, porque una vez que entres en esto, va a ser muy oscuro.

—Quiero encontrar a esta gente, Marcia.

—Bueno, si vas en serio con esto, deberías hablar con Ty Harborman.

—¿Quién es Ty Harborman?

Ella movió la cabeza, incrédula. —¿Cuánto tiempo llevas por aquí, predicando en el puesto de tacos?

—Dos años.

—¿Dos años y sigues siendo un turista?

No supo qué decir, pero se alegró de que no esperara una respuesta.

—Ty Harborman tiene una agencia de empleo para inmigrantes indocumentados. Nada legal, ya me entiendes. Pero les ayuda a asentarse y les consigue trabajos. Se gana la vida con comisiones y porcentajes. Podría conocer a alguien de tu lista.

—¿Cómo puedo encontrarlo?

—Necesitas que te presente alguien. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Sí, lo estoy. No entendía por qué insistía tanto.

—Entonces te pondré en contacto. —Marcia empezó a devolvérsela, pero cambió de idea—. Déjame añadir otros dos. —Cogió el bolígrafo—. Rico Chávez —dijo, garabateando—. Vivía en Cleves. Tenía que reunirse conmigo hace dos días para una audiencia de deportación, pero no apareció. No contesta al teléfono. Te lo apunto, por si acaso.

—De acuerdo.

—Y David Fisher.

—¿David Fisher? —dijo Diego.

—Lo sé, no pega con los demás.

—¿Es mexicano?

—Sobre todo estadounidense.

—No entiendo.

—Aún no entenderás cuando te lo cuente.

—A ver.

—David era un buen chico, no demasiado listo, pero se graduó en Bilford High. Trabajó en varios restaurantes, aunque nunca estuvo mucho tiempo en ninguno. Fumaba marihuana y empezó a vendérsela a estudiantes universitarios. Lo detuvieron, aceptó treinta

días de cárcel y dos años de libertad condicional. Y el mismo día de su puesta en libertad, un agente de ICE apareció en la audiencia y le comunicó que no era ciudadano estadounidense y que iba a ser deportado a Filipinas.

ICE, la Agencia de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos. —¿No era estadounidense?

—Oh, era tan estadounidense como cualquiera. Pero, técnicamente, no era ciudadano. Su madre era filipina. A los catorce años, sus padres la mandaron a vivir con su abuela en Manila. La abuela la explotaba, poniéndola al servicio de soldados estadounidenses. Uno de ellos la embarazó.

—¿Ese era el padre de David?

—No el que lo crió. ICE tenía documentos que demostraban que Harold Fisher no llegó a Filipinas hasta tres meses después del nacimiento de David. Algún otro soldado tenía que ser su padre biológico. Aun así, el señor Fisher creía que el niño era suyo, que había nacido antes de tiempo. Llevó a la madre y al bebé de vuelta a Estados Unidos unas semanas después de su nacimiento. Se casaron, y cuando ella murió, él crió a David como padre soltero.

—Pero si su padre era otro soldado, entonces es ciudadano estadounidense, ¿verdad?

—No podemos demostrar quién es el padre. Y aunque pudiéramos, un hijo nacido en el extranjero de un ciudadano estadounidense no casado no adquiere la ciudadanía automáticamente.

—¿De verdad lo mandarían al otro extremo del mundo, a un sitio donde no conoce a nadie?

—Lo harían si lograran dar con él. Ha desaparecido.

—Si se está escondiendo, no lo culpo. Pero si doy con él, le digo dónde está.

—No quiero saber dónde está. Solo dígame que está bien. —Le devolvió la lista a Diego—. Ahora, Harborman. —Cogió el teléfono y marcó. Diego escuchó mientras ella explicaba la situación y respondía de él. Dos veces aclaró que era sacerdote. Hubo un intercambio que no entendió, una risa cómplice, y colgó.

—Hablará con usted, pero bajo condiciones muy concretas. Se las explicó a Diego: le obligaba a hacer un viaje que no tenía ganas de hacer.

Era un hermoso día de otoño, así que Diego bajó la capota de su Corvette. El coche le había granjeado comentarios, y se sentía incómodo al conducirlo, aunque lo había rescatado de un desguace y lo había restaurado durante varios años. Quedaba algo por hacer, pero siempre pasaba lo mismo con un coche así. Ahora valía algo. Quizás debía desprenderse de él ahora que lo había devuelto a la vida. O quizás un hombre que había renunciado al sexo tenía derecho a un buen coche.

Dayton estaba a una hora en coche de Bilford, y durante ese trayecto no dejó de pensar en lo que Marcia Bell le había dicho: «Dos años y todavía un turista». Apenas lo conocía, y ya lo había calado. Cuando pidió permiso a la iglesia para trasladarse a Bilford, había prometido grandes cosas: crear un programa de inglés, un centro extraescolar, una clínica legal. No había cumplido ninguna, aunque tampoco la iglesia se lo reclamaba.

Y también estaba aquello que Bell le había dicho: «Una vez que entres en esta cueva, todo será oscuridad». No tenía la sensación de estar entrando en una cueva oscura, al menos no hasta que entró en el aparcamiento trasero de la parroquia de San Pablo.

En su momento, había sido el rey de la parroquia, recibido por todos con sonrisas, apretones de manos, palmadas en la espalda y otras muestras de afecto. Ahora se sentía como un intruso. Su marcha había sido bendecida por el arzobispo, pero mal vista por todos los demás. Les había dado las mejores explicaciones, pero el impulso caritativo, bien en teoría, no siempre funcionaba en la práctica.

Cuando entró en el aparcamiento, notó que la placa que señalaba su plaza había desaparecido. Era lógico: sus visitas eran tan infrecuentes que ya no la merecían. Aun así, le dolió. Aparcó y entró en la iglesia por la puerta de atrás. Atravesó el pasillo a toda

prisa, esperando no ser visto. Pero el padre John Barton lo vio pasar. —Diego, qué alegría verte.

Diego retrocedió y se detuvo en el umbral. —John, es un placer verte. Esperó que lo invitaran a pasar, pero no lo hicieron.

—Hacía tiempo.

—Demasiado, lo sé.

Como Diego, John estaba en sus treinta, pero aparentaba más. Le faltaba pelo, la cintura le había crecido, las arrugas de la frente se habían marcado. Tenía mal aspecto.

—¿Cómo va tu congregación? —preguntó Barton—. ¿Ha crecido?

No había crecido como esperaba. —Se mantiene estable.

Barton sonrió, y Diego intentó no darle importancia. —¿Todavía se reúnen en el camión de tacos?

—En la parte de atrás del restaurante. Sí.

—Comunión con tortillas y sangría, imagino.

Diego esbozó una sonrisa. —Tengo suerte de estar con ellos, John. Me llenan el alma.

—Sí —dijo John—. Aunque para algunos de nosotros, el Señor ya nos llena.

—Esta gente es un regalo del Señor.

—Toda persona lo es, Diego.

«Sí —pensó Diego—, pero algunos son un regalo mejor que otros.» —Ha sido un placer hablar contigo, pero debo irme. Tengo otro compromiso. Y salió antes de que John pudiera responder.

Diego atravesó varias puertas, cruzó la catedral y se dirigió al confesionario central. Al entrar, respiró aliviado. Se le pasó por la cabeza quedarse allí hasta que todos se hubieran ido y salir solo entonces hacia su coche.

Un hombre entró en el otro compartimento. —¿Usted es el padre Vega?

—Lo soy.

—Marcia me dijo que era de fiar. Soy Ty Harborman.

Era un hombre grande. Eso era lo único que Diego podía distinguir de su sombra. —Me alegra conocerte, Ty.

—No soy católico, así que no tengo ni idea de cómo va esto.

—¿A la confesión, dices?

—Sí. Si te cuento algo, tiene que quedar entre nosotros. ¿Lo tiene, verdad?

—Sí, lo es.

—¿Aunque no sea de la religión?

—Sigue quedando entre nosotros. Lo que digas aquí no sale.

—Entonces, si te llaman a juicio, ¿no podrían preguntarte por lo que digo aquí?

—Exacto.

—Solo he venido por Marcia, ¿eh? Es una gran persona.

—Lo es, sí.

—Vale, ¿qué ocurre? ¿Qué estás buscando?

—Trece hombres han desaparecido en un par de semanas. Catorce, en realidad. Quizás quince —recordó los nombres que Marcia le había dado—. Las familias están al borde del ataque.

—¿Quiénes son?

—Tengo una lista. —Diego se la pasó por la ranura que los separaba.

Harborman tardó unos segundos en revisarla. —Jesucristo. Sí, conozco a algunos de estos. ¿Han desaparecido?

—Sí. ¿A cuántos de ellos conoces?

Harborman los contó: seis.

—¿Puedes marcarlos? —Diego le pasó un bolígrafo. Harborman marcó los nombres y devolvió el papel y el bolígrafo—. ¿Cómo los conoces?

—¿Sabes en qué trabajo?

—No, la verdad.

—La gente llega de mil formas, ¿no? A veces se quedan más de la cuenta con la visa; a veces cruzan la frontera. Otras, alguien los mete de tapadillo.

—¿Un coyote?

—Yo les digo reclutadores, y tengo trato con algunos. Les digo qué clase de gente necesito, y ellos me traen a alguien que encaje.

—¿Les pides que te traigan gente?

—No. Esto no es esclavitud. Yo soy una agencia de empleo. La gente viene buscando trabajo, pero no siempre sabe dónde hay

ofertas. Si yo tengo algo, les interesa saberlo, así van donde hay curro. Hay gente como yo en todo el país.

—Entonces, ¿los empleadores te dicen lo que necesitan y tú se lo pasas a los coyotes?

—O a veces las familias quieren traer a sus parientes. Me dan dinero para el reclutador, y yo se lo entrego para que pague el transporte.

—Entonces eres un intermediario.

—No solo eso. Muchos trabajos son temporales. Cuando a uno se le acaba el curro, yo ya le busco el siguiente. Vigilo a la policía. Ayudo a la gente a integrarse: encontrar abogado, médico, familia. También les echo una mano con los colegios.

—Tú haces cosas que yo quería hacer.

—Lo hago mejor de lo que tú lo harías en tu vida.

—¿Y cómo te pagan?

—Un diez por ciento de sus ganancias, durante un año. Más alguna comisión si consigo el trabajo. Justo, con lo que ofrezco.

—¿Cuánta gente tienes a tu cargo?

—Seiscientos cincuenta, cuando iba bien.

—¿Seiscientos cincuenta?

—Sí.

—¿En Ohio?

—Suroeste de Ohio, desde el norte de Kentucky hasta Columbus. Dayton, Wilmington, Middletown, Bilford, hasta Portsmouth.

—¿Y tú mandas en la zona?

—¿Como la mafia? No, nada que ver. Es la zona que puedo cubrir sin desbordarme. Otros pueden entrar, competir. Hay unos cuantos que también colocan gente por aquí. Pero es difícil abrirse hueco. Los empleadores quieren trabajar con alguien de confianza.

—Dijiste que seis de estos trabajaron para ti. ¿Por qué ya no?

—No pude colocarlos. Las empresas no contratan. Todo está demasiado revuelto, por culpa del sheriff Don.

—Pero el sheriff Don solo gobierna un condado.

—Pero tiene a todos alterados. Los federales han subido la presión porque él les hizo quedar mal. Ahora los políticos de otros

condados tienen que justificar por qué no son tan duros como Bilford. Son tiempos de miedo.

—¿Entonces les diste la baja?

—Les dije que de momento no tenía curro para ellos, que probaran con el trabajo diario. Ir al Home Depot, a ver si alguien los lleva.

—¿Has hablado con alguno de los que marcaste?

—No, desde hace meses. Ni idea de dónde andan ahora.

—¿Se habrán vuelto a casa?

Harborman pidió otra vez la lista. —Lino, quizás. No, espera, tenía familia aquí. Todos los que marqué tenían familia. Gabriel no se iría sin despedirse. Emilio ni loco: su madre está enferma. Manuel, ni pensarlo. Héctor, tal vez. No sé. La verdad, todos tenían familia aquí. No me los imagino largándose sin avisar.

—¿Podría ser que los federales se los hubieran llevado?

—Me habrían avisado. Tengo a alguien en ICE que me pasa información.

—¿Por qué lo hace? —¿Por comisión?

—Tenemos un trato. Si los hubieran detenido, yo ya lo sabría.

—¿El sheriff Don?

—No sé nada al respecto, pero uno esperaría que diera una rueda de prensa si hubiera detenido a trece indocumentados más, ¿no crees?

—Seguro que sí.

Harborman soltó un suspiro hondo. —Hablando contigo, casi preferiría que el sheriff Don los tuviera.

—¿Por qué?

—Porque si no los tiene . . . están muertos.

El condado de Bilford tenía once ciudades: Zakes, Harrison, Cleves, Madison, Hanes, Rhodes, Silverton, Chester, Adams, Tylerville y, la mayor de todas, Bilford. La policía de Bilford tenía jurisdicción sobre la ciudad por ley, y también cubría a Zakes, Harrison y Rhodes mediante acuerdos intermunicipales. La Oficina del Sheriff del Condado de Bilford patrullaba las zonas no contiguas ni incorporadas

del condado, así como los pueblos que no tenían policía municipal, salvo Cleves, que contaba con una pequeña fuerza propia. Esto significaba que el sheriff Don Marigold tenía jurisdicción sobre más de la mitad del condado de Bilford, y con frecuencia intentaba extender su control al resto. Con dinero del condado, había colocado vallas publicitarias justo dentro de los límites de la ciudad de Bilford para que nadie olvidara que estaba en su territorio. Diego pasó junto a otra de esas vallas camino de la Oficina del Sheriff del Condado de Bilford. En ella ponía **Nosotros Estuvimos Aquí Primero.**

Las palabras de Marcia Bell habían empujado a Diego a dar un paso más; las de Harborman le habían dejado claro el precio de fallar. En vez de andar preguntando si el sheriff Don había detenido a los desaparecidos, Diego iba a ir directamente a preguntárselo a él.

Para llegar al sheriff, Diego tuvo que pasar junto a las tiendas de campaña. Había al menos un centenar, tras una valla electrificada de cinco metros y medio de altura. A menos que helara, allí trabajaban, comían y dormían los presos. Diego aminoró y vio a un grupo de hombres cavando uno de los infames hoyos del sheriff. Cada día, los presos abrían un hoyo grande, lo rellenaban y volvían a cavarlo.

Los hoyos eran infames, pero los sujetadores rosas eran realmente famosos. Todos los presos los llevaban puestos sobre la camisa. Si se negaban, los encerraban en aislamiento.

Un coche le pitó detrás —uno de los ayudantes del sheriff. Diego pisó el acelerador y avanzó hasta una plaza de aparcamiento.

Lo primero que vio al entrar fue la tienda de regalos. Varias estanterías estaban llenas de copias de las memorias autopublicadas del sheriff Don, *Sin Contemplaciones*. Otras estanterías rebosaban de adhesivos para parachoques con sus lemas: Regresa A Tu Casa. Nosotros Estuvimos Aquí Primero. No Nos Quiten Nuestros Trabajos. El Castigo Está En Las Tiendas. Esta Tierra Es Nuestra Tierra. Dios N

Diego pasó junto a la tienda de regalos y se acercó al mostrador de información. —Me gustaría hablar con el sheriff Don.

La mujer tras el mostrador levantó la vista de una novela Harlequin. Llevaba el pelo corto teñido de negro, pero las canas

asomaban en las raíces. Se quitó las gafas y las dejó colgando de una cadena. —¿Tiene cita?

—No la tengo.

—Entonces, ¿por qué iba a reunirse con usted?

—Soy sacerdote, y he oído que él es un hombre religioso.

—No católico.

—Aun así.

—A ver. Dejó el libro abierto sobre el escritorio y se fue por un pasillo, doblando la esquina. Diego esperó. Pasaron los minutos. Entró en la tienda de regalos. Una adolescente atendía el mostrador.

—¿Esto se vende bien? —preguntó.

—Claro —dijo ella—. Pero sobre todo por internet.

—¿Y quién lo compra?

La chica miró de reojo el mostrador vacío, como si comprobara que no había peligro. —Vendemos mucho a gente de Arizona, Alabama . . . y Texas.

Diego asintió. —¿Y tú? ¿Te gusta trabajar aquí?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Mi padre me obliga.

—¿Tu padre? ¿Es que . . .?

—Sí —asintió en dirección al mostrador vacío—. Y ella es mi madre.

—Así que esto es un negocio familiar de verdad, ¿no?

Encogió los hombros.

Cuando la señora Marigold regresó, sonreía. Un oficial la acompañaba, también sonriente. La placa sobre su bolsillo ponía Ayudante Harris. —Lo acompaño a verlo —dijo.

Diego siguió a Harris por el pasillo y doblaron la esquina. —Espere aquí —dijo el deputy, haciendo un gesto para que entrara en una sala de interrogatorios. La habitación estaba vacía, salvo por una mesa pequeña con dos sillas de un lado y una sola del otro. Diego ocupó la silla aislada. Harris salió y lo dejó solo.

Llevaba quince minutos esperando. Parecía que le estaban dando largas. Pasaron otros diez. Diego se levantó y empezó a andar arriba y abajo. Si no iban a recibirlo, podían al menos avisarle. Cinco

minutos más, y decidió irse. Al agarrar el pomo de la puerta, este no cedió. Estaba encerrado.

Diego golpeó la puerta con fuerza. —¡Déjenme salir de aquí! — Tras unos minutos de eso, Harris desbloqueó y abrió la puerta.

—Lo siento, esta puerta se cierra automáticamente. Normalmente hay alguien detenido dentro.

—Yo no soy ningún sospechoso —dijo Diego.

—Por supuesto que no —respondió Harris. Traía una caja que dejó sobre la mesa—. El sheriff está listo para verlo, pero antes tengo que registrarle. Necesito sacarle una copia de la licencia de conducir.

—¿Para qué?

—Llevamos registro de todos los visitantes.

—Seguro que sí —dijo Diego. Sacó la cartera del bolsillo y se la entregó a Harris.

—Ya vuelvo —dijo Harris, y se la llevó.

Diego se sentó y miró la caja sobre la mesa. ¿Qué habría dentro? Empezó a levantar la tapa, pero Harris abrió la puerta. Diego soltó la tapa.

—Aquí tiene su licencia —dijo Harris—. Ahora necesito tomarle las huellas.

—¿Qué?

—Las huellas dactilares. Harris abrió la caja y sacó un tampón de tinta y una tarjeta. La tarjeta tenía casillas marcadas con *R. Thumb*, *R. Index* y otras por el estilo.

—Esto es absurdo. No tienen derecho a obligarme a darles mis huellas.

—No lo estamos obligando. Si quiere hablar con el sheriff, dénoslas. Si no, puede salir por esa puerta e irse.

—¿Es por mi nombre? ¿O por mi piel?

—Procedimiento estándar.

—No me lo creo ni por un momento.

—Pues salga por esa puerta —dijo Harris.

Diego evaluó la situación. Someterse sería degradante. Irse sería cobarde. —De acuerdo.

Se arremangó y dio las huellas. Harris sonrió. —Ahora sí puede verlo.

La oficina del sheriff era amplia y espaciosa. Las paredes de madera estaban adornadas con cabezas de ciervo y fotografías. Una lo retrataba con el gobernador, otra con un senador, y otra con Donald Trump, luciendo una gorra de la campaña *Make America Great Again*. Sobre el escritorio, un cartel rezaba **The Buck Stops Here**. El sheriff estaba sentado tras él.

—¿Gran fan de Truman? —dijo Diego.

—Me gusta lanzar grandes bombas —dijo el sheriff, y se echó a reír. Era un hombre fornido, con papada pronunciada. Casi sin pelo, lo que le quedaba estaba rapado al cero. Llevaba un bigote tupido y castaño. Iba uniformado: camisa marrón claro con parches y emblemas, y corbata marrón oscuro—. Padre Rodríguez, he oído hablar mucho de usted. Es un placer por fin conocerlo.

—Es Vega. Padre Vega —dijo Diego, intuyendo que lo había hecho a propósito—. Vengo a verle por un asunto urgente.

—Adelante, le escucho —dijo el sheriff, echándose hacia atrás en la silla y poniéndose las manos detrás de la nuca.

—Una docena de inmigrantes han desaparecido en la última semana. He venido a ver si los había detenido.

El sheriff se inclinó hacia adelante, abrió el cajón del escritorio y cogió un bolígrafo. —Esto suena a asunto serio. Deme sus nombres.

—No puedo hacer eso.

El sheriff soltó el bolígrafo. —Entonces no puedo ayudarle.

—Ninguna de las personas de las que hablo ha aparecido en su página web. Me consta que a todos los que detiene los fotografían y los cuelgan en la web, ¿verdad?

El sheriff no dijo nada.

—¿Es así? Si detuviera a alguien, ¿saldría en la web?

—Así es.

—¿Y no ha detenido a nadie que no haya aparecido en la lista?

—También es correcto.

—¿Y no ha entregado a nadie a ICE sin que aparezca en la lista?

—Sr. Vega, si detenemos a alguien, lo publicamos. Soy el sheriff más transparente del país.

Diego reflexionó un instante. —¿Ha encontrado algún cadáver?

—¿Muertos?

—Sí. ¿Ha encontrado algún cadáver en la última semana?

—No.

—¿Sabe dónde podrían estar una docena de hombres desaparecidos?

—Si fueran de México, solo esperaría que se hubieran dado cuenta de la inmoralidad de estar ocupando nuestro país y hubieran vuelto a casa.

Diego suspiró. —No he venido aquí a ver un espectáculo, sheriff. He venido a hacer mis preguntas.

—Tengo una pregunta para usted, Sr. Vega. ¿Dónde nació?

—Nací en América, como usted.

La puerta de la oficina se estrelló contra la pared, y un agente de policía de Bilford entró hecho una furia. Era joven —unos veintitantos, tal vez—. —¡Maldita sea, sheriff! ¡No pienso permitir que sus hombres sigan entrometiéndose en nuestras investigaciones! ¡Al próximo que lo haga, lo encierro! —Se arrancó el sombrero y lo lanzó al suelo.

El sheriff Don sonrió. —¿Qué mosca te ha picado esta vez?

—Pasé seis meses ganándome a un confidente, preparándolo, haciendo que se sintiera seguro. Por fin lo grabábamos en una reunión clave. Llevaba media hora dentro y ya empezábamos a sacar algo en claro, cuando doce hombres armados con rifles de asalto derribaron la puerta, lanzaron granadas aturdidoras y se llevaron a mi hombre.

El sheriff se encogió de hombros. —Los indocumentados no tienen cabida en mi condado, oficial.

—No es ningún maldito indocumentado. Está en regla, tiene visado.

—Si sus papeles están en regla, lo soltaremos.

—¡Por Dios! —El oficial se giró y vio a Diego. Mostró una expresión de vergüenza—. Disculpe, padre. Es que estoy hecho una furia.

—Está bien —dijo Diego.

El oficial se volvió hacia el sheriff. —Estoy en medio de un caso serio. Agresión sexual, trata de personas . . . y su maldita cruzada contra la inmigración lo ha echado todo a perder.

—Mi maldita cruzada contra la inmigración, como usted la llama, es un asunto de ley federal y está autorizada por ICE.

—La próxima vez, le meto el puño por el culo. —El oficial salió hecho una furia de la habitación y azotó la puerta al salir.

El sheriff Don soltó una carcajada. —Vaya tipo. Hasta sabe hacer amenazas divertidas.

—¿Quién era ese? —preguntó Diego.

—El oficial John Beamer. Casi da ternura, ¿verdad? Cómo se atreve a hablarme así, pensando que no va a haber consecuencias.

«No adorable —pensó Diego—. Admirable.»

CAPÍTULO 5

Solían juntarse en el aparcamiento de Lowe's. Antes del amanecer, contratistas, cargadores y jardineros pasaban y se los llevaban por docenas. Los que no eran contratados cargaban suministros en coches y camiones por unas propinas. A veces, se iban a casa con los clientes para ayudarles con las instalaciones.

Cuando el sheriff Don fue elegido, se fueron al solar tras la tienda, y después del registro, a un punto a una milla de allí, bajo la sombra de un gran sicomoro, junto a un camino de grava que parecía no llevar a ninguna parte. Hoy había once, cada uno inquieto, moviendo los pies con las botas, las manos en los bolsillos de los vaqueros. Cada veinte minutos más o menos, un coche o camión tomaba el camino. Entrecerraban los ojos, tratando de adivinar si era una oportunidad o una amenaza. La mayoría no era ni una cosa ni la otra. Pero cuando una furgoneta del condado de Bilford entró por el camino, se tiraron a la cuneta y esperaron a que pasara.

Carlos Nuevas miró su iPhone. Su hermano andaba buscando trabajo y le había prometido avisarle si surgía algo.

—Nada todavía —dijo al grupo. Llevaban seis días sin nada. No era buena señal para un recién casado que esperaba un hijo. Sacó el cigarro de la boca, lo tiró al suelo y lo aplastó con el talón.

Carlos conocía a seis de los hombres de trabajos anteriores. Los otros cuatro eran nuevos, tanto en el grupo como en el país, atraídos por la promesa de un trabajo que ya no existía. Todos eran más jóvenes que él, así que hacía de líder por ese día. Tenía veintiséis.

Una camioneta tomó el camino. Carlos subió corriendo desde el terraplén y se hizo sombra con la mano. El camión pasó de largo. Se

volvió hacia los otros y movió la cabeza, luego miró el móvil otra vez.

Los otros subieron a su lado. Uno de los nuevos preguntó en español:

—¿Así es siempre? ¿Todos los días?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué nos quedamos?

Carlos se hacía esa pregunta a menudo. Más o menos la mitad de la población mexicana se había ido del condado de Bilford desde que el sheriff Don fue elegido.

—Si todos nos vamos, gana él —dijo Carlos.

El chico señaló el camino de grava, desierto.

—¿No está ganando ya?

No se equivocaba, pensó Carlos. Pero si el presidente les diera amnistía a todos, todo cambiaría. Quizá estaban locos por creer que eso pasaría.

Otra camioneta tomó el camino. Frenó al acercarse y se detuvo frente a él. Un hombre alto y delgado bajó de un salto y rodeó la parte delantera del camión. Sacó una cajita del bolsillo de su camisa de franela, sacó un cigarro y se lo llevó a la boca. Carlos metió la mano en el bolsillo y sacó un encendedor. El hombre asintió, y Carlos le dio fuego.

—Tú hablas por el grupo —dijo el hombre delgado.

Carlos asintió.

—¿Hablas inglés?

—Sí.

—Tengo un encargo importante. Pago quince dólares la hora, pero es duro. Habrá que levantar, limpiar, escalar. Va a apestar. Y necesito a todos.

Era buen dinero.

—Podemos hacerlo. ¿Cuánto dura?

—Una semana, tal vez. No quiero que pase de eso. —El hombre se sacó la gorra de la Universidad de Kentucky y se secó la frente—. ¿No les da miedo la altura? No puedo contar con ustedes si no es así.

Carlos miró alrededor. Los hombres asintieron. A él las alturas le daban pavor, pero más le aterraba quedarse sin trabajar una semana.

—No hay problema.

El hombre sonrió. Tenía los dientes torcidos.

—Muy bien, entonces. —Señaló con el pulgar la camioneta—. Subid atrás.

Carlos y los hombres saltaron a la caja del camión. El brusco giro al incorporarse a la carretera los tiró unos encima de otros. Miró por la ventanilla de la cabina, sonrió a Carlos y se encogió de hombros.

Era, pensó Carlos, un día perfecto. Setenta grados, cielo azul, sol brillante; la hierba aún verde y exuberante, las hojas todavía colgando de los árboles. Y el aire estaba tan limpio como podía estar. Era un buen día para trabajar. Un buen día para cualquier cosa.

Dejaron atrás la panadería de Federman y su olor a pan de masa madre. Pasaron por la planta de motores Dieter, abandonada, y un lote de coches de segunda mano desierto. El Max's Bar and Grille, con su cartel de **Sólo Inglís** en la ventana. El Taller de Lefty. El hombre los llevó muy lejos, por carreteras de dos carriles, luego por caminos secundarios y después de grava. Carlos no conocía esos caminos. El hombre torció con el camión hacia un camino de tierra que atravesaba un bosque, y el suelo irregular los zarandeó.

Uno de ellos se volvió hacia Carlos:

—¿Adónde vamos?

—A trabajar, supongo —se encogió de hombros.

El camión salió del bosque y entró en un campo yermo, hacia una casa de ladrillo blanco, un granero rojo y un silo alto.

—El silo —dijo Carlos.

—¿Qué? —preguntó otro.

—Dijo que no podíamos tener miedo a las alturas.

El hombre aparcó la camioneta junto al silo y bajó de un salto con una bolsa de lona en la mano. Uno a uno, los hombres bajaron de la caja.

Carlos examinó el silo. Sesenta pies de altura, al menos. Una escalera de metal ascendía por el lateral. En la parte superior había una cúpula, con una puerta que daba a ella. Las paredes eran de bloques de hormigón.

—Este silo es un monstruo —dijo el hombre—. Ni cien tornados lo tumbarían. Paredes de dos pies de grosor, reforzadas con acero. Quince pies de diámetro. Ya no se fabrican así, pero está hecho un desastre. Lleva diez años sin usarse. Agua, basura y sabe Dios qué más en el fondo. Apesta de miedo. Quiero que quede limpio. Sacar la basura en cubas. Fregarlo a conciencia. Poner sellador en el suelo y las paredes. Instalar iluminación dentro. No es una granja activa, pero lo será, y necesito tener este silo listo. —Abrió la bolsa de lona y la agitó delante de ellos—. Si tenéis móvil, dejádmelo aquí. No os pago para que hagáis llamadas. Podéis revisarlo en el almuerzo y recuperarlo al final del día.

Algunos sacaron el móvil; otros miraron a Carlos primero. Nunca le habían pedido que entregara el teléfono en un trabajo. El hombre lo miró fijamente.

—Si no podéis pasar sin Facebook ni un día, este trabajo no es para vosotros.

Carlos guardó su iPhone en la bolsa. Los demás le imitaron. El hombre delgado metió la bolsa en la parte trasera de su pickup y se dirigió a la escalera. Agarró el primer peldaño y dijo—Seguidme arriba.

—¿La única entrada es por arriba? —preguntó Carlos. No lo entendía. ¿Cómo sacaban el grano?

—Si hay una a ras de suelo, está tapiada con bloques de hormigón. Cuando la limpiemos, averiguaremos dónde estaba la

puerta y haremos una brecha como sea. —Miró a Carlos, que dudaba—. Vamos, chicos.

Empezaron a subir. Cada peldaño parecía avivar el viento. Cien tornados no derribarían el silo, pero una brisa otoñal podría lanzar a un mexicano lejos, pensó Carlos. Siguió ascendiendo, sin mirar ni arriba ni abajo, solo a los peldaños delante de él. Al llegar arriba, se izó por la puerta en la cúpula. Bajo la bóveda había un suelo de tablones de madera y, en el centro, un agujero redondo de unos ciento cincuenta centímetros. Una escalera de cuerda, enrollada en un torno sujeto a la pared, cruzaba el suelo y colgaba por el agujero. A un lado del torno, una manivela; junto a él, una silla y una mesita con una lámpara y un cuaderno. Apoyado en la pared, un hacha. Apestaba. Algo había muerto allí abajo, pensó.

El hombre delgado esperó a que todos entraran en la cúpula. Cuando estuvieron reunidos, habló—Abajo hay cajas con linternas y palas esperándoos. Vacíen las cajas y llénenlas con los restos. Las ataré a la escalera, subiré girando la manivela, vaciaré el contenido por el lateral del silo y bajaré las cajas vacías para que las rellenen. Así todo el día.

Carlos miró al fondo del agujero. No se veía nada.

Uno de los otros hombres se arrodilló, dejó colgar las piernas, las apoyó en un peldaño de la escalera de cuerda y empezó a descender. Los demás le siguieron, uno a uno, salvo Carlos.

—Te dan miedo las alturas, ¿verdad? —dijo el hombre delgado.

—¿Qué? —Carlos seguía mirando el agujero oscuro por donde habían bajado los demás.

—¿Tienes miedo?

—Sí —respondió.

—Pues son cuarenta minutos andando hasta la estación de autobuses.

No se podía permitir perder un día de trabajo. Ni siquiera tenía dinero para el autobús de vuelta.

Uno de los hombres chilló desde el fondo del silo. *«¡¡Hay cuerpos aquí! ¡Hay cadáveres!»* «Cadáveres», pensó Carlos. Los demás empezaron a gritar también.

El hombre delgado se apartó hasta la manivela y empezó a girarla, enrollando la escalera de cuerda. —Parece que te vas a quedar sin autobús —dijo.

Carlos tardó un instante en asimilar el horror que tenía delante. —Eres el diablo —le gritó al hombre delgado, lanzándose contra él y embistiéndolo en el estómago. Este soltó la manivela, y la escalera de cuerda empezó a desenrollarse otra vez hacia el fondo.

Agarró el hacha y se abalanzó sobre Carlos, descargándola contra su cabeza. Carlos se tiró al suelo, le embistió en las rodillas y lo derribó. La escalera de cuerda se movió junto a él, y comprendió que los hombres estaban subiendo por ella.

Al incorporarse, el hombre delgado alzó el hacha sobre su cabeza y la descargó contra la escalera de cuerda, cortando una de las dos cuerdas. Se oyó un golpe seco y un grito brotó del agujero. Uno de los hombres cayó de la escalera.

El hombre delgado alzó el hacha sobre la cuerda restante. Carlos intentó agarrarla mientras la descargaba, pero el hacha le atravesó el hombro izquierdo. Gritó, desgarrado por el dolor. La sangre le bajaba por los brazos. No sentía los dedos.

El hombre delgado descargó el hacha sobre la otra cuerda, y los demás cayeron al fondo del silo. Carlos oyó sus gritos por encima de los suyos.

—Las alturas no dan miedo —dijo el hombre delgado—. Yo sí.

Le dio una patada en el estómago, y Carlos cayó junto al agujero. El hombre delgado le propinó otra, arrojándolo al interior.

CAPÍTULO 6

La casa del Profesor era una ilusión óptica. Desde fuera, no parecía más que un modesto bungaló tudor —la vivienda más pequeña de su exclusivo barrio de Arlington—, pero en su interior albergaba un estudio inmenso y sorprendente: una sala de nueve metros cuadrados con techos de cuatro metros y medio. Pantallas, pizarras negras y blancas descendían del techo al pulsar un botón. El suelo estaba cubierto con una alfombra mullida de color azul oscuro. Frente al enorme escritorio del Profesor, dos sofás se enfrentaban en ángulo recto. Entre ellos, una mesa de cristal permitía ver, en el suelo, el sello bordado del FBI, cuya presencia no estaba autorizada. Librerías de madera oscura y noble ocupaban las paredes de punta a punta, prolongándose incluso por encima del marco de la puerta. Escaleras correderas facilitaban el acceso a los estantes más altos. Tras una de las librerías, una escalera oculta bajaba a un taller subterráneo que se extendía más allá de los límites de la casa, hasta el final del jardín, y quizá más allá.

El taller estaba vacío: no había ningún caso. El Profesor andaba cojeando por el estudio, refunfuñando.

—Sin un caso, no hay éxito. Sin éxito, perdemos impulso. Y sin impulso, perdemos capital político.

—Tres cadáveres en St. Louis —dijo Brent por segunda vez. Estaba sentado junto a Dagny en un sofá; Victor, frente a ellos—. Mismo modus operandi. Aparecieron en tres semanas. Eso tiene pinta de caso.

Dagny había crecido en St. Louis, y su madre aún vivía allí. Era razón suficiente para oponerse al caso.

—A menos que uno de esos cuerpos se encontrara en East St. Louis, no tenemos jurisdicción federal.

—¿Las víctimas eran negras? ¿Asiáticas? —preguntó Victor—. ¿Algo que nos dé un caso de derechos civiles? ¿Vivía alguna al otro lado del río? Si cruzaron la frontera estatal, tenemos jurisdicción. ¿Alguna trabajaba para el gobierno? Hay maneras de justificar nuestra intervención.

—Hace treinta años detuve a un asesino en serie en St. Louis —dijo el Profesor—. Si eso es lo mejor que puedo hacer ahora, más me valdría pegarme un tiro. Walton, ¿qué tienes?

—Un fraude de cien mil millones de dólares . . .

—¡Siguiente! —ladró el Profesor.

—Es un fraude de cien mil millones de dólares —repitió Victor.

—¿Y cuántas muertes?

—No lo sé. Si sumas las familias que no podrán pagar cuidados médicos, ya estamos hablando de…

—¡Cadáveres! ¿Es pedir mucho? Cien mil millones de dólares no es nada. El Congreso comete más fraude que eso cada día.

Era una acusación imprudente, pero al Profesor le encantaba hacerlas.

—Si no me equivoco, es el mayor caso de fraude financiero de la historia. Más grande que el caso Madoff.

—Y aun así más pequeño que un asesinato.

—No creo que eso sea verdad.

—¿Sabes cómo se reconoce un crimen importante? Si puedes ejecutar a alguien por él, es importante. ¿Ejecutamos a Madoff?

Era una pregunta retórica, pero Victor respondió igualmente:

—No.

—Porque su fraude era más pequeño que tu habitual asesinato en primer grado. Dagny, ¿qué tienes?

—Es un caso sin resolver.

—Eso es peor que lo de Victor.

Victor se rio.

—Es un asesinato —dijo Dagny—. Podrías ejecutar a alguien por eso.

—Primero, sé de qué caso hablas, y es personal. Ya tuvimos uno así. No repetiremos la experiencia. Segundo, ¿de verdad crees que podemos mantener el acuerdo resolviendo casos archivados? ¿Qué nos mantiene en activo?

—Daño inminente —dijo Brent.

—Exacto.

—Como el daño inminente que sufrirá la próxima víctima en St. Louis. Y por cierto, también se puede pedir la pena de muerte por eso.

—A nadie le importa St. Louis, Brent. Quiero algo grande.

—Cien mil millones de dólares es una barbaridad —dijo Victor.

—Si no hay un arma de por medio, no es un caso de verdad.

Nadie dijo nada durante unos minutos.

—¡Está bien! —ladró el Profesor, volviéndose hacia Victor—. Cuéntanos más del caso de fraude.

Victor sonrió a Dagny. Ella negó con la cabeza.

«Todavía no —pensó—. Aún no has ganado.»

Agarró el mando del escritorio del Profesor, pulsó un botón y bajó una pantalla de plasma. Luego encendió su iPad y proyectó la imagen en el televisor.

—Abner Jenks empezó en Goldman y luego fundó su propia gestora en 2002.

—Apareció la foto de Jenks—. Todo lo que hizo su gestora fue fraude.

—Victor pasó a la siguiente diapositiva—. Así funcionaba . . .

—Es un timo piramidal —dijo el Profesor.

—Sí. Déjame que te lo muestre . . .

—Sé cómo funciona un timo piramidal. Pásate al grano. ¿Por qué eres el único del país que sabe de este caso?

—Porque soy el único con la paciencia para revisar todos los documentos.

—Victor los guió por ochenta y tres diapositivas llenas de jerga financiera y hojas de cálculo que comparaban el rendimiento declarado de los fondos de inversión en los informes enviados a los clientes con el rendimiento real de las acciones subyacentes. El fraude era evidente—. Es un caso sencillo —concluyó Victor.

—Y aburrido. No puedo creer que esto sea lo mejor que tenemos —suspiró el Profesor—. Pero lo es.

Victor volvió a sonreírle a Dagny.

—Una semana más. Si en siete días no aparece nada mejor, haremos el caso de Victor. Que Dios nos coja confesados.

Dagny miró a Victor y negó con la cabeza: *Todavía no*.

—Brent y Victor, pueden irse ya. Dagny, quédate un momento, por favor.

Ellos la miraron, y ella se encogió de hombros como diciendo que no tenía ni idea, aunque en el fondo supiera perfectamente por qué el Profesor quería hablar con ella.

—Cuando era pequeño, no quería comer verduras —dijo—. Con mi madre fue una batalla campal: gritos, forcejeos, empujones, alguna que otra bofetada. Tiré el plato al suelo más veces de las que recuerdo. Una vez, en pleno ataque de ira, pateé la pared de la cocina hasta abrir un agujero.

—Vaya crío con fuerza.

—Mala construcción —dijo—. Otra vez le lancé el plato a la cabeza. Acabó en el hospital.

—Vaya crío con fuerza —repitió ella.

—Exacto. Dos días después volvió a casa. ¿Y sabes qué hizo?

—¿Qué?

—Me puso un plato lleno solo de verduras. ¿Y eso qué te dice?

—¿Que era tan cabezota como tú?

—De una forma u otra, te haré comer esas verduras.

Hasta las analogías siempre acababan en comida. —He aceptado hacer una sesión en solitario.

—No probar. Cumplir.

—Vale, Yoda.

—La doctora Childs es excelente. Necesito que vayas en serio con esto.

—Lo haré.

—Esto es importante. ¿Entiendes por qué lo digo?

—Porque te importo personalmente.

—Porque nuestro grupo va a grandes sitios.

—Y también porque te importo.

Negó con la cabeza, su forma de asentir en los momentos más sentimentales.

Ella sonrió. —De acuerdo, profesor.

Cogiéndose la mochila, se dirigió a la puerta. Justo cuando llegaba, él soltó sin pensar: —Martha y yo nunca tuvimos hijos.

Dagny se giró, sorprendida. Buscó qué decir. —Yo perdí a mi padre con doce años. —Al nombrar lo que ambos sabían, reconocían por fin una conexión que nunca habían mencionado.

—Necesito que estés bien, Dagny.

—Lo entiendo.

Se dio la vuelta para escapar antes de que afloraran más emociones. Al salir, él gritó: —¡Grandes cosas, Dagny!

CAPÍTULO 7

Hank Frank era un superviviente en el mundo de la radio.

Como estudiante de primero en la Universidad de Miami, había trabajado en el turno de madrugada, de dos a seis, pinchando a The Clash y a Zeppelin para, tal vez, media docena de hermanos de hermandades borrachos y uno o dos profesores de sociología insomnes. Era un desastre: se saltaba las pausas de la emisora, se liaba con los anuncios, empezaba frases que no sabía cómo acabar. Pero fue mejorando. Mejoró la dicción, y entre canción y canción empezó a hablar de asuntos serios: el desarme, la gente sin hogar, la pobreza, la desconexión entre la burbuja universitaria y las fábricas que cerraban a su alrededor. Dijo cosas que incomodaron a la administración, y entonces fue cuando empezaron a escucharlo. Cuando por fin lo retiraron de antena, era el DJ más escuchado de la emisora.

Su primer trabajo tras la universidad fue vendiendo publicidad para WBRP, la emisora de pop-rock de Dayton. Cuando el DJ de la tarde se fue a Des Moines, Frank lo sustituyó y se quedó con el puesto. Fue el primero en la zona en pinchar *Thriller* de Michael Jackson, el primero en incluir a Madonna, el primero en poner su canción favorita, "One Night in Bangkok", de Murray Head. Lo pasaron al matinal, lo unieron a Jennifer Lovely, y entre canción y canción bromeaban, charlaban y coqueteaban. Se casaron al cabo de un año, se divorciaron al siguiente y siguieron como equipo matinal otros tres años.

Cuando Nirvana y Pearl Jam pegaron fuerte, la gerencia de la emisora no supo cómo reaccionar y despidió a todo el mundo. Jennifer Lovely encontró trabajo haciendo el parte meteorológico en televisión. Hank Frank se hundió en el alcohol: cerveza, vodka, whisky. Algún que otro calmante. Se desmayó en una acera, pasó la noche en la cárcel y al día siguiente acabó en una reunión de

Alcohólicos Anónimos. Su padrino, dueño de una pequeña emisora de AM en Bilford, le dio un puesto pinchando clásicos tras Rush Limbaugh. Un día se estropeó el reproductor de CD y tuvo que llenar tres horas hablando. Habló del tiempo, luego del equipo de baloncesto del instituto y de la feria del condado. Después habló de su matrimonio fracasado y de sus problemas con la bebida. Al final del turno, lloraba. Lo mismo que buena parte de su audiencia.

Nunca lo arreglaron.

No podía seguir llenando tres horas solo cada día, así que abrió líneas telefónicas y empezó a tener invitados: la directora de la biblioteca, miembros del Ayuntamiento, dueños de restaurantes, representantes del refugio de animales, abogados ofreciendo consejos legales, médicos con consejos médicos, corredores de bolsa con recomendaciones de inversión, terapeutas con consejos sobre sexo. (Se casó con una de esas terapeutas, Trudy Day). Cuando Clear Channel compró la emisora, ya superaba en audiencia a las de Dayton. La nueva gestión amplió la señal para que se pudiera escuchar desde Cincinnati hasta Columbus.

No pretendía que el programa se politizara, pero acabó siéndolo. Los ataques del 11 de septiembre de 2001 formaron parte del motivo; el resto fue tener un hijo. Como padre, el mundo le parecía distinto. Veía peligros donde antes veía emoción. Y así se convirtió en uno más de los tertulianos de derechas, aunque creía ser algo más.

—Mi padre trabajó en la cadena de Deters veintiocho años, aplicando calor para moldear los tubos de escape de un millón de coches o más. Probablemente manejaste uno de ellos, en una época en que aún podías sentir orgullo de tener un coche.

»A veces iba en bici a la fábrica después de clase y observaba la cadena desde las vigas del techo. Chispas volando, metal cediendo, metal fundido y piezas alzadas . . . era una imagen imponente. Hombres de verdad haciendo algo real. ¿Cuántas veces ves algo así? Mi padre lo hacía a diario, junto con otros ciento cincuenta como él. Gente que se partía la espalda para llevar comida a casa y pagar los estudios de sus hijos.

»Una vez se rompió la cadena de la grúa y un trozo de acero le cayó en la pierna. Estuvo una semana en el hospital. Todos los de la planta, del último contratado al presidente de la empresa, fueron a verlo. Madre mía, cómo me impresionó que el propio presidente fuera a visitarlo.

»Mi padre cojeó el resto de su vida desde entonces. 'Estas cosas pasan', decía. Volvió al trabajo en cuanto pudo. Y lo hizo con una sonrisa. Ese hombre siempre sonreía, sin importar lo que le cayera encima.

»Durante todo ese tiempo, ganaba bien y teníamos un buen seguro médico. El sindicato cumplía con su función. Teníamos una casa y un coche . . . nada lujoso, pero yo no me daba cuenta. Teníamos televisor. A veces íbamos a Riverfront y veíamos a los Reds desde las gradas altas. Éramos clase media cuando *clase media* significaba salir adelante. Me pagó la carrera a base de ahorrar.

»Cuando mi padre tenía cincuenta y ocho años, Deters anunció que cerraban la fábrica. No porque no se vendieran sus piezas . . . al contrario, se vendían más que nunca. No: la cerraban porque sabían que podían abrir una en México, pagar tres dólares la hora y ganar mucho más. Así que mi padre se quedó sin empleo. Cincuenta y ocho años. Había entregado su vida a esa fábrica; era lo único que sabía hacer. Y la cerraron.

»¿Qué haces a los cincuenta y ocho con un currículo de treinta años en una fábrica? ¿Buscar trabajo en Chester? Ah, claro, cerró en 1987. ¿Toolweather? Cerró en 1993. ¿Quizá en OK Steel? No funden allí desde 1982. Antes había empleos para gente como mi padre. Los mandamos a lugares como China, Indonesia y México.

»Encontró trabajo en Harvey's Auto, en McLean. A los cincuenta y ocho, empezaba de cero como mecánico. Conocía bien los coches y sabía repararlos. Dependía de un jefe que tenía la mitad de su edad y sabía mucho menos. A los cincuenta y ocho, se deslizaba bajo los coches, llenándose de grasa. Largas jornadas. Le pagaban una fracción de lo anterior. Sin cobertura médica.

»Tres años después lo despidieron. Dijeron que el negocio iba mal y que debían recortar gastos. Encontró trabajo en Walmart. Era un buen empleo para él. Por fin no tenía que trabajar con las manos.

Solo tenía que sonreír. Daba la bienvenida a los clientes para que compraran cosas que ya no fabricamos a precios muy, muy bajos. La empresa lo trató bien, aunque ganaba una fracción de lo de Deters. Cuando mi padre falleció, conté cuarenta y tres compañeros de Walmart en el funeral. Cien de Deters estuvieron allí. De Harvey's Auto no vino nadie.

»Esta mañana cogí el periódico local y leí que el sheriff Don Marigold hizo una redada en Harvey's ayer y detuvo a dos mexicanos. Ambos en situación irregular. Números de la Seguridad Social falsos, documentos falsos. Y lo único que pensé fue: gracias a Dios que hay un sheriff como Don. Esos hombres no son malas personas, que yo sepa. Pero ocupan dos puestos que deberían ser para estadounidenses trabajadores. Uno de esos puestos fue de mi padre. Don Marigold lo entiende. Mira a su alrededor, ve que todos sufrimos, que apenas hay trabajo, y le parece una locura que demos esos empleos a gente que ha venido ilegalmente en vez de a quienes nacieron y se criaron aquí. A los federales no les importa. Ni les importas tú. Por eso Don Marigold hace su trabajo. Porque ellos no lo harán.

»Todas las líneas están ocupadas, y voy a atender sus llamadas, pero antes quiero contarles algo que mi padre solía decir. Decía que un hombre bueno no se queja por él, pero sí se queja por los demás. Mi padre nunca se quejó por sí mismo. Tengo el privilegio de hacerlo por él y por hombres como él. Les debemos al menos eso.

Hank alzó la vista hacia el monitor y dejó el dedo sobre el primer botón del teléfono. —Vamos con Margaret en la línea uno. —Pulsó el botón—. Hola, Margaret, estás en *El Show de Hank Frank*.

—Hank, me has vuelto a hacer llorar. —Su voz sonaba envejecida.

—Eso hago, Margaret.

—Quiero añadir algo, porque no solo va de los trabajos. Mi hijo va a la Primaria Harrison en Englewood, ¿y sabías que tienen clase en español? No una clase para aprender español, ojo. Sino una clase en la que todo se da en español. Matemáticas, en español. Historia, en español.

—Sí. Sí.

—Hasta el inglés se da en español. Dios mío. Hay niños que hablan español en casa, no aprenden inglés, y ni siquiera intentamos enseñarles. Y encima lo consentimos.

—Te escucho, Margaret.

—La gente venía aquí a aprender nuestro idioma, nuestras costumbres, nuestros valores. Ahora ya no esperamos que lo hagan. Ni siquiera los culpo. Si nosotros no se lo exigimos, ¿por qué iban a exigírselo ellos solos?

—Gracias, Margaret.

—Gracias a ti, cariño.

Desconectó la llamada y liberó la línea. La línea se llenó al instante. —Sabes, todo lo que dice Margaret es verdad. Hemos rebajado los estándares, y cuando los bajas, cuesta recuperarlos. Pero es más que eso: tenemos a estos niños en nuestras escuelas, y gastamos dinero extra para atender sus necesidades, y la mitad de sus padres ni siquiera pagan impuestos para mantener el sistema. Y todo suma, ¿sabes? Primero perdemos los buenos empleos frente a ellos, luego también los malos, y mientras nosotros apenas sobrevivimos, seguimos pagando para educar a sus hijos y que acaben con los empleos de los nuestros.

Pulsó la segunda línea y miró hacia el monitor. —John, estás al aire con Hank Frank.

—Hanks a millones.

—Hanks para ti también.

—Hermano, hoy estás diciendo verdades. Estás proclamando la palabra de Dios.

—Solo digo lo que pienso.

—Tienes la mente en llamas. —El llamante se rió—. A veces me siento tan solo. Y de pronto, oírte a ti, hablar con tanta claridad, decir cosas que de verdad tienen sentido. Esta gente se lleva nuestros trabajos. Se lleva nuestro dinero. Se lleva nuestras *vidas*, Hank.

—Sí, sí.

—Nos están matando. Nos están matando, Hank. Por eso yo los mato.

—Nos están matando, John.

—Por eso los mato. A todos. Los estoy matando—

Hank apretó el botón para cortar la llamada. Un instante de silencio mientras buscaba las palabras. Cuando las encontró, empezó con voz lenta y suave. —Hablar así, aunque sea en metáfora, es abominable. Trivializar la vida de esa forma es abominable. Hablar de violencia con tanta alegría . . . también lo es. Abro estas líneas para que todos podamos hablar con franqueza, para decir la verdad. Pero hay quien no soporta la verdad y quiere desacreditarla, así que hace lo que ha hecho este tipo: llama fingiendo ser uno de nosotros y suelta algo espantoso. Lo hacen porque nos odian y quieren que todos nos odien. Se hacen pasar por nosotros solo para hacernos quedar mal. Lo hemos visto en las movilizaciones del Tea Party: siempre había alguien con un cartel racista, y siempre era un estudiante universitario moderno, ya sabes, un infiltrado. Intenta desprestigiarnos, pero no funciona. Anota su número, Lucy; nunca más lo dejaremos pasar. Vamos a un corte.

Miró a través del cristal, donde Lucy se encogió de hombros. Hank se quitó los auriculares y cruzó del estudio hasta la cabina de control. —¿Eso acaba de pasar?

—Sí.

—¿Cómo pasó el filtro?

—Totalmente normal.

—Jesús, ¿no pensarás que realmente . . .?

Lucy negó con la cabeza. —Por supuesto que no. Es como dijiste.

—Porque si realmente está haciendo eso, tendríamos que llamar a la policía.

—Creo que es solo una broma.

—Sí. —Hank hizo una pausa—. Si estuviera matando gente, ya lo habríamos leído, ¿no? Jesús. ¿Qué les pasa a las personas?

Ella se encogió de hombros de nuevo.

—¿Tienes su número?

—Lo bloqueé.

—Bien.

CAPÍTULO 8

. . . . . .

—Concéntrate en eso.

—¿En qué?

—En el hecho de perderlo.

—No puedo hablar de eso.

—Por eso estás aquí: para hablar de lo que no puedes decir.

—No. Estoy aquí porque mi jefe me obligó a venir a terapia.

—Bueno, yo no tengo jefe. Estoy aquí para que hables de lo que importa. Pero durante cuarenta minutos, no hemos dicho nada útil.

—No me has preguntado por nada de lo que me interesa.

—¿De qué quieres hablar?

—No quiero hablar de nada.

—¿Siempre has sido así?

—No lo sé.

—¿Alguna vez has confiado en alguien?

—Sí.

—¿En quién?

—Mi padre. —Dagny hizo una pausa—. Antes de que lo mataron.

—¿Cuándo lo mataron?

—Tenía doce años.

—¿Podemos hablar de eso?

—No.

—¿En quién más has confiado?

—Mi amiga Julia.

—Cuéntame algo de ella.

—Estuvimos juntas en la carrera de Derecho.

—¿Todavía sois amigas?

—Sí. Es mi mejor amiga. —Hizo una pausa—. La verdad es que es mi única amiga.

—¿Todavía confías en ella?

—Tiene marido e hijos. No necesita oír mis tonterías. Ya tiene bastante con lo suyo.

—¿Ella te ha dicho eso?

—¿Qué?

—Que no le cuentes tus cosas. Que ya tiene demasiado encima.

—No. Pero es obvio. Casi no la veo.

—¿Qué sientes por eso?

—No hay nada que sentir. Así son las cosas.

—Que no puedas cambiar algo no quiere decir que no lo sientas.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que me afecta?

—¿Te afecta?

—Me alegro por ella. Tiene un marido estupendo y unos hijos maravillosos. Es lo que todo el mundo quiere.

—¿Es lo que tú quieres?

—No sé qué quiero.

—¿Eres feliz?

—Esa pregunta es ridícula.

—Probablemente sea la pregunta más importante que uno se puede hacer.

—No es lo más importante para mí.

—¿Qué puede ser más importante que la felicidad?

—La competencia, la moralidad, la ética, el conocimiento.

—¿Preferirías saber más que ser feliz?

—Me negaría a tomar el soma en *Un mundo feliz*.

—No es eso lo que pregunto.

Dagny suspiró. —Me gusta mi trabajo.

—¿Te hace feliz?

—Me deja contenta.

—¿O simplemente te distrae de otras cosas?

—No tienen por qué ser incompatibles.

—Tu trabajo es una montaña rusa.

—Todos los trabajos tienen sus altibajos.

—No. Quiero decir que cuando subes a una montaña rusa, es imposible pensar en otra cosa. Prueba. Intenta pensar en impuestos, en tus relaciones, en cosas de tu madre—

—No he dicho que tenga cosas pendientes con mi madre.

—O en cualquier cosa. No puedes. No mientras estás ahí arriba. Porque todo el asunto es una distracción.

—¿Mi trabajo es solo una distracción?

—Totalmente.

—Es mi vida. Es quien soy.

—Exacto.

Dagny hizo una pausa. —No hay nada malo en eso.

—Un desconocido te pregunta quién eres. Dirías que eres agente del FBI.

—Sí.

—No una hija, ni una amante, ni una mujer, ni—

—Soy agente del FBI.

—Y antes, ¿qué eras?

—Abogada.

—Y eso también era tu todo, ¿verdad?

—Creía que la terapia tenía que hacerme sentir mejor con la vida, no peor.

—¿Creías que la terapia te iba a hacer feliz?

—Sí.

—¿Y por eso has venido aquí?

—Sí.

—Muy bien. —La doctora Childs se reclinó en la silla y sonrió—. Ya tenemos claro que quieres ser feliz. Eso ya es un avance. —Apuntó las primeras notas en el bloc.

A Dagny le molestó haber perdido terreno. —¿Cómo supiste que tengo conflictos con mi madre?

—Dijiste que le contabas cosas a tu padre. Si no hacías lo mismo con tu madre, es que tenías conflicto con ella. Además . . .

—¿Y qué más?

—En mayor o menor medida, todas tenemos asuntos pendientes con nuestras madres. —Childs apuntó algo más en el bloc. Dagny intentó leerlo, pero la doctora inclinó el cuaderno para que no pudiera—. ¿Podemos volver al Ladrón de Chicles?

—Es ridículo llamarlo el Ladrón de Chicles, con lo que hizo. Y ya no queda nada por contar: todo el mundo lo sabe. Has leído la

prensa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tienes tele?

—Sí.

—Entonces ya sabes todo.

—No me interesan los detalles escabrosos, Dagny. Lo que me importa es cómo te sientes tú.

—¿Y tú qué habrías sentido? Si te hubiera pasado a ti.

La pregunta flotó un instante en el aire. —Me invadiría la tristeza, hasta que dejara que alguien me ayudara.

Esas palabras también quedaron en el aire un momento.

—¿Sabes lo que más odio? —preguntó Dagny—. Hablar de mí.

—¿El qué?

—Nada.

—¿Por qué? —¿Qué tiene de malo hablar de una?

—Quien habla de sí mismo es porque es débil.

—Eso es una tontería.

—Cuando interrogo a un sospechoso y empieza a hablar de sí, sé que va a quebrarse. Cuando un colega no para de contar su vida, sé que acabará hundiéndose. Cuando—

—¿Has oído esa historia de los ingenieros que construían un puente?

—¿Qué?

—No querían hablar del puente porque temían que les quitara fuerza.

—Eso no tiene pies ni cabeza.

—Exacto.

Dagny negó con la cabeza. —No digo que hablar de uno mismo te haga débil, sino que es señal de una debilidad ya existente. —Hizo una pausa—. ¿Sabes de qué hablaban mucho cuando lo construyeron? Del *Titanic*.

—¿Quieres hablar del *Titanic*? Cuando un barco choca con un iceberg y lo rescatas, no lo devuelves al mar así como así. Lo arreglas. ¿No prefieres arreglarlo antes de salir a navegar? —Childs miró el reloj—. Din, din, din. Salvada por la campana, Dagny Gray.

—No soy el *Titanic*.

—Pero vas directa a los icebergs.

CAPÍTULO 9

El diner de Hattie era el tipo de sitio que daba la impresión de ser una tapadera. Cada vez que Diego había ido, había más camareras que clientes. En una vitrina junto a la caja, pasteles y tartas frescos giraban lentamente, y nunca faltaba ni un solo trozo. Quizá había tenido éxito antes de que llegaran New Bilford y los restaurantes de cadena, pero ahora nadie iba allí. Diego lo había elegido precisamente porque era un buen lugar para encontrarse con alguien sin que te vieran. Pero ese día el diner estaba lleno.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la anfitriona.

Diego recorrió la sala con la mirada. —Tengo que encontrarme con un policía.

—Allí atrás —dijo ella.

El agente John Beamer estaba sentado en el último reservado, tomando café. Se levantó al ver a Diego. —Padre, tengo que disculparme por lo de la otra vez. Dije cosas que no debería haber dicho delante de un sacerdote.

—Por favor, he oído cosas peores en la rectoría. Solo me alegra que hayas venido.

Una camarera se acercó a tomarle nota.

—Café, por favor. Negro.

—Soy católico de toda la vida, y no fue correcto. A veces me altero.

—Por eso quería hablar contigo.

Beamer soltó una risa breve. —¿Por eso?

—Porque no le tienes miedo a Don Marigold.

—Sí, bueno . . . —Se encogió de hombros—. Mis antepasados vinieron desde Irlanda en los sesenta. Marigold no puede enviarme de vuelta al viejo mundo.

—No me sorprendería que lo intentara.

La camarera dejó el café delante de Diego. Dio un sorbo: era espantoso. Típico en Hattie's.

—Estoy intentando resolver un misterio, y necesito ayuda.

—Vale.

—Han desaparecido al menos una docena de hombres en la última semana y media. Sin decir una palabra a sus familias. Sin dejar rastro.

—Entonces deberíamos ir a la comisaría a presentar una denuncia. Iniciar una investigación.

—Estos hombres están sin papeles. Y sus familias también.

Beamer dejó la taza sobre la mesa. —Eso lo cambia todo.

—No quiero poner a ninguno de ellos en riesgo de deportación.

Diego cogió un paquete de galletas saladas de una cesta al final de la mesa.

—Pareces un hombre al que le importa más luchar contra el crimen que los temas de inmigración, ¿no?

—Sí, pero . . . Si me estás pidiendo que las proteja de la deportación . . .

—No es justo que tengan que elegir entre abandonar este país o obtener justicia.

—No es tan sencillo, padre. Puede que yo no sea un radical como Marigold, pero eso no quita que hayan entrado ilegalmente. Quiera uno o no, lo han hecho.

—Aunque lo hicieron, eso es una falta menor comparada con lo que podría haber ocurrido aquí.

—No sabemos qué ha pasado aquí. Podrían haber vuelto a su país. O marchado a otro pueblo buscando trabajo. Con cómo están las cosas por aquí, no se les podría reprochar si lo hubieran hecho.

—Quizá uno o dos hombres podrían irse así, sin avisar. Pero ¿una docena, con amigos, con familias, y ni uno solo ha dicho nada? No. Algo terrible ha ocurrido aquí.

Beamer soltó un suspiro. —¿Querrían hablar con nosotros?

—No lo sé. Estarían asustadas, seguro. Si tuvieran garantías de verdad . . .

Diego vio el ceño fruncido de Beamer.

—No. Por favor. No pongas esa cara. Vas a decir que no.

Beamer cogió su paquete de galletas saladas y abrió el envoltorio.

—Si pudiera decidir yo, abriría una investigación. Daría todas las garantías posibles. Pondría a cinco agentes en ello si tuvieran tiempo. Pero en la práctica, Marigold se enteraría y empezaría a acosar a esas familias. Y la realidad es que no depende de mí. Cualquier investigación así tendría que aprobarla el jefe, y en las circunstancias actuales, eso no va a ocurrir.

Se llevó una galleta a la boca.

—Entonces es tan culpable como el sheriff Don —dijo Diego.

—No, no lo es. Es un hombre con una esposa y cuatro hijos, y un trabajo que podría perder si el alcalde recibe demasiadas quejas por hacer la vista gorda a delincuentes. No acosa a la población inmigrante en Bilford, pero tampoco va a echarles una mano.

—Son seres humanos.

—No digo cómo deberían ser las cosas. Digo cómo son.

—¿No está la policía obligada a investigar un asesinato, aunque sea el de un extranjero sin papeles?

—Si hubiera cuerpos, tendríamos un caso de asesinato. Pero tú, en el mejor de los casos, solo tienes la desaparición de personas que ya estaban sin papeles desde el principio.

—Estas personas existen de verdad.

—No existen legalmente sin un cadáver.

—Sí existen.

—A los ojos de Dios. Yo hablo de la ley.

—Entonces dime qué puedo hacer. Tengo una docena de familias destrozadas.

—No estoy acostumbrado a que un sacerdote venga a pedirme consejo.

—No sé cómo actuar. ¿Hay algún lugar al que pueda acudir? Algún sitio que no esté lleno de política. ¿El FBI, tal vez?

—El FBI es tan político como cualquiera. Y, por política, no pueden prometer inmunidad frente a la deportación. Han habido casos en los que trabajaron años con informantes, personas que arriesgaron la vida por el Buró, y cuando la investigación acabó, ICE inició los trámites de expulsión, y el Buró no movió un dedo.

—Entonces todo está perdido. No puedes ayudarme, ni tampoco recomendarme a alguien que sí pueda. —Diego aún sostenía el paquete de crackers; lo había apretado hasta convertir el contenido en polvo.

—Podrías plantear contratarte a un investigador privado. Puedo darte el nombre de un tipo de confianza.

—¿Cuánto costaría eso?

—Ochenta dólares la hora, gastos aparte. Como eres sacerdote, a lo mejor te hace un precio especial.

—¿Y crees que serviría de algo?

—No. En realidad no. —Beamer se comió el segundo cracker del paquete— Mmm…

Diego le vio un destello en los ojos, como si se le acabara de ocurrir algo. —¿Qué? ¿Qué es eso de mmm?

—No sé. Seguro que no lleva a ninguna parte.

—Cualquier cosa que tenga, la cojo.

—Mi tío está en la policía de Cincinnati y trabajó en un caso con una agente del FBI. La admiraba mucho, y creo que tiene un arreglo para trabajar al margen. No es de reglas, ni de política. Deberías ponerte en contacto con ella.

—¿Cómo se llama?

—Dagny Gray.

CAPÍTULO 10

Dagny no conocía a sus vecinos. Ni siquiera sabía cómo se llamaban ni a qué se dedicaban. Tampoco conocía sus aficiones, salvo que las practicaran delante de sus casas. Pero sí conocía sus coches, y los de quienes solían visitarlos.

El Corvette rojo delante de su casa no era de sus vecinos ni de nadie que conocieran.

Pausó la canción de Aimee Mann, se sacó los auriculares y enrolló el cable alrededor del iPhone. Con el antebrazo, se limpió el sudor de la frente. Aunque era una mañana de otoño, hacía más calor que en semanas. Iba en pantalón corto de correr y sujetador deportivo. El hombre sentado en los escalones llevaba ropa negra de arriba abajo, salvo por la gola blanca que asomaba en el cuello.

Él se levantó.

—¿Sales a correr?

—Todos los días —dijo ella acercándose.

—¿Cuánto recorres?

—Hoy, dieciocho. A veces menos. A veces más. —Él tenía una sonrisa pequeña y sincera, y ella intentaba descifrarla—. ¿Puedo ayudarte?

—Me llamo Diego Vega.

—¿Y eres sacerdote?

—Lo soy.

Nunca había hablado con un sacerdote.

—Entonces, ¿cómo te llamo? ¿Padre Vega?

Él sonrió.

—No eres católica.

—Judía. O algo así.

—Llámame Diego. —Le tendió la mano.

—Estoy sudada.

—No importa.

Le estrechó la mano.

—Soy Dagny Gray, algo que ya sabrás por estar sentado en mis escalones.

—¿No te molesta correr con eso?

—¿Con qué? —Al ver que miraba la Glock 27 en su funda de correr—. Es como un anillo de boda. Al final ni lo sientes. Dicen, al menos.

—Yo no lo sé, obviamente.

No sabía si se refería al matrimonio o al arma.

—No sé mucho de la Iglesia Católica, pero nunca oí que los sacerdotes hicieran proselitismo puerta a puerta.

—Qué lástima que un hombre tan atractivo fuera sacerdote.

—No he venido a salvar tu alma. He venido a pedir ayuda.

—Pasa —asintió Dagny. Abrió la puerta principal y lo hizo pasar. En el recibidor colgaba una reproducción del *Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa* de Jan van Eyck. Él se detuvo frente al cuadro.

—Conozco este —dijo—. Me gusta.

Ella no tenía ganas de hablar del cuadro; solo le traería tristeza.

—¿Quieres tomar algo?

Él la acompañó hasta la cocina.

—¿Agua?

Ella sacó un vaso del armario, lo llenó y se lo dio.

—Gracias.

Desenrolló el cable del iPhone, abrió el navegador, pulsó la barra de búsqueda y activó el dictado.

—¿Quién es el padre Diego Vega?

El primer resultado enlazaba con la página web de la Arquidiócesis de Cincinnati. Una foto mostraba a Diego jugando al

baloncesto con adolescentes de Dayton. El segundo mostraba su biografía en la iglesia. El tercero, su perfil de Facebook.

—Vale, parece que eres quien dices ser.

—¿Ahora eso es lo que se considera una verificación de antecedentes del FBI?

—Google tiene mejor base de datos que el FBI —dijo Dagny—. ¿En qué puedo ayudarte?

La situación que le describió en la media hora siguiente era lúgubre: inmigrantes desaparecidos en un condado que no los quería, fuerzas del orden indiferentes, familias con miedo a la deportación. Le habló de sus conversaciones con Ty Harborman y Marcia Bell, que solo confirmaban que sería difícil acceder a ese mundo. Su encuentro con el sheriff sugería al menos media docena de violaciones de derechos civiles.

Parecía demasiado conveniente para ser verdad. Necesitaban un caso, y este, de alguna manera, la había encontrado a ella.

—¿Por qué has venido a mí? —preguntó.

—Hablé con un policía local. Estaba dispuesto a ayudar, pero sin cadáveres, no creía que pudiera conseguir la aprobación para una investigación. Cuando le pregunté por el FBI, dijo que no podrían actuar sin poner a las familias en riesgo de deportación. Luego mencionó que su tío era policía en Cincinnati y que había trabajado contigo en un caso.

—¿Beamer? —sonrió.

—Dijo que estabas al margen de la jerarquía del FBI. Que tu equipo tenía cierta independencia, y que eso te permitiría dar garantías a la gente.

Dagny no estaba segura de qué tipo de garantías podría ofrecer. Cada año, el gobierno podía otorgar hasta 250 visas S, conocidas coloquialmente como "visas para informantes", a personas que colaboraran en una investigación penal y que, de otro modo, serían deportadas. Era difícil obtener una de esas visas. Ser víctima de un delito no bastaba; el solicitante debía aportar información clave para obtener una condena. Solo el fiscal general tenía autoridad para aprobarlas.

Si aceptaban el caso, no podía prometer ninguna visa para informantes. Lo mejor que podía hacer era garantizar a los inmigrantes de Bilford que no revelaría sus nombres a las autoridades de inmigración. Eso quizá bastara para que hablaran con ella.

—¿Tienes una lista de los desaparecidos? ¿Datos como edades, descripciones físicas, etc.? ¿Has recopilado fotos? ¿Has anotado los lugares donde se les vio por última vez, quién los vio, y cuándo? ¿Una lista de sus empleadores? ¿Un registro de las familias, con direcciones y números de teléfono? ¿Tienes algo de esto?

Él movió la cabeza.

—Tengo una lista con los nombres de los desaparecidos. Podría conseguirte lo demás. —Sonrió—. Entonces, ¿vas a encargarte del caso?

—No es decisión mía. —Una docena de víctimas, al parecer. Era mejor que un caso de fraude financiero, sin duda. El Profesor lo vería así—. Vuelve a Dayton —le indicó—. Averigua si las familias estarían dispuestas a hablar conmigo. Si consigo convencer a mi jefe, iré a reunirme con ellas. —Le dio el teléfono—. Escribe tu información de contacto.

Anotó su número de teléfono y su correo electrónico en el móvil de ella y se lo devolvió sonriendo de oreja a oreja.

—Esto aún no es un *sí* —dijo Dagny.

—Pero tampoco es un no. Con eso me basta para celebrarlo.

Lo acompañó a la puerta. —Dayton queda lejos para venir en coche por solo media hora de reunión. ¿No habría sido más fácil llamar?

—Es demasiado fácil rechazar en una llamada.

Era bastante cierto. Lo vio marchar, subió a ducharse y empezó a pensar en lo que le diría al Profesor.

CAPÍTULO 11

—¿Por qué no llamaste directamente?

—Por teléfono es demasiado fácil decir que no —dijo Dagny. Sentada frente a su escritorio, observaba el reflejo de la luz del techo en la calva del Profesor.

—A mí me resulta fácil decir que no en cualquier circunstancia. —Bajó la palanca del asiento y subió hasta que el reflejo de luz desapareció de su campo de visión.

Su mirada fue a parar a una foto en la estantería, junto al escritorio. En ella aparecía el director Hoover al lado de una versión más joven, alta y fuerte de Timothy McDougal. Había vivido una vida plena incluso antes de que ella naciera.

Lo miró de nuevo. —Querías un caso con muertos —dijo.

—Y no tienes ni uno.

—Existen. Solo que no sabemos dónde están.

—Sin cadáveres, no es un caso de asesinato. —Se pasó la mano por la barba blanca. Dagny sabía que ese gesto significaba que estaba dispuesto a escuchar.

—Muchos asesinos han sido condenados sin que se hallara el cadáver.

—Claro que *podría* haber un asesino ahí fuera. Pero quiero saber que *hay* uno. Quiero tener la certeza de que persigo algo real.

—Esta gente es real, y ha desaparecido.

—Es un argumento débil, Dagny.

—Si no nos hacemos cargo, nadie más lo hará.

—Ese no es mi criterio. —Abrió el cajón derecho del escritorio, sacó una bolsa de Cheetos y la rasgó. Hundió los dedos dentro y se llevó unas cuantas bolitas naranjas a la boca. Inclinó la bolsa hacia Dagny, pero ella negó con la cabeza. El Profesor se encogió de hombros. Sabía que la invitación había sido pura formalidad. Él quería quedarse con toda la bolsa.

—Encontraremos los cadáveres.

—Probablemente estén ahora mismo trabajando en el campo mexicano. —*Croc, croc*.

—No me lo creo.

—¿Por un sacerdote al que ni siquiera conoces? —*Croc, croc*. Era difícil tomarse en serio a un hombre que comía Cheetos.

—Confío en él.

—Todo el mundo confía en los curas. Por eso pudieron abusar de un millón de niños.

—Eso no es justo.

Martha McDougal entró en el estudio, y el Profesor metió rápidamente la bolsa de Cheetos en el cajón del escritorio. Ella dejó un plato de fruta y queso sobre la mesa. —Por si tienes hambre —le dijo a Dagny. Aunque lo dijo con cariño, en realidad quería decir: *Necesitas comer esto*. El Profesor se lamió los restos naranjas de los dedos, pero no antes de que su esposa lo viera y moviera la cabeza con desaprobación.

—Gracias, Martha. —Dagny cogió un trozo de queso, y Martha se marchó, tranquila. Llevaba un punto a su favor, pensó Dagny; ya lo contaría después—. Si necesitas cadáveres, iré a Bilford y los encontraré.

—Supón que lo haces. Una docena de mexicanos muertos. ¿Qué crees que pasará con sus familias cuando la prensa se les eche encima, los políticos monten su espectáculo, y la policía local y ese sheriff Ron vean la oportunidad de formar parte de algo más grande que nada de lo que hayan tenido antes?

—Es Don. Y podemos mantenerlo en secreto.

—Los cadáveres no se ocultan. Romperás cada promesa que hagas. Destruirás la comunidad.

—Si alguien está matando a gente, ya está destruyendo la comunidad.

—No dudo del problema, pero no somos la solución.

—Si no somos la solución, no hay ninguna.

—Exactamente —dijo. Ese era el problema de trabajar con un octogenario, pensó Dagny. Había visto demasiadas veces que la

mayoría de los problemas no tenían solución. Pero ningún problema se resolvería jamás si no se intentaba.

Tal vez ayudaría recordarle la alternativa. —Entonces, ¿ya estás listo para encargarte del caso de Victor con lo del dinero?

—Todavía no —gruñó—. Aún tenemos dos días . . .

—Según tu plazo arbitrario . . .

—Para encontrar un caso mejor.

—Entonces tengo dos días para encontrar unos cadáveres en Bilford.

—Dagny . . .

—Si encuentro los cadáveres, este es el caso que necesitas. Es importante, y cualquier otro quedaría atrapado en la política del asunto. Nadie más podría hacerlo bien. Por eso creaste este grupo: para encargarse de los casos que nadie más puede resolver. En el caso de fraude de Victor, bastaría con entregar sus archivos a cualquier oficina del país; lo llevarían bien. Pero en Bilford, no hay nadie que ayude a esta gente. Solo nosotros.

Levantó una pipa vacía del escritorio, se la llevó a la boca y se reclinó en la silla. —En 1958 me encargaron supervisar una investigación bajo la Ley de Crímenes Graves sobre la desaparición de tres líderes tribales ute en la Reserva India Uintah y Ouray, en el noreste de Utah. Su religión era la naturaleza, y creían descender del oso, no del simio. Dagny supo que le esperaba una historia larga.

—Eran una tribu nómada, empujada a la guerra con los mormones, precisamente con ellos, que eran sedentarios. Los ute, verás, son fundamentalmente distintos de nosotros en lo más profundo, pero eso no era lo clave. Lo clave era que ellos *se consideraban* radicalmente distintos, porque, como sabes, la percepción pesa más que la realidad cuando buscas cooperación. Yo era un agente de un gobierno con ciento cincuenta años de antigüedad. La Oficina apenas llevaba cincuenta como institución. ¡Los ute llevan más de diez mil años viviendo en la Gran Cuenca! Para ellos, yo no era un extranjero: era una criatura de otro mundo, y mis credenciales valían menos que el estiércol con que abonaban la tierra. Pero creí que era el único que podía ayudarlos, y el miedo les hizo aceptarme.

—La bienvenida que me dieron al llegar no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Me vistieron con ropas y adornos propios de ellos. Me agasajaron con ceremonias, rituales y regalos. ¡Cómo me llenaron de cariño!

—Al cabo de dos semanas, ya tenía una hipótesis. Les dije a la tribu que los hombres desaparecidos no habían sido asesinados ni secuestrados, sino que habían huido con los ahorros de la comunidad. Estaba seguro de que podía atraparlos y devolver el dinero, pero rechazaron mi propuesta. Se hizo el silencio. Destrozaron mi coche. Me envenenaron la comida. Todo porque había roto una ilusión que les era sagrada. Si hubiera sido uno de ellos, ¿me habrían tratado así? Claro que no. Pero era un forastero, y solo habían aceptado mi ayuda, no mi juicio. Acusar a sus propios hombres de robarles era insultar su cultura. Solo quien pertenece puede decir algo así.

—Así que, Dagny Gray, quizás te veas como la salvadora de los inmigrantes de Bilford, Ohio, y quizás ellos también lo crean . . . hasta que empieces a descubrir la verdad.

Negó con la cabeza. —Primero, has inventado esa historia de principio a fin.

—Puede que sí, puede que no.

—Segundo, tengo un contacto dentro: el padre Vega. No necesito que confíen en mí, porque ya confían en él.

—No los conoces, ni a ellos ni a él, así que es una conclusión sin base alguna. Hizo una pausa. —¿Qué fue lo que me delató?

—Te pasaste cuando dijiste que te habían envenenado. —Cogió otro cubo de queso; ahora tendría dos datos más que apuntar después—. Esto no es una reserva. Es un pueblo pequeño de Ohio. Hay gente desaparecida. Sus vidas valen. Quieran o no mi presencia, sus vidas valen. —Se levantó y fue hacia la puerta.

—Dos días —llamó el Profesor—. Dos días para traerme los cadáveres.

CAPÍTULO 12

Cuando Dagny cruzó las puertas automáticas del Aeropuerto Internacional de Dayton con su maleta, Diego estaba apoyado en el guardabarros rojo de su Corvette descapotable del ’69, estacionado en el arcén. Le dedicó una sonrisa.

Señaló las nubes oscuras sobre sus cabezas y luego el descapotable con la capota bajada. —Qué optimismo más ciego —dijo.

—Por completo. Tomó la maleta y la metió en el maletero. —¿Ha ido bien el vuelo?

Entre su vida como abogada y los años que llevaba como agente especial, Dagny había pasado tanto tiempo en aviones que bien podría tener un carné de piloto. —¿Hay algo así? —preguntó.

—Todos los que aterrizan bien. —Me hace mucha ilusión que estés aquí —dijo, sin dejar de sonreír.

—¿Te dejan esperar aquí?

—A los curas nos permiten muchas cosas.

—Ya veo. Al principio, su entusiasmo la desconcertó, pero enseguida lo entendió: llevaba tiempo soportando solo el peso de los desaparecidos, y ahora tenía a alguien con quien compartirlo. Eso explicaba su alegría. —¿Estás seguro de que no puedo alquilar un coche?

—Ni hablar. —Usarás el mío cuando lleguemos al pueblo.

—¿Y tú qué usarás?

—No tengo nada que hacer hasta el domingo por la mañana. Hasta entonces, iré contigo.

Dagny dejó caer la mochila en el suelo del coche y se acomodó en el asiento del copiloto. —No dispongo de todo el domingo.

Diego tomó asiento al volante. —¿Qué quieres decir?

—El hecho de que esté aquí no significa que vayamos a aceptar el caso. Significa que estoy intentando convencerlos para que lo

acepten. Y tengo dos días para encontrar . . . No quería decir *cuerpos*, por si aún esperaba que estuvieran vivos.

—¿Evidencia?

«Qué iluso», pensó ella. —Sí. Dos días para encontrar alguna prueba.

—¿Y entonces lo aceptarán? La sonrisa se le iba apagando.

—Entonces abogaré por que lo aceptemos.

—¿Y si en dos días no encontramos nada?

—Tendré que ocuparme de otra cosa.

Ya no quedaba rastro de su sonrisa. —Entonces tendremos que aprovechar bien estos dos días.

—Sí, exacto.

—Dagny, la lista ha crecido.

—¿Hasta cuántos?

—Veinticinco. Hizo una pausa. —Que yo sepa.

—¡Jesús! Lo dijo sin pensar, olvidando por un instante que hablaba con un sacerdote.

Iba rápido, aunque tal vez solo lo pareciera con la capota bajada. Dagny solo había estado en un descapotable una vez, en una cita del instituto con un chico que luego presumió de cosas que no habían pasado. Desde entonces, le tenía tirria a los descapotables. Pero Diego no era ese chico, y era algo que tenía que recordarse.

—Una hora hasta Bilford —gritó, aunque el viento se llevaba sus palabras.

—¿Qué?

—Una hora —repitió—, pero cuando llegues te sentirás a años luz de todo.

Recorrieron los suburbios del norte de Dayton, pasando por centros comerciales y fábricas, algunas abandonadas. Bajo un cielo plomizo, todo parecía sacado de esas imágenes de archivo que usan los políticos en anuncios negativos. Dagny recordó un estudio sorprendente: los estudiantes tenían más probabilidades de aceptar una plaza en una universidad si la visitaban en un día nublado. Nadie sabía por qué, pero el autor sugería que el mal tiempo hacía que las actividades académicas parecieran más atractivas. A ella le

sonaba a tontería, aunque había llovido el día que visitó la Universidad Rice, su alma mater. Pero nada de aquella grisura en el norte de Dayton hacía que algo pareciera atractivo ahora.

Una gota de lluvia le dio en el brazo. —Empieza a llover —dijo.

—Creo que podemos escaparle —dijo. Pero ya estaba diluviando cuando terminó la frase.

Dagny se desabrochó el cinturón y metió los dedos bajo el cierre que cubría la capota, pero no se movía. Él detuvo el coche al borde de la carretera y se giró. —Hay que moverla un poco. La compuerta cedió, y los dos sujetaron la cubierta al marco del parabrisas.

—Espera —dijo, saltando del coche para asegurar el cierre. Al volver, el agua de su pelo empapado le resbalaba por la cara.

Dagny soltó una carcajada.

—¿Qué tiene de gracioso?

Asintió.

—Quizá un poco —dijo, devolviéndole la sonrisa. Reanudó la marcha y se dirigió hacia Bilford.

Al cruzar el límite del condado, un cartel mostraba al sheriff Don, de aspecto fornido y con bigote, señalando con el pulgar por encima del hombro. **No Hay Lugar Como**

—Muy sutil —comentó Dagny. Había descargado el libro del sheriff en su iPad y le había echado un vistazo en el avión. Era más o menos lo que esperaba.

—Hay uno en cada carretera principal que entra o sale del condado de Bilford. Y también en cada acceso a la ciudad. Diego salió de la carretera principal y tomó una secundaria.

—¿Adónde vamos?

—A hacer camping.

El patio estaba rodeado por una valla de alambre de púas de unos dieciocho metros de altura, electrificada según advertían los carteles colocados aquí y allá. Dentro, las tiendas estaban dispuestas en diez filas de diez. Los presos llevaban monos grises con sujetadores rosas chillones encima. Cada uno blandía una pala con la que cavaba hoyos en el barro. Diego se detuvo junto a la valla. —Duermen cuatro por tienda, aunque la mitad están vacías. A las

cinco de la mañana empiezan a cavar; a las nueve rellenan los hoyos; a la una vuelven a cavar, y así todo el día.

—Esto debería ser una prisión preventiva, ¿no? Tras la sentencia, los envían a prisión.

—Excepto que la prisión está llena, así que devuelven a los pequeños delincuentes aquí tras la sentencia. Ladrones, carteristas, pero también morosos en la pensión alimenticia. Y si no tienes papeles, te retienen aquí hasta que ICE decida qué hacer contigo. Puede llevar meses.

Un relámpago iluminó el cielo. Dagny miraba a los hombres cavando en el barro. Cuatro guardias, bajo paraguas transparentes, los vigilaban armados. Uno de los presos resbaló; un guardia lo agarró del brazo, lo izó y le hizo señas para que siguiera cavando.

—¿Por qué se quedan aquí?

—¿Te refieres a los presos?

—A los indocumentados. ¿Por qué se quedarían en Bilford County?

—Porque es su hogar. Tienen familia y amigos aquí. Es una comunidad de verdad. Y porque irse sería darle la victoria al sheriff Don. Somos cabezotas, en eso no hay quien nos gane. Además, los del presidente no dejan de prometer amnistía. Da la sensación de que el alivio está al caer. Claro, llevan años diciéndolo. Pero no te equivoques: mucha gente ya se ha ido, sobre todo a condados vecinos, aunque eso puede que no dure ahora que el sheriff Don ha amenazado con ir a por ellos allí.

—No tendría jurisdicción.

—Tiene un acuerdo con ICE para colaborar en operaciones de inmigración federal. Aunque no lo ha puesto a prueba, asegura que eso le da potestad para hacer redadas allí donde rija la ley federal. Uno de estos días lo intentará, porque ser el rey de Bilford no le basta a este tipo.

—¿Qué pretende?

—Ni idea. El Senado, supongo. O un show de televisión. Más poder, más dinero, o las dos cosas. Apuesto a que acabará en prisión por alguna fechoría financiera.

—A Capone lo pillaron por los impuestos. —Dagny miró su reloj —. Esto es interesante, pero no me sirve para armar un caso. Ya era hora de seguir adelante.

—Claro. —Diego arrancó el coche y enfiló hacia la carretera—. Seguro que ya nos están esperando.

Intentó preparar a Dagny para el encuentro con las familias, dándole consejos uno tras otro. «Tienen miedo. Escucha más de lo que hablas. Sonríe. No prometas nada que no puedas cumplir; sus esperanzas ya están muy tensas. Ten paciencia: no dominan bien el inglés. Y sobre todo, sonríe». No hacía falta decirle nada de eso —su trabajo era hablar con gente. Sabía cuándo presionar y cuándo calmar. Pero entendía por qué él necesitaba decírselo.

Recorrieron las estrechas carreteras secundarias del condado de Bilford, pasando por Madison y Zakes, hasta llegar a Cleves, un pueblo que parecía hecho de polígonos comerciales y restaurantes de comida rápida. Diego entró en el aparcamiento de John Sanders Ford y dio la vuelta hasta la parte de atrás.

—¿Nos reunimos aquí?

—Sí. Apagó el motor, cogió un paraguas del suelo y salió. Rodeó el coche, abrió la puerta y sujetó el paraguas sobre ella. Dagny tomó su mochila y se dejó guiar hasta una gran puerta metálica de garaje. Junto a la puerta había un intercomunicador; pulsó el botón.

—¿Sí? —sonó una voz grave.

—Pez espada —dijo Diego.

La puerta del garaje empezó a subir. Entraron y se cerró tras ellos. De un vistazo, Dagny calculó unas sesenta personas sentadas en cinco filas de sillas plegables, dispuestas en semicírculo. Un hombre fornido, con traje, se acercó y le tendió la mano.

—Me llamo Juan Sánchez —dijo. Luego alzó la voz para que todos lo oyeran—. En nombre de las familias reunidas aquí, quiero darle las gracias por venir. Somos una comunidad hundida, como podrá imaginar. Aquí hay gente que ha perdido hijos, padres, hermanos, amigos. Estamos acostumbrados a vivir en la sombra, pero esto es distinto. Usted es la única luz que hemos visto. Gracias por venir.

La gente aplaudió. Algunos lloraban. Una mujer mayor se levantó y le llevó a Dagny una bolsa de papel marrón. Dijo unas palabras en español; Diego tradujo: —Por si tiene hambre, le ha hecho estos tamales.

Dagny asintió. —Gracias. Muchas gracias.

—Auténticos —dijo la anciana.

—Son auténticos —tradujo Diego.

—Ya lo he pillado —murmuró Dagny. Avanzó hasta el centro de la primera fila y escudriñó los rostros de la gente, que iban de los quince a los ochenta años, según calculó. Todos se habían puesto sus mejores galas. Las mujeres llevaban maquillaje, los hombres, corbata. El pelo estaba bien peinado, cepillado, con raya al medio. Hasta la postura era formal.

—No tengo mucho tiempo . . .

Una joven se levantó. —Yo . . . —Dudó, buscando las palabras, y sacó de su bolso un jersey de punto, ofreciéndoselo a Dagny—. Para usted. Gracias.

Dagny se acercó y tomó el jersey. —Gracias. Pero de verdad, no hacía falta.

Un hombre mayor se levantó. Sonrió, se agachó y sacó un jarrón lleno de rosas. —Para alegrarle la estancia —dijo.

Dagny tomó el jarrón y lo puso junto al jersey y la bolsa de tamales. Miró a Diego; él se encogió de hombros. Se volvió hacia la multitud. —Cuando desaparece alguien, el tiempo corre. Necesito información, toda la que puedan darme, y cuanto antes mejor. Para cada persona desaparecida, necesito lo siguiente . . .

—Por favor —dijo Diego—. Tienes que hablar más despacio, para que yo pueda traducir.

—*Lo siento* —dijo Dagny. Repitió su introducción haciendo pausas adecuadas, y él tradujo cada parte—. Tenemos que hablar de cada uno de los desaparecidos por separado, y no quiero pasar al siguiente hasta no haber agotado todos los detalles del anterior—. Empecemos por Emilio Garza. ¿Quién puede dar información sobre él?

Una mujer de mediana edad se levantó. —Soy Rosa Garza —dijo en un inglés perfecto—. Soy la madre de Emilio. Es mi niño.

Dagny abrió su mochila y sacó su iPad, un dispositivo que el Buró no había proporcionado ni autorizado. Diego le trajo una silla y una mesita, y ella se sentó a escribir. Abrió una aplicación de notas, seleccionó una hoja en blanco, escribió *Emilio Garza* y lo subrayó, dejó dos líneas en blanco y añadió *Rosa G.—Mamá*. —¿Cuál es su fecha de nacimiento?

—3 de junio de 1998.

Dagny lo anotó en su iPad. —¿Ha traído fotografías?

Rosa asintió y entregó una pequeña pila al hombre que tenía delante, quien la fue pasando entre la gente hasta Dagny. En total había ocho fotografías. Emilio era un joven apuesto, con el pelo rizado y una complexión delgada, casi enjuta, con una postura que parecía forzada. Dagny colocó las fotos sobre la mesa que tenía delante y usó el iPad para hacer una imagen de cada una. Añadió las fotos a la página de Emilio en su cuaderno digital y alzó la vista hacia la mujer. —Háble me de él, Rosa.

—Su padre murió cuando tenía trece años, así que nos mudamos aquí para estar más cerca de mi hermano, que nos mantuvo hasta que lo deportaron. Yo hago trabajos de media jornada donde los hay, pero Emilio es el que trae el dinero a casa. Me mantenía a mí y a sus hermanitas trabajando para Arden Masonry durante un par de años, y cuando eso se acabó, empezó a hacer jornadas sueltas aquí y allá. Acepta dos o tres trabajos al día si hace falta. No tiene tiempo para salir con chicas ni para divertirse. Le digo que trabaja demasiado, pero responde que es joven y que ya habrá tiempo para eso más adelante. Quiere asegurarse de que sus hermanas estén bien.

»Cuando llegaba tarde, yo me quedaba despierta en la cama esperando a que entrara. Una noche oí el clic del pestillo y Emilio entró de puntillas. 'Te quiero, mamá', me dijo, y luego se fue a su habitación a dormir. Fue la última vez que lo vi. A la mañana siguiente, salió antes del amanecer a buscar más trabajo —empezó a llorar—. Nunca lo volví a ver.

Era una historia conmovedora, pero en sus notas Dagny solo anotó Arden Masonry. Necesitaba datos concretos, así que le pidió a Rosa la fecha de su desaparición, otros empleadores, los nombres y

direcciones de sus amigos, su número de teléfono y la compañía telefónica. Cuando Rosa ya no pudo responder, Dagny se dirigió al resto de la gente. Una joven señaló que Emilio salía con su amiga: el tipo de cosas que a menudo se les escapan a las madres. Dagny anotó el nombre de la amiga y sus datos de contacto. Otra persona mencionó que Emilio tenía deudas de juego. Probablemente había más que no se atrevían a decir delante de su madre. Normalmente, un agente jamás haría entrevistas en grupo, pero había veinticinco personas desaparecidas y solo contaba con dos días para hacer algo al respecto.

Tras agotar toda la información posible sobre Emilio, preguntó por otros jóvenes desaparecidos. La tarea le llevó varias horas, pero logró reunir una recopilación bastante completa de fotografías y datos. El mayor tenía veintisiete años; el más joven, dieciséis. Nueve estaban casados. Once eran padres. La mayoría había terminado la secundaria. Todos habían trabajado como jornaleros. Ninguno parecía tener antecedentes penales. Todos tenían teléfono móvil, pero por desgracia solo tres usaban iPhone, lo que complicaría las cosas. Ella sabía cómo manejar los iPhones.

Notó que trece de los hombres habían desaparecido el mismo día, hacía algo más de una semana y media. Otros diez habían desaparecido cuatro días antes. Era probable que se hubieran llevado en grupo.

Cuando ya no quedó nada que aportar, Dagny agradeció al grupo su tiempo y empezó a recoger sus cosas. Nadie se levantó de su asiento. Miró a Diego, quien dio un paso al frente y dijo unas palabras en español demasiado deprisa para que ella entendiera nada. Aun así, nadie se movió. Diego se acercó y le susurró: —Creo que necesitan más.

Dagny dejó la mochila sobre la mesa y observó a la multitud. Todos tenían los ojos fijos en los suyos, buscando algo. Se había equivocado al juzgarlos. No solo sentían tristeza y desesperación, también miedo. Buscaban esperanza.

—La información que han aportado nos será de gran ayuda —dijo. Una mujer de la primera fila rompió a llorar. Dagny tenía que hacer más.

—He resuelto muchos casos con menos información que esta —aunque mientras lo decía sabía que esas palabras eran poco reconfortantes. Otros también empezaron a llorar—. Encontraremos a estos chicos.

Un hombre se frotó los ojos; otro bajó la cabeza entre las manos. La primera mujer ahora sollozaba sin control.

—Los encontraré —dijo—. Los encontraré.

Era algo terrible de decir. No podía encontrarlos en dos días. Y después la apartarían del caso, y nadie los encontraría. Les había dado esperanza, pero era falsa. Así que cuando se le acercaron para abrazarla, sintió como si un nudo corredizo se cerrara alrededor de su cuello.

Tras la reunión, Dagny y Diego localizaron a las familias de los tres hombres que usaban iPhone. Uno de ellos no tenía acceso a un ordenador. Fueron a casa de los otros dos, y ella examinó sus portátiles, pero no encontró lo que buscaba. Dejó a Diego en su casa y se puso en marcha hacia el motel. Su iPhone sonó. Un mensaje de Victor decía: Cumplí mis puntos. Lo enviaba cada noche. Aunque fingía ser un indicador de su propio progreso, en realidad era un recordatorio amable para que ella no descuidara el suyo.

En 1961, una mujer en un supermercado le miró la barriga a Jean Nidetch y le preguntó cuándo iba a dar a luz. No estaba embarazada. Avergonzada y frustrada por su peso, Jean empezó a hacer dieta. Aislada en su lucha, invitó a amigas con los mismos problemas a su casa en Queens para hablar de sus dificultades con el peso y sus intentos por adelgazar. La reunión tuvo éxito, y las asistentes volvieron la semana siguiente, y la otra, trayendo cada vez a más amigas. Cuando el grupo se quedó pequeño en su salón, alquiló una sala sobre una sala de cine y cobró dos dólares por entrada. Las más valientes se pesaban en una báscula que ella llevaba a cada encuentro, para poder medir y celebrar los avances. Como todos vigilaban su peso, bautizó al grupo como Weight Watchers. Tras dos años de reuniones, se asoció con un empresario llamado Albert Lippert para convertir en negocio la idea de perder

peso en grupo. Diez años después, vendieron la empresa a H. J. Heinz Company por 71,2 millones de dólares. Gracias al programa, Jean Nidetch perdió treinta y dos kilos y se convirtió en millonaria.

En la década de 1990, Weight Watchers desarrolló su sistema de puntos propio, que fue perfeccionando con los años. A cada alimento se le asignaba un valor calculado mediante una fórmula que tenía en cuenta su contenido de grasas, carbohidratos, proteínas y fibra. A los miembros se les asignaba un número máximo de puntos diarios, en función de su edad, estatura y peso deseado. Llevar la cuenta de esos puntos era tedioso, pero eficaz. Al anotar todo lo que comían, los miembros se aseguraban de mantenerse en camino de alcanzar sus objetivos de adelgazamiento.

El sistema de puntos de Weight Watchers fue creado para ayudar a perder peso, no para que los anoréxicos *mantuvieran* el suyo, pero eso era exactamente lo que Dagny hacía con él. Victor, que necesitaba quitarse unos kilos, era su cómplice dispuesto. Mientras él seguía la dieta desde arriba, ella la manipulaba desde abajo. Se suponía que se controlaban mutuamente, pero, en realidad, era él quien asumía casi todo el esfuerzo.

Quería pesar 57 kilos. Para mantenerlo, debía consumir veintiséis puntos de comida al día. Si salía a correr —y solía hacerlo —, necesitaba veinte más. Era una manera casi científica de controlar su peso. O, al menos, todo lo científica que el programa le permitía. Como Weight Watchers no consideraba saludable ese peso para una mujer de 1,75, había registrado su altura como 1,65 en la web. Eso falseaba todos los cálculos.

Una app de Weight Watchers para iPhone le servía para consultar los puntos de los alimentos y llevar la cuenta mientras estaba fuera. Abrió la app en el móvil y miró la pantalla: cero. Seguro que había comido algo ese día, ¿no? La bolsa de cacahuetes del avión. Buscó su valor: dos puntos. Le faltaban veinticuatro para completar la jornada. Un paquete de tamales le habría bastado, pero se los había dejado en el concesionario.

Se metió en el parking de una gasolinera Shell, aparcó el coche de Diego y entró en la tienda. En los congeladores, tres estantes enteros estaban llenos de helados. Cogió un Chubby Hubby de Ben

and Jerry's y leyó la información nutricional del lateral. 330 calorías y 20 gramos de grasa por ración: era suficiente. Pagó, agarró una cuchara de plástico de una caja y condujo hasta el Bilford Motor Inn. Tras hacer el check-in, subió con la maleta y la mochila por las escaleras hasta la segunda planta y encontró su habitación. En cuanto entró, se metió en la cama, encendió la tele y se comió casi toda la tarrina. Era un cierre perfecto para un día emocionalmente agotador.

CAPÍTULO 13

Adelmo Fox estaba sentado en una manta, en lo más profundo del bosque, esperando a una chica. Pulsó el botón para encender la luz de la esfera de su reloj: las doce y veinte. Llevaba veinte minutos de retraso. Una brisa le atravesó entre los árboles y se estremeció, ojalá se hubiera llevado la chaqueta. Su madre se la habría obligado a coger si hubiera sabido dónde estaba, y si le hubiera permitido ir. Claro que jamás se lo habría consentido —ni en una noche de entresemana, ni con esta chica, ni mucho menos con tantas personas desaparecidas en las últimas semanas.

A los dieciséis, Adelmo tenía claras algunas cosas: Kurt Vonnegut era el mejor escritor de la historia de la literatura estadounidense; las empanadas de su madre eran pura alegría del cielo; y él estaba perdidamente, locamente enamorado de Jessica. Lo sabía porque entraba en su perfil de Facebook treinta veces al día solo para verla, porque se pasaba doce veces seguidas escuchando sus mensajes de voz, y porque cada vez que ella le cogía la mano, sentía una descarga eléctrica que le recorría todo el cuerpo.

El viento arreciaba, silbando entre las ramas. Abrió el termo, sirvió una taza de chocolate caliente y dio un trago. El calor le llegaba, pero no era comparable al de una chica de dieciséis. ¿Dónde se habría metido Jessica?

Su madre le había advertido contra las chicas americanas, pero ella no entendía que él era un chico americano. Cuando lo cruzó en la frontera, solo tenía dos años. Todos sus recuerdos eran de Estados Unidos. Solo su piel y su nombre eran mexicanos; todo lo que llevaba dentro era puro Estados Unidos. Aquello la volvía loca. Intentaba meterle en la cabeza la cultura, la música y el idioma mexicanos, pero nada cuajaba.

—¿Para qué mudarse aquí si luego quieres seguir viviendo allí? —solía decirle Adelmo.

—¿Para qué tener un espejo si no te miras en él? —respondía ella. No tenía sentido.

Dio otro trago al chocolate. Ya eran las doce y media. Jessica siempre se retrasaba. Era una de sus cosas: dejar desabrochados los tres primeros botones de la blusa, o olvidarse de su cumpleaños aunque él llevase una semana hablando del tema. Sonrió al recordarlas, pero enseguida se le borró la sonrisa. Sí, siempre llegaba tarde, pero esto era demasiado. Quizá su padre la había pillado saliendo. El pensamiento le invadió el pánico. Miró el iPhone. No había mensajes. No se atrevía a escribirle: justamente por eso lo tenían castigado. Pulsó el icono de Facebook y abrió su perfil. No había nada nuevo desde por la tarde.

El sonido de unos pasos a lo lejos le subió el ánimo. Metió la mano en el bolsillo y notó el anillo. Un diamante de medio quilate en un aro de oro: dos meses de trabajo, según le dijo la dependienta, que así era lo normal. Dos meses de trabajo: una docena de céspedes cortados, treinta paredes pintadas y dos fines de semana en una empresa de mudanzas.

En la negrura del bosque, ni un destello salía de las facetas del diamante, así que recorrió con las yemas de los dedos sus bordes lisos para confirmar que era real. Le parecía . . . pequeño. Más que un guisante. Más que una pulga. Como una mota de polvo, como un microbio. Jessica merecía una bola de bolos; él solo le ofrecía un átomo. Era lo máximo que podía darle. El resto tendría que hacerlo su amor.

Se arrodilló y gritó en la oscuridad:

—¿Jessica?

Los pasos se pararon en seco.

—¡Jessica!

Una figura salió disparada hacia él. Galopando —cada pisada repiqueteando sobre las hojas más rápido de lo que parecía posible. Gruñidos. Rugidos. Se abalanzó sobre él con colmillos al aire, hocico adelante. Se estrelló contra su pecho y lo tiró de espaldas. El perro hundió los dientes en la parte alta del brazo derecho. Adelmo gritó de dolor, luego golpeó con el puño izquierdo en el vientre del animal

hasta que lo soltó. El perro retrocedió unos pasos, pero volvió a la carga, arañándole las piernas. Le propinó una ráfaga de patadas que apenas lo frenaron, y entonces soltó un alarido de loco, salvaje, que sí funcionó. El perro huyó.

Una oleada de adrenalina le recorrió el cuerpo. Saltó y alzó el puño. El movimiento le provocó un dolor punzante en el brazo. Puso la mano izquierda sobre la herida para contener la sangre, y cuando no sirvió, rasgó una tira de la manta y se la ató al brazo. Se sentó y enterró la cara entre las manos. Cerró los ojos. Aquella iba a ser la noche más mágica de su vida, y ahora sangraba, probablemente tenía rabia, y Jessica llegaba con una hora de retraso.

Se acordó del anillo.

¿Dónde estaba? Se dejó caer al suelo y acercó la cara para buscarlo, pero no se veía nada. Pasó los dedos por la hierba, al principio con desesperación, luego, tras un instante de calma, con método, como una máquina segadora avanzando entre tallos de maíz. No sirvió de nada. Sacó el móvil, encendió la linterna, se tumbó boca abajo y acercó la luz a la hierba, escudriñando bajo cada brizna enredada el brillo del diamante. Tanta concentración le exigía que no se dio cuenta de que Jessica estaba allí hasta que oyó su voz.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella, erguida sobre él.

Él gritó y rodó sobre sí mismo.

—¿Jessica?

—¿Qué tienes enrollado en el brazo? ¿Es una especie de símbolo de pandillero?

—No —negó con la cabeza—. Un perro me atacó . . .

—Adelmo, no puedo quedarme. Tengo que volver en media hora . . .

—¿Tu padre?

—Ni siquiera iba a venir. Solo vine para decírtelo en persona.

—¿Decirme qué? —Se incorporó, pero siguió palpando la hierba a ciegas detrás de la espalda, buscando el anillo.

—Jesús, Adelmo, ¿es lo que estés buscando más importante que esta conversación?

—No, por supuesto que no —dijo, llevando las manos al regazo y cruzándolas—. Siéntate, Jessica. Por favor.

Ella no se sentó.

—Mira, solo quería decirte que ha estado bien, y todo lo demás, pero los dos sabemos que no funciona. Así que . . .

—No, Jessica, funciona. Todo va bien.

—¿Crees que está bien que te trate como mierda?

—No lo haces, Jess. Quiero decir, da igual, porque te amo.

Ella se rio. Dolió más que el mordisco del perro.

—Te dejé tocarme las tetas. ¿Y crees que eso es amor? Dios mío, Adelmo. —Se dio la vuelta y se alejó, perdiéndose en la oscuridad.

—¿Jessica? —dijo en voz baja, como si hablara al vacío. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, dio media vuelta y empezó a buscar el anillo entre la hierba.

Y allí estaba, solo en el bosque oscuro, con un brazo ensangrentado, buscando el anillo por el que había gastado todos sus ahorros para pedirle matrimonio a la chica que acababa de dejarlo a él. Empezó a reír y a llorar a la vez. No podía irle peor, y hasta había algo de risible en la situación.

Dejó de reír al recibir un golpe en la cabeza con la pala.

Cuando Adelmo despertó, tenía la cabeza pesada. Poco a poco, fue recuperando el sentido. Tenía los ojos vendados y colgaba boca abajo de una cuerda atada a los tobillos. Las muñecas las llevaba atadas a la espalda. Un dedo lo tocaba una y otra vez, obligándolo a oscilar: primero alejándose de la voz del hombre, luego acercándose de nuevo.

—Tú —dijo la voz del hombre— has pasado un mal día.

Adelmo intentó hablar, pero la mordaza que llevaba en la boca se lo impidió.

—Ese día está a punto de empeorar.

El hombre lo empujó con la palma de la mano, y Adelmo osciló más alto.

—Déjame describirte la situación. Estás en lo alto de un silo de hormigón de dieciocho metros, colgado sobre un agujero circular que desciende hasta un suelo de hormigón cubierto de cadáveres en descomposición. Algunos en mi lugar harían de esto un juego y te darían una oportunidad. Yo no soy así. No tienes ninguna posibilidad de escapar. Vas a morir.

A Adelmo le pareció que debía de estar soñando: cosas así no pasaban en la realidad. De un momento a otro, su madre lo despertaría para ir al colegio.

El hombre suspiró y lo empujó con más fuerza, haciendo que su cuerpo describiera una figura en forma de ocho.

—Me fastidia tener que hacer esto por tu culpa.

El hombre volvió a empujarlo, con más fuerza. Si lograba soltar una mano, tal vez pudiera golpearlo cuando el balanceo lo acercara. Movió las muñecas con fuerza, pero la cuerda estaba demasiado apretada.

—Si no hubiera tantos como vosotros, esto ni siquiera sería necesario. A nadie le importaría, pero hay demasiados como tú. —Lo empujó de nuevo.

—Ni siquiera te buscaba. Ni siquiera buscaba a nadie, pero ahí estabas, como si me esperaras. Una puñetera pérdida de mi tiempo.

Adelmo oyó un golpe —la pala, pensó. El hombre la descargó con fuerza, y el filo metálico le desgarró la espalda. El dolor fue instantáneo, y supo que no estaba soñando.

El hombre lo inmovilizó y luego le quitó la venda. Frente a él, al revés por su posición, apareció un hombre alto y delgado. Sostenía unas tijeras de podar en las manos.

—Creo que bastarán tres apretones para cortar la cuerda.

Le bastaron dos. Y entonces Adelmo cayó.

CAPÍTULO 14

En New Bilford había un Courtyard by Marriott, un Hampton Inn, un Holiday Inn Express y un Residence Inn, todos a menos de medio kilómetro. Cada uno de esos hoteles tenía menos de siete años y ofrecía sábanas limpias, almohadas hipoalergénicas, desayuno caliente gratis y conexión Wi-Fi. Tres de ellos ofrecían aperitivos por la tarde para viajeros de negocios, con tiras de pollo o patatas rellenas. El cuarto servía galletas recién hechas con leche cada noche en la biblioteca. Había ejemplares gratis del *USA Today* para quien quisiera. Si a un huésped se le olvidaba el cepillo de dientes, la recepción tenía uno a mano. Todos los televisores eran de plasma y llevaban HBO o Showtime. En cada mesita de noche, un despertador permitía acoplar y cargar el iPhone. Cada hotel cumplía a la perfección con lo básico: comodidad sin sobresaltos. Pero Dagny no se alojaba en ninguno.

Dagny se alojaba en el Bilford Motor Inn, el único hotel del centro de Bilford. Al menos la mitad de las veintinueve habitaciones parecían alquiladas semanalmente a hombres desaliñados y ruidosos. Imaginó que la mayoría habían sido echados de casa por sus mujeres por cosas graves. Las otras dos mujeres del motel iban vestidas con ropa harapienta y el rostro cargado de maquillaje. Deducía que serían drogadictas, prostitutas o ambas. Como las paredes eran finas, la habían despertado varias veces gritos, sollozos y gemidos de las habitaciones de al lado.

El motel no anunciaba desayuno caliente; ni siquiera prometía agua caliente, y eso ya era demasiado decir. No había periódicos, y el televisor no era de plasma. El despertador de la mesita no cargaba el iPhone, y ni siquiera sonó a las cuatro, como lo había puesto. Así que fue una llamada a las cinco lo que al final la despertó. Alcanzó la mesita, cogió el móvil y lo pegó a su cara. Era el Profesor. Pasó el pulgar por la pantalla para contestar.

—Gracias por despertarme —dijo.

—Es hora de volver a casa. Vamos a encargarnos del caso de Victor —dijo él.

—El miércoles me diste dos días para traerte resultados.

—Sí. Y no los has traído.

—Apenas ha pasado un día.

—Miércoles y jueves. Eso son dos días.

—No llegué hasta ayer por la tarde. Dos días son jueves y viernes. Hoy aún me queda todo el día.

—El miércoles fue el primer día. Ayer fue el segundo. Ya está.

—Ni hablar. Así no se cuentan los días.

—Pues yo cuento así, punto.

—Imagina que mañana es tu cumpleaños.

—¿Para qué?

—¿Dirías que tu cumpleaños es dentro de dos días? —Como no respondía, ella misma respondió—. No. No lo dirías. Dirías que es mañana.

—Digamos que tienes un centavo y te doy otro. ¿Tendrías dos centavos? —respondió el Profesor.

—Sí, pero . . .

—Pues a mí no me interesan tus dos centavos. Vamos a encargarnos del caso de Victor.

—¿Por qué? Esto es más importante. Podemos esperar un par de días.

—No, no podemos —gruñó. Tras un largo silencio, bajó la voz—: El Director nos ha ordenado encargarnos del caso de Victor.

—¿Qué? ¿Cómo se enteró?

—Ayer tuve que informarle del caso Benny, y exigió que le dijera qué haríamos después. Mencioné el caso de Victor, y él . . .

—¿Lo aprovechó?

—Al Director le importa más el dinero que a mí. —Hizo una pausa—. Así que te necesito de vuelta en DC ya mismo.

Después de hablar con las familias de los desaparecidos, no podía irse.

—Tengo que quedarme. Lo siento.

Hubo un largo silencio, como el que precede al silbido de una tetera al hervir.

—Maldita sea, Dagny. Soy tu jefe, tú estás bajo mis órdenes. Puede que no me guste la decisión del Director, pero ya está tomada: voy a cumplirla, y tú vas a cumplir las mías.

—Anoche estuve frente a una sala llena de familias destrozadas y les prometí ayuda. No puedo abandonarlas.

—No tenías autoridad para hacerles promesas. Fue una imprudencia, y fue despiadado —sí, despiadado, Dagny— darles una esperanza así.

—Si hubieras estado allí con ellas, habrías hecho lo mismo.

—Hay un vuelo a las 14:35 de Dayton a DCA . . .

—Profesor, me quedo.

—Dagny, por favor . . .

—Lo siento, Profesor. —Sabía que lo ponía en una situación difícil—. No voy a ceder, pase lo que pase.

Él suspiró.

—No me dejas otra opción, Dagny. Te suspendo sin sueldo.

—Es justo —dijo ella.

—Mientras estés suspendida, no tienes autorización para actuar en nombre de la Oficina. Queda claro: no tienes autoridad legal.

—Entendido.

—Permanecerás suspendida hasta que decida reincorporarte. Se incluirá un informe en tu expediente por insubordinación.

—No esperaría menos.

—Y no te pagaré ningún gasto.

—Tampoco lo hiciste la última vez.

—Esto va en serio, Dagny.

—Lo sé, profesor. Pero lo de Bilford . . . es mucho más grave.

—Estoy muy enfadado contigo, Dagny.

—Lo sé.

—También estoy orgulloso de ti —colgó.

Se levantó de la cama y se dio una ducha, todo lo larga que pudo soportar, mientras repasaba lo ocurrido. El profesor le había

concedido un respiro, de la forma más propia de él: la suspensión era real, como también lo eran su enfado y su admiración. Pero, al mismo tiempo, le estaba dando vía libre para seguir investigando. Ella sabía que el puesto era menos importante que la misión, y él también.

La suspensión, en lo referente a la investigación, era un inconveniente, no un impedimento. Aunque no tuviera permiso, seguiría enseñando su placa cuando hiciera falta. Conseguir una orden o usar el laboratorio forense quedaba descartado. Pero si encontraba unos cuantos cadáveres, todo cambiaría. Con un mínimo gesto de arrepentimiento, levantarían la suspensión. El profesor ignoraría la investigación de Victor y pondría toda su atención en Bilford. Las cosas volverían a su cauce.

Siempre y cuando encontrara unos cuantos cadáveres.

Era un milagro, en realidad, que alguien diera con un cadáver. Había 2.300 millones de acres de tierra en Estados Unidos. Si alguien quería esconder un cuerpo, tenía donde hacerlo. Pero la mayoría de los asesinos eran perezosos, estúpidos o, simplemente, querían que los pillaran; por eso la gente encontraba cadáveres a diario.

El agua estaba demasiado fría y sucia como para seguir con la ducha. Cerró el grifo, cogió una toalla y se secó.

Ya era tarde para salir a correr. Se vistió, cogió la pistola y el bolso y cerró la puerta de su habitación en el motel. De pie en el rellano del segundo piso, veía el sol asomarse tras las copas de los árboles. Bajó corriendo las escaleras metálicas hasta el aparcamiento, subió al coche de Diego y arrancó. En casa, su Prius apenas emitía un zumbido al pulsar el botón de encendido, pero el Corvette rugía. «Un coche debería parecerse más a un arma que a un ordenador», pensó. Podría acostumbrarse al Corvette.

Diego estaba sentado en los escalones de su casa cuando ella llegó. Le sonrió y subió al asiento del copiloto. —¿Pudiste dormir algo?

—Lo suficiente. ¿Dónde se suelen reunir los jornaleros?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Nunca he contratado a ninguno.

—¿Quién lo sabría?

Se quedó callado, con la mirada perdida. No era una respuesta alentadora.

—Vamos, Diego. Llevas dos años aquí.

Sacó el teléfono. —Voy a probar a llamar a Gabino. Creo que él se encarga de eso. Marcó y se llevó el móvil a la oreja—. *Hola*, *¿Gabino?* Una ráfaga de español cruzó entre ellos, y colgó. —Fowler Road, desde la 183. Junto al gran sicómoro.

Dagny introdujo Fowler Road en el GPS del móvil y se puso en marcha. —¿Quién es Gabino? —preguntó.

—Es uno de mis favoritos. Tiene diecinueve años. Se graduó con un 4,2. Tiene créditos AP en cálculo, historia mundial, gobierno, inglés y más. Un chico brillante.

—¿Y es jornalero?

—Su madre tiene lupus. Está siempre enferma y no tienen seguro médico. Él la cuida y ahorra lo poco que le queda para la universidad.

—¿No puede conseguir una beca?

—Solo hay un puñado de becas para jóvenes indocumentados. Y no podría dejar a su madre, aunque consiguiera una.

—¿Así que ahora se pasa las mañanas junto a un árbol, esperando que alguien lo contrate para cortar el césped?

—Excepto los domingos, que va a misa. Nunca falta.

—¿Cómo puede creer en Dios con una vida así?

—¿Tú no crees en Dios, Dagny?

—Soy una judía agnóstica.

—Y yo un sacerdote ateo —respondió Diego—. Así que no andamos tan lejos. Pero Gabino no puede permitirse el lujo de no creer. Eso solo se lo pueden permitir los que tienen de sobra.

—Tú tampoco vives precisamente en la abundancia, Diego —ella tendría que hablar de aquella extraña confesión más tarde.

—Estoy completamente libre de cargas, Dagny. No hay ni un alma que dependa de mí. Soy menos significativo que el aleteo de una mariposa. Si desapareciera mañana, no cambiaría nada.

Fowler Road era un camino de grava que parecía extenderse entre la nada y el vacío. A mitad de camino había, en efecto, un gran sicómoro, y tres jóvenes estaban bajo él. En cuanto vieron el Corvette, echaron a correr hacia la cuneta.

Dagny se detuvo en el arcén y apagó el motor. —Espera aquí —dijo Diego, y desapareció en la cuneta. Tres hombres eran pocos, y eso la preocupaba.

Al cabo de un minuto, subió corriendo el talud y le hizo señas para que bajara del coche. —Tuve que explicarles por qué estás aquí —dijo. Ella asintió y lo siguió hasta la cuneta.

Los tres jóvenes estaban agrupados, en actitud cerrada, con los dos más retraídos detrás del más decidido. Todos parecían más jóvenes de lo que esperaba. Adolescentes, desde luego.

—Soy la agente especial Dagny Gray. Estoy investigando la desaparición de varios jóvenes en esta zona.

—El padre Vega ya nos lo dijo —intervino el primero—. Me llamo Paco. Le tendió la mano y ella se la estrechó. —Estos chicos —señaló a sus amigos— son Francisco y Romeo. Ambos asintieron, pero no ofrecieron la mano.

—¿Aquí es donde buscáis trabajo?

—Antes todos nos juntábamos en el aparcamiento detrás de Lowe's o de la tienda U-Haul. Pero el sheriff Don desalojó esos sitios y amenazó con detener a los responsables si volvían a dejarnos entrar. El punto ha cambiado varias veces desde entonces, pero siempre está junto a una carretera pública; no queremos meter a nadie en problemas. Este sitio es bueno porque la gente que busca contratar sabe que tiene que parar junto al árbol, y porque podemos escondernos en la cuneta si hace falta. El sheriff Don no nos ha echado, así que suponemos que todavía no lo sabe.

—¿Encuentras trabajo todos los días? —preguntó Dagny.

—No, señora. Hoy en día ya es mucha suerte si pillas trabajo tres días a la semana. Antes, si querías, trabajabas los siete. —Miró el reloj—. Son las siete y media. Podemos esperar hasta las ocho y media, pero si para entonces no hay nada, ya no habrá nada.

—¿Por qué solo estáis tres?

Se encogió de hombros. —Muchos de nuestros amigos han desaparecido. Los demás tienen miedo. Hace una semana más o menos tenía que estar aquí, pero tuve que ayudar a mi madre con una emergencia y no fui. Todos los que fueron ese día han desaparecido. Mi primo, Carlos Nuevas, era uno de ellos. Yo también habría desaparecido si hubiera ido.

—¿Crees que se los llevaron desde aquí?

—Creo que alguien fue y se los llevó a todos. Los mató. Nadie ha vuelto a saber de ellos desde aquella mañana. Oí que alguien presumió en *The Hank Frank Show* de haber matado a gente.

Diego se metió en la conversación. —¿En la radio?

—Eso fue lo que oí. Dijeron que nos iban a matar a todos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Dagny.

Paco negó con la cabeza. —No lo sé, señora. No escuché el programa. Solo oí decir que pasó. —Miró a sus amigos, pero ellos no dijeron nada.

Ella se lo apuntó mentalmente: tenía que hablar con Hank Frank. —A ver, Paco, ayúdame a entender una cosa. Dices que un tipo vino aquí, bajo este árbol, y se llevó a unos trabajadores hace una semana, y los mató. Y aun así estás aquí ahora, esperando trabajo. ¿No tienes miedo?

—Estoy cagado de miedo, señora. —Se volvió hacia Diego—. Lo siento, Padre.

Diego sonrió.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Dagny.

—Necesitamos el trabajo. Ahora no hay de dónde, señora. Y para protegerme, llevo esto. —Abrió la chaqueta y le enseñó una pistola.

Ella miró a sus amigos. —¿Vosotros lleváis arma?

Negaron con la cabeza.

—Paco, me alegro de que lo lleves, y si te encuentras con el que ha hecho esto, espero que le vuelen la cara. Pero, por norma, no le enseñes a una agente federal que llevas un arma escondida sin permiso.

—De acuerdo, eso tiene sentido —dijo él.

Sacó el iPad de la mochila y fue repasando los nombres de su lista de hombres desaparecidos. Paco dijo lo que creía sobre quiénes habían desaparecido con su primo la semana anterior y añadió algunos detalles sobre otros. Nada de lo que contó parecía útil para la investigación, pero lo anotó todo y les dio las gracias.

Mientras volvían al Corvette, otro de los chicos gritó: —¡Oiga!

Dagny se dio la vuelta. —¿Sí?

Romeo corrió hacia ella. —Tengo un amigo en el instituto. Anoche salió a ver a una chica. Esta mañana, su madre me llamó preguntando dónde estaba. Pensé que se había quedado con ella, así que le dije que había dormido en mi casa. Pero no fue así, y no contesta al teléfono, lo he intentado muchas veces.

—¿Qué tipo de teléfono tiene? —preguntó ella.

Pareció desconcertado. —Un iPhone. ¿Eso importa?

Claro que importaba. Por fin, una pista. —¿Cómo se llama?

—Adelmo. Adelmo Fox. —Ella apuntó la dirección de Adelmo y el número de móvil de Romeo, y se fueron.

El teléfono de Dagny iba dando instrucciones, pero no daba abasto, con la velocidad a la que ella conducía. —No sabía que mi coche podía hacer esto —dijo Diego.

—Si tienes un Corvette, deberías conducirlo como tal —dijo ella. Sabía que tenía que prepararlo para lo que venía—. El reloj corre, así que voy a ser directa con la señora Fox si está en casa. Igual tienes que arreglarlo después mientras yo hago mi trabajo. —Giró a la izquierda, lanzando a Diego contra la ventanilla.

—¿Y si no está? —dijo él.

—Entonces derribo la puerta y cojo su ordenador.

—¿Crees que sigue vivo?

—Lo dudo. Pero creo que el teléfono puede tener algo de carga, y eso puede darnos una pista. —Giró bruscamente a la derecha, haciendo que los neumáticos rechinaran—. ¿Conoces a la señora Fox?

—No.

—Por si no habla inglés, repasa mentalmente lo que vas a decir. Tienes unos veinte segundos para explicarle la situación.

—Ni yo mismo acabo de entender bien la situación.

—Ahora tienes diez segundos. —Aparcó delante de la casa de los Fox, salió corriendo hacia la puerta y llamó a golpes. Diego corrió tras ella.

Una mujer de mediana edad, de complexión fuerte, abrió la puerta. —¿Señora Fox? —dijo Dagny. La mujer asintió, y Dagny le mostró la placa—. Su hijo ha desaparecido. Tengo que encontrarlo.

La mujer rompió a llorar. —Sabía que ese chico me estaba mintiendo cuando él—

—¿Tiene un ordenador?

Asintió. —En su habitación.

La mujer llevó a Dagny al piso de arriba, a la habitación del chico, y abrió la puerta. Las paredes de la pequeña habitación estaban cubiertas de pósteres de música y fútbol. Ropa sucia se amontonaba en el suelo. La cama estaba sin hacer. Pilas de papeles cubrían el pequeño escritorio pegado a la pared. Debajo de una de ellas había un MacBook. Dagny apartó los papeles y cogió el portátil.

En otras circunstancias, habría hecho una copia forense del disco antes de encenderlo. Pero ahora no tenía tiempo para eso. Abrió el portátil, abrió Safari y consultó el historial. Estaba vacío: seguramente no usaba ese navegador. Hizo clic en Chrome, abrió el historial y usó Ctrl+F. Al escribir *iCloud*, aparecieron varias entradas. —Gracias a Dios.

Hizo clic en iCloud y se abrió la página de acceso. El usuario era AdelmoF19@yahoo.com. La casilla de contraseña estaba vacía. —Sra. Fox, ¿sabe cuál es su contraseña?

Lloraba. —No lo sé —dijo con la voz entrecortada.

Apple exigía que los usuarios de iCloud usaran contraseñas complejas: al menos una mayúscula y dos números no consecutivos. Dagny no tenía ninguna posibilidad de adivinar la de Adelmo. Afortunadamente, junto al campo de URL había un icono con forma de candado. Dagny lo reconoció: era de 1Password, una aplicación que guardaba usuarios y contraseñas para múltiples sitios, y con la que bastaba con recordar una clave maestra. Hizo clic y apareció una casilla de contraseña vacía.

—¿No tiene ni idea de cuál podría ser su clave maestra, Sra. Fox?

—No —sollozó.

Dagny miró los pósteres de la pared. Uno era de Andy Dalton, el quarterback de los Bengals. Escribió *Dalton* en 1Password; cuando no funcionó, probó con *AndyDalton*, *andydalton*, *Bengals*, *CincinnatiBengals* y una docena de combinaciones más. El siguiente era del grupo Django Django. Probó con *Django*, luego con

Romeo había dicho que Adelmo tenía una cita con una chica en el parque. —Sra. Fox, ¿con quién salía Adelmo?

La mujer movió la cabeza. —Con nadie.

Adolescentes y sus secretos. Dagny minimizó el navegador y abrió el correo. Revisó mensajes de chicos hasta que dio con uno de una chica: Jessica Marigold. Maximizó Chrome, hizo clic en 1Password y escribió Jessica. Salió una ventana con puntos negros bajo la casilla de contraseña de iCloud de Adelmo. Clicó con el botón derecho sobre los puntos y eligió "Mostrar contraseña". Los puntos se convirtieron en letras: *Jessica16*. Escribió *Jessica16* en iCloud y apareció una pantalla con iconos. Uno decía "Buscar mi iPhone".

—Esto es bueno, ¿no? —preguntó Diego.

—Esto es bueno —dijo Dagny—. Si su teléfono está encendido.

Hizo clic en "Buscar mi iPhone". Apareció un mapa con una brújula animada. Debajo, un mensaje indicaba *Localizando*. —Por favor —susurró.

En pantalla apareció un mapa de calles con un punto verde. Hizo clic y salió un recuadro: *iPhone de Adelmo*. Debajo, *Localizado hace menos de un minuto*. Amplió la imagen y cambió a la vista Híbrida para superponer el satélite al mapa. El punto verde estaba en plena zona boscosa, junto al Parque Hillsborough.

Desconectó el portátil. —Sra. Fox, necesito pedírselo prestado.

—¿Lo encontró? —dijo ella, con una esperanza excesiva.

—Encontré su teléfono.

—¿Lo encontró? —repitió, buscando una confirmación.

—Es una buena señal —dijo Dagny, esperando calmarla. Bajó el portátil por las escaleras hasta el Corvette. Luego sacó su iPhone y abrió la configuración.

—¿Qué haces? —preguntó Diego.

—Estoy compartiendo la conexión con el portátil para que no se nos corte en marcha. Tras activar el punto de acceso, hizo clic en el icono de Wi-Fi en la barra de menú del portátil de Adelmo y seleccionó "iPhone de Dagny Gray" de la lista. Le entregó el portátil a Diego—. Tú llevas la navegación. Actualiza cada poco el estado del teléfono de Adelmo.

—¿Por si se mueve?

—Por si se mueve el teléfono.

Él iba indicando mientras conducían. —El punto no se mueve.

Ella había esperado que se moviese: los cadáveres no se mueven. —Sigue actualizando.

Los jardines del Parque Hillsborough eran preciosos, llenos de flores floreciendo en mil colores y variedades, rodeados de mantillo fresco y fragante. Toda esa vegetación rodeaba tres pistas de tenis con redes caídas, una cancha de baloncesto con el aro roto y una zona de juegos con un balancín rodeado de conos, tras un cartel que ponía **En Reparación**. Unos adolescentes hacían tiros libres en el extremo bueno de la cancha. Una mujer empujaba a un niño pequeño en uno de los columpios. El jardinero del parque conducía su carrito de trabajo por el sendero que serpenteaba entre los jardines.

Dagny aparcó, sacó sus credenciales y las alzó mientras corría hacia el jardinero. —¡Alto!

El jardinero giró la cabeza y se detuvo.

—¡Necesito su carrito! —gritó.

Diego estaba junto al coche, sin saber qué hacer. —¡El portátil! —le gritó.

El jardinero era un anciano menudo, con mechones de pelo blanco dispersos en una cabeza casi calva. Un jubilado, supuso, que donaba su tiempo para embellecer el jardín mientras todo lo demás se venía abajo. Miró las credenciales y preguntó con voz mansa: —¿Pasa algo?

—Quizás —respondió. Él le cedió el carrito y Diego se subió. Ella cogió el portátil y estudió la imagen satelital con la ubicación del iPhone de Adelmo. Tras situarse, condujo el carrito por el sendero y tomó un camino de tierra que se adentraba en el bosque. El punto

estaba a unos cincuenta metros al este del sendero. Aparcó el carrito —. Desde aquí vamos a pie. No vayas por el sendero; quédate en la hierba de al lado.

—¿Por qué?

—Porque el camino puede tener pruebas.

La siguió hasta un claro llano y cubierto de hierba en mitad del bosque. —Parece que está justo en el centro del mapa —dijo.

—No siempre es tan preciso como parece. Dejó el portátil sobre la hierba y se dirigió al centro del claro. Arrodillada, pasó los dedos entre la hierba alta, buscando el teléfono de Adelmo. Diego hizo lo mismo.

Un destello de luz llamó su atención a pocos metros. Registró la hierba y encontró un anillo de diamantes de mujer. Abrió la mochila, sacó una bolsa Ziploc y la volvió del revés. Usándola como guante, recogió el anillo del suelo, volvió a cerrarla y la selló.

—¿Eso cuenta como prueba? —preguntó él.

—Todo puede ser una prueba —respondió, guardándolo en un bolsillo de la mochila—. Sigue buscando.

Él exploró hacia la izquierda mientras ella hacía lo propio a la derecha.

—¿Ves algo aquí? —preguntó, señalando un montículo de tierra recién removida.

Era importante. Dagny salió corriendo hacia el bosque, en dirección al carro del jardinero, abrió el maletero y encontró dos palas de mango largo. Agarró ambas, regresó al claro a la carrera y le pasó una a Diego.

Hundió la pala en la tierra y clavó el pie para hundirla más. Cedió sin resistencia. Echó la tierra a un lado y repitió la acción. Diego hizo lo mismo. A sesenta centímetros de profundidad, la tierra seguía sin oponer resistencia.

—El agujero es profundo —dijo él. Ella asintió.

A noventa centímetros de profundidad, apareció el borde deshilachado de una cuerda. —Espera —dijo ella. Él se detuvo. Abrió la mochila, sacó dos pares de guantes de látex, se puso uno y le pasó el otro a Diego. Dagny se arrodilló, tiró de la cuerda con una mano y apartó la tierra con la otra. La siguió hasta un anillo metálico

sujeto a un trozo de lona. La cuerda pasaba por varios orificios en el borde superior de una bolsa grande.

Mientras desenterraban más de la bolsa, ella vio una lágrima rodar por la mejilla de Diego. —Todavía no sabemos nada —dijo. Ni ella misma se lo creía. Era probable que, en unos minutos, tuvieran que sacar el cuerpo de Adelmo de aquel agujero.

Continuaron cavando hasta que la mayor parte de la bolsa quedó al descubierto, y entonces tiraron de los bordes para sacarla del hoyo. Medía unos 1,20 metros de profundidad y 90 centímetros de ancho: lo bastante grande para meter un cuerpo doblado de forma forzada.

Dagny desató la cuerda, abrió la bolsa por arriba y miró en su interior.

Teléfonos móviles. Un montón de ellos.

—Dios mío.

Diego se asomó a la bolsa. —Debe de haber unos cien teléfonos aquí dentro.

El alcance del crimen superaba lo que había imaginado. Cerró los ojos y se llevó las manos a la frente. Había demasiado trabajo y no contaba con suficientes efectivos ni tiempo. Aunque aún no había encontrado cadáveres, tenía una bolsa llena de dispositivos con enormes cantidades de información que habría que extraer y analizar. Pero antes, debía procesar la escena del crimen.

Se giró hacia Diego. —¿Tienes el número de Beamer en tu móvil?

—Sí. —Le dio el móvil.

—Ve al carro y trae una bolsa de basura del maletero. Y no uses los senderos.

—Vale. Mientras él salía corriendo, ella buscó en sus contactos, encontró el número de Beamer y lo llamó.

—¿Padre Vega? —respondió.

—Agente especial Dagny Gray, en realidad.

—No sé si eso es buena o mala señal.

—Otro joven desapareció anoche. Localizamos su móvil en el bosque tras el Parque Hillsborough. Estaba enterrado en una bolsa con unos cien teléfonos más.

—Jesucristo.

—Cada teléfono pertenece a una víctima. Estamos ante un asesino en serie, muy probablemente. Necesito ayuda.

—Jesús. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Esto es una escena del crimen. Hay que procesarla. Cabellos, ropa, huellas . . . cualquier cosa que encontremos.

—¿Hay algo visible?

—No, pero habrá que peinarla a fondo. Y acordonarla.

—Dime que estás al mando y que tienes un equipo para esto.

—El equipo soy yo y un sacerdote que está desbordado. No tengo ninguna investigación oficial. De hecho, técnicamente estoy suspendida del FBI. No debería estar metida en esto.

—Oh, Cristo.

—Así que necesito tu ayuda. Y necesito que guardes silencio. No puedes decírselo a tu jefe.

—Cristo, Cristo. ¿Por qué?

—Porque no va a obedecer a una agente fuera de la ley, y necesito estar al mando ahora mismo.

—Entonces, ¿quieres que reúna un equipo para peinar el Parque Hillsborough en busca de pruebas de un asesino en serie y no se lo diga a mi jefe?

—Sí.

—¿Qué más necesitas? ¿Un unicornio?

—¿Tienes un Cellebrite?

—¿Qué es eso?

—Una máquina que extrae datos de móviles. Seguramente Bilford no tendría una; eran muy caras.

—No, no tenemos nada de eso.

Todo iba a ser mucho más difícil sin los recursos del FBI. —¿Tenéis cargadores de móvil?

—Ni cien como esos.

—Necesito un sitio seguro para guardar y analizar pruebas. El Bilford Motor Inn no vale.

—No puedes usar la comisaría sin que el jefe se entere. Es un cuerpo pequeño.

—¿Tienes una casa con espacio?

—¡Joder!

—¿Tiene buen sótano? ¿Con puerta que cierre bien? ¿Algo blindado, vamos?

—¿Quieres usar mi sótano? ¿Para montar una investigación en secreto?

—Oye, tú me enviaste a Diego.

—No sé si me parece buena idea.

—¿Tienes esposa? ¿Hijos?

—No.

—Bien. Mira, John, en cuanto encontremos cadáveres —con uno basta— el FBI se hará cargo, me readmitirán y tú recuperarás tu sótano. Pondremos al jefe al corriente y trabajaremos juntos para cazar a este monstruo. Pero hasta entonces, no quiero asustar a quien pueda ayudarnos, ni que la política nos joda la investigación.

—Puedo perder el trabajo, Agente Gray.

—Si lo pierdes, te consigo otro. Mejor, incluso. Y llámame Dagny.

—Si apenas conservas el tuyo, Dagny, ¿cómo vas a conseguirme uno a mí?

—Tres personas. Dos, si acaso. Solo tú, si es lo único que conseguimos. Cinta, bolsas para pruebas, yeso, cámaras. Y tu sótano, quizás una semana. Probablemente menos.

Soltó un suspiro.

—Por favor . . .

—Dame treinta minutos.

—Perfecto —dijo, y colgó.

Un Cellebrite era demasiado caro para Bilford, pero en Cincinnati seguro que había alguno, pensó. Mandó un mensaje al tío de Beamer para pedirle prestado uno. Él prometió llevárselo esa noche, sin hacer preguntas.

Diego volvió con la bolsa de basura. Era grande y gruesa —diseñada para césped y hojas, no para pruebas, pero valdría para meter una bolsa de lona llena de móviles. Se la quitó de la mano y la abrió. —Levanta la bolsa de lona con cuidado y métela dentro.

—Vale.

—Sujetó la parte de arriba con la izquierda y metió la derecha por debajo. Dejó la bolsa de lona dentro de la de plástico.

—¿Y ahora qué?

—Ahora empieza una tarea tediosa —dijo ella—. Voy a pedirte que intervengas lo menos posible. No lo tomes a mal, pero no tienes experiencia en esto, y cualquier abogado lo usaría en tu contra si viera la más mínima duda razonable. Toda esta zona es una escena del crimen.

—Se detuvo, pensativa.

—Enterrar la bolsa aquí, en vez de quemarla o tirarla al río . . . eso indica que el autor quiere que la encontremos. Si quiere que la encontremos, quizá no ha tenido cuidado con las huellas, el pelo, la ropa o las huellas dactilares. Es una escena reciente. Aún hay posibilidades.

—¿Puedo hacer algo?

Dagny sacó la cartera de la mochila y le dio una tarjeta de crédito. —Necesito todos los cargadores de móvil que encuentres. Ve a Walmart, Target, a la tienda de Verizon, donde sea, y vacía las estanterías. Todos los modelos, todas las marcas. Pasa por un Goodwill a ver si tienen modelos antiguos que ya no vendan.

—¿Por qué hay que ponerlos a cargar?

—Porque están llenos de información. Podremos saber a quién pertenecían, y así tendremos una lista de desaparecidos. Los últimos correos y mensajes nos dirán cuándo desaparecieron. Datos GPS, calendarios, redes sociales . . . con todo eso, reconstruiremos lo que pasó.

—Y todo lo que hace falta es una dosis de tedio infinito.

—Mientras tanto, trae quince regletas, diez cables de alargadera y todas las pizarras blancas que encuentres. Vamos a montar la operación en casa de Beamer.

Diego asintió y se fue hacia el aparcamiento.

—¡Espera! —gritó.

Se giró. —¿Sí?

Señaló el montón de tierra que habían sacado del hoyo. —Déjame una marca clara de tu bota aquí.

Se acercó al montón y pisó con fuerza. —¿Para comparar luego?

—Sí. No quiero que nadie se alarme si encuentran tus huellas en el bosque. Y vuelve al coche fuera de los senderos.

—Hecho. —Y se fue.

Dagny dejó su huella al lado de la de él. Sacó la Canon DSLR de la mochila, hizo una foto del hoyo y luego retrocedió para tomar otra con contexto. Rodeó el agujero, fotografiando la escena y alejándose un poco más cada vez. Mientras tanto, recogió y guardó en bolsas una colilla, un envoltorio de caramelo, un trozo de franela de una pulgada, un palillo, una tapa de café y una pulsera Livestrong. Vio varias pisadas más pequeñas que las suyas. Pensó en el anillo de diamantes. Quizá iba destinado a Jessica Marigold. Llamó al móvil de Romeo.

—¿Hola?

—Dagny Gray, del FBI.

—Ah, hola. ¿Has encontrado a Adelmo?

—Todavía no, pero lo busco. Dijiste que iba a verse con una chica anoche. ¿Era Jessica Marigold?

—Sí, se llama así.

—¿Ha ido hoy al instituto?

—Ni idea. No fui.

—¿Puedes llamar a alguien que lo sepa y ver qué dice?

—Claro.

—Otra pregunta: ¿Jessica es pariente de Don Marigold?

—Sí. Es la hija del jefe de policía.

Adelmo había estado metido en algo que podía salirle muy mal. —Una cosa más.

—Sí.

—¿Pensaba pedirle matrimonio?

—¿Adelmo? No me dijo nada de eso.

—¿Es el tipo de cosa que habría hecho?

—Es lo bastante tonto como para hacer algo así. Está colado por ella, y ella solo lo está usando. Está completamente colado, seguro.

Mientras colgaba el teléfono, tres agentes salieron del bosque. Había querido decirles que no entraran en el sendero, pero ya era demasiado tarde. El primero parecía tener unos veintipocos. Llevaba el pelo rubio corto y con raya, y era bajo pero tenía un aire de explorador modelo. Dejó caer una bolsa de lona grande en el suelo y le tendió la mano. —Encantado de conocerte, Dagny.

—Encantada de conocerte, John. ¿Cómo está tu tío?

—Está hablando de jubilarse.

—Ojalá solo sea charla. Los otros dos eran aún más jóvenes que Beamer. Era bueno: significaba que su entrenamiento estaba reciente. Les dijo que acordonaran el sendero para limitar el acceso, que registraran el aparcamiento en busca de pruebas y que sacaran las bolsas de basura de los contenedores y las metieran en bolsas nuevas de pruebas, debidamente marcadas. —No piséis el sendero al salir —dijo—. Hay que minimizar el daño que causamos en la escena. Antes de que se marcharan, les hizo estampar los pies en la tierra, junto a la huella de Diego.

Mientras se alejaban corriendo, Beamer frunció el ceño. —¿Vamos a recoger la basura nosotros?

—A lo mejor, en algún momento, tenemos que hacerlo. Por ahora, las guardamos en tu sótano.

—Ya decía yo.

—Nos vamos en una semana. ¿Has hecho moldes de pisadas alguna vez?

—Creo que lo hice una vez, en un caso.

A lo mejor era algo que debería hacer ella. —He estado ensanchando el círculo desde el agujero. ¿Puedes continuar mientras yo saco los moldes?

—Claro. El material para el yeso está en la bolsa.

Se arrodilló, abrió la bolsa de lona y sacó una bolsa de seis libras de yeso Hydrocal, un bidón de dos galones de agua, varios vasos para mezclar, dos espátulas y un rollo de bolsas de plástico. Ya había identificado cinco huellas distintas. Una era de un perro, otra probablemente de Adelmo, otra podría ser de Jessica, y dos eran desconocidas. Una de ellas podría ser del sospechoso. Llevó el

material al primer grupo de huellas, echó un poco de Hydrocal en un vaso, agregó agua y lo removió con la espátula.

—Mi tío dice maravillas de ti —le gritó Beamer mientras recogía un vaso de papel y lo metía en una bolsa de pruebas.

—Me ayudó mucho hace unos meses.

—Dice que lo único que hizo fue salirse del medio.

—Esa es mi forma de ayudar favorita.

Se rio. —Ojalá pudiera darte ese tipo de ayuda.

—Ojalá.

Recogió un envoltorio de celofán y lo metió en una bolsa. —¿Crees que quienes tenían estos teléfonos podrían estar aún vivos?

—Si hubiera diez, o veinte, quizás habría alguna posibilidad. Pero solo puedes ocultarlos si están muertos.

—Eso sería el mayor caso de asesinato en serie de este estado desde . . . —Hizo una pausa—. A lo mejor, de toda la historia. Y ahora mismo, somos cuatro en el caso, dos de ellos agentes de tráfico.

Cuando la mezcla adquirió la consistencia de una crema espesa, Dagny dejó de remover. Sostuvo la espátula a un par de centímetros sobre la huella y vertió lentamente el yeso para que cayera sobre ella antes de gotear en la tierra.

—¿Por qué lo haces así? —preguntó.

El chico quería aprender, y eso era bueno. —Si lo viertes directamente, el impacto de la mezcla al caer altera la huella. Hay que dejar que gotee, para no dañar el relieve.

Una vez llena la huella, alisó la superficie con la espátula, eliminando las burbujas de aire. Tardaría unos quince minutos en endurecerse, así que pasó a la siguiente y repitió el proceso.

Mientras recogían pruebas, puso a Beamer al día sobre todo lo descubierto: la reunión con las familias la noche anterior, la entrevista con los chicos por la mañana y el rastreo del teléfono de Adelmo hasta el bosque. Le preguntó si había oído el rumor de que alguien se había jactado de matar inmigrantes en *The Hank Frank Show*, y él negó con la cabeza.

Tras dos horas, tenía lo esencial. En un mundo perfecto, un equipo de cincuenta agentes habría cerrado el parque durante días

para peinarlo a fondo en busca de pruebas. Pero este no era un mundo perfecto.

CAPÍTULO 15

El oficial John Beamer vivía en una casita de ladrillo en una calle atestada de viviendas como esa. Apagó el motor bajo el techo del coche y, junto con Dagny, cargaron las bolsas con las pruebas hasta la puerta principal. Mientras metía la llave en la cerradura, se giró hacia ella: —Perdona el desastre. No pensaba que hoy mi casa se convertiría en una comisaría improvisada.

—Eres soltero, ¿no? ¿Veintisiete?

—Veintiocho.

—Claro. Vives como un estudiante, salvo que enmarcas los pósteres en vez de pegarlos con celo. No espero que tengas el piso como una aguja.

Empujó la puerta y ella entró en el recibidor. En la pared, un póster enmarcado de *Star Wars* presidía el espacio. Le dedicó una sonrisa.

—Es un original del 77. Colgaba en el escaparate del Cine Bilford —dijo a la defensiva—. Y está en perfecto estado.

—No he dicho ni pío.

—Es una obra de arte. La guió hasta la cocina. Sobre la encimera, una caja de pizza vacía; en el fregadero, montones de platos sin fregar. Vio cómo ella lo recorría todo con la mirada. —Oye, ya te avisé: no he tenido tiempo de limpiar.

—John, no he abierto la boca.

—No hace falta. Se te nota en la cara. Abrió la puerta del sótano y encendió la luz. Bajaron con las bolsas tras ellos.

El sótano era pequeño, con un acabado sencillo: suelo de moqueta, paredes encaladas y techo con paneles desmontables y fluorescentes. En una esquina, un televisor de pantalla plana y un sofá de dos plazas. Los mandos de la PlayStation estaban tirados en el suelo, entre ambos. Siete mesas largas rodeaban las paredes, ocupadas por un elaborado circuito de trenes eléctricos que

serpentaba entre pueblos y paisajes en miniatura. Dagny se acercó para observarlo. Figuritas pintadas a mano representaban a los habitantes: un cartero introduciendo una carta en un buzón, un pintor en lo alto de una escalera, el pincel a medio trazo, retocando el letrero de un restaurante, y una agente colocando una multa en el parabrisas de un coche.

—Esto es alucinante —dijo ella.

Él sonrió con orgullo. —Llevo años en esto. Mira. —Alargó la mano tras la barbería y pulsó un interruptor. El tubo de la barbería, en la fachada, empezó a girar—. Lo instalé anoche.

—Eres un friki de manual.

—Bueno, yo no diría tanto, quiero decir . . .

—Y lo digo con cariño, de friki a friki.

Él resopló. —Una chica guapa no se vuelve friki por sacar buenas notas.

—Pues mira, de verdad, esto —señaló el circuito— es alucinante. Me encanta. —Hizo una pausa—. Es una pena que necesitemos las mesas y haya que desmontarlo todo.

—¿Cómo?

—Necesitamos los tableros. Tenemos un montón de material que colocar y etiquetar.

—Pero . . .

—¿No tienes más mesas plegables? ¿O alguna otra habitación donde podamos montarlas?

Negó con la cabeza. —Pero . . .

—Sí, es una pasada de maqueta. Pero tenemos casi cien asesinatos que resolver.

—No se desmonta en un momento . . . todo está atornillado. Y las montañas son de escayola.

—Te prometo que te echo una mano para montarlo cuando acabemos. Tendremos cuidado con las montañas y reconstruimos lo que se rompa. Hasta arreglo el tubo de la barbería para que gire en el sentido correcto.

—Gira en el sentido correcto . . . —Se detuvo a mirar el tubo—. ¿En serio crees que debería girar al revés?

Asintió.

Dagny hizo varias fotos del circuito para tener una referencia. Pasaron las siguientes dos horas desmontándolo: metían cada pieza en una bolsa de plástico etiquetada, anotaban todo y lo guardaban con cuidado en cajas de cartón que apilaron bajo las mesas.

Cuando las mesas quedaron libres, se puso unos guantes de látex y abrió la bolsa con los teléfonos. Cogió el primero —un Motorola Razr de tapa— por las esquinas inferiores, las zonas menos probables de haber sido manipuladas. Lo llevó a la primera mesa y lo colocó con cuidado.

—John, pon un Post-it numerado, empezando por el uno, delante de cada teléfono que yo vaya dejando. Coge un cuaderno y anota una página por teléfono: número, marca y modelo. Deja el resto en blanco; lo rellenamos cuando saquemos datos del aparato.

—Esto va a llevarnos un rato —comentó.

—¿Tienes algún capítulo de *Clone Wars* que te quede por ver? ¿O solo te interesan las cosas canónicas?

Negó con la cabeza. —*Clone Wars* es canon. *Rebels*, yo diría que no, aunque muchos no estarían de acuerdo. ¿Y tú?

—Ni las precuelas las considero canon. ¿Ves? Te dije que era una friki de manual.

—No eres friki por gustarte solo la trilogía original.

—Me gustó El Despertar de la Fuerza.

—Entonces no eres friki.

Tardaron casi una hora en desempaquetar y numerar los teléfonos. Diego llegó con una docena de bolsas llenas de cables y cargadores justo cuando marcaban el último: el ochenta y uno.

Ochenta y un teléfonos. Entre todos, ocupaban casi cada centímetro de las mesas del circuito de Beamer. Cada uno representaba a un chico que, muy probablemente, ya estaba muerto.

—¿Cómo puede pasar algo así? —dijo Diego—. ¿Cómo desaparecen ochenta y una personas sin que a nadie le importe?

Nadie respondió. No había respuesta posible. Se quedaron en silencio, midiendo la envergadura del crimen. Ella se preguntaba dónde demonios podían esconderse ochenta y un cadáveres.

Si querían actuar, no había tiempo para lamentarse. Se giró hacia Beamer. —¿Tienes práctica con las huellas dactilares?

—Tengo muy buena letra.

—Las dactilares.

—Sí, puedo hacerlo —respondió, dudando un instante.

—Podemos revelar huellas en estos móviles el doble de deprisa si tú empiezas por un extremo y yo por el otro.

—Claro que puedo.

Los policías locales eran mejores que los agentes federales a la hora de sacar información. Conocían su barrio, notaban cuando algo no encajaba. Tenían empatía, y sabían usarla en el trabajo. Pero a la hora de manejar pruebas y garantizar la cadena de custodia, los policías dejaban mucho que desear. A algunos les faltaba paciencia. Otros contaban con los testimonios para cerrar el caso. Algunos sabían que el forense los cubriría, justificando su trabajo deficiente en el juicio. Y otros ni siquiera eran conscientes de que lo hacían mal cada vez. Beamer no encajaba con ese perfil, pero Dagny necesitaba asegurarse. Metió la mano en la bolsa, sacó su kit y se lo lanzó. —Muéstrame lo que vales con el número uno.

Se acercó al Motorola Razr sobre la primera mesa y abrió el kit. —¿Así que tengo que hacer una prueba?

Ella asintió.

Él miró el teléfono, luego los polvos del kit. El Razr era plateado, y ella supuso que dudaba entre usar polvo blanco o negro. Tras titubear un segundo, eligió el negro.

—No.

—Iba a coger el blanco.

—El negro sirve. Pero antes de echar el polvo, hay que fotografiar el móvil. Así puedes ver huellas, sobre todo en la pantalla.

Él asintió y dejó el kit sobre la mesa. —Ahora vuelvo. Salió corriendo escaleras arriba y regresó con una lámpara de escritorio y una cámara.

—Para cada móvil, primero haz una foto al Post-it con el número. Así sabremos a qué teléfono corresponden las huellas.

—De acuerdo.

Siguió sus instrucciones y hizo varias fotos al primer móvil. Luego abrió el frasco de polvo negro y lo espolvoreó sobre el aparato. Aparecieron varias huellas nítidas. Las levantó con cinta y las pegó en una tarjeta de transferencia. Dagny revisó el resultado. No estaba mal.

—Escribe tu nombre, el número, la ubicación y la fecha en la tarjeta.

»John Beamer, Número Uno, mi sótano . . .

—La ubicación *donde lo hallamos* —dijo ella.

—Era una broma —dijo él—. El hecho de que no lo supieras me dice lo tonto que crees que soy. —Levantó la tarjeta para que ella pudiera verla. Bajo ubicación, había anotado las coordenadas del parque donde se había encontrado la bolsa de teléfonos—. Muy tonto, por lo que parece.

—Lo siento —dijo ella—. Es un reflejo. —Se volvió hacia Diego —. Necesito que prepares los cargadores y alargadores para que sean fácilmente accesibles en cada mesa. Luego intenta encontrar un cable que sirva para cada teléfono después de que levantemos las huellas. Toca el teléfono solo con guantes, lo menos posible, y solo por las esquinas inferiores. En cuanto se enciendan, ponlos en modo avión y apágalos. Tenemos que evitar que se contaminen con nuevos datos.

Diego asintió. —No bromeabas cuando dijiste que sería tedioso. Es casi como . . .

—¿Una misa católica? —dijo ella.

—Como mil de ellas —respondió Beamer.

Él empezó por el primero y Dagny por el último, y fueron avanzando hacia el centro. Diego los seguía por ambos extremos. A las once y media habían terminado de buscar huellas. Aproximadamente la mitad habían dado resultados utilizables. Pudieron encender todos los teléfonos excepto dos, que parecían modelos extranjeros particularmente raros.

Antes de marcharse, repasó con los hombres la lista de tareas. Lo más importante era extraer toda la información útil de cada teléfono, buscar las huellas en IAFIS y entrevistar a Hank Frank y Jessica Marigold. Extraer los datos de los teléfonos era crucial, y

probablemente llevaría días. Beamer no podía seguir descuidando su trabajo para ayudar, y Diego podía colaborar en pequeñas tareas pero no podía encargarse de mucho por su cuenta. Si este caso iba a resolverse, todo dependía de Dagny.

Beamer le dio una llave extra de su casa y los acompañó hasta la puerta. Cuando salieron, un coche estaba aparcando frente a la casa. Un hombre bajo y calvo salió del vehículo y se acercó a ellos, con un Cellebrite en la mano.

Ella sonrió. —Ron Beamer, qué alegría verte.

Él le dio un abrazo. —Lo mismo digo, Dagny. —Volviéndose hacia su sobrino, dijo—: Johnny, Johnny, ¿en qué lío te has metido?

—Saldrá en todos los periódicos tarde o temprano —respondió el joven policía.

—¿Tan malo?

—Peor de lo que te imaginas.

Ron le entregó el Cellebrite. Parecía una versión más grande y pesada de una Nintendo Game Boy.

—Esto vale quince de los grandes, así que . . .

—Descuida.

—Barato para los Feebs, caro para el CPD.

Ella sonrió. —Gracias, Ron.

Mientras los dos Beamer charlaban, Diego le pasó las llaves del Corvette.

—Llévate el coche.

—Te llevaré.

—No está lejos. Puedo ir andando.

—Ni hablar —dijo ella—. No es problema.

—Necesito asimilarlo todo —dijo—. Me hará bien. Se fue por la acera y luego volvió sobre sus pasos—. Puedo hacer mucho, Dagny. Cuéntame. No cargues tú sola con todo.

Asintió con la cabeza—. Duerme algo. Si andamos agotados, no servimos para nada.

Siguió su camino hacia casa.

Subió al Corvette y puso el motor en marcha. El teléfono vibró: era el mensaje de Victor, su recordatorio nocturno para que anotara sus puntos en Weight Watchers. Pero no tenía puntos que anotar, claro: llevaba todo el día sin probar bocado. Sabía que no era buen comienzo. Por mucho que el caso fuera frenético, tenía que parar a comer. Al menos dos veces al día.

Recorrió las calles del centro de Bilford. Había escaparates tapiados por todas partes. También tiendas de conveniencia y todo a un dólar. Ni rastro de un drive-through. El pueblo entero parecía dormido.

Hasta New Bilford había veinte minutos: un lugar lleno de aparcamientos y Applebee's. Tiendas grandes, unas llenas, otras vacías. Gasolineras en cada esquina. Y un montón de restaurantes de comida rápida, todos con movimiento.

McDonald's, Burger King, Taco Bell y Wendy's estaban abiertos. Se decantó por el menos malo y se metió en el carril del autoservicio de Wendy's. Mientras escaneaba el cartel del menú, hizo cálculos: cuántas calorías necesitaba para cubrir el día.

—Un Doble con todo, patatas grandes y un Frosty mediano.

Siguió hasta la ventanilla, pagó y recogió el pedido. La bolsa pesaba más de lo normal para una cena, pensó. Aparcó en un hueco y sacó la hamburguesa. Era un desastre: el kétchup le chorreaba por un lado. El queso no estaba centrado, y parte se había quedado pegado al interior del papel de aluminio. Lo raspó con el dedo y se lo llevó a la boca.

Ya pasaba la medianoche. Estaba sola en el aparcamiento de un Wendy's en New Bilford, Ohio, obligándose a comer aquella bolsa asquerosa de carne y grasa. Así era su vida: luchando sin parar contra la anorexia, suspendida sin cobrar, volviendo a una habitación de motel asquerosa. Nadie sabía dónde estaba, porque a nadie le importaba. Tenía treinta y cinco años y no tenía nada que mostrar, ni nadie con quien compartirlo. Y no había motivo para pensar que eso fuera a cambiar.

Empezó a llorar mientras mordía la hamburguesa. Últimamente, momentos así se repetían demasiado.

Pensó en llamar al doctor Childs. En vez de eso, encendió la radio y escuchó rock clásico mientras comía. Primero sonó Zeppelin, luego Pink Floyd. Y después, Nirvana. La música que Dagny escuchaba en el instituto ya era clásico. Apagó la radio y acabó de comer. Al salir del aparcamiento, se acercó a un contenedor y tiró la bolsa y el vaso.

Mientras conducía al motel, se angustiaba con la tarea imposible que tenía entre manos. Desesperarse por un caso siempre era más fácil que hacerlo por la vida. Sus problemas no eran nada comparados con las pérdidas de Bilford.

Al entrar en el aparcamiento del motel, distinguió la silueta de un hombre sentado delante de su puerta. Sacó la pistola y subió los escalones.

Cuando pisó el rellano, Victor se levantó y fue hacia ella.

Era justo lo que necesitaba. Enfundó la pistola, le echó los brazos al cuello—. Se supone que estabas en Nueva York.

—El Profesor aún cree que estoy allí. No digas nada.

Se separó del abrazo y sonrió—. ¿Qué haces aquí?

—Terminé mi caso. Pensé que podías necesitar ayuda.

—¿Lo has terminado?

—He repasado todos los documentos. Le dije al Profesor que tardaría un par de semanas más, pero ya está. Todo clasificado, etiquetado y preparado como pruebas para el juicio. Quedó perfecto.

—¿Y Brent?

—Todavía está entrevistando testigos y tomando declaraciones. Para él, sigo en el almacén de documentos.

—¿Cómo lo montaste tan rápido?

—Se encogió de hombros—. Ordenar montañas de información y darles sentido es lo que más me gusta, Dagny.

—Sonrió—. Pues entonces, tengo el trabajo ideal para ti.

CAPÍTULO 16

El hombre delgado se sentó en su camioneta Ford F-150, aparcada, y bebió de su petaca mientras intentaba entender lo que ocurría en el rellano del segundo piso. La mujer había abrazado al hombre que la esperaba en la puerta y luego lo había invitado a pasar. ¿Qué relación tendrían? ¿Un amante? Pero no se besaron. Familia, quizá. Un hermano, tal vez. O su compañero.

Nada de aquello tenía sentido. Había matado a ochenta y cinco mexicanos. Había confesado los crímenes en el programa de Hank Frank, había dejado los móviles en el parque. La policía debería estar rastreando las calles; aquello debería haber sido el caso del año. En vez de eso, cuatro personas se pasaron unas horas recogiendo basura. Y cuando acabaron, no fueron a la comisaría, sino a casa del joven agente. ¿Quién era aquella mujer? No era de por aquí. Tal vez de ICE, tal vez del FBI. Seguro que del FBI, concluyó. Pero ¿por qué trabajaban desde la casa de un policía?

La puerta de la habitación se abrió y salió el hombre: joven, pelirrojo, con algo de carne, más bien blando que fuerte. Cruzó el rellano y abrió otra puerta. Tenía habitación propia. Estaba claro que no eran amantes. Y ahora ella estaba sola.

Abrió la guantera, sacó una caja de Camels, extrajo un cigarrillo y lo encendió. Bajó la ventanilla y soltó una bocanada de humo. Era guapa, sin duda. Allí arriba, sola en la habitación, pensando en él. Sonrió.

Imaginó abrir la puerta del coche, subir los escalones y entrar en su habitación. Ella tendría los ojos cerrados, el pecho agitado por la respiración. Le pondría una mordaza para que no gritara, la ataría de pies y manos a los postes de la cama. Alargó la mano bajo el asiento, sacó su cuchillo bowie, lo desenvainó y lo giró entre los dedos. Se vio hundiéndoselo en el pecho mientras ella yacía inmovilizada. Ochenta y cinco mexicanos muertos no habían servido

para llamar la atención, pero un cuchillo en el corazón de una agente del FBI sí lo haría.

Podría haber elegido cualquier sitio en el condado, pero se había decidido por el Bilford Motor Inn. Era como si el destino lo hubiera dispuesto así.

Si iba a hacerlo, ella necesitaría tiempo para dormirse, y él, para prepararse. Giró la llave, arrancó el motor y condujo a casa, pensando en ella. Era delgada, como él. Había algo noble en eso. Había demasiada grasa en el mundo, demasiada glotonería y codicia.

Vivía en una casa de dos plantas, en un terreno rural grande y arbolado. Aparcó la camioneta en el camino de grava, entró corriendo y bajó al sótano, donde recogió sábanas, cuerda y una pelota de tenis y las metió en una bolsa. Había cajas de cartón apiladas contra la pared; registró entre ellas hasta dar con una bolsa Ziploc llena de llaves. Hurgó dentro y sacó una llave dorada con un mango grande que llevaba grabado, en letras mayúsculas: Bilford Motor Inn, Master. Se la había llevado durante su breve trabajo como conserje del motel, unos años atrás.

Subió corriendo con la llave y la bolsa y fue a la cocina. Sobre la nevera había un estuche negro; lo bajó y lo puso en la encimera. Lo abrió, sacó la pistola, cargó el arma y se la metió en la cintura. Ella llevaría pistola, supuso. Él también necesitaría una.

Casi eran las tres de la madrugada cuando aparcó al otro lado de la calle del Bilford Motor Inn. Guardó el cuchillo en la bolsa, junto a las cuerdas y las sábanas, y apretó la llave dorada en la palma. Se armó de valor, encendió un cigarrillo y dio unas caladas. Todas las luces del motel estaban apagadas. Bajó la ventanilla y escuchó. En Bilford solo se oía la brisa. Salió del coche, cruzó la calle con la bolsa y entró en el aparcamiento del motel. Agarró la barandilla y empezó a subir los escalones metálicos hasta el rellano del segundo piso, con los dedos tan apretados alrededor de los dientes de la llave maestra que le hundieron en la piel. Aflojó el agarre, avanzó hacia la puerta de la mujer, tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Dejó la bolsa en el suelo, sacó la pistola de la cintura con la mano izquierda e introdujo la llave en la cerradura con la derecha.

Intentó girar la llave, pero no cedió.

Sonrió. Los muy cabrones no le habían dado ni una subida, pero sí habían tenido dinero para cambiar las cerraduras.

Tocaba buscar otra forma de llamar la atención.

CAPÍTULO 17

Después de la Primera Guerra Mundial, el ejército organizó una gira nacional con sus vehículos y tanques, desde Nueva York hasta San Francisco. El teniente coronel Dwight Eisenhower acompañó el convoy por carreteras rotas, tortuosas y en muchos casos sin asfaltar. Algunos vehículos resbalaban hacia las cunetas; otros quedaban atrapados en el barro o la arena. Veinte años después, el general Eisenhower condujo a sus tropas por la Autobahn, las imponentes y resistentes autopistas de cuatro carriles que permitían desplazamientos rápidos y sin interrupciones entre ciudades. Fascinado por los viaductos elevados y los anchos carriles, convirtió la creación de una red nacional de autopistas en una prioridad de su programa político. Ya como presidente, firmó en 1956 la Ley Federal de Carreteras, destinando 25 mil millones de dólares a la construcción de un sistema interestatal masivo.

Detroit, los sindicatos, los urbanistas y las industrias del petróleo y la construcción salieron ganando con la Ley Federal de Carreteras. Lo mismo ocurrió con las grandes ciudades que quedaron conectadas por las autopistas nacionales y con los pueblos pequeños que tuvieron la fortuna de quedar en las rutas entre ellas. Pero era imposible que las autopistas llegaran a todos los pueblos. En cuanto se decidió que la vía rápida no pasaría por el centro de Bilford, dejó de haber motivos para invertir en nuevas construcciones allí.

El Bilford Motor Inn fue la última construcción relevante en el centro de Bilford. Abrió en 1953 con una ceremonia en la que participó el alcalde, una cinta y unas tijeras ridículamente grandes. La gente se sentía orgullosa de aquella novedad. Las familias gastaban el dinero ahorrado tras la guerra en vacaciones, y no volaban, sino que conducían. Bilford quizá no fuera un destino, pero era un lugar donde hacer una parada, y tal vez gastar un par de

dólares. El motel era limpio, nuevo y moderno, con televisor en cada habitación, como un Hilton. Durante sus primeros tres años, el letrero de neón **Vacancy** nunca se encendió. Pero en cuanto se construyeron las autopistas, nadie pasó ya por Bilford, y la luz de "vacantes" permaneció encendida sin parar hasta que se quemó.

Cuando su teléfono sonó a las cuatro y cuarenta y cinco, Dagny ya se estaba atando las zapatillas. Sobrevivir con tres horas de sueño era tan cuerdo como darse un atracón de menús de medianoche, pero correr era lo único que conseguía calmarla. Metió la pistola en la funda bajo una sudadera con capucha de *Late Night With David Letterman* y cogió los auriculares del iPhone. "Extraordinary Machine", de Fiona Apple, la acompañó al salir, bajando las escaleras y recorriendo las aceras de Bilford.

Dagny tenía claro cómo eran Nueva York, Austin o Cleveland. Conocía Portland, Decatur, Macon y Orlando. Cuando perseguía a Martin Benny, había aprendido Chicago al dedillo, y eso era importante. Pero de Bilford no tenía ni idea. No sabía si las calles del centro eran peligrosas o simplemente estaban abandonadas. El dinero en New Bilford tenía que venir de algún sitio, pero no se imaginaba de dónde. ¿Agricultura? ¿Farmacéutica? ¿Había alguna fábrica? ¿Fortunas heredadas? ¿Cuál era el salario medio? ¿Y el mediano? ¿Qué música tocaban los grupos locales? Si es que los había. ¿Qué porcentaje de gente tenía el título de secundaria o una carrera? Cuando los jóvenes se iban a la universidad, ¿volvían alguna vez? Sabía que el sheriff Don ocupaba un cargo electo, pero ¿había una oposición fuerte? ¿O al menos ruidosa?

Al pasar junto a las casas, notó que muchas de las más pequeñas lucían banderas estadounidenses y maceteros con flores en las ventanas. Aunque había algún Toyota o Honda en los caminos de entrada, predominaban los Ford y Chrysler. Aquellos detalles le indicaban que estaba en un pueblo pequeño, pero poco más. En la parte trasera de algunos coches, las pegatinas promovían a políticos y defendían posturas que rara vez se veían en Alexandria, su ciudad natal. Las aceras estaban agrietadas y desiguales, levantadas por raíces de árboles a intervalos irregulares. No era precisamente un paraíso para corredores, pero tampoco esperaba que Bilford lo fuera.

La pista cuatro, una canción enérgica y bailable llamada "Better Version of Me", la llevó hasta el distrito comercial del centro. No había mucho movimiento. La marquesina del teatro, a medias iluminada, rezaba **12 Angry Men: The Musical**. La Galería de Arte de Bilford le pareció, de un vistazo, más una exposición de artesanía, aunque bien surtida. La mitad de los escaparates estaban vacíos. El resto eran tiendas de antigüedades improvisadas y restaurantes con una decoración tan desganada que daba a entender que sus dueños no contaban con que el negocio durara.

El centro de Bilford tenía encanto, pero todo ese encanto estaba desperdiciado. Intentó imaginar alguna forma de resucitarlo, pero no pudo. A quienes les gusta la vida urbana se mudan a ciudades más grandes. Nadie iba a mudarse a Bilford.

Pero se equivocaba. Los inmigrantes estaban llegando, y no solo a Bilford, sino a cientos de pueblos pequeños como este. El alquiler era bajo. Las granjas estaban cerca y necesitaban trabajadores. Lo mismo ocurría con las lecherías y las empresas de procesado de carne. En New Bilford había mucha obra. Alguien tenía que instalar el tejado de un Applebee's. Alguien tenía que limpiar el Hampton Inn. Se preguntó qué sería del centro de Bilford si los inmigrantes pudieran vivir sin esconderse. Podría incluso florecer.

Recorrió la plaza del pueblo y dio la vuelta a una estatua de un soldado a caballo. Tenía que haber una ley que obligara a cada pueblo pequeño a tener una estatua así, pensó. Cada zancada despertaba sus sentidos y le inyectaba una ráfaga de vida. Saltó por encima de un banco del parque, solo para probar que podía, y luego otro más.

Cruzó corriendo la calle y subió los treinta y siete escalones que llevaban a la entrada del juzgado de Bilford. Era un coloso, reliquia de una época en que cada pueblo exigía un edificio imponente con columnas de mármol en la fachada. Se detuvo arriba para echar un vistazo a la ciudad, o a lo poco que alcanzaba a ver en la penumbra del amanecer. En algún rincón, familias angustiadas rezaban por que los desaparecidos siguieran con vida. En otro, en la oscuridad aún densa, un loco se afanaba en causar más destrucción.

Dagny bajó de un salto los escalones del juzgado y siguió corriendo otra hora y media: subiendo la ladera, cruzando puentes de un solo carril, saliendo del pueblo, pasando junto a las tiendas de campaña del sheriff Don, atravesando campos de maíz y bosques. Al regresar, el sol empezaba a asomar por el horizonte. Dibujaba un halo luminoso alrededor de la silueta de un hombre arrodillado sobre el tejado de una casa pequeña, golpeando con un mazo. Se detuvo en el jardín delantero y alzó la vista. El hombre estaba sin camisa, delgado y musculoso. Se limpió la frente con el brazo y volvió a golpear.

—Buenos días, Diego.

—Empiezas pronto, por lo que veo.

—Tú también.

Caminó hasta el borde del tejado y bajó por una escalera. Un tatuaje de escorpión le cubría casi un tercio de la espalda.

—No sabía que un sacerdote pudiera tener tatuajes.

—¿Y los rabinos no pueden?

—Los judíos no pueden.

—Qué curioso —dijo él—. He conocido a muchos judíos que sí los tenían.

Cogió la camiseta que tenía en el porche y se la puso.

—¿En serio no crees en Dios? —preguntó ella.

—¿Eh?

—Ayer dijiste que no creías en él —No le había dado importancia en su momento, pero el comentario no dejaba de darle vueltas.

—Sí, no lo sé.

—¿Cómo puedes ser sacerdote si no crees en Dios?

Se encogió un poco de hombros y sonrió. —Me gusta la idea de Dios. Y al final del día, importa más que te guste la idea que creer de verdad en él.

Le pareció razonable, y prefirió no ahondar, no fuera que el razonamiento se viniera abajo. Le llamó la atención el tatuaje del escorpión, pero no dijo nada. —Un colega mío, el agente especial Victor Walton Jr., se encargará hoy de los teléfonos.

—¿Has traído refuerzos?

—Solo uno, y está aquí discretamente. Pero no hay nadie mejor para este trabajo. Quiero que pases el día con él. Necesitará ayuda traduciendo mensajes y correos.

—Claro. ¿Y tú? ¿Qué harás?

Hank Frank estaba apoyado en el capó de un Ford Escape en el aparcamiento de los estudios de WKBL. En cuanto Dagny entró, se enderezó y fue hacia ella. De mediana edad y con un aire cansado, Frank tenía una mirada sincera. Parecía un hombre que había vivido varias vidas y valoraba profundamente la que tenía ahora.

—Pensé que era una broma —dijo, inclinándose sobre su coche. Ella agarró la mochila y se la colgó al hombro—. A veces recibimos llamadas así en la radio.

Buscaba una absolución: que ella le dijera que no habría cambiado nada si hubiera ido a la policía. Pero tendría que ganársela; ella no regalaba su perdón.

Salió del coche y le estrechó la mano. —Encantada de conocerle, Sr. Frank.

—Lo siento mucho si este hombre era real. Pero no había nada en la prensa. Nadie hablaba de desapariciones. Así que me pareció una farsa.

—¿Por qué no entramos?

Los estudios de WKBL eran modestos: dos cabinas de cristal, una sala de control y unas cuantas oficinas pequeñas, una con una placa que rezaba **Hank Frank** en la puerta. Frank se sentó tras su escritorio y ella frente a él. Cogió un disco de la estantería, lo introdujo en un reproductor de CD y pulsó "Reproducir".

—Hermano, hoy estás diciendo la verdad. Estás proclamando la palabra de Dios.

Era, muy probablemente, la voz de un asesino en serie. Y a Dagny siempre le helaba la sangre escucharlas. No porque hablasen de forma distinta, sino porque tenían la *misma* cadencia que cualquiera. Un asesino en serie sonaba como el vecino al que solo habías saludado un par de veces. Por eso daban tanto miedo.

—A veces me siento tan solo. Y entonces, oír tu voz, tan racional, tan cuerda . . . Esta gente nos roba el trabajo. Nos roba el dinero. Nos roban la vida, Hank.

Alargó la mano y dio a "Pausa". Frank iba a decir algo, pero ella lo detuvo con un gesto. Algo en el tono del que llamaba le había llamado la atención. Retrocedió la grabación y volvió a escucharla desde el principio, hasta el final.

—Nos están matando. Nos están matando, Hank. Y por eso yo los estoy matando a ellos.

Y luego la voz de Hank Frank: —Nos está matando, John.

—Por eso los estoy matando yo a ellos. Los estoy matando a todos. Los estoy matando . . .

Clic.

Volvió a escuchar el mensaje varias veces. Las frases se encadenaban con una naturalidad excesiva para ser espontáneas. *Quitarnos la vida* llevaba a *matarnos*, y eso servía de base para anunciar que él los *mataba* a ellos. No era solo una confesión: era un argumento, en su forma más elemental. Era una representación. El asesino quería anunciar sus crímenes de forma dramática. Para intensificar el efecto, quería que la revelación fuera una sorpresa. Por eso usó el tono de un oyente corriente para construir hasta ese momento.

Había dos motivos principales por los que un asesino podía matar a inmigrantes ilegales, pensó. Primero, por desprecio: patriotismo mal entendido, intolerancia, miedo o delirio. Segundo, porque le gustaba matar, y ellos eran víctimas fáciles. No había registros de su existencia. Las familias temían denunciar. La gente daba por hecho que los desaparecidos habían vuelto a su país o se habían trasladado a otra ciudad. Le pareció que el asesino fingía ser del primer tipo, pero en el fondo era del segundo.

En cierto sentido, Hank Frank tenía razón: la llamada era una broma. Quería que la policía buscara a alguien impregnado de odio político, porque él carecía de ese resentimiento.

O quizás estaba equivocada. Escuchar la grabación otra vez la hizo dudar de sus conclusiones. Le habría gustado contar con la

opinión del Profesor sobre la llamada. Era un genio a la hora de analizar el perfil psicológico de un sujeto desconocido.

—¿Tiene el número del que llamó?

Frank empujó un papel sobre el escritorio. Era un impreso del registro de la emisora, con el número, la fecha, la hora y la duración de la llamada. En una investigación formal, habría solicitado a las compañías de telecomunicaciones todos los datos sobre la cuenta asociada a ese número. Aún mejor: habría consultado la base de datos del FBI. Aunque los portavoces de la Oficina lo negaran públicamente, el FBI mantenía un archivo con información de millones de móviles: números de identificación, teléfonos, nombres de los propietarios y direcciones. La NSA tenía aún más datos de ese tipo. Lamentaba no tener contactos dentro de la Oficina, por su carácter huraño e introvertido. Ese era el precio de su hosquedad.

Sacó su iPhone.

—¿Lo vas a llamar?

—No. Si el asesino seguía usando el teléfono, llamarlo haría que lo abandonara, y no podrían rastrearlo. Buscó el número en Google con su móvil, y al no encontrar nada, le envió el número por mensaje a Victor para ver si él tenía mejor suerte.

Dagny apretó el botón de "Expulsar", metió el disco en su funda, guardó este y el papel impreso en la mochila y se levantó para irse.

Frank también se puso de pie. —¿Eso es todo?

—Eso es todo, señor.

La acompañó hasta la puerta, como si buscara redimirse. —Le aseguro, señora, que si hubiera pensado que de verdad estaba matando a alguien, habría llamado a la policía al instante.

—¿Cuánta audiencia tiene un programa cualquiera, señor?

—Unos veinte mil.

—Bueno, veinte mil personas oyeron lo mismo que usted y ninguna llamó a la policía tampoco. Así que no se lo tome tan a pecho.

Él asintió apenas, lo justo para mostrar que agradecía el gesto, pero sin acabar de creérselo.

El Bilford High School tenía cincuenta años y se le notaban todos. Ladrillo desgastado, ventanas agrietadas, pintura descascarillada —lo único que parecía nuevo era el marcador del estadio de fútbol americano, cuya mitad servía de panel publicitario para John Weeney Chevrolet. Un guardia de seguridad estaba dentro de la puerta. Cuando Dagny le mostró sus credenciales, se quedó paralizado.

—Dígame dónde está la oficina del director —dijo ella, y él le indicó.

Mientras caminaba hacia la oficina, sonó el timbre y los estudiantes salieron en tropel de las aulas, rumbo a sus siguientes clases. Alrededor de uno de cada diez parecía de ascendencia hispana. Intentó calcular si había más chicas que chicos, pero era imposible llevar la cuenta con el mar de estudiantes moviéndose sin parar.

Los institutos la incomodaban. Había tenido dificultades durante su etapa de secundaria —no académicamente, sino en todo lo demás. El sistema era cruel por diseño: la última etapa de la vida en que no puedes elegir tu entorno ni con quién relacionarte. Todos están obligados a convivir. Es como pasar cuatro años en la oficina de tráfico, salvo que al final alguien es coronado reina del baile de graduación.

La oficina del director tenía una sala de espera con ocho asientos alineados frente a la recepcionista. La mitad estaban ocupados por jóvenes con cara de pocos amigos; uno, por un padre con aire nervioso.

—Necesito hablar con el director —dijo Dagny, dejando sus credenciales sobre el mostrador.

La mujer cogió las credenciales y las miró con detenimiento. Parecía preocupada. —¿Hay una bomba? —susurró.

—No.

La recepcionista la observó un instante, luego la acompañó a la oficina de atrás, donde una mujer de mediana edad estaba sentada detrás de un escritorio, rebuscando entre una de las muchas pilas de papeles. —¿Puedo ayudarla? —Un letrero en su escritorio decía **Directora Geathers**.

Le entregó las credenciales. —Soy la agente especial Dagny Gray.

La directora miró las credenciales y se las devolvió. —Soy Deborah Geathers. ¿En qué puedo ayudarla?

—Uno de sus estudiantes ha desaparecido. Adelmo Fox.

—¡Dios santo! ¿Adelmo? —dijo frunciendo el ceño.

—Necesito dos cosas. Primero, ver su expediente. Segundo, hablar con Jessica Marigold. Sería ideal hacerlo en una sala privada. Puede que fuera la última persona que lo vio.

—Por supuesto. —La directora usó el intercomunicador—. Sandra, necesito el expediente de Adelmo Fox, por favor. —Dijo, volviéndose hacia Dagny—. Jessica tiene clase de español ahora. Voy a buscarla. —Señaló la puerta del fondo—. Puede usar mi sala de conferencias.

Cualquier directora que supiera cuándo un alumno tenía clase de español hacía bien su trabajo, pensó Dagny. Y el hecho de que fuera a buscar personalmente a Jessica Marigold sugería que le importaba más su alumno desaparecido que el miedo que pudiera tener al sheriff Don.

Dagny fue a la sala de conferencias y se sentó a la pequeña mesa redonda. Sandra le trajo el expediente de Adelmo, y ella lo hojeó. Principalmente sobresalientes. Nunca había dado problemas. Jugaba en el equipo de fútbol. Adelmo era un buen chico.

Llamaron a la puerta. —Adelante.

Entró una chica desgarbada, de pelo largo y liso y sonrisa torcida. A Dagny no le cayó bien desde el primer momento.

—Entonces, esto, ¿de qué va todo esto? —preguntó Jessica.

—Por favor, siéntate.

La chica asintió y se sentó.

Dagny mostró sus credenciales. —Soy la agente especial Dagny Gray.

—¿Necesito un abogado o algo?

—No. Adelmo Fox ha desaparecido, y estoy hablando con todos los que lo vieron en los últimos días. «Una pequeña mentira piadosa —pensó Dagny—. Nadie quiere ser el único al que interrogan.

Pequeñas mentiras como esta mantienen las investigaciones en marcha.» —Sé que lo viste hace dos noches.

—Sí.

Dagny sacó su iPad y empezó a tomar notas. —¿Eras su novia?

—Salíamos —dijo, lo que era menos que un *sí*.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un par de meses.

—¿Lo viste hace dos noches?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el bosque detrás del Parque Hillsborough.

—¿A qué hora?

—Era, como, medianoche.

—¿Puedes ser más precisa?

—Quizás cerca de la una.

—¿Por qué os reuníais en el bosque?

—No podíamos vernos en su casa, y no podíamos vernos en la mía. Él no quería que lo vieran en público, por mi padre, supongo. —Se encogió de hombros.

Dagny la miró fijamente; a veces eso funcionaba mejor que preguntar.

—No sé —dijo Jessica—. A veces tenía cosas raras. Creo que le parecía romántico estar en el bosque a la una, en plena oscuridad y con este frío.

—Entonces, ¿fue idea suya quedar?

—Sí.

—¿Por qué quería quedar entonces?

—Para enrollarnos, probablemente. Siempre quería quedar después de que su madre se acostara. Yo también salía de casa a escondidas.

—No parece que te importe mucho.

—Me cae bien Adelmo, pero va muy fuerte conmigo. Da un poco de yuyu.

—A ver, explícate.

—Siempre quería ponerse intenso, hablar de sus sentimientos. Insistía en llevarme los libros por el pasillo, abrir puertas . . . Esas

cosas.

—¿Así que se portaba muy bien contigo y quería hablar sin parar? —Dagny había intentado reprimir el juicio, pero el comentario se le escapó.

—Tenemos dieciséis años —dijo Jessica. Era una respuesta que no carecía de razón.

—¿Quién llegó primero al bosque?

—Él.

—¿Qué estaba haciendo cuando llegaste?

—Arrodillado encima de una manta, buscando algo en la hierba.

Dagny sacó de su mochila una bolsa Ziploc transparente con el anillo. La alzó para que la chica la viera. —¿Esto, quizás?

Jessica miró el anillo un instante. Le rodó una lágrima por la mejilla. —¿Encontraste eso en el bosque?

—Sí. —Dagny volvió a guardar la bolsa en su mochila.

—No sabía . . . —Dejó la frase en el aire.

—¿Te pidió matrimonio?

—No. Es decir, fui allí para romper con él. Quería hacerlo en persona. Me pareció lo más decente.

—Cuéntame qué pasó.

—Le dije que me importaba, pero que algo no iba bien en nuestra relación, y que si seguíamos adelante, los dos acabaríamos haciéndonos daño. Le dije que quería que encontrara a la chica que se merece, pero que ahora mismo esa chica no era yo.

—¿Dijiste eso? —Dagny dudaba que hubiera dicho eso.

—Sí.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No sé. Fue muy intenso, muy difícil para mí. Así que me fui.

—¿Y él se quedó en el bosque?

—Sí.

—Al salir, ¿notaste algo raro? ¿A alguien?

—No.

—¿A qué hora te fuiste?

—Unos cinco minutos después de llegar. Así que poco después de la una, más o menos.

—¿Fuiste al parque en coche?

—Sí.

—¿Aparcaste en el aparcamiento?

—Sí, sí.

—¿Había alguien más en ese aparcamiento?

—No.

La respuesta había salido demasiado rápida. —Piénsalo mejor.

Suspiró. —Bueno, tal vez había una pickup.

—¿Qué tipo de pickup?

—Una pickup.

—¿De qué marca?

—No sé. Era de noche. Si la vi, fue de refilón.

—¿De qué color?

Jessica hizo una larga inspiración. —Oscura, supongo. No blanca, creo. Algo oscuro.

—¿Grande, pequeña o mediana?

—Grande, supongo. No pequeña.

—¿Viste al conductor?

—No.

Dagny abrió un programa de dibujo en el iPad y dibujó un croquis del aparcamiento. —Muéstrame dónde aparcaste y dónde estaba la pickup.

—Yo estaba aquí —dijo la chica, señalando un punto en el extremo izquierdo del mapa—. Y la pickup estaba aquí —señaló, tocando un punto en el extremo derecho.

—¿Matrícula?

—No sé. —Suspiró.

—¿Había algo en la parte trasera de la pickup?

—No creo.

—¿Pegatinas en el parachoques?

Volvió a suspirar. —Ya te he dicho que no lo sé.

Dagny se reclinó y miró fríamente a la chica. —Quien conducía esa pickup probablemente mató a Adelmo esa noche, justo después de que te fueras. Puede que a ti no te importe, pero a mí sí, así que voy a seguir haciéndote preguntas hasta que se me acaben.

Le arrancó algunas lágrimas. —Dijiste que había desaparecido —dijo la chica—. Pensé que querías decir que se había fugado o algo

así. —Se enjugó las lágrimas, pero no paraban de caer—. No dijiste que estaba muerto.

A Dagny le alivió ver que la chica mostraba algo de sentimiento de verdad. —Esto es importante.

La chica asintió. —No recuerdo pegatinas en el coche ni nada por el estilo.

—¿Tu padre sabía que salías con Adelmo?

—No. —La chica la miró fijamente—. No pensarás que mi padre hizo algo, ¿verdad?

—No. —Si Adelmo hubiera sido el único chico desaparecido, tu padre, con su postura xenófoba, estaría entre los principales sospechosos. Pero también han desaparecido otros—. Me parece interesante que salieras con un chico hispano, dada la postura pública de tu padre sobre la inmigración.

—Sí, bueno, eso es cosa de él, ¿sabes? Yo no pienso así.

—¿Por qué salías con Adelmo?

Se encogió de hombros. —No sé. Supongo que sentía curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Cómo son ellos, los hispanos.

—¿A los hispanos?

—Sí. Es que todo el mundo monta un drama con ellos.

—¿Y qué aprendiste?

—Nada. Vamos, que es como cualquier otro.

Dagny sonrió. Si al final solo iba a aprenderse una cosa, y era eso, mejor así. —¿Tienes amigos hispanos?

—No.

—¿Sabes si han desaparecido otros chicos?

—No. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado aquí?

—Si lo supiera, no te estaría preguntando. —La chica no era tan mala como al principio le había parecido. Ser hija del sheriff Don era suficiente para descolocar a cualquiera, y ella lo llevaba bastante bien, todo considerado—. ¿Y el ambiente en la escuela sobre la inmigración?

—Menos caótico que fuera del colegio, supongo. A nadie le importa mucho. O sea, no me malinterpretes, pero no se mezclan

mucho.

—¿Hay tensión?

—Son solo otro grupo más. Tampoco salgo con los skaters.

—¿Alguien sale con chicos de otros grupos, aparte de ti y Adelmo?

—No mucho.

Quería una respuesta concreta. —¿Alguien, aunque sea uno?

—No que yo sepa.

—¿Por qué no?

Jessica se encogió de hombros. —Vamos, no es solo aquí, ¿no? Los negros se casan con negros, los blancos con blancos, los asiáticos con asiáticos. Vale, a veces alguien cruza esa línea, pero lo notas porque es raro. No es que este sea el único sitio jodido del mundo. Mi padre puede ser un idiota, pero no lo ha estropeado todo. —La chica captó la mirada de desaprobación de Dagny—. Bueno, perdona por el lenguaje.

Dagny miró los zapatos de la chica: unas zapatillas de lona rosa. —¿Eran esos los que llevabas al parque para ver a Adelmo?

Bajó la vista a sus pies. —Sí.

—Dame uno.

—¿En serio?

Dagny asintió.

Jessica se quitó un zapato y se lo dio a Dagny, que fotografió la suela y la parte de arriba para registrar el diseño y la talla. Se lo devolvió. —Ya está.

—¿Puedo ver el anillo?

Dagny metió la mano otra vez en la mochila y sacó la bolsa Ziploc. —Tiene que quedarse dentro. —Se la dio a la chica.

Jessica pasó los dedos por el anillo a través de la bolsa y lo acercó a su dedo anular. Volvió a llorar. —Fui mala con él. Fui horrible. Y lo único que hizo fue quererme. —Le devolvió la bolsa a Dagny, se levantó y se fue.

—Jessica.

Se giró. —¿Sí?

—Tienes dieciséis años.

—Sí.

—La próxima vez lo harás mejor.

Cuando la chica se fue, la directora Geathers esperaba en la puerta. Dejó una pila de carpetas sobre la mesa. —Tengo otros cuatro chicos que desaparecieron en el último mes. No parecía importante porque los chicos entran y salen, sus familias se mudan . . . Pero si crees que a Adelmo le pasó algo, deberías echar un vistazo a estos también.

Dagny revisó la pila. Todos chicos. Notas normales o buenas. —¿Has intentado contactar con sus familias?

—Sí, pero no hubo respuesta.

—Eso es raro.

—Uno pensaría que sí, pero no. Muchas familias hispanas no contestan nuestras llamadas.

—¿Por qué?

—Nos ven como parte del gobierno. Les da desconfianza.

—¿Cuántos chicos hispanos hay en la escuela?

—Unos sesenta, más o menos.

—¿Cómo de bien los conoces?

—A algunos bien, a otros no mucho.

—¿Podrías buscar a unos cuantos para que hable con ellos? Los más integrados en su comunidad y los más dispuestos a hablar. Mi español no es bueno, así que mejor si hablan bien inglés.

Geathers dudó. —Eso me inquieta un poco.

—Lo entiendo —dijo Dagny.

—He hecho todo lo posible para que este lugar les parezca seguro. Aún hay familias que no mandan a sus hijos aquí. No quiero perder a los que ya vienen. Si vuelven a casa y les cuentan a sus padres que los puse a hablar con una agente del FBI…

—Voy a hacer que se sientan cómodos, se lo prometo. Pero es algo importante.

Geathers lo pensó un instante. —De acuerdo.

De pie al frente del aula, Dagny imaginó la vida de un profesor: ir a la misma clase cada día, hablar con los mismos alumnos, avanzar página a página por el mismo libro año tras año. La habitación

empezó a parecerle una celda. Miró a los dieciocho estudiantes que la directora Geathers había reunido y pensó que debían de estar deseando salir de allí.

—Me llamo Dagny Gray, soy agente especial del FBI —dijo, y los estudiantes notaron cómo se alejaban de ella, echándose hacia atrás, cruzando los brazos—. No me interesa la inmigración ni su situación, ni la de sus familias. Eso no es asunto mío. —Se sentó en el borde del escritorio del profesor—. Estoy aquí porque Adelmo Fox ha desaparecido, y temo que le haya ocurrido algo grave. Por lo que sé, también han desaparecido otros hombres, algunos mayores que él, y otros de su edad. Necesito su ayuda. ¿Me ayudarán?

Nadie dijo nada.

—Necesito saber quién ha desaparecido, desde cuándo no saben nada de ellos y dónde fue la última vez que los vieron.

El silencio volvió a caer.

—Necesito esta información porque todavía podrían estar vivos.

Recorrió la clase con la mirada, mirando a cada estudiante a los ojos. Unos dos tercios eran alumnas, jóvenes y atractivas. Algunas iban con ropa de marca; otras, con prendas de segunda mano. Los chicos eran muy distintos entre sí: algunos tímidos, otros más toscos. Dos tenían apenas un leve vello en el labio superior. Todos la miraban con escepticismo y desinterés.

—Repito: no me importa si ustedes o sus familias están sin papeles. No investigo asuntos de inmigración, ni colaboro con el ICE. Mi trabajo consiste en detener asesinos en serie, y creo que hay uno en Bilford.

Un chico empezó a hablar, pero los demás lo silenciaron. Nunca deberías entrevistar a la gente en grupo, pensó Dagny. Los estudiantes evitaban mirarla, desviando la vista al techo, al suelo, a las paredes, a cualquier cosa menos a ella. Recordó una época en que era joven y un agente de policía le hacía preguntas que no quería contestar.

Quizá merecía la pena contarlo.

—Cuando era niña, quería a mi padre tanto como una hija puede querer a su padre —dijo, y notó que ahora la escuchaban—. Era un hombre inteligente y cariñoso: me llevaba a ver a los

Cardinals, me enseñó a montar en bici, me leía un libro cada noche y me defendía cuando me molestaban. —Hizo una pausa—. Cuando tenía doce años, alguien le disparó y lo mató. —Se bajó del escritorio y empezó a pasearse por delante de la clase, cada paso marcando el ritmo de su relato. La voz le temblaba al hablar—. No sabría decirles cuánto me destrozó aquello. Me hundió. Perdí su amor, claro, pero también me sentí completamente indefensa.

Ahora todos la miraban. —La policía manejó mal la investigación, estoy casi segura. No habló con todos los que debía. Sacó conclusiones demasiado pronto. No me impresionó. Pensé que los agentes debían ser mejores. A los doce años, decidí que sería policía, y que haría las cosas bien.

Eran cosas que nunca contaba a nadie, y allí estaba, compartiéndolas con una clase llena de adolescentes desconocidos. —A veces la vida no sigue el rumbo que esperas. Crecí, estudié en la universidad y luego hice la carrera de derecho. Entré a trabajar en un gran bufete de Manhattan y gané mucho dinero. Ser abogada era cómodo y, a la vez, miserable. Caí en una depresión profunda y oscura, de esas en las que ni siquiera eres consciente. Cada día cumplía con el trámite, y los años pasaban sin que tuviera nada que mostrar, salvo los saldos de mi cuenta.

Dagny se sentó de nuevo al borde del escritorio. —Y entonces, un día, una amiga mía murió en un atentado con bomba en el metro de Londres. Ella y otras cincuenta y una personas perdieron la vida en un ataque coordinado de Al Qaeda. Sus familias sintieron una mezcla de dolor e impotencia, como la que yo conocía bien. El bufete me pareció entonces lo más inútil y absurdo del mundo. Y recordé lo que mi yo de doce años había entendido con tanta claridad.

—Dejé mi trabajo y me presenté al FBI. Estaba harta de una vida sin sentido ni propósito. Quería ayudar a quienes habían sufrido como yo.

—Llevo solo un par de días en Bilford, pero ya he visto una impotencia y un sufrimiento que me son demasiado familiares. Puedo ayudar a esta comunidad, pero solo si me lo permiten. Me entristece decirlo, pero ahora mismo soy su mejor esperanza. Así

que necesito que me contéis todo lo que sabéis. ¿Quién ha desaparecido? ¿Hace cuánto que no sabéis nada de ellos? ¿Dónde fue la última vez que los visteis? Si no me lo decís, más personas desaparecerán. Nunca sabréis si hablar conmigo podría haberlos salvado, pero esa duda os perseguirá el resto de vuestras vidas.

Se inclinó para sacar su iPad de la mochila, abrió la aplicación Notas y esperó. Al cabo de diez segundos, un chico dijo: —Alex Trevino. Lleva dos semanas desaparecido. Se graduó el año pasado. La última vez que lo vi, intentaba convencerme de que lo ayudara en un trabajo de jardinería que tenía. No parecía alguien que fuera a marcharse de Bilford.

—Gracias —dijo Dagny, anotando.

Una chica levantó la mano, y Dagny asintió. —Manny Oscar. Es mi primo. Tiene veintiún años. No sabemos nada de él desde hace más de una semana, y estamos asustados.

Dagny asintió. —¿Alguien más?

Todos los alumnos levantaron la mano.

CAPÍTULO 18

Victor se abalanzó sobre los teléfonos como si fuera Vladimir Horowitz ante el piano o Bobby Fischer frente a un tablero de ajedrez. Era una rutina, pero la ejecutaba con la precisión de un ballet: conectaba el Cellebrite al teléfono, extraía los datos a una tarjeta SD, metía la tarjeta en el portátil, descargaba la información en una carpeta y pasaba al siguiente. Durante todo el proceso, las manos del prodigio pelirrojo volaban con soltura sobre botones, puertos y teclas.

—Tienes mano para esto —dijo Diego.

Él se rió. —Eso tiene gracia, padre.

—No, lo digo en serio. Y por favor, llámame Diego.

—Por supuesto, padre.

A muchos no se les ocurriría llamar a un sacerdote por su nombre. —¿Eres católico, Victor?

—Protestante.

—¿Y tú crees de verdad?

Victor hizo una pausa, como si reflexionara con sinceridad. —Creo que sí. Reanudó su trabajo con el Cellebrite.

Mientras el Cellebrite extraía datos de cada teléfono, Diego usaba el portátil para abrir la carpeta del anterior, identificar los nombres y números de los dueños y anotarlos en el cuaderno que habían empezado la noche anterior. Algunos nombres le sonaban; la mayoría, no. Ni siquiera estaba seguro de que mereciera la pena actualizarlo, pero necesitaba hacer algo en lugar de quedarse sentado sin hacer nada.

El móvil de Victor vibró. Miró la pantalla. —Hmmm.

—¿Qué pasa?

—Dagny me ha enviado el número que el desconocido usó para llamar a *El Show de Hank Frank*.

—Suena prometedor —dijo Diego—. Me da un poco de corte preguntarlo, pero ¿qué es un sujeto desconocido?

—Unknown subject. No te preocupes. Yo tampoco tenía ni idea hasta hace unos meses.

—Entonces, ¿empezaste a trabajar como agente hace poco?

—Me gradué en la academia a principios de año.

—¿Y antes?

—Trabajé en una consultora de contabilidad tres años, al salir de la universidad.

—¿Cómo fue que acabaste trabajando con Dagny?

—Su jefe le dijo que necesitaba un compañero. Estuvimos en el mismo curso de contraterrorismo en la academia, y ella me eligió.

—Alto elogio.

—No, todo lo contrario —dijo Victor—. Me eligió porque pensaba que no valía para el puesto.

—Eso no tiene sentido.

—Pero ella sabía lo que se hacía —respondió.

—Parece que siempre lo sabe. Es un poco . . . —Diego buscó las palabras.

—Es increíble —dijo él.

Era suficientemente acertado. —Sí.

Al mediodía ya llevaban la mitad de los teléfonos revisados. Diego fue al Quiznos del centro y trajo tres sándwiches —el tercero a petición suya, por si acaso Dagny llegaba a tiempo para comer. No apareció. A las dos, Victor volvió a tener hambre, así que saqueó la despensa de Beamer en busca de unas galletas Fig Newtons, a pesar de que Diego intentó impedírselo. Vio que el sándwich de Dagny seguía intacto en su envoltorio, pero Victor se negó a tocarlo.

A las tres habían terminado: habían descargado toda la información, salvo la de dos teléfonos incompatibles, de marcas poco comunes y muy antiguos. Victor encendió uno de ellos y marcó un número. Su móvil sonó. —Ahora ya tenemos el número. Diego lo anotó en el cuaderno.

Victor cogió el último teléfono, lo encendió y marcó. Cuando su móvil vibró, empezó a pasárselo a Diego, pero se detuvo al ver el número en la pantalla. —¡Caramba!

—¿Qué?

—Es el número que Dagny me mandó por mensaje. El que usó el desconocido para llamar a Hank Frank.

Diego lo anotó en el cuaderno. —Si el desconocido hubiera usado su propio móvil, podríamos haberlo rastreado, supongo, e incluso dar con él. Pero no podemos, porque usó el teléfono de una víctima.

—Empiezas a hablar como uno del equipo. Pero lo que necesito es que hables como un sacerdote.

—¿A qué te refieres?

Victor cogió uno de los teléfonos sin identificar y navegó por los menús hasta encontrar el historial de llamadas. —Si llamamos al número que más veces aparece, la persona al otro lado podrá decirnos de quién es el teléfono.

—Sí —tenía sentido.

—Pero cuando vean de dónde les llama, se ilusionarán, pensando que su ser querido está vivo y los está llamando.

Diego entendió adónde quería llegar.

—Y cuando se den cuenta de que no es él . . . se quedarán destrozados. Yo no podría ayudarles en ese momento. Pero un sacerdote sí. —Le tendió el teléfono.

Diego recorrió la lista de llamadas y encontró un número que se había marcado varias veces al día. Con cierta inquietud, marcó el número.

La mujer que contestó solo dijo una palabra: "¿Raúl?", pero estaba cargada de esperanza, amor y júbilo ansioso. Tenía voz de joven —una novia o una esposa, no una madre, pensó Diego.

—Soy el padre Diego Vega —dijo en español—. Estoy colaborando en la investigación sobre la desaparición de varios jóvenes. Hemos encontrado este teléfono y otros. Queremos identificar a sus dueños. ¿Podría ser este de alguien llamado Raúl?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea, seguido de unos sollozos que dejaban claro que solo había oído la voz de un extraño, no la de Raúl.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para encontrar a estos jóvenes, pero necesitamos toda la información

disponible. ¿Qué puede decirme sobre Raúl?

—¿Y qué puede *usted* decirme a *mí*, padre?

—Puedo decirle que lo único que me preocupa es encontrar a estos chicos. Pero necesito su ayuda.

Las lágrimas fueron amainando. —Se llama Raúl Nieto. Tiene veintitrés años. Estamos comprometidos. Yo soy Anita Gordillo. No sé nada de él desde hace doce días. Salió a buscar trabajo y nunca volvió. He llamado a su teléfono miles de veces y no ha contestado nadie.

Tapó el auricular y miró a Victor. —¿Qué más necesito preguntar?

—La descripción física. La dirección. Amigos y familia. A dónde fue a buscar trabajo.

Fue preguntando por cada una de esas cosas y por más detalles, tomando apuntes minuciosos. Cuando terminó, le dio las gracias por su tiempo.

Una sensación de alivio le recorrió cuando colgó el teléfono. —Has estado genial —dijo Victor.

—Sobreviví.

Diego cogió el segundo teléfono y llamó al número al que más se había llamado. Un hombre respondió con ilusión, pero se derrumbó en llanto cuando Diego le explicó la situación. —Antonio Pérez —dijo el hombre, refiriéndose a su hijo. Diego lo anotó en la libreta.

Ya sabían a quién pertenecía cada teléfono. Habían descargado datos de casi todos ellos.

—¿Y ahora qué? —dijo Diego.

—Necesitamos una forma de que todo esto encaje.

CAPÍTULO 19

Hace veintiocho años, el hombre delgado fumó lo que creía su último cigarrillo en los escalones de entrada del hospital del condado de Bilford, mientras su padre moría de cáncer de pulmón dentro. El viejo siempre había sido un tirano: lo golpeaba por cualquier tontería, desaparecía meses enteros sin avisar ni dar explicaciones. Pero tras conocer el diagnóstico, cambió por completo: se volvió cálido, cariñoso, paciente, comprensivo, buscando perdón. Tal vez intentaba reconciliarse con Dios.

No había ningún Dios, pero el hombre delgado perdonó a su padre igualmente. El viejo había ganado ciento veinte mil dólares con un rasca la semana antes de que le diagnosticaran la enfermedad. Era fácil perdonar a un moribundo rico. Perdonar a los pobres que seguían vivos… eso sí costaba.

De pie en los escalones del hospital, el hombre delgado fumó el cigarrillo hasta la colilla, lo tiró al suelo de cemento y volvió a la habitación del viejo. Los ojos de su padre se abrieron cuando entró. El viejo tenía mal aspecto: tubos en la nariz y en los brazos. Por primera vez desde que era adulto, estaba más delgado que su hijo. Con un movimiento de la mano, lo llamó a su lado.

El hombre delgado arrastró una silla y posó la mano sobre la de su padre. El viejo sonrió, y una lágrima le rodó por la mejilla.

—Prométeme dos cosas, hijo.

—¿Qué, papá?

—Prométeme que serás un buen hombre, porque yo no lo fui. Y prométeme que no volverás a fumar jamás.

Asintió con la cabeza.

—Necesito que lo digas.

—Lo prometo, papá.

Lo dijo porque a los moribundos se les concede lo que piden, siempre que no cueste nada. Las promesas no costaban nada.

Se quedaron sentados en silencio el resto del día, y el hombre delgado vio cómo se le iba la vida a su padre. Al anochecer, los médicos anunciaron que el viejo había muerto. El hombre delgado les pidió un momento a solas con él, y cuando se fueron, usó el teléfono de la habitación para llamar al abogado y averiguar lo del testamento. Le llevó apenas un par de horas romper su primera promesa.

Cumplió la segunda promesa durante veintiocho años, no por respeto al viejo, sino porque no quería morir débil, sollozando como él. Pero cuando empezó a matar a los mexicanos, supo que nunca llegaría al cáncer de pulmón. Así que se permitió un paquete de Camels. Y luego otro. Hasta que fueron dos al día.

Se subió a la camioneta, sacó un paquete nuevo del bolsillo, tiró de la cinta, rasgó el celofán, sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Encendió una cerilla y acercó la llama. Dio una calada profunda, se reclinó y sonrió. Sentía que volvía a ser joven.

Anderson Demolition estaba a seis horas y dos estados de distancia de Bilford, Ohio, pero al hombre delgado le gustaba que estuviera tan lejos. La empresa había ido a la quiebra: la gente solo derriba edificios para construir otros, y ahora no se construía casi nada. Mientras un administrador revisaba las deudas de Anderson, el inventario de suministros seguía allí, esperando a que alguien saltara la valla y abriera una ventana a la fuerza. El hombre delgado podía hacerlo, y no dudó en hacerlo.

Nunca aguantó un trabajo, y eso le vino bien: aprendió a hacer mil cosas. Con los años, había aprendido a arreglar retretes de moteles, reclutar peones, mantener casas embargadas y derribar uno que otro edificio. Recorrió los estantes de materiales con mirada de experto. Masilla, alambre, pólvora, un puñado de temporizadores digitales, detonadores y mandos a distancia: cogió más de lo que necesitaba, por si acaso, y salió por la ventana. Se subió a la

camioneta, dejó los materiales en el asiento del copiloto, encendió otro cigarrillo y emprendió el regreso a Ohio.

Había una manera elegante de derribar un edificio: una verdadera arte. Una implosión cuidadosa y coreografiada dejaba el menor desperdigado de escombros y la nube de polvo más pequeña. Pero no era eso lo que quería. Quería una erupción volcánica en toda regla. En esta explosión no habría elegancia alguna. Sería puro espectáculo, nada de precisión.

Con el material conseguido, solo le faltaba el combustible. En las afueras de Dayton, vio un lugar llamado Gasolinera Canter, junto a la autopista, en medio de la nada. Se detuvo en un surtidor, metió la tarjeta de crédito de Guillermo Bespa en la máquina e introdujo la boquilla de diésel en el primer barril metálico de los seis que llevaba en la parte trasera de la camioneta.

Cuando el barril estuvo medio lleno, el surtidor se paró: había alcanzado el límite de la transacción. El hombre delgado metió otra tarjeta. Tenía al menos cincuenta, robadas a víctimas de su oleada de asesinatos. Cada barril necesitaba las tarjetas de dos muertos.

Cuando llenaba el quinto barril, el empleado de la gasolinera lo observaba desde dentro. El hombre delgado le hizo un leve gesto con la cabeza, como haría cualquiera que no tuviera nada que ocultar. El otro no le devolvió el saludo.

Para el último barril, cambió de surtidor: gasolina, esta vez, porque era mejor explosivo y serviría para encender la mecha. Mientras introducía la manguera en el barril, el empleado salió de la tienda y se acercó. Era un tipo menudo, con una barbita alrededor de la barbilla, lo que él llamaba perilla.

—¿Cómo le va hoy? —preguntó, mirando los barriles en la parte trasera de la camioneta.

El hombre delgado sonrió.

—Nunca me había ido mejor en la vida.

—Parece que hoy necesita mucha gasolina. ¿Le importa que le pregunte para qué es?

—Tengo una flota de tractores en la granja. Me gusta tener reservas.

—Ya veo.

El empleado rodeó la parte trasera de la camioneta, mirando los barriles.

—No estoy seguro de que cumplan con las normas de transporte. Es demasiado combustible para ir por ahí con él.

—Nunca he tenido problemas con ellos.

El empleado asintió y volvió a rodear la camioneta. De camino, miró la matrícula, deteniéndose lo suficiente, al parecer, para memorizarla. Fue una mirada desafortunada. Ahora el hombre delgado tendría que ocuparse de ello.

Miró la chapa con el nombre en la camisa del empleado.

—¿Te preocupan las normas, Tim?

Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo llevó a la boca.

—No puede fumar aquí.

Encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo. Inhaló, luego soltó una bocanada de humo.

—Parece que sí puedo, Tim.

—¡No puede fumar cerca de los surtidores, señor! ¡Tiene que apagarlo!

—De acuerdo —dijo.

Sacó la manguera del barril, giró la boquilla hacia el empleado, apretó la palanca y le roció gasolina por todo el cuerpo.

—¡Jesús! ¿Qué estás . . .?

El hombre delgado arrojó el cigarrillo al empleado y aguardó a ver si prendía. No pasó nada.

—¡Estás loco o qué! —gritó el empleado.

Nada resultaba sencillo. El hombre delgado metió la mano en su camioneta, sacó la pistola y disparó al empleado. Roció el cuerpo con más gasolina y devolvió la manguera a su sitio. Con un

chasquido de muñeca, encendió una cerilla y la dejó caer sobre el cadáver. La llama se apagó antes de tocar el suelo.

—¡Por todos los santos! —El hombre delgado encendió otra cerilla, la resguardó con las manos y la acercó a los pantalones empapados del empleado. La llama prendió.

Parecía un buen momento para largarse, así que subió a su camioneta y arrancó. A unos doscientos metros de allí, vio un destello en el espejo retrovisor, seguido al instante por un estruendo. Toda la gasolinera había explotado. Era buena señal, decidió. Sus huellas en el surtidor ya no existirían. Si había cámaras de seguridad, las cintas se habrían quemado. Quizá lo achacaran a un accidente: un empleado que había estado fumando demasiado cerca de las bombas. Incluso es posible que no encontraran la bala.

Se detuvo en el primer McDonald's, compró un Big Mac para celebrarlo y lo fue saboreando mientras volvía. Era un hito para él. Había matado a un ciudadano estadounidense — el primero.

No sería el último, como bien sabía.

CAPÍTULO 20

Dagny aún no había bajado del todo al sótano cuando Victor le puso en la mano un sándwich de pollo Honey Bourbon de Quiznos: seiscientas calorías y quince puntos en la escala de Weight Watchers. Abrió un extremo del envoltorio y dio un bocado. Estaba frío, pero no le importó. El sabor era irrelevante; lo que necesitaba eran las cifras.

—A ver si traes buenas noticias —dijo.

—Descargamos todos los teléfonos menos dos —respondió Victor—, pero con el historial de llamadas de esos dos hemos podido identificar a sus dueños.

—¿Los llamaste?

—Fue Diego quien lo hizo.

Rompía varios protocolos, pero ya habían quebrantado tantas reglas que poco importaba. Miró al sacerdote, encogido en una silla, ausente. Le preocupaba cómo el caso lo estaba afectando.

—¿Estás bien?

Asintió, pero no fue nada tranquilizador.

—Tenemos un montón de datos de los teléfonos —dijo Victor—, pero aún no los hemos procesado. Necesitamos reunirlo todo, ver cómo encaja.

Dio otro bocado al sándwich. Aunque con esas calorías, aún tendría que cenar antes de que terminara el día. La idea la deprimía.
—La Oficina tiene un software que puede tomar todos los datos de los teléfonos y mostrarlos en un mapa cronológico —dijo—. Cada teléfono sería un icono, y podríamos seguir su trayectoria en el tiempo.

—Sí, pero no es muy de fiar —dijo—, y para conseguirlo tendría que ponernos en contacto con el Equipo de Respuesta de Análisis Informático o con el Laboratorio Regional de Informática Forense del

Valle de Miami. Pero no podemos hacerlo, ¿verdad? Porque no deberíamos estar en este caso.

Tenía razón, claro. Actuar al margen del caso lo complicaba todo. Era un círculo vicioso: necesitaban encontrar los cuerpos para obtener los recursos . . . y los recursos para encontrar los cuerpos.

—¿Y un software comercial?

—Ningún programa puede hacer lo que necesitamos —dijo—. Así que lo crearemos nosotros.

Dagny sonrió. —¿Cómo?

—Un concurso.

Había trabajado con muchos agentes que eran expertos en dar excusas para no hacer lo que había que hacer. Victor era uno de los pocos que resolvía problemas. —Déjame adivinar —dijo—. ¿En universidades?

—MIT y Caltech. Veinticuatro horas para entregar el mejor programa.

—¿Y cuándo empieza la cuenta atrás?

—Hace casi una hora.

Miró su reloj. Eran las seis. En veintitrés horas, podrían rastrear los movimientos de ochenta hombres desaparecidos. —¿Y el ganador? ¿Qué gana?

—Para presumir y salir en el comunicado de prensa cuando se cierre el caso.

—Si lo resolvemos, ni tú ni yo saldremos ni en el comunicado.

Victor se rio, pero Diego se quedó en silencio, ausente. Ella se sentó a su lado e intentó encontrar palabras que lo animaran.

—Lo peor de este trabajo es tener que decirle a un familiar que ha muerto un ser querido —dijo.

Él negó con la cabeza. —No es eso, Dagny. Puedo consolar a la gente. Es una de mis pocas habilidades.

—¿Entonces qué es?

Él se volvió hacia ella. —Es la magnitud de todo esto. Y la impotencia que siento. Todo ha pasado a mi cargo.

Negó con la cabeza. —Tu trabajo es salvar almas, no vidas. Inspirar, no proteger. Muchos deberían sentir vergüenza por lo ocurrido. Tú no eres uno de ellos.

Asintió con un gesto que mostraba agradecimiento, aunque no convencimiento.

—En realidad, solo una persona debería sentir vergüenza —dijo —. Y lo atraparemos.

—Cosas así no las provoca un solo hombre —dijo él—. Las causa una podredumbre en la comunidad. Tengo plena confianza en que atraparás al asesino, porque sé que eres buena en tu trabajo. Pero también sé que yo no sanaré a la comunidad, porque no sirvo para el mío.

Esa mezcla de depresión y autodesprecio le era muy familiar. En las próximas veintitrés horas, iría a peor. En cuanto cruzaran los datos de los teléfonos, todo iría a toda velocidad. Lo mejor sería relajarse; sería su última oportunidad.

—Esta noche salimos todos —declaró.

—¿Adónde? —preguntó Victor.

—Al teatro.

Las luces se atenuaron entre los actos, y los tramoyistas retiraron el banco del juez y lo sustituyeron por una gran mesa de reuniones y una docena de sillas. Cuando se encendieron de nuevo, once hombres estaban sentados alrededor, y uno de pie encima. Empezó a cantar con un barítono lento y profundo:

> Culpable, es culpable, es culpable, está claro.
> Votemos a este hombre culpable y salgamos de aquí.
> Asesinato y homicidio, todo es igual.
> Si lo hacemos rápido, aún puedo llegar . . . al . . . partido.

Y entonces empezó a hacer claqué.

Era una interpretación tan sincera y genuina como cualquiera que hubiera visto —y terrible, pero de un modo maravilloso. Lo más importante era que les estaba haciendo efecto. Victor aguantaba la risa, y Diego sonreía de oreja a oreja. Para Dagny, el espectáculo le regalaba unos instantes de alegría pura que rompían la corriente de preguntas que le invadían la mente.

¿Por qué llamó al programa de radio? ¿Estaba jugando? ¿Buscaba atención? ¿Necesitaba sentir que importaba? Quizá todo eso. ¿Por qué enterró los móviles? ¿Fue por descuido? ¿Los estaba provocando? ¿Quería que tuvieran los datos? ¿Quería que encontraran los cuerpos?

Deshacerse de un cuerpo era fácil. Pero ¿cómo deshacerse de ochenta y uno? No puedes enterrar tantos. No puedes tirarlos a un río.

«Los quemas», pensó. «Hasta convertirlos en cenizas y polvo».

Si no encontraban los cuerpos, no podrían abrir una investigación oficial.

Si no encontraban los cuerpos, el asesino no caería nunca.

Si no aparecían los cuerpos, ella no tendría trabajo.

CAPÍTULO 21

El hombre delgado abrió los ojos con brío. Aquel era el día en que su obra alcanzaría la fama. El día en que el mundo comenzaría a venir a por él.

Se vistió, se cepilló los dientes, se puso una camisa y un mono, guardó una pistola en el bolsillo y agarró las llaves. Al salir de un salto, se detuvo en lo alto de los escalones del porche, abrió los brazos y aspiró hondo. El aire del alba era limpio y cortante, lo bastante fresco para devolverle a un hombre la sensación de tener veinte años.

Pero no tenía veinte años, y para montar la explosión necesitaba ayuda. Como los mexicanos no estaban por la labor en Bilford, cogió la camioneta y se fue a buscarlos lejos. Al encender la radio, sonaba "Born in the USA" de Springsteen. Encendió un fósforo al volante, admiró su propia destreza y dio una calada larga al cigarrillo. Eso era la libertad: fumar al volante, rodar por carretera y escuchar al Jefe.

A cuarenta millas de distancia, se detuvo en un Lowe's de Springfield. Dos jóvenes esperaban en el aparcamiento con mirada de desesperación, abordando a cada cliente que salía. Estos servirán, pensó. Bajó la ventanilla, les ofreció trabajo y los chicos se subieron atrás, justo al lado de los barriles que había llenado el día anterior. El hombre delgado ni siquiera tuvo que bajarse de la cabina para conseguirlos. Aquello era una oficina de empleo con servicio a domicilio.

Al llegar al silo, les quitó los móviles con su excusa de siempre, y les mandó cargar los tanques de diésel en un elevador de tijera que había robado de una obra. Cuando los barriles estuvieron subidos, subieron todos a bordo y él accionó la palanca para elevarlos. Mientras ascendían, el hombre delgado escrutó el horizonte. ¿La verían en Springfield? ¿En Wilmington? ¿En Dayton?

Los chicos empujaron los barriles hasta la parte superior del silo y los dejaron en la plataforma mientras él les explicaba la tarea. Cuatro se quedarían arriba; dos bajarían al fondo. Ellos debían descender y esperar a que les bajara los dos barriles para colocarlos. Escucharon con atención, solo interrumpieron para preguntar por el olor. Animales muertos, dijo.

El hombre delgado sacó una escalera de cuerda de un carrete en la pared del silo, la dejó caer por el agujero y soltó cuerda hasta que llegó al fondo. El primero empezó a bajar, y tras él el segundo. Mientras descendían, cortó la cuerda con unas tijeras y los dejó caer.

Ambos salieron heridos del golpe —lo demostraron sus gritos—. Volvieron a gritar al darse cuenta de que habían caído sobre un montón de cadáveres en descomposición.

Entre los gritos, no era fácil concentrarse, pero alineó los seis barriles y colocó masilla, explosivos, cables y un temporizador al barril de gasolina. En el momento justo, el temporizador enviaría una señal por los cables, activando los explosivos, que destrozarían el barril y generarían una bola de fuego gigantesca. Uno tras otro, los barriles estallarían, y uno de ellos haría saltar la tapa del silo. Al menos, esa era la teoría.

Sólo faltaba programar el temporizador. Para iluminar el cielo, debía esperar a que anocheciera. Pero no demasiado tarde: no quería que todos estuvieran dormidos, sino que las familias salieran a sus jardines a contemplar el resplandor en el cielo. Estos fuegos artificiales son para todos. Las nueve de la noche, decidió. Oscuridad suficiente para un espectáculo, y hora temprana para que hubiera público.

CAPÍTULO 22

Dagny corría con paso rápido por las calles de Bilford bajo una llovizna matinal, deseando que Victor hubiera dado a las universidades doce horas en vez de veinticuatro para desarrollar el software que recopilara los datos telefónicos. Sí, pasaría el día entrevistando a más familias, tomando más notas, pero nada de eso importaba. Los teléfonos eran la clave. Navegando por su iPhone, encontró la primera canción del álbum *Hard Promises* de Tom Petty, activó la repetición y se la dejó sonar mientras corría. Un relámpago iluminó el cielo, seguido de un fuerte trueno. Todo aquello tenía un aire ominoso.

Su mente se apartó del caso y volvió al sueño que le había arruinado otra noche de sueño. De nuevo, el de la cafetería. A los veinte años creía que superaría sus problemas con la comida. A los treinta y cinco sabía que era algo con lo que tendría que convivir el resto de su vida.

Un hombre que conducía un viejo Ford Escort oxidado lanzó una bolsa de McDonald's por la ventanilla, directamente a la acera. Dagny la recogió y la tiró a la papelera, y luego sintió la necesidad de recoger el resto de basura que fue encontrando en su ruta: botellas de plástico, latas de refresco, envoltorios de comida y un ejemplar del *Dayton Daily News*. Se detuvo ante la imagen de una gasolinera en llamas en la portada. Según el artículo, las autoridades locales atribuían la explosión a un empleado que fumaba, la única víctima del incendio. La lluvia hizo que la tinta se le corriera. Lo tiró a la papelera y siguió corriendo.

Regresó al motel y se duchó. Cuando se estaba vistiendo, sonó el teléfono. Esperando una llamada de Diego, descolgó sin mirar quién llamaba.

—No viniste a tu cita ayer.

Era el doctor Childs. —Lo siento. Olvidé cancelarla.

—Otra vez. Entiendo que asistir es obligatorio para mantenerte en el empleo.

—Me han suspendido del FBI, así que supongo que ya no importa.

Le costó un momento procesarlo. —¿Por qué te suspendieron?

—Por insubordinación.

Un silencio breve. —Dagny, de verdad creo que deberías venir a una sesión.

—No puedo. Estoy en Ohio, trabajando en un caso.

—Pensaba que estabas suspendida.

—Estoy trabajando pro bono.

—No sé cómo funciona el FBI, pero eso suena . . . absurdo.

—Lo entiendo. Mira, la cosa es esta: me suspendieron porque quería investigar un caso de asesinato sin cuerpos. Pero en cuanto encuentre unos cuantos, me readmitirán. —Al oírse decirlo, añadió —: Sé que sueno como una loca, pero creo que en un día tendré algunos cuerpos.

—Suena raro. ¿Cuánto tiempo vas a estar en Ohio?

—No lo sé. El tiempo que haga falta para coger al tipo.

—¿Al tipo que ha matado a personas cuyos cuerpos no puedes encontrar?

—Sí. Exactamente.

—Dagny, de verdad creo que deberías volver a casa.

—Solo suena loco porque no te cuento todo. Hay docenas de personas desaparecidas. Voy a encontrarlas. No puedo decir más.

—Si no piensas volver, creo que deberíamos plantearnos hacer sesiones regulares por teléfono.

Dejar la Iglesia de la Cienciología era más fácil que abandonar la terapia con el doctor Childs. —No puedo comprometerme con nada. En cuanto encontremos los cuerpos, todo se descontrolará.

—Entonces quizá deberíamos hablar ahora. Antes de que todo se desmande.

Dagny miró el reloj. Aún le quedaban unos minutos antes de salir.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Childs.

—Solo . . . —Hizo una pausa—. Impaciente, sobre todo.

—¿Te molesta la suspensión?

—No, todo irá bien.

—¿Estás comiendo bien?

—Sí. Cuento con una buena red de apoyo. —Le pareció más efectivo referirse a Victor como una red—.

—¿Tienes problemas para dormir?

—No, solo . . .

—¿Solo qué?

—Sueño cosas raras.

—Hmmm.

—¿Qué?

—Bueno, Freud decía que los sueños son el camino real al inconsciente.

—Sí, pero también se inventó lo de la envidia del pene —dijo Dagny—.

—Touché. Cuéntame uno de esos sueños.

No parecía gran cosa. —Estoy otra vez en la universidad. Voy en pijama a la cafetería y miro qué hay. Hay una barra de ensaladas, muy sensata. Pizza, la máquina de gofres, la barra de sándwiches. Y no logro decidir qué coger, así que sigo dando vueltas y vueltas, mirando cada zona una y otra vez. Mientras tanto, los demás cogen la comida, la llevan a las mesas, comen y se van. Yo sigo dando vueltas, y la comida va desapareciendo. Al final, todos han terminado, y yo sigo sin decidirme, pero ya solo queda lo que nadie ha querido. Y me desquicia, porque ni siquiera en sueños consigo librarme de mis problemas con la comida.

—Hmmm.

—Entonces, ¿qué opinas?

—No creo que el sueño tenga nada que ver con la comida.

—Entonces, ¿de qué va?

—Va de hombres.

—No, es que . . . —Pero cuando lo pensó, se dio cuenta de que la doctora Childs tenía razón.

—Hablemos de hombres, Dagny. De Mike, por ejemplo.

—No puedo. Me tengo que ir.

CAPÍTULO 23

Google lo dirigió al sitio web de The Clergy Project, un grupo dedicado a ayudar a clérigos a abandonar el sacerdocio tras perder la fe. El grupo parecía tener cierta relación con el científico y secularista Richard Dawkins, quien en una carta de bienvenida señalaba que un clérigo que se va "arriesga perder a todos sus amigos, ser repudiado por su familia, quedar marginado por toda la comunidad". Diego no corría ese riesgo. No tenía amistades verdaderas. Se había alejado de su familia desde la adolescencia. Hacía años que no se sentía parte de nada.

Entonces lo entendió. Ya había dejado atrás el sacerdocio.

Cerró los ojos y se frotó las sienes. Todos sus amigos de la infancia estaban casados con personas que los querían de verdad. Tenían trabajos que les permitían construir, crear o dirigir proyectos, ganar dinero y comprarse una casa. Sus hijos los recibían con sonrisas y abrazos al llegar a casa. Los fines de semana hacían barbacoas con los vecinos. En invierno, pasaban las vacaciones en lugares cálidos y soleados.

Él solo tenía un Corvette descapotable rojo cereza del 69. Era como una versión adolescente de la vida adulta. Patético.

Cerró el navegador, se duchó y se vistió. Dagny no llegaría hasta las nueve y cuarto, así que tenía una hora por delante. Cogió el teléfono y hizo algo que llevaba dos años queriendo hacer: llamó a Katrina.

—¿Diego? —preguntó sorprendida.

—Hola.

—Dijiste que no querías volver a hablarme.

—No, no. Dije que no deberíamos volver a hablar.

—Es lo mismo.

—No, es muy diferente. Hay cosas que quiero hacer y no debería.

—¿Por qué me llamas?

—Y-yo— —tartamudeando—. Supongo que quería oír tu voz. Cómo te va.

—Ya sabes cómo me va. He oído que preguntas por mí.

—Solo para asegurarme de que estás bien —dijo él.

—¿Por qué ahora? Después de todo este tiempo, ¿ahora me llamas?

—No lo sé. Supongo que te echo de menos.

—Ese barco ya pasó.

—Lo sé, Katrina. Solo echo de menos hablar contigo.

—¿No tienes a nadie con quien hablar en Bilford? —dijo *Bilford* como si nombrara a una amante.

—No. No, no tengo a nadie.

—Entonces ve a un psicólogo.

—Sé que sigues enfadada, pero—

—No, no estoy enfadada —dijo ella—. Estoy… confundida. No entiendo cómo puedes estar tan cerca de alguien y luego cortarlo todo así.

—Katrina, si yo no—

—¿Qué?

—Yo habría—

—¿Qué habría pasado, Diego?

—Te habría metido en un camino que no era bueno para ti.

—Eso es sexista. Yo podía haber decidido por mí misma—

—Pero decidiste por ti, Katrina. Me fui, y tú igual seguiste adelante. —Buscando una respuesta más sincera—. Y, la verdad, yo —

—Tomaste la decisión por mí.

—No. No lo hice. Y aun así seguiste adelante. —Buscó una respuesta más sincera—. Y, honestamente, yo—

—¿No querías sentirte responsable?

—Sí.

—Claro, como si asumir la responsabilidad fuera un pecado mortal—

—Porque yo no valía la pena.

Hubo un largo silencio. Sabía que seguía en la línea; oía su respiración entrecortada, airada. Y entonces dijo:

—Me ha costado dos años darme cuenta, pero tienes razón. No valías la pena.

Era por esto por lo que había llamado. No buscaba perdón, que ni merecía ni obtendría, sino absolución. Ella estaba mejor sin él, lo entendía, y eso quería decir que había hecho lo correcto.

—Gracias —dijo, sin darse cuenta de que eso podría confundirla.

—¿Era eso todo lo que querías? ¿Que me portara mal contigo?

Tal vez sí. O tal vez solo quería recordar la última vez que fue feliz.

—¿Recuerdas aquella noche que fuimos en coche a Chicago?

—Claro que sí.

—Y nos apuntamos a la ruta de arquitectura—

—Hacía diez grados, con vientos de huracán.

—Y entramos en el atrio del Rookery—

—Y nos quedamos allí mientras el resto de la visita se iba—

—Y hablamos seis horas seguidas, sentados en esos escalones.

—Lo recuerdo —dijo ella.

—Sin darnos cuenta del tiempo. Mirando hacia arriba, a través del techo de cristal, y de pronto viendo que ya era de noche, sin saber cómo había pasado.

—Sí.

—¿De qué hablamos ese día?

Ella se rio.

—¿En serio no lo recuerdas?

—No.

—Hablamos de béisbol, de los Hermanos Marx, de Joni Mitchell. De política, obligaciones, familia. De nuestras infancias, del miedo, de la muerte. Comentamos sobre gente de la iglesia. Y tú, cómo no, soltaste un rollo sobre ese Corvette rojo tan estúpido . . . Ojalá no lo tengas ya, pero seguro que sí.

—Lo tengo.

—Por supuesto. Y hablamos del amor. De lo que sentíamos al vivirlo y de lo que significaba para nosotros.

—Y hablamos del tiempo —dijo Diego.

—Porque estábamos dentro de una obra maestra—

—Diseñada por Burnham, Root y Wright cien años antes.

—Y ha aguantado.

—Tanto que salió en *Solo en casa 2*.

—Y no me cuadraba que un hombre de treinta años—

—Treinta y dos, entonces.

supiera eso.

—Lo leí por ahí.

—Eso dijiste, pero dabas la impresión de conocértela al dedillo.

—No, no —protestó igual que tres años antes—. Solo me gusta leer sobre arquitectura.

—Seguro que por eso te hiciste cura. Por la arquitectura.

—Así es como te enganchan. Con la arquitectura.

Ella volvió a reír. —Crees que me echas de menos, Diego, pero no es eso. Solo echas de menos tener con quién hablar.

—Eras una conversación estupenda.

—Sí, bueno . . . qué bonito por tu parte.

—Lo digo en serio, Katrina.

—Entre nosotros era más que charla.

—Lo sé.

—Pero yo también lo echo de menos. Por eso no podemos seguir así.

—Lo sé.

—Adiós, Diego.

—Adiós, Katrina.

Al colgar, un nudo se le formó en el estómago. Había llamado para ponerle fin, y ahora, con ese fin conseguido, se sentía peor que nunca.

CAPÍTULO 24

Pasaron el día entrevistando a más familias de desaparecidos. La mayoría les abrió la puerta con sonrisas forzadas y una esperanza precaria, lanzando a Dagny preguntas tras preguntas en busca de buenas noticias, para luego hundirse en un silencio sombrío cuando ella no tenía nada que ofrecer. Diego llevaba la conversación con tacto, ayudando a que las familias se relajaran. Victor, en cambio, apenas hablaba. Ella lo había traído porque se lo merecía; aunque le había advertido que guardara silencio, por si demasiadas voces terminaban por agobiarlas.

Ninguna visita arrojó pistas útiles, pero Dagny tampoco esperaba encontrarlas. Hablaban con esas familias para mantener la sensación de que avanzaban, mientras aguardaban a que llegara la información de los móviles.

A las cuatro de la tarde, regresaron al sótano de Beamer, pidieron pizza y se pusieron a esperar el software que las universidades habían prometido. La pizza llegó primero. Ella se comió tres porciones, suficiente para alcanzar la meta diaria de puntos. Poco después apareció John Beamer; había salido antes del trabajo para ver qué habían conseguido en su sótano, ahora convertido en cuartel general. A las 4:59, dos correos entraron en el portátil de Victor, cada uno con un enlace para descargar un programa.

Se apiñaron tras él mientras descargaba primero el programa del MIT. Cuando se abrió, Victor fue a Archivo en la barra de menú y seleccionó Importar datos. Apareció una ventana con una barra de progreso que subió del uno al setenta y tres por ciento… y se detuvo. El cursor se transformó en la rueda de colores, y al instante, la aplicación se colgó.

—Joder —dijo. La volvió a abrir e intentó importar los datos. Volvió a bloquearse en el setenta y tres por ciento.

—Venga, Caltech —dijo Beamer en un susurro, como una plegaria.

Victor pulsó el enlace del equipo de Caltech y descargó el programa. Luego hizo clic en el botón de Importar datos de la barra superior. La barra de progreso avanzó lentamente del uno al setenta y tres por ciento, donde se quedó paralizada. Los cuatro miraron la pantalla en silencio, abatidos.

—Por favor, por favor —murmuró Victor.

»Algo había cambiado, porque la barra de progreso volvió a moverse, hasta el cien por ciento.

—Gana Caltech.

Un mapa mostraba la zona de Bilford. En el lateral de la pantalla, unos interruptores permitían elegir entre vista de satélite, de calles o híbrida, y cambiar entre Google Maps y Bing Maps. Victor pulsó el botón "Filtrar" en la parte superior, y apareció una lista desplegable con los ochenta y un nombres. Sobre el mapa, un control deslizante marcaba "Línea de tiempo". A su derecha, un botón decía "Configuración"; lo abrió. En un cuadro de texto, ajustó el período cubierto: seis meses.

—Solo por si acaso —dijo.

Otro recuadro llevaba la etiqueta "Puntos rojos al agotarse", y debajo explicaba: "Que los puntos se vuelvan rojos cuando se interrumpa la señal por falta de batería". Victor activó la opción.

Tras cerrar la configuración, cogió el control deslizante y comenzó a moverlo por la línea de tiempo. Observaron cómo los puntos se desplazaban por el mapa. A veces convergían, avanzaban juntos y se separaban al final del día.

—Así era como vivían —dijo Victor.

Algo no cuadraba.

—No creo que haya ochenta puntos en la pantalla. Más bien unos treinta.

—Bueno, no todos los móviles guardan datos todo el tiempo —dijo Victor—. Algunos solo conservan siete días de GPS, otros incluso menos.

—Eso es una pasada.

—No es tan grave como parece —explicó—. La mayoría de los móviles tienen apps que también registran la posición. Si hicieron llamadas, tendremos una ubicación aproximada gracias a las antenas. Y como casi todos tenían activado el GPS, es probable que sus movimientos queden registrados en Twitter, Facebook, Yelp o cualquier app que usaran. Este programa los recopilará todos.

—Entonces deberían verse más puntos —dijo—. ¿Puedes alejarte?

Victor pulsó el menos para alejarse, y empezaron a aparecer más puntos. Se detuvo cuando todo el estado de Ohio quedó visible. Las marcas se concentraban en el cuadrante suroeste. La mayor acumulación estaba alrededor de Bilford, pero también había grupos en las afueras de Cincinnati, Dayton y Columbus.

Siguió deslizando el cursor por la línea de tiempo. Al llegar a los tres meses, un grupo de puntos convergió y se tornó rojo en el condado de Bilford.

—Dale marcha atrás y más despacio.

Retrocedió el control, pulsó el botón de "Media velocidad" y luego "Reproducir" en la parte inferior. Vieron cómo un grupo de ocho puntos aparecía junto a Fowler Road.

—Ahí es donde se juntaban a buscar trabajo —explicó Dagny.

Los puntos salieron juntos, tan apiñados que parecían una sola marca palpitante. Avanzaron por varias carreteras y luego se desviaron del asfalto.

—Pon vista de satélite —dijo ella. Victor obedeció.

Avanzaron a través de un bosque espeso, cruzaron un camino de tierra que atravesaba una explanada en una granja y se detuvieron ante un silo gigantesco. Uno a uno, fueron tornándose rojos. Victor hizo clic con el botón derecho y colocó una marca en el silo.

—Sigue —dijo ella.

Otra semana avanzó en la línea de tiempo. Un grupo de puntos desde las afueras de Dayton recorrió la autopista hasta el condado de Bilford y la misma granja. De nuevo, se detuvieron en el silo y uno a uno se volvieron rojos.

—John, ¿sabes dónde está esa granja? —preguntó.

—Es la vieja granja Hoover. La embargaron. Lleva años abandonada —respondió Beamer.

—Quizá no del todo abandonada —dijo ella.

La línea de tiempo siguió avanzando, y los puntos continuaron con sus trayectos. Otro grupo se congregó junto a Fowler Road y se encaminó hacia la granja.

—Once más —dijo Victor mientras se tornaban rojos.

Una semana después, doce puntos más desde el norte de Cincinnati cruzaron la pantalla hacia el silo. Luego, ocho desde el sur de Columbus. Otros trece desde Fowler Road. Doce más desde Dayton.

—Dios mío —dijo Diego—. Estamos viendo cómo mueren personas.

Los grupos seguían llegando, desplazándose hacia el silo y apagándose. A medida que los puntos verdes desaparecían, los que quedaban avanzaban en grupos cada vez más pequeños hacia su destino final. A veces, uno iba solo.

Cuando solo quedaban tres puntos verdes, dos de ellos se desplazaron al silo y permanecieron allí dos días. Luego partieron hacia el Parque Hillsborough, donde se encontraron con el último punto. Victor hizo clic sobre él y apareció un recuadro con el nombre y la dirección de Adelmo Fox, además de botones que mostraban otros metadatos del móvil.

—Fue entonces cuando el desconocido fue a enterrar la bolsa de teléfonos. Parece que Adelmo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo Dagny.

Los otros dos teléfonos dejaron de funcionar, y solo el punto de Adelmo seguía verde. Avanzó hasta la casa de Beamer, donde los demás puntos volvieron a parpadear. —Porque los enchufamos —dijo Victor, innecesariamente.

Dagny miró a John. —¿Puedes llevarnos a la granja?

—Yo puedo conducir —dijo Diego antes de que John pudiera responder.

—No cabemos todos en tu deportivo —dijo ella—. Y además, no vas a venir.

Diego torció el gesto. —Dagny, tengo que ir. Todo esto es por mi culpa.

—Es demasiado peligroso. Eres un civil.

—Yo conduzco —dijo John.

Victor y John ya subían las escaleras cuando Diego la agarró del brazo y la detuvo. —No tengo hijos, ni mujer, ni familia. No tengo absolutamente nada que perder. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo entendía bien.

—No tengo nada, salvo un sentido de propósito. Solo creo que puedo ser útil. Y lo sería. Soy fuerte, estoy en forma, más que Victor, más que John.

—Nunca has hecho algo así.

—Victor tampoco, ¿no?

—Es peligroso, Diego.

—Sé disparar.

—¿Has disparado antes?

—Sí.

Había muchas cosas que no sabía sobre el sacerdote. Gritó hacia el piso de arriba. —¡John!

—¿Sí? —llamó desde arriba.

—Vamos a necesitar otra arma. ¿Puedes prestárnosla?

CAPÍTULO 25

Dagny, Victor y Diego esperaban en el coche de Beamer detrás de la comisaría, mientras el agente hacíase con cuatro chalecos antibalas y un arma reglamentaria en secreto. Dagny se quedó con el arma adicional y le dio la suya a Diego: a Beamer tal vez le perdonarían prestar un arma a una agente del FBI —aunque estuviera suspendida—, pero no habría forma de justificar que se la entregara a un sacerdote. Solo un loco haría algo así, pensó.

Por indicación suya, Beamer los llevó a la tienda T.J.Maxx en New Bilford, donde compraron camisas, pantalones y zapatos negros para pasar desapercibidos al caer la noche. La tienda tenía tallas limitadas, así que la ropa de Victor le quedaba justa. —Parezco una bailarina gorda —murmuró.

—Servirá, Cisne Negro.

De camino a la granja, hicieron una parada en el Bilford Motor Inn, donde ella hurgó en su maleta hasta encontrar el Radar Scope que le había pedido prestado a un amigo militar y nunca había devuelto. Beamer miró intrigado el dispositivo verde cuando ella volvió a sentarse en el asiento delantero de su Civic. —¿Qué hace eso?

—Lo pones contra la pared de una casa y te dice si hay alguien dentro.

—Nunca había oído hablar de algo así.

—Los usaban en Irak.

Victor se asomó desde el asiento trasero, asomándose entre los asientos delanteros. —¿Así que vamos a la guerra?

Tal vez lo estuvieran. Habían supuesto que un solo culpable estaba detrás de los secuestros masivos, pero podía tratarse de un grupo o una secta. Si había un grupo de koreshianos armados esperando en la granja, necesitaban saberlo.

Tardaron veinte minutos en recorrer el laberinto de caminos secundarios hasta la granja Hoover. Aparcaron a dos fincas de distancia y avanzaron a pie por el bosque. A los cinco minutos, ya distinguían la cima del enorme silo. Otros diez minutos más tarde, llegaron al claro que revelaba el resto de la finca. Un camino de grava atravesaba campos de hierba alta y llevaba a una casa de dos plantas del siglo XIX, luego giraba a la izquierda hacia un gran granero y el silo. Más allá, unos campos cercados parecían vacíos del ganado que antaño habían alimentado.

Pese al anochecer, las ventanas de la casa estaban a oscuras. Pero eso no quería decir que estuviera vacía. Dagny ordenó a los demás que se mantuvieran agachados y quietos hasta que diera la señal. Se deslizó por la hierba hasta el lateral derecho de la casa y sacó el Radar Scope de su mochila. El aparato emitía un radar de frecuencia escalonada y detectaba cambios en el patrón Doppler de la señal reflejada: si había alguien al otro lado de la pared, el dispositivo parpadeaba. Lo apoyó contra el muro y pulsó el botón. No hubo señal. Arrastrándose por el perímetro, lo probó a intervalos regulares. La planta baja parecía desocupada. Se incorporó y miró por una ventana: una sala de estar vacía. Sin muebles, sin alfombra, ni siquiera un cuadro en la pared. El pestillo estaba abierto. Apoyó las manos sobre el cristal, empujó la ventana hacia arriba y entró.

El lugar estaba polvoriento y olía a humo de cigarrillo. Sacó una linterna de la mochila y registró la estancia. En medio del suelo, una colilla aplastada. Notó que el suelo de madera era más claro en el borde que en el centro: la habitación había estado alfombrada. La colilla la habían tirado después de retirarla. Sacó unas pinzas y una bolsa Ziploc, recogió la colilla y la metió en la bolsa. Un hallazgo mínimo, pero con menos se habían resuelto casos. Cogió un rotulador del bolsillo frontal de la mochila y anotó la fecha y el lugar en la parte blanca del plástico.

Siguió registrando la planta baja, aunque avanzara de puntillas, los suelos crujían. Con el arma desenfundada, se deslizó por la cocina y el comedor.

—¡Thump!

El ruido venía de arriba.

¡Thump!

Dagny corrió al vestíbulo y se detuvo al pie de la escalera, con el arma bien sujeta con ambas manos. Empezó a subir los peldaños, brazos rígidos, el arma por delante. El corazón le martilleaba en el pecho.

—¡Thump!

Arriba había tres dormitorios. Entró en el primero, agachada, con el arma en posición. La habitación estaba vacía; el armario, abierto y vacío. Se adentró en el segundo. Vacío. De camino al último, echó un vistazo al baño: un lavabo de pedestal bajo un botiquín abierto y vacío. La ducha estaba limpia; no había cortina en la barra.

—¡Thump!

Venía del último dormitorio. Se agachó en el pasillo y miró por la puerta entreabierta. Dentro, una cama plegable de metal junto a la ventana, en la pared izquierda, y un armario pequeño en la del fondo.

—¡Thump!

Venía del armario.

Dagny respiró hondo, entró en la habitación con el arma por delante y abrió la puerta de una patada.

Un murciélago se abalanzó sobre su cabeza. Chilló y siseó. Lo apartó de un manotazo y se agachó. El animal chocó contra la pared y volvió al ataque. Se tiró al suelo, rodó hasta la pared y abrió la ventana. El murciélago salió volando.

Miró por la ventana y lo vio perderse en el cielo oscuro. Cuando desapareció, bajó las escaleras conteniendo una risa.

Abajo, salió por la ventana abierta. Cruzó corriendo la hierba hasta el granero y sacó de nuevo el Radar Scope. Una vuelta alrededor del perímetro confirmó que estaba vacío. Empujó la puerta y entró con la linterna en la mano. Una lona negra cubría algo. La arrancó de un tirón y descubrió una plataforma elevadora de tijera. En el panel de control había una cerradura, pero no tenía llave. El resto del granero estaba lleno de trastos: una carretilla rota, botes de pintura, madera podrida. Todo lo útil o valioso había

desaparecido, salvo la plataforma, que estaba impecable. Una adición reciente, dedujo.

Salió del granero y encendió la linterna brevemente. Los tres hombres salieron corriendo. Deberían haberse acercado arrastrándose, pero no lo hicieron. Dagny se había olvidado de decírselo. Aquel grupo necesitaba instrucciones claras. Aunque había confirmado que la casa y el granero estaban vacíos, quedaban muchos otros escondites en la finca. Los chicos no eran conscientes del peligro.

—¡Agachaos! —ordenó en un susurro intenso. Se agacharon y se acercaron gateando.

—¿Y el silo? —preguntó Beamer, agachándose a su lado.

—Ahí es adonde vamos. Armas fuera, caballeros.

—¿Yo también? —preguntó Victor. La mayor parte de su experiencia con armas de fuego incluía la palabra *accidente*.

—Tú también. —Hizo una pausa—: Pero mantén el dedo fuera del gatillo.

Dagny los guió arrastrándose hasta el silo. Puso la mano sobre el costado del cilindro imponente y notó el hormigón frío y áspero. Tenía que haber una entrada en algún sitio. Rodeó el edificio y encontró una gran abertura rectangular rellenada con hormigón. El sospechoso había convertido el silo en una tumba.

Una escalera metálica ascendía por el lateral del silo, separada unos quince centímetros del hormigón por soportes metálicos fijados cada tres metros. Contó los tramos entre soportes y calculó que el silo debía de tener unos veintiún metros de altura. Un ascenso complicado para cualquiera. Y mucho más con un cuerpo a cuestas.

Victor debía de estar pensando lo mismo. —Subida complicada.

—Usó un elevador de tijera —dijo ella—. Está en el granero.

La pared de hormigón del silo seguramente era demasiado gruesa para que el sonar funcionara, pero muchas investigaciones habían fracasado por suposiciones equivocadas. Aun así, sacó el Radar Scope de su mochila y lo apoyó contra la pared.

La pantalla parpadeó.

—¿Eso quiere decir que hay alguien vivo dentro? —preguntó Diego.

Dagny dio un golpe en el lateral del silo. —¡Hola! —gritó. Los demás se sumaron.

Una voz débil llegó desde detrás del hormigón. Parecía decir: "Ayuda".

—¡Hay alguien vivo! —exclamó Beamer.

—Necesitamos el elevador de tijera —añadió Diego.

—Falta la llave —respondió ella—. No arrancará.

Diego se giró hacia la escalera y se guardó la pistola en la cintura de los vaqueros. —Entonces toca por aquí —dijo, agarrando el primer peldaño y empezando a subir.

—¡No, Diego, para! —Pero él la ignoró y siguió subiendo. Ella agarró el primer peldaño y se impulsó hacia arriba.

Victor la miró desde abajo. —Quizá deberíamos quedarnos aquí. Para cubriros.

—Sí —gritó Dagny—. Para cubriros. —Miró hacia arriba, donde Diego ya iba seis peldaños por delante—. Diego, no sabes qué hay arriba.

—Sé lo que hay dentro. Con eso basta. —Y siguió subiendo por el lateral del silo.

Ella aceleró el ritmo, pisando con fuerza cada peldaño y tirando de sí misma hacia arriba. A mitad de subida, miró abajo, donde Beamer y Victor parecían pequeños, y le dio un leve mareo.

—¿No te dan miedo las alturas? —le gritó a Diego.

—En realidad, las detesto —respondió él.

El viento arreciaba a medida que subían. —¿Qué harás una vez arriba? —dijo ella—. No llevas cuerda. Dudo que haya una escalera dentro.

—No tengo ni idea de lo que hago —dijo él—. Pero algo tengo que hacer.

—Con ese tipo de pensamiento se han perdido guerras. —Pero si él no hubiera empezado a subir, ella lo habría hecho. A veces toca actuar.

Volvió a mirar abajo. Quince metros hasta el suelo. Victor y Beamer le parecían borrosos. Tenía que dejar de mirar hacia abajo, así que alzó la vista hacia Diego. Él la miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Ojalá mi trabajo fuera un poco menos vertical.

—Solo cinco metros más y . . .

Primero sintió la explosión: una sacudida violenta que casi la desequilibra y la hace caer. Después llegó el sonido: un estruendo atronador que retumbó en sus oídos incluso cuando el ruido ya había cesado. Entonces, el destello de una bola de fuego hizo estallar la cúpula del silo, dejándola ciega, mientras las chispas caían a su alrededor y le quemaban los brazos y el cuero cabelludo.

—Diego, ¿estás...?

Una segunda explosión sacudió el silo con tal fuerza que la mitad superior de la escalera se desprendió y, bajo el peso de ambos, se dobló sobre sí misma y se estrelló contra la parte inferior. Dagny quedó colgando sobre Diego. El riel derecho se partió en el punto de doblez, así que solo el izquierdo, retorcido y doblado, los sostenía. La escalera osciló hacia la izquierda y ella perdió el agarre. Él la atrapó al caer.

—Te tengo —dijo él.

—Me tienes —respondió ella—. ¿Y tú? ¿Quién te sostiene?

El punto de doblez en el riel izquierdo empezó a ceder. Se aferraron a los peldaños de la parte aún fijada mientras la mitad suelta caía al suelo. Él empezó a descender primero, y ella lo siguió.

—¡Corred! —gritó a Victor y Beamer, que miraban hacia arriba, paralizados por el susto. Ellos obedecieron.

Estaban a tres metros del suelo cuando la tercera explosión los lanzó de la escalera. Diego cayó de espaldas. Ella, encima de él. Él la rodeó con los brazos y rodaron juntos hacia un lado, justo a tiempo para esquivar un trozo de hormigón que caía. Ella sintió su aliento agitado en la mejilla.

—Tenemos que correr —dijo ella, apartándose y echando a correr hacia el granero con Beamer y Victor.

—De acuerdo —dijo él, corriendo tras ellos.

Una cuarta explosión iluminó el cielo y sacudió el suelo. Ella se giró y vio cómo una bola de fuego brotaba de la cúpula del silo. —¡Llama a todos los bomberos de la región! —gritó a Beamer.

—Ya estoy en ello —dijo él, con el móvil en la mano.

—Y necesitaremos la grúa más grande que encontremos. Una de obra, con un foco potente.

Pareció desconcertado por la petición, pero no dijo nada.

Mientras él hablaba por teléfono, los demás se sentaron en la hierba, viendo cómo el silo entraba en erupción, como un volcán gigantesco. Alguien moría dentro, y no podían hacer nada.

CAPÍTULO 26

Llegaron dieciocho vehículos de bomberos de todos los tamaños y funciones —bomberas, escalas, plataformas móviles—, procedentes de tres condados, en plena noche. Bañaron el lugar con destellos rojos, creando una atmósfera de tragedia. La escalera más alta alcanzaba veintitrés metros, apenas lo necesario para apuntar las mangueras hacia el interior del silo. Dagny observaba la operación al lado de Max Conroy, el jefe de bomberos de Bilford, un hombre menudo y canoso, con la suficiente experiencia para asesorarla sin poner en duda su autoridad. El fuego era cosa suya, pero la escena del crimen, de ella.

A las tres de la madrugada, el fuego ya se había reducido a brasas, y por la parte superior del silo salía vapor, no humo. Se giró hacia Conroy.

—¿Cuál es la temperatura ahora mismo dentro del silo?

—Unos cuatrocientos grados Fahrenheit, supongo.

—¿Todavía?

—Sí. Hace un rato superaba los dos mil.

—¿Hasta cuándo seguirá caliente?

—Estará ardiendo todo el día —dijo—. Esas paredes de hormigón tienen más de treinta centímetros de grosor. Todo esto es como una cazuela de piedra en un restaurante coreano.

Se preguntó cuándo habría estado él en un restaurante coreano, y enseguida se reprendió por asumir que todos en Bilford eran gente cerrada al mundo. Era un estereotipo típico de la Costa Este, más aún viniendo de una mujer de San Luis.

—Voy a necesitar un traje de bombero.

Él la observó un instante, como sopesando su capacidad física y mental. Se llevó el megáfono a la boca y se volvió hacia el grupo de bomberos.

—¡Mayer!

Una bombera acudió corriendo.

—Necesito tu equipo.

La bombera se quitó las antiparras, luego el casco y la capucha ignífuga que llevaba debajo. Miró a Dagny.

—¿Para ti?

Dagny asintió y le tendió la mano.

—Dagny Gray.

—Nicole Mayer.

Era una joven de veintitantos, delgada pero atlética, con la cara llena de pecas. La única mujer entre todos ellos. Dagny conocía bien esa sensación.

—¿Cómo será estar ahí dentro? —preguntó, señalando el silo.

—Como el infierno.

Nicole se quitó las gafas y las dejó en el suelo.

—¿Cómo vas a entrar?

—Para eso está la grúa.

Nicole asintió, se quitó la chaqueta exterior y los pantalones, dejándolos caer al suelo con un golpe sordo. Dagny levantó la chaqueta —pesaba una tonelada—, pero la bombera negó con la cabeza.

—Primero el gorro, para que quede cubierto por la chaqueta.

Cogió el gorro. Era de un material blanco y grueso, con una abertura cuadrada para la cara. Se lo puso.

—Vale. ¿Y ahora?

Nicole le sostuvo los pantalones para que se los pusiera. Luego le subió los tirantes y le ayudó con la chaqueta. El equipo pesaba tanto que Dagny casi pierde el equilibrio.

—Te acabas acostumbrando —dijo Nicole—. Al cabo de un año o dos.

Le sonrió y le entregó las botas.

Dagny se puso las botas y dio unos pasos a duras penas.

—Tu trabajo es más agotador que el mío.

Nicole miró el silo.

—Si eso está lleno de muertos, no lo creo.

Dagny se acercó a Diego, Victor y Beamer, que estaban sentados en la hierba, mirando la escena con expresión aturdida.

—John, ¿quién maneja la grúa?

—Steve Johnson. Local 925. Es un buen tipo.

—Vamos.

La grúa estaba estacionada a unos quince metros del silo. Su brazo de treinta metros apuntaba en otra dirección. Johnson estaba sentado en la cabina, fumando un cigarrillo. Bajó de un salto al verlos acercarse.

—¡Eh, John!

—Steve, gracias por venir.

—Por supuesto, tío. Esto es una locura, ¿eh?

Dagny le tendió la mano enguantada.

—Dagny Gray.

—Jesús, ¿hay una mujer bajo todo eso?

—Sí.

—Agente del FBI —aclaró Beamer.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Manejas bien esto? —preguntó ella, señalando la grúa.

—Sí.

—Necesito que me bajes por el centro del silo. Con cuidado, para que no choque contra las paredes.

—¿Quieres entrar ahí? ¿Ahora mismo?

—Sí. Para quedar suspendida y ver el interior.

Él sonrió, negando con la cabeza como diciendo *esto sí que es de locos*.

—De acuerdo.

—¿Podemos fijar el proyector al brazo, para que ilumine el interior del silo?

—¿No puede esperar hasta el amanecer?

—No. Cada minuto contaba mientras un asesino siguiera libre.

Se mordió el labio.

—Podemos hacerlo. Montar el cable necesitará a varios bomberos.

Dagny miró al grupo de bomberos que había por allí.

—Eso no será un problema.

La escalera del camión de bomberos permitió subir el proyector hasta la parte superior de la grúa. Los bomberos lo fijaron, pasando los cables por la pluma hasta un generador detrás de la cabina. Cuando se encendió la luz, era tan cegadora que todos se protegieron los ojos. Valdría.

Se acercó al cable que colgaba del brazo de la grúa y examinó el gancho de acero, de unos treinta centímetros de ancho, en la parte inferior del bloque. Si ponía el pie en la curva del gancho, tendría que agarrarse al cable, que subiría y bajaría al moverse por el sistema de poleas. Tenía que haber una manera mejor. Victor se acercó mientras ella buscaba una solución.

—No es seguro, Dagny.

Era una observación sensata, pero no bastaba para disuadirla. —Entonces hazlo más seguro.

Suspiró. —Pues los bomberos seguro que tienen un arnés.

Y lo tenían. Se lo ajustaron a la espalda como si fuera una mochila, engancharon el cierre delantero a la altura del pecho y tensaron las correas hasta que quedó bien sujeto. Desenganchando el gancho, la aseguraron al bloque de la grúa. Hizo una seña a Steve Johnson, que accionó la palanca y la izó. El tirón repentino la sorprendió tanto que soltó una risa nerviosa, y el hecho de reír en aquel momento la devolvió de golpe a una desolación sombría.

Mientras ascendía, la escena bajo sus pies se alejaba como en una toma al estilo Scorsese filmada por un director novel. Girando sin control, se aferró al bloque del gancho para no perder el equilibrio. Johnson la subió tres metros por encima de la cima chamuscada y humeante del silo y movió el brazo de la grúa hasta situarlo justo encima. El calor penetraba su traje y, en segundos, estaba empapada en sudor. El vapor del silo resplandecía en blanco bajo la luz intensa que caía desde arriba. Mientras el cable la bajaba hacia la nube, pensó en el discurso de graduación de David Foster Wallace, «Esto es agua», y en cómo él decía "supper" en vez de "dinner". Ella nunca usaba la palabra *supper* —siempre decía "dinner", aunque ambas palabras fueran intercambiables. «Quizá un vocabulario rico debería usar ambas», pensó. ¿Sería una cuestión regional que le hubiera hecho adoptar "dinner" como forma habitual, o algo familiar, cultural, tal vez una costumbre lingüística judía? Mientras daba vueltas a la idea, se preguntó si los vapores de la explosión le nublaban la mente. Se sentía mal, empapada y con el cuerpo como plomo.

Emergió de la nube de vapor en el interior del silo, iluminado desde arriba con una intensidad de quirófano. Lo vio todo con una claridad cristalina: las líneas y los colores de cada trozo de madera carbonizada y hormigón ampollado. Pero en cuanto vio los restos humanos —muertos, destrozados, muchos desmembrados—, todo lo demás se desvaneció en el fondo.

No tenía forma de avisar a Steve que la subiera, así que habían acordado que permanecería suspendida cinco minutos para inspeccionar. Era, comprendió, una estimación ridículamente generosa. Le bastaron segundos para asimilar la gravedad de la escena; cada instante adicional era una tortura. Entre el calor, el peso del uniforme y el horror de lo que tenía delante, *estaba* en el infierno.

Algunos rostros entre los escombros estaban irreconocibles por las quemaduras; otros, cenicientos pero intactos, incluso mostraban una expresión, aunque Dagny se preguntara si no estaría proyectando emociones en los muertos. Doce cabezas humanas eran visibles entre los restos: algunas unidas a cuerpos completos, otras

desgajadas de sus cuerpos. Bajo ellas, sin duda, había incontables cadáveres más. Quien había hecho aquello, decidió, no tenía alma. No se enfrentaban a un hombre, sino a un monstruo.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza; el sudor le bajó del pelo hasta la visera de la máscara. Fueron los cinco minutos más largos que había vivido.

Cuando sintió el tirón hacia arriba, fue como si ascendiera del infierno al cielo, atravesando la nube de vapor hasta el fresco abrazo del aire nocturno.

Johnson movió el brazo de la grúa y la bajó al suelo. Los bomberos se abalanzaron sobre ella, le desenganchaban el arnés y se lo quitaban. Se quitó el casco, lo lanzó al suelo y se desabrochó la máscara. Victor la ayudó a quitarse la chaqueta del traje ignífugo.

—Fue espantoso ahí dentro —dijo él.

—Sí. ¿Cómo lo…?

—Por tu cara.

Se quitó las botas, se sacó los pantalones del traje ignífugo y sacó su iPhone. Se limpió el sudor de las manos, abrió el teléfono y marcó el primer contacto de sus favoritos. El anciano respondió, más gruñón de lo habitual.

—¡Por Dios! Son las cuatro y media de la madrugada —ladró.

—He encontrado tus malditos cuerpos.

CAPÍTULO 27

—Maravilloso —dijo—. Vuelves al caso. Y es una suerte, porque nunca llegué a hacer el papeleo engorroso para suspenderte.

—Esto es grave, profesor —dijo Dagny—. No podemos manejarlo solos. Tengo un silo lleno de cadáveres. Necesitamos agentes, docenas de técnicos forenses. Y al Escuadrón de Desastres para las huellas. »Sonaba como un equipo de superhéroes de cómic, pero era el nombre real del equipo forense del FBI para desastres masivos.

—¿Tan malo? —Un regodeo inapropiado teñía su voz.

—Al menos ochenta y un cadáveres. Probablemente más.

—Cogeré el primer vuelo a Dayton desde National e informaré a Brent y Victor para que cojan el mismo desde Nueva York.

Cuando colgó, mandó a Diego a dormir y envió a Victor al aeropuerto de Dayton para que volara de regreso a LaGuardia y se reuniera con Brent Davis en un vuelo de vuelta a Dayton. Era una locura, pero no veían alternativa. Victor debía estar en Nueva York por orden del Profesor, y aunque ella podía permitirse desobedecer, él no tenía margen. Si hubieran confiado en Brent, podrían haberle explicado la situación y pedirle que cubriera a Victor. Pero no confiaban en él.

Tras despedir a Victor, Dagny se recreó un instante en el giro de los acontecimientos. Por fin tenía un caso: uno de verdad. Y eso significaba que podía abrir una investigación, pedir órdenes judiciales, consultar bases de datos y movilizar equipos de expertos. Miró a Beamer y vio su sonrisa. Él también lo sentía: una grieta de alegría en medio de la tragedia.

—John.

—¿Sí?

—Necesito que llames a tu jefe y me presentes.

Él miró su reloj.

—Merece la pena despertarlo —dijo ella.

Asintió y marcó. —Beamer, oficial de policía. Disculpe por despertarle. El FBI está en Bilford investigando el asesinato de más de ochenta personas. La agente especial Dagny Gray dirige la investigación, y hay . . . más de ochenta, señor . . . en la granja Hoover. Está aquí mismo. Permítame ponérsela.

Ella tomó el teléfono, pero cubrió el micrófono con la mano. —¿Cómo se llama tu jefe?

—Wiggum.

—¿En serio?

—Sí. Es muy sensible con eso, así que no te rías.

Asintió y se llevó el teléfono al oído. —Jefe Wiggum, soy la agente especial Dagny Gray. Como habrá oído, creemos que al menos ochenta jóvenes han sido asesinados aquí. El personal del Bureau llegará por docenas en los próximos días, pero necesitaré una ayuda importante de su equipo. Quisiera que el oficial Beamer fuera el enlace permanente con mi investigación para coordinar esfuerzos y—

—Me preocupa—

—mantenerle informado. ¿Sí, señor?

—Quizá sea la confusión por el sueño, pero creo que he oído mal. ¿Cuántos cadáveres?

—Ochenta y uno, al menos.

—Jesús. ¿En el condado de Bilford?

—Tenemos un silo lleno de cadáveres. Algunos proceden de otras zonas del suroeste de Ohio.

—¿Un silo?

—Acabamos de apagar el fuego.

—¿Ese ruido que oí anoche?

—Sí, señor.

—Bien. Voy para allí, si no hay inconveniente.

—Por supuesto. Pero entretanto, necesito que John empiece a hacer llamadas por mí.

—De acuerdo. Lo que necesite, se lo daremos.

—Gracias, jefe.

Cuando llegara el Profesor, tomaría el mando, pero hasta entonces, Dagny estaba al frente, y pensaba aprovechar cada minuto. En las siguientes tres horas: ordenó a las policías locales montar controles viales por si el sospechoso intentaba huir; obtuvo el compromiso de los forenses de Bilford y los condados vecinos; coordinó el envío de los mejores especialistas del Bureau en desastres masivos y peritos forenses; solicitó maquinaria adicional para excavar el silo con cuidado; informó personalmente al jefe Wiggum y reclutó a sus hombres para custodiar el perímetro de la granja Hoover y preservar la escena; aisló una muestra del combustible residual de la explosión para analizarla; escaneó y envió al sistema IAFIS las huellas dactilares extraídas de los teléfonos móviles; redactó un resumen del caso con todos los datos relevantes para distribuirlo entre los miembros clave del equipo; alquiló unidades industriales de aire acondicionado, mesas de acero inoxidable, bolsas para cadáveres y mantas térmicas; contrató tres camiones frigoríficos para el traslado; aseguró la colaboración del director Geathers; y reservó dos habitaciones más en el Bilford Motor Inn.

Dagny estaba al teléfono, terminando la última llamada, cuando Beamer le tocó el hombro y señaló la primera luz del alba, que dibujaba franjas en el horizonte tras el silo. La franja inferior besaba la tierra con un naranja intenso y brillante. Sobre ella, bandas de naranja más oscuro, luego azules, y al final, el negro de la noche. La escena era tan hermosa que sacó su Canon de la mochila y disparó una foto. La imagen en la pantalla no logró capturar la definición nítida de los colores. Beamer miró por encima de su hombro. —Algunas cosas solo se ven en persona, supongo.

—¿Qué tipo de equipo fotográfico tiene tu departamento?

—El sol ya estará alto antes de que podamos traerlo.

Ella negó con la cabeza. —Vamos, John.

—Ah, te refieres a documentar la escena.

—Sí.

—Tenemos varias cámaras de vídeo HD y unas cuantas DSLR.

—¿Puedes pedir que alguien las traiga?

Veinte minutos después, un joven agente le entregó una caja llena de cámaras y accesorios. Dagny eligió una videocámara Canon HX de entre ellas. Registrando la caja, encontró tres casetes HDV y metió uno en la videocámara.

Le entregó su cámara DSLR a Beamer. —Sígueme y haz fotos. Yo grabo. Lo guió de vuelta a la granja, encendió la videocámara y realizó un barrido que abarcó la fachada de la casa, los campos de cultivo, el granero y el silo. Tras anunciar la fecha, el lugar y su nombre, desenchufó el cable del micrófono de la entrada XLR del lateral de la cámara.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

—Cualquier audio adicional sería inadmisible como prueba de oídas, y además quiero que podamos hablar con libertad. Pisa solo donde yo pise. Dagny lo guió por el exterior de la granja, grabando la fachada y el entorno. Recorrió el sendero desde la casa al granero, buscando rastros de salida. Aunque encontró hierba pisoteada, no había huellas aprovechables. Desde el granero, filmó el camino hacia el silo, donde las huellas de la noche anterior eran tantas que ninguna se distinguía. Durante el recorrido, halló varios trozos de papel que Beamer fotografió, y que ella recogió y documentó. Nada parecía relevante. Había escombros del silo esparcidos tras la explosión y algunas piezas de metal oxidado que supuso que provenían de los barriles que la habían provocado. Beamer fotografió todo antes de que ella los metiera en bolsas. Volvieron a la granja, donde dieron una última pasada alrededor del perímetro.

—¿No podemos entrar? —preguntó.

—Necesitamos una orden.

—Pero la casa está abandonada.

—No importa —dijo—. Aún pertenece a alguien.

—Pensé que los tribunales habían dicho que se podía registrar una propiedad abandonada sin orden.

—El Tribunal Supremo dijo que se podía registrar basura abandonada junto al contenedor. Pero nunca dijeron que se pudiera entrar en una casa sin orden.

—¿Pero entraste anoche?

—Fueron circunstancias de urgencia, una excepción a la Cuarta Enmienda. Esa era su versión, en cualquier caso. Si realmente habían sido apremiantes, no estaba claro. Habían oído una voz pidiendo ayuda desde el silo, pero eso fue después de que ella ya hubiera registrado la casa. Si llegaba a ser un problema, podría invalidar cualquier prueba relacionada con la colilla que había recogido durante el registro. Hasta entonces, había estado saltándose todas las normas. A partir de ahora, tendrían que hacerlo todo según el procedimiento.

—John, tienes que presentar una declaración jurada para obtener una orden de registro. Yo lo haría, pero debo quedarme aquí para recibir al equipo cuando llegue.

—¿Tropas?

Su teléfono vibró. —Parece que ya están aquí. Te acompaño hasta la salida mientras voy a recibirlos. Intenta conseguir la orden en menos de una hora.

—Los jueces no estarán en el juzgado antes de dos horas.

Sabía que nunca había trabajado en un caso con tanto en juego, y que tardaría en asimilar lo que la situación exigía. —Busca a un juez en casa.

—De acuerdo.

Cuando llegaron al límite de la granja, doce técnicos y especialistas en escenas del crimen del Bureau ya esperaban: el primer grupo de lo que esperaba que fuera un despliegue mucho mayor. Les ofreció un resumen de la situación y envió por correo a cada uno una copia del informe de caso que había redactado. Cada centímetro del terreno debía inspeccionarse, y cada prueba documentarse y colocarse en bolsas antes de retirar cualquier cuerpo. La extracción de los cadáveres probablemente exigiría demoler parte del silo, una tarea que realizarían equipos de construcción bajo supervisión del Bureau. Una vez retirados, los cuerpos serían envueltos en bolsas y trasladados en camiones frigoríficos hasta un equipo de médicos forenses y técnicos, encargados de identificarlos y recopilar cualquier evidencia asociada. Si estaban desmembrados, se intentaría recomponer los restos. Se tomarían las huellas dactilares, cuando fuera posible, y se

compararían con las encontradas en teléfonos para poner nombre a las víctimas. Se rasparían las uñas por si en una lucha hubieran quedado atrapados fragmentos de piel del autor.

El equipo se dispersó para empezar a recoger pruebas. Dagny los observó un rato, evaluó su técnica y dio sugerencias cuando hizo falta. Su intervención solo molestó a un par de hombres, lo que la tranquilizó. Cuando estuvo segura de su competencia, llamó a Diego.

—¿Hola? —respondió con voz adormecida.

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Para que conduzcas de día.

—No entiendo, pero estaré allí en veinte.

—Genial.

Iban a conducir para orientarse. ¿Qué había alrededor de la granja Hoover? Tendrían que entrevistar a cualquier vecino. ¿Había cámaras cerca? Si las había, habría vídeos que revisar. El programa de Caltech había localizado el lugar de cada secuestro, y cada uno de esos puntos debía investigarse en busca de testigos o grabaciones de seguridad. La cantidad de trabajo que les esperaba era abrumadora. Sacó el teléfono y dictó una lista de tareas pendientes. Cuando llegó Diego, ya llevaba noventa y siete ítems, y ni siquiera estaba cerca de terminar.

—Te ves fatal —dijo, bajando de un salto del coche.

—Gracias —dijo, agarrando las llaves.

—Hablo en serio. Estás llena de moratones, la ropa rota y empapada, y los ojos . . .

—Ya entendí.

— . . .están llenos de sangre, Dagny.

—Ha sido una noche agotadora. Entró en el asiento del conductor.

—Necesitas dormir, ducharte y vendarte —dijo, señalando los arañazos del brazo.

—No hay tiempo.

Se sentó en el asiento del copiloto. —¿Desayuno, al menos?

—Si vemos algún de camino. Encendió el motor, aceleró y salieron.

Fue dando vueltas, girando a la derecha en cada cruce, ampliando poco a poco el radio del recorrido. Era evidente por qué el sospechoso había elegido la granja: el silo estaba en el centro de cien acres de terreno, y cada lado de la propiedad lindaba con otras granjas de tamaño similar, que a su vez estaban rodeadas de más granjas iguales.

Mientras se alejaban de la granja Hoover, una unidad móvil de televisión pasó a toda velocidad, y Dagny apenas alcanzó a ver el logotipo de Canal 7 Noticias Dayton en el lateral. Alguien ya había avisado a la prensa. Llamó al jefe de policía y le ordenó bloquear todas las calles en un radio de tres kilómetros alrededor de la granja Hoover.

—¿Eso es legal? Teniendo en cuenta la Primera Enmienda y todo lo que conlleva —preguntó Diego tras colgar.

—Todo es legal hasta que un juez lo prohíba —dijo ella—. Otra unidad móvil de prensa pasó a toda velocidad. No podemos permitir que interfieran en la escena ni que graben cada movimiento nuestro. La cobertura mediática es justo lo que busca el desconocido: le hará sentirse importante y le dará pistas sobre cómo vamos. —Miró el reloj—. Ni siquiera son las nueve y media y ya ha empezado el circo. Los periodistas ya estarán hablando con los vecinos, metiéndoles las cámaras en la cara, antes de que nosotros hayamos podido interrogarlos. Montarán una cobertura continua, repitiendo una y otra vez los mismos dos o tres datos de los que creen tener noticia. —El teléfono le vibró con un mensaje de Victor: **Aterrizados en Dayton, en coche, en camino.**

Necesitaban reunirse lejos del caos. Escribió un mensaje: **Nos vemos en Beamer's.**

Acto seguido, le escribió a Beamer: **Sigo necesitando el sótano un poco más. Nos vemos allí en una hora. Trae la orden.**

Le llegó una carita triste y la palabra *okay*.

CAPÍTULO 28

Dagny había colocado seis sillas en círculo en el sótano de Beamer, pero nadie se atrevió a sentarse hasta que el Profesor eligiera la suya. El hombre menudo y calvo acarició su barba blanca y puntiaguda mientras sopesaba cuál escoger. Tras pensárselo demasiado, se decantó por la más alta. Victor se dejó caer en un asiento a la derecha del Profesor, que observó sus ojos caídos y negó con la cabeza.

—No tienes por qué estar tan cansado, Walton. Despierta. Tienes mucho que aprender en muy poco tiempo.

Victor lo llevó mejor de lo que cualquiera en su lugar habría sido capaz.

—Por supuesto.

Dagny empezó a presentar a todos.

—John y Diego, este es Timothy McDougal, aunque le decimos con cariño el Profesor.

—El Profesor hizo una mueca al oír *cariño*—.

Ha trabajado en el FBI desde los tiempos de Hoover, en distintos puestos: infiltrado en células terroristas domésticas, supervisor de casos de asesinos en serie interestatales, redactor de perfiles y profesor en la Unidad de Ciencias del Comportamiento de Quantico. Es considerado la máxima autoridad intelectual del FBI.

—Una afirmación arriesgada, redactada por él mismo, que exigió incluir en todos sus perfiles oficiales—.

Es el jefe de nuestro grupo, que opera fuera del organigrama habitual del FBI. El Profesor responde directamente ante el Director,

quien ha dictado una orden general para que cualquier división del Bureau atienda cualquiera de nuestras solicitudes.

—Brent Davis —continuó— es el agente especial por excelencia. Ha estado destinado en California, Colorado y Texas, y tiene facilidad para tratar con la gente. Yo no.

Beamer y Diego ya conocían a Victor, pero el Profesor no, así que Dagny lo presentó.

—Victor Walton Jr. fue contador en Deloitte & Touche. Entró en el FBI cuando cayó en la cuenta de que pasaba los días haciendo lo mismo. Su mayor virtud es que aguanta lo monótono como nadie.

—Hola —dijo Victor—. Un placer.

Beamer y Diego se miraron, extrañados de que se presentara como si no se conocieran, pero por suerte no dijeron nada.

—John Beamer es nuestro anfitrión —continuó Dagny—. Nos ha prestado su sótano hasta que encontremos un sitio nuevo, y además . . .

—Me viene bien aquí —dijo el Profesor—. Es discreto.

—En la comisaría tenemos una sala el triple de grande —interrumpió Beamer— . . .

—Demasiado movimiento, llamaría la atención. Quedémonos aquí —respondió el Profesor.

—John es sobrino de Ron Beamer —siguió Dagny—. Es agente de la Policía de Bilford. Y, al contrario que muchos, sabe hacer bien su trabajo.

Él frunció el ceño.

—Creo que . . .

—Te lo digo en serio, John. —Dagny miró al Profesor—. Ha sido clave en todo esto.

—Ha sido de gran ayuda —añadió Victor.

—Y tú qué sabes —dijo el Profesor.

Victor abrió la boca, pero tardó en responder.

—Porque encontraron los cuerpos, ¿no? Puedo deducir que fue de gran ayuda.

El Profesor negó con la cabeza.

—Y este —dijo Dagny, señalando a Diego— es el Padre Diego Vega. Su congregación se acercó a él cuando parientes suyos desaparecieron. Hizo su propia investigación y después se puso en contacto conmigo . . .

—Ya está bien —dijo el Profesor, agitando las manos—. Padre Vega, oficial Beamer, apreciamos su ayuda. Desde aquí lo llevamos nosotros. Pueden marcharse.

Diego y Beamer miraron a Dagny y empezaron a levantarse. Ella alzó la mano para detenerlos.

—Profesor, insisto en que sigan formando parte del equipo. Confío plenamente en ellos. John es nuestro enlace con la Policía de Bilford, que ya está ayudando a proteger la escena del crimen y puede cumplir otras funciones durante la investigación. Y Diego, además de su compromiso personal con el caso, es nuestro puente con la comunidad inmigrante local. Confían en él, y no siempre confían en nosotros. Él da credibilidad a nuestra investigación ante sus ojos.

El Profesor los miró con atención durante unos segundos.

—Muy bien. Pero no más. Solo los seis.

Ella asintió y resumió todo lo sucedido: las entrevistas a las familias, el hallazgo de los teléfonos, la base de datos generada a partir de sus metadatos y el mapa cronológico de sus movimientos. Describió el descubrimiento de los cuerpos y los trabajos en curso para documentar y analizar las pruebas de la granja Hoover. Repasó las noventa y siete tareas de su lista de pendientes, y el Profesor añadió otras veinte.

Preguntó por los carteles a la entrada del condado, y Beamer y Diego le hablaron del sheriff Don y de la política regional.

—¿Ha habido antecedentes de violencia contra la población inmigrante? —preguntó el Profesor.

—No —dijo Diego—. Al menos, hasta ahora.

El Profesor se acarició la barba.

—¿Un hombre o varios? ¿Uno solo o una banda?

—Ochenta y una personas son demasiadas para que un solo hombre las mate —intervino Brent.

—No —respondió el Profesor—. No, si lo haces con tiempo. No con una población inmigrante que teme denunciar. No con la forma en que funciona este mercado laboral. Llegas con un camión y te llevas a una docena. Los llevas a la granja. Incluso puedes hacerles subir al silo bajo el pretexto de un trabajo, y luego no los dejas salir. Así de fácil. Un solo hombre guarda un secreto mejor que un grupo entero. Los cultos reclutan, se dividen, se pelean entre ellos y, por eso, hacen menos. Un culto podría matar a una docena. Solo un hombre puede matar a más de cien.

Dagny pensó al instante en ejemplos contrarios, como los atentados del 11 de septiembre o el Holocausto, pero prefirió callar.

—Ahora, en cuanto al móvil —continuó el Profesor, inclinándose hacia adelante y apoyando la cabeza en las manos—. Al menos tres posibilidades. Una: odia a los inmigrantes. Dos: les tiene lástima y quiere que el mundo sienta lo mismo. Tres: no le importan. Los mata porque son víctimas fáciles: sus familias no denuncian y su trabajo es ilegal o irregular.

—¿No será que el verdadero problema es su salud mental? —preguntó Dagny—. No matas a tanta gente si no estás mal de la cabeza.

—Está loco —dijo Victor.

—*Borderline* demente —ladró el Profesor—. Nunca uses la palabra *demente*, y si se te escapa, mejor que vaya precedida de *borderline*.

Victor parecía confundido, así que ella le explicó: —Cuando en una investigación alguien empieza a usar la palabra *demente*, comienza a colarse en los documentos y los informes, y un abogado defensor puede usarla para alegar demencia.

—Y reciben el tratamiento Hinckley en lugar de la pena de muerte que merecen —dijo el Profesor—. En cualquier caso, el sudes de este caso no está demente. Matar durante tanto tiempo sin ser descubierto exige una planificación meticulosa, una paciencia extraordinaria y una concentración absoluta. Los verdaderamente

dementes no son capaces de nada de eso. Está trastornado, pero no demente.

Brent intervino: —En cuanto al perfil, creo que es seguro decir que volvemos a buscar a un hombre blanco.

Victor susurró a Diego: —Siempre es un hombre blanco.

—Pero en cuanto a la edad . . . —Brent se encogió de hombros.

—Puedes adivinarlo o puedo decírtelo ya —dijo el Profesor—. De mediana edad.

—¿Por qué?

—Porque es quien puede contratar a estos hombres —respondió Diego, sorprendiendo a todos—. Confiarían en él lo bastante como para subirse a su camioneta. Un hombre más joven no tendría la responsabilidad de un trabajo tan grande que justifique contratarlos.

—Muy bien, Padre —dijo el Profesor—. Has superado a Victor en la jerarquía. Ahora, hablemos de las asignaciones. Brent, quiero que hables con todos los que viven o trabajan cerca de la granja Hoover.

—Sí, señor.

—Dagny, supervisa la recogida de pruebas en la granja y el traslado de los cuerpos. Francamente, no me gusta que ya estén trabajando sin nuestra supervisión. Victor, quiero que supervises la morgue improvisada. Vincula los datos de los teléfonos con tantos cadáveres como puedas. Trabaja con el Escuadrón de Desastres para establecer sistemas que procesen la información. Quiero un flujo sin interrupciones. Cuando llegue un análisis de huellas dactilares, que se incorpore automáticamente a nuestra base de datos principal. Estamos creando todo desde cero, y tienes que asegurarte de que lo hagan bien.

—Sin problema —dijo Victor.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Beamer.

—Ayuda a Dagny con la inspección forense de la casa de la granja, si eres competente de verdad y ella puede confiar en ti.

—Lo es.

—Después de eso, consigue todo lo relacionado con la granja Hoover que puedas. Necesitamos la historia de la propiedad: escrituras, clientes, permisos, hipotecas, documentos de embargo.

Solicita con citación judicial cada documento de cada banco que haya tenido interés en el lugar.

—Claro.

El Profesor miró al Padre Vega: —Tenemos una larga lista de nombres. Reúnete con tu congregación y repásala. Averigua si alguna de estas familias les suena. Anota a cualquiera que pueda ayudarnos a localizarlas. Explícales que necesitaremos su cooperación. Diles que Dios quiere que cooperen, si eso ayuda.

Diego asintió: —Lo haré.

Cuando los demás se marcharon a sus tareas, Dagny se quedó atrás para hablar con el Profesor: —Buena reunión. Pero, ¿qué va a hacer *usted*?

—Voy a meterme en esto —se acercó al equipo informático, se sentó y abrió la base de datos de teléfonos móviles—. Qué herramienta más poderosa. Es la clave de todo. Los datos indican dónde secuestró a sus víctimas. ¿Ves la importancia? La NSA tiene datos GPS de casi todos los teléfonos móviles del país. Si encontramos un teléfono que siguió a estos puntos hasta los silos, tenemos al sudes.

—Entonces, si nuestros datos muestran doce teléfonos en Fowler Road . . .

—Los datos de la NSA podrían mostrar un decimotercer teléfono que se una a ellos, y ese sería del sudes.

—Para obtener datos de la NSA, necesitará la aprobación del tribunal FISA —dijo ella.

—No será un problema.

—La *F* de FISA viene de *foreign*, que quiere decir

—Un hombre ha matado a cerca de cien inmigrantes ilegales. A mí me suena a terrorismo.

—Pero probablemente doméstico.

—Eso no se ha demostrado. No seas ingenua, Dagny. ¿Sabes cuántas solicitudes de minería de datos ha rechazado el tribunal FISA en toda su historia?

—No.

—La respuesta es cero coma cero tres por ciento. Aprobarán la solicitud.

Es probable que tuviera razón. —La NSA dijo que dejó de recopilar datos de localización nacional en 2011.

—Y desde entonces, solo ha habido recopilación masiva incidental. Lo que significa que lo tienen casi todo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no hay supervisión sobre la NSA. Sus decisiones las revisa un tribunal secreto, ajeno a cualquier revisión judicial o escrutinio público. Tienen información comprometedora sobre cualquier político que intente frenar su poder. Hacen lo que les da la gana —suspiró con nostalgia—. Son como éramos antes.

Dagny no compartía su nostalgia por los tiempos de Hoover. —¿Y si no lleva teléfono móvil? Cuando llamó a la emisora, usó el de una víctima —sacó de su mochila el disco de *The Hank Frank Show*.

Él lo insertó en el ordenador y esperó. La unidad giró y el disco salió disparado.

—El lado con las palabras debe quedar arriba —dijo ella.

Lo dio la vuelta. Mientras sonaba la llamada del asesino, él sonrió.

—¿Por qué sonríe?

Levantó la vista hacia ella con los ojos como platos y una sonrisa en los labios. —Porque es de verdad, y lo vamos a pillar.

CAPÍTULO 29

Cuando Dagny aparcó el Corvette de Diego al borde de la finca Hoover, el sheriff Don aguardaba en el límite de la propiedad, rodeado por una docena de agentes y un tanque militar. El blindado avanzaba sobre orugas, con una protección metálica alrededor del chasis, un cañón principal enorme y, pintado torpemente en el costado, el lema Sheriff Don's SWAT Tank. El sheriff, calvo y de complexión fornida, vociferaba contra John Beamer mientras una cámara de televisión grababa la escena.

—¡Esto es territorio no municipalizado, joder, y eso significa que tengo competencia sobre esta zona!

Beamer negó con un movimiento de cabeza.

—Esto es Bilford, y además es un caso del Bureau. —Se volvió hacia Dagny, que acababa de llegar—. Ha traído a la prensa más allá del puesto de control.

—Ni en mil años voy a permitir que unos ineptos del FBI tomen las riendas de esto —espetó Marigold con sorna. Le colgaba saliva del bigote desaliñado, y la rabia lo tenía empapado en sudor—. Avanzaré con mi tanque sobre ustedes y sobre esta escena del crimen si hace falta.

Dagny se dirigió al equipo de noticias y les enseñó su placa.

—Esto es el lugar de un crimen. Tienen que irse ya. Todos los presentes están entorpeciendo la investigación.

Un hombre joven, con traje, le tendió la mano, pero ella la ignoró.

—Jack McDaniel —se presentó—. Productor del equipo de Noticias del Dos. El sheriff Don dijo que nos dejaría entrar.

—Máxima transparencia —ladró el sheriff—. Soy defensor de la libertad de prensa.

Dagny ignoró al sheriff.

—Usted y su equipo tienen tres minutos para recoger el equipo e irse. Si no, todos serán detenidos por obstrucción a la investigación.

—¡Ni lo sueñes, jovencita! —gritó Marigold—. Este es mi condado y mi gente, y no voy a quedarme de brazos cruzados mientras lo arruinen todo.

McDaniel la miró un instante, dudando.

—Ahora te quedan dos minutos, Jack —dijo ella.

El operador de cámara bajó la cámara, pero la joven morena a su lado la alzó de nuevo, la enfocó hacia Dagny y se plantó a su lado.

—Soy Allison Jenkins, de Noticias del Dos. ¿Qué puede decirnos sobre el silo? —Le acercó el micrófono a la cara.

Dagny miró a Jack.

—Un minuto.

Jack hizo el gesto de cortarse el cuello, y el operador apagó la cámara. Jenkins puso morritos mientras recogían el equipo.

El sheriff Don los fulminó con la mirada.

—¿Qué hacéis? ¡Cobardes! Encended esa cámara. Voy a entrar ahí con el tanque, y vosotros lo vais a grabar.

El equipo de televisión lo ignoró. Marigold se volvió hacia Dagny.

—¿Cómo te llamas, niña? Lo necesitaré para la demanda que voy a presentar. La Constitución me garantiza la libertad de prensa.

—Ojalá te hubiera garantizado educación. Ni modales. Ni higiene.

El sheriff avanzó y le plantó la cara.

—Esto es territorio no municipalizado en el condado de Bilford, y aquí mando yo. El asesinato, si es que ha habido, es un delito

estatal. Y el FBI no puede tomar el caso sin el permiso de la autoridad local, y esa soy yo.

Era cierto: el FBI no podía impedir que las fuerzas policiales locales investigaran un crimen en su jurisdicción. La idea de tener que compartir la escena con Marigold le parecía espantosa. Miró a Beamer.

—¿Es esto territorio no municipalizado?

—Creo que está dentro de Bilford. Cerca del límite, pero aún así dentro del municipio.

—¡Una mierda! —dijo Marigold.

Dagny miró a Beamer.

—¿Y el auditor del condado? ¿Qué tal es?

—Honesto y razonable, completamente. Nada que ver con este tipo —dijo.

Uno de sus agentes se echó a reír, y el sheriff giró en redondo para identificar al responsable.

—¿Quién ha sido?

Nadie lo señaló.

—Llama al auditor del condado —dijo Dagny a Beamer—. Que venga con las escrituras, toda la documentación y los instrumentos de medición, si los necesita.

Él realizó la llamada y esperaron. Cuarenta minutos después, llegó un hombre con unos documentos enrollados y una bolsa llena de herramientas. Le explicaron que era urgente, y el hombre se puso manos a la obra. Durante una hora, le observaron mientras consultaba los documentos y desplazaba el trípode y el teodolito por distintas zonas de la finca.

El auditor se subió las gafas por la nariz y declaró:

—Parte de la finca está dentro del término municipal y parte es territorio no municipalizado.

El sheriff Don empezó a avanzar hacia la propiedad, pero Dagny lo detuvo con el brazo en alto.

—¿Dónde está el silo? —preguntó.

El auditor consultó de nuevo sus papeles y se giró hacia el silo. Se protegió los ojos con las manos, a modo de visera, y dijo:

—El silo está dentro del municipio.

—¿Y la casa? —ladró el sheriff.

—Todos los edificios están dentro del municipio. Los campos de allá —señaló a la derecha de la casa— son territorio no municipalizado.

—¿Y dónde estamos ahora mismo? —preguntó Dagny.

—Dentro del municipio.

Dagny se volvió hacia el sheriff Don.

—Váyase. Ahora.

Sus hombres empezaron a retirarse, pero Marigold se acercó amenazante.

—Tengo amigos en lo más alto y un electorado que me adora. No voy a permitir que un silo lleno de ilegales destruya todo por lo que he trabajado. Esto es un caso de asesinato, no una bandera de campaña de los liberales a favor de la amnistía. Quien hizo esto quería poner en mal lugar a este condado porque creemos en América. No voy a rendirme. Nos vamos, cariño, pero la guerra no ha hecho más que empezar. Si crees que voy a perder contra una marimacha del FBI, estás muy equivocada.

Mientras él se alejaba, Dagny dijo:

—Me das lástima.

Él se giró.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me das lástima.

Entrecerró los ojos y apretó los puños.

—Tienes suerte de ser mujer.

Negando con la cabeza, se alejó furioso.

Con demasiada frecuencia, personas profundamente defectuosas y ridículas triunfan en política. Herederos adinerados que han empujado a sus novias desde un puente. Estrellas de cine de acción. Madres de jugadores de hockey, multimillonarios inmobiliarios, quienes han recorrido el Sendero de los Apalaches. Adúlteros compulsivos y sus cónyuges que lo toleran. La gente corriente no llega lejos en política porque no ansía la fama ni el poder. Solo los que están trastornados buscan el foco de atención, y por eso, solo ellos acaban en él.

Todo esto daba lugar a telediarios entretenidos, pero no generaba un buen gobierno. El afán de poder sobre los demás es el defecto de carácter que descalifica a cualquiera para ese cargo. Bilford necesitaba un candidato honesto y decente que se presentara contra Sheriff Don. Pero, ¿qué persona honesta y decente estaría dispuesta a librar una campaña así?

Dagny miró a Beamer.

—Deberías presentarte contra él.

Rió.

—No sabes nada de este sitio, ¿verdad?

—Sé que tiene que marcharse.

Rió de nuevo.

—Hablo completamente en serio.

—Dagny, aquí nadie me votaría. No elegirían a alguien como yo.

—¿Por qué no? Tienes experiencia en las fuerzas del orden. Y la gente te aprecia.

—Eso no va a pasar. Sacudió la cabeza y se alejó.

Ella le sujetó el antebrazo.

—¿Por qué no? Lo digo de verdad.

Se encogió de hombros.

—Soy demasiado joven, para empezar. No tengo experiencia política ni contactos. Hay que tener apoyos dentro de un partido. Y yo . . .

Dejó la frase en el aire.

—¿Qué? ¿Ibas a decir algo?
—Nada.
—No, estabas a punto de decir algo.
Suspiró.

—Vamos a echar un vistazo a la granja, ¿vale?

CAPÍTULO 30

Mientras Diego regresaba de casa de Beamer a la suya, fue recorriendo la lista de contactos en su móvil y llamando a miembros de su congregación. A la primera llamada, nadie contestó, pero no le dio mayor importancia. Sin embargo, cuando varias más saltaron al contestador, se hizo evidente que la comunidad lo estaba evitando. Al final, solo respondió un hombre: Juan Sánchez, concesionario de coches.

—¿Por qué nadie quiere hablar conmigo? —preguntó Diego.

—Padre Vega, acudimos a usted porque creíamos que actuaría con discreción. Ahora hay una investigación nacional y periodistas merodeando por las calles. La gente tiene miedo y está enfadada con usted. Nadie pidió que esto ocurriera.

—Yo tampoco pedí que esto pasara. Pero ¿qué esperaba la gente que ocurriera?

—La gente esperaba que encontrara a esos chicos y los trajera de vuelta a casa.

—Ojalá hubiera sido así de fácil. Pero esto fue un asesinato en masa—

—Un hecho que la gente supo por las noticias esta mañana. Es una manera espantosa de enterarse de la muerte de un hijo o un marido.

Diego sabía que tenía razón. —No tuve ningún control sobre eso.

—Estas familias han sufrido tantas pérdidas y tanto dolor, y ahora todos creen que van a ser deportados por culpa suya. Llevaban años esperando una amnistía, y ahora los van a deportar antes de que se apruebe la ley.

—Juan, una vez más, no puedo hacer nada al respecto.

—Usted trajo a esa mujer aquí y les hizo confiar en ella.

—Ella no hizo nada malo.

—Antes solo los chicos tenían miedo de salir de casa; ahora todos se esconden.

—Ella no tiene nada que ver. Es noticia porque el sospechoso desconocido hizo volar un silo, no por nada que ella haya hecho.

—¿Qué es un "unsub"?

—El tipo que hizo esto.

—¿Es un término del FBI?

—Sí, del FBI.

—Eso es justo lo que digo. Usted debería ser un sacerdote, padre Vega, no un agente federal.

Diego quería replicar. Quería explicarle que solo había tenido que actuar como un agente porque la comunidad lo había obligado a participar en la investigación. Pero necesitaba la ayuda de Sánchez, no su aprobación. —Necesito convocar a todos. Tenemos que hablar como comunidad.

—Eso no va a ocurrir. La gente está en pánico.

—Más razón aún para que nos reunamos. Si queremos detener a este asesino, tenemos que trabajar juntos, compartir lo que sabemos y ayudar a identificar los cuerpos.

—¿Adónde cree que nos lleva todo esto? ¿A un juicio? ¿Donde la nacionalidad de la familia de cada víctima quedará registrada públicamente? Aunque encierren a ese hombre, aunque lo condenen a muerte, ¿cree que la historia acabará ahí? ¿Qué hará el sheriff Don? ¿Qué hará ICE? Nuestra gente se asentó en Bilford para pasar desapercibida. Y ahora tenemos furgonetas de televisión acampadas en todo el centro. Esto será un circo mediático, probablemente durante meses.

De pronto, silencio. Juan Sánchez le colgó.

CAPÍTULO 31

En julio de 1877, el *American Journal of Microscopy and Popular Science* publicó una conferencia de Thomas Taylor titulada "Las marcas de manos bajo el microscopio", en la que sostenía que la identificación mediante huellas dactilares podía servir para resolver crímenes. Para alguien ajeno al tema, la idea de que un criminal pudiera ser identificado solo por haber tocado algo sonaba a alquimia o brujería. Si la gente hubiera leído el artículo de Taylor, quizás se habría convencido de lo contrario. Pero nadie lo leyó siquiera.

En cambio, la gente sí leyó a Mark Twain y su novela de 1894 *Pudd'nhead Wilson*, la historia de cómo un joven abogado resolvió un asesinato en un pueblo pequeño usando huellas dactilares. Poco después de su publicación, las prisiones empezaron a archivar las huellas de sus reclusos como herramienta para detectar delitos. En 1911, un jurado condenó por asesinato a un ex preso, Thomas Jennings, basándose en las huellas que había dejado en pintura fresca sobre la barandilla del porche donde se cometió el crimen. Fue la primera vez que se usaron con éxito huellas dactilares en un juicio. Horas antes de la ejecución prevista, la Corte Suprema de Illinois paralizó el proceso para debatir si las huellas eran fiables. Tras examinar el testimonio de expertos, el tribunal concluyó que constituían una prueba científica válida y podían respaldar un veredicto. Otros tribunales le siguieron.

El valor de las huellas dactilares suele medirse por su unicidad, pero su persistencia es casi igual de importante. Una huella bien definida sobre ciertos materiales puede conservarse hasta cuarenta años. Por tanto, en un lugar tan amplio como la granja Hoover, deberían haber quedado cientos de huellas residuales en paredes, puertas y ventanas. Pero Dagny no encontró ni una sola.

Aunque flotaba polvo en el aire, no había rastro de él en los alféizares de las ventanas. Recordó la colilla de cigarrillo que había recogido la noche anterior. Entonces la casa olía a humo, pero ya apenas se notaba.

—Limpió el lugar justo antes de que llegáramos. Necesitamos todos los documentos registrales. ¿Puedes conseguirlos?

—Por supuesto —respondió Beamer.

Ella lo miró fijamente un instante.

—¿Ah, que te refieres ahora?

—Sí.

Cuando Beamer se fue, Dagny abrió su mochila y sacó la bolsa transparente con la colilla del cigarrillo que había encontrado. Se sentó en el suelo, desenrolló el papel de la colilla y lo extendió sobre la bolsa. Sacó el kit de huellas dactilares y lo abrió. Impregnó el pincel con polvo de carbón negro y lo sostuvo sobre el papel, pero no lo bajó. El polvo no revelaba huellas tan bien como la luminiscencia o los agentes químicos, y la imagen espectroscópica infrarroja era aún más eficaz. Todo se reducía a sopesar: ¿merecía la pena obtener resultados inmediatos con un método mediocre, o era mejor esperar a uno más preciso y perder tiempo? Volvió a guardar el pincel. Aunque no consiguiera una huella clara, era posible que el papel conservara restos de saliva, lo que daría una muestra de ADN. Prefirió dejarlo en manos del laboratorio.

Dagny empezó a guardar la colilla en la bolsa, pero se detuvo. La había recogido sin mandato judicial. Si daba huellas o ADN válidos, siempre cabía la posibilidad de que un juez la excluyera como prueba. Tomó otra bolsa de plástico transparente, anotó la fecha y el lugar, y metió dentro el papel y el filtro de la colilla. Ahora estaba recogido con mandato judicial y era inequívocamente admisible. Las investigaciones avanzaban gracias a pequeños trucos como aquel.

Recogió sus cosas y salió de la casa en dirección a los silos. Los operarios esperaban sin hacer nada junto a su maquinaria, mientras

los técnicos de la Oficina recogían pruebas. Dagny habló con cada uno, revisó lo que habían encontrado. Casi todo era irrelevante. Uno había hallado un trozo de temporizador digital, lo que indicaba que el desconocido había abandonado el lugar antes de la detonación. Ella se había planteado si había colocado un detonador en la escalera o si, desde lejos, había activado la explosión al verlos subir. Al parecer, que estuvieran subiendo cuando explotó fue solo una coincidencia.

Otro técnico halló un resto de barril herrumbroso con una buena cantidad de líquido en una hendidura. Dagny se acercó y lo olió. No olía a gasolina, así que probablemente fuera diésel. El diésel no es un buen explosivo. O el desconocido no sabía lo que hacía, o no pretendía destruir en exceso el contenido del silo.

Recordó la noticia de la explosión, sacó el teléfono y anotó una nueva tarea: investigar si había cámaras en la gasolinera.

Cuando los técnicos terminaron lo más urgente, Dagny pidió que la bajaran de nuevo al silo con la grúa para hacer fotos y grabar vídeo. Esta vez, ya no necesitaba traje ignífugo.

A la luz del día, los cuerpos entre los escombros eran más visibles. Uno de los jóvenes tenía los labios agrietados y el rostro cubierto de polvo. La parte superior del cráneo estaba completamente carbonizada, pero el fuego había dejado un ojo intacto que parecía mirarla. Todos los cadáveres de la parte superior eran así: mitad hombre, mitad ceniza. Supuso que los de más abajo llevaban más tiempo allí. Quizás habían escapado del fuego, pero lo más probable era que se hubieran descompuesto. Sacarlos no iba a resultar sencillo.

Dagny llamó al operador de la grúa con su teléfono e hizo que la sacara del silo. Reunió a los técnicos y trabajadores de la construcción y explicó la tarea en cuestión. Se hicieron llamadas para aumentar el equipo y conseguir equipamiento adicional. Los expertos debatieron y discreparon, y ella tuvo que hacer de árbitro en cuanto a la metodología.

Al principio, intentaron cincelar la parte superior del silo, pero horas de esto produjeron poco progreso. Eventualmente, emplearon una bola de demolición, que no se usó para derribar el silo, sino

simplemente para rozarlo y causar fisuras en las paredes sin que se derrumbaran hacia adentro. Una vez que las paredes del silo se debilitaron, el equipo fijó cadenas tiradas por camiones a los bordes superiores del silo, lo que desgarró las paredes. Tomó varias horas, pero finalmente la mitad superior del silo fue completamente removida, dejando un borde de ocho pies por encima del contenido que tendrían que extraer.

Se construyó una plataforma improvisada con madera y se colocó a través de la mitad de la parte superior del silo restante. Los técnicos bajaron desde esta plataforma hasta los escombros, recogiendo piezas y colocándolas en sacos, que fueron transportados por la grúa a estaciones para catalogarlos. Los cuerpos y partes de cuerpos fueron cargados en camiones refrigerados. A medianoche, el equipo había excavado un tercio del contenido del silo. Un nuevo equipo de técnicos y agentes entró en acción, y Dagny se quedó para dirigirlos. Por la mañana, otro tercio del silo había sido vaciado, y ella viajó en el camión que los llevó a la morgue improvisada. Esperaba que Victor la tuviera lista y funcionando. En el camino, llamó a John Beamer.

—Tengo los registros de la propiedad —dijo él.

Había tomado mucho tiempo. —Genial. Llévaselos al Profesor. ¿Quién es el médico forense del condado?

—Beatrice Minor.

—¿Es buena?

—Es un poco extraña. Pero buena en su trabajo, y puedes confiar en ella.

—Eso es todo lo que necesito saber.

CAPÍTULO 32

Cuando llegó al colegio, Dagny fue a la oficina de la directora Geathers para agradecerle su ayuda. Antes de que pudiera terminar, un hombre abrió la puerta de un tirón tan fuerte que los marcos de los diplomas temblaron en la pared. Hablaba a gritos, sin resuello, como si las palabras se le amontonaran en la boca.

—Esto es inaceptable. ¡Ni hablar, por Dios! No me lo puedo tragar. ¡Es un desastre total! Todo el mundo tiene que largarse de aquí. Es… ¡increíble! Esta noche tenemos un partido contra Madison…

La directora Geathers negó con la cabeza. —Lo he reprogramado. Jugaréis en su campo mañana.

—¡Pero es nuestro partido en casa!

—Vamos a jugar toda la temporada a domicilio este año —dijo Dagny.

Se giró hacia ella con las manos en alto. —¡Eso no es justo! Jackson y Collins solo nos quedan este año. Es una temporada clave. Podemos ganar el campeonato estatal.

La directora negó con la cabeza. —Larry, esto va mucho más allá de un campeonato estatal.

—No es justo. Justo este año, encima. Ya sabes… —gritó, luego suspiró, como si se le hubiera ido la rabia, y preguntó en voz baja—: ¿Al menos puedo sacar mis cosas de la oficina?

—Iré con él —dijo Dagny.

Mientras avanzaban por los pasillos del colegio, los alumnos se apartaban a ambos lados en silencio. Nadie hablaba ni hacía ruido. Hasta las taquillas parecían abrirse con cuidado; los pasos apenas resonaban en el suelo. Los susurros eran tan bajos que no se entendía nada. Dagny notó cómo todos los ojos se clavaban en ella. Quizá buscaban respuestas, tranquilidad o simplemente un respiro. Lo mejor que podía hacer era mantener una actitud segura. Se dio

cuenta de que no había ningún estudiante latino en los pasillos, y no podía reprochárselo por quedarse en casa.

—Hoy todo parece raro —murmuró el entrenador.

—Acostúmbrate —respondió ella.

Cuando llegaron al gimnasio, dos hombres altos con el pelo muy corto vigilaban la puerta. Parecían sacados de una película. Dagny mostró sus credenciales. No hacía falta: ya sabían quién era. Pero había un protocolo, y había que cumplirlo. Uno de los agentes abrió la puerta y salió una ráfaga de aire gélido. Era buena señal: significaba que los sistemas de refrigeración funcionaban. Dagny acompañó al entrenador al interior.

Un centenar de mesas plegables estaban alineadas en filas ordenadas, cubriendo las dos pistas de baloncesto. Cada una llevaba un número, indicado por tarjetas laminadas colgadas encima. Casi la mitad estaban ocupadas por cuerpos en distintos estados de descomposición: desde los que aún tenían aspecto presentable hasta los que estaban medio esqueletizados. Una docena de técnicos del Bureau trabajaban sobre los cadáveres: documentaban el estado de los cuerpos, recogían células de piel y realizaban tareas similares. Miembros del Equipo de Desastres levantaban huellas dactilares. Otros recibían los cuerpos recién llegados del silo en una estación de clasificación junto a la puerta trasera. Victor estaba allí, dando instrucciones y haciendo recuento. Dagny cruzó su mirada con la suya, y él le sonrió. Ella levantó un dedo para indicarle que iría enseguida.

Junto a la estación de clasificación, ocho mesas juntas estaban cubiertas de restos humanos sueltos: fragmentos corporales y extremidades que aún no habían sido identificadas. Al verlo, el entrenador palideció, se llevó la mano a la boca y vomitó en la derecha. Dagny agarró un recipiente de plástico de una pila y se lo dio. —No dejes caer nada. Hay mucha gente trabajando aquí.

Dejó caer el vómito en el recipiente. —Lo siento —dijo.

Lo acompañó al vestuario, donde se lavó las manos. —¿Entiendes ahora que esto va mucho más allá de un campeonato estatal?

—Sí.

Fueron a su despacho, donde llenó una caja con papeles y objetos personales. Luego, Dagny lo acompañó a él, su caja y el recipiente con vómito fuera del gimnasio. Recorrió los pasillos hasta encontrar una máquina expendedora. Estaba llena de galletas integrales y fruta deshidratada: ni un solo chocolate ni una bolsa de Doritos. Gracias, señora Presidenta, pensó. Introdujo un billete de un dólar y compró una manzana.

Para no contaminar el anatómico improvisado, Dagny se comió la manzana en el pasillo y tiró el centro antes de volver al gimnasio. Al entrar de nuevo en el frío, sacó el móvil y abrió la app de Weight Watchers. Buscó en el catálogo de alimentos y vio que una manzana valía cero puntos. Había olvidado que algunas frutas y verduras eran tan sanas que no contaban. Aunque la manzana tuviera al menos cien calorías, que no contara nada le parecía injusto. Así que anotó dos puntos manualmente: le pareció lo más justo. Victor se acercó.

—Estoy anotando mis puntos —dijo, para evitar que la regañara.

—Ni siquiera iba a preguntar.

—Claro que sí.

Daba risa, como siempre. Todos sus trajes eran heredados de su padre, un hombre más alto y con mejor físico, así que le venían grandes: mangas demasiado largas, hombros estrechos. Era parte de la razón por la que, a los veinticinco, aún parecía un crío. Algún día tendría que llevarlo a comprar ropa, algo que odiaba hacer por sí misma, pero que haría por él.

—Entonces, ¿qué tenemos aquí? —preguntó.

—Estamos separando y numerando los cuerpos, documentando todo lo posible. Luego combinaremos esta información con los datos de los teléfonos.

—¿Habéis localizado a las familias para la identificación?

—Todavía no, pero Diego está en ello. Algunos llevaban carteras. La mayoría no sufrió quemaduras graves, así que ya hemos asociado algunos nombres a los cadáveres. A ver si con los testigos conseguimos más. Sumado a los datos de los móviles, tendremos un retrato completo de cada víctima: todo lo que hicieron, los lugares

que visitaron, lo que compraron, lo que dijeron. La historia de sus vidas.

—Es bastante asombroso. Y lo era, de verdad. Pero se preguntaba hasta dónde llegaría todo aquello. —¿Cómo nos acercará esto al autor?

—Bueno, cuando tengamos toda la información, podemos… —Victor hizo una pausa, respiró hondo y cerró los ojos—. No lo sé. —Miró a su alrededor, donde todo bullía—. ¿Todo esto es un desperdicio?

—Si atrapamos al tipo, todo esto será evidencia que el fiscal federal podrá usar para reconstruir el crimen. Pero a menos que encontremos su ADN en un cadáver, no creo que eso nos acerque a pillarlo.

—Bueno, Sherlock, ¿y si no damos con su ADN? ¿Cómo lo pillamos entonces?

—Hacemos lo de siempre.

—¿Y eso qué es?

—Esperar a que cometa un fallo. —Le llegó un mensaje y miró la pantalla—. Ya está aparcando.

—¿Quién?

—Beatrice Minor. Es la forense del condado. La llamé de camino.

—Vale. —Se pasó la mano por el pelo rojo—. Cometerá un error, ¿no crees?

—Ella. Me refería a la forense.

—No, el asesino.

—¿El qué?

—Cometer un error. Si fuera un genio, no andaría matando gente, ¿no crees? Estaría invirtiendo en algo que le diera dinero.

Eso era lo que siempre los salvaba. Quien era lo bastante listo como para cometer un asesinato sin que lo pillaran, normalmente tenía cosas mejores que hacer.

Caminaron hasta la puerta, donde los esperaba Minor. Era una mujer de mediana edad, baja y rechoncha, con brazos cortos y cara alargada. Tenía la piel pálida, los ojos caídos y parecía llevar una docena de gestos sombríos a la vez. Dagny le tendió la mano. —Soy Dagny Gray —dijo.

—Bea Minor. —Se volvió hacia Victor—. ¿Y tú?

—F sostenido —dijo él.

—De normal no me gusta el humor. ¿Crees que ahora es el momento?

Él se encogió. —Lo siento mucho. Victor Walton, señora.

La forense recorrió la sala con la mirada, luego asintió. —Bien. Entiendo. Montaje, aislamiento, muestreo. Sí. Tienen refrigeración. No es ideal, pero sirve.

—Sentémonos a hablar. —Dagny los llevó a la oficina del entrenador del gimnasio. Se sentó tras el escritorio y les señaló las sillas de enfrente—. No sé si sabrá de qué va esto . . . —Había un olor espantoso. Siguió el rastro hasta el cajón inferior derecho del escritorio. Al abrirlo, encontró una naranja podrida. Lo cerró de golpe—. Encontramos una gran cantidad de cuerpos en el silo . . .

—Está en las noticias. Lo he oído. Temen que haya cadáveres que no metió en el silo. Casos sin resolver de personas hispanas.

—Sí —dijo Dagny—. Me gustaría que pudiera . . .

—Sacar todos los expedientes de cadáveres hispanos, masculinos y femeninos. Separar los casos sin resolver, pero también querrán los resueltos, por si hay condenas injustas. Y cualquier muestra asociada. Ahora bien, yo no tengo los archivos de investigación: eso corresponde al sheriff Don para los asuntos del condado, y se entiende por qué no van a él. Si necesitan esos archivos, tendrán que pedir una orden judicial, porque él no los dará por las buenas. Y si la consiguen, igual necesitan un equipo SWAT para que la cumpla. Pero no merece la pena si no tienen algo que parezca una pista. Todo el que aparece muerto en Bilford acaba en mi oficina, así que soy el mejor punto de partida. ¿Voy bien?

—Sí, va perfecto. —Dagny sonrió—. Ahora, también necesito . . .

—¿Que coordine con los forenses de los condados vecinos para hacer lo mismo? No hay razón para pensar que este tipo se limite a Bilford . . .

Ella asintió. —Empezaría con . . .

—Hamilton al sur, Franklin al norte, y los demás en ese radio.

—Sí.

Victor se inclinó hacia adelante. —Cuanto antes, mejor, por supuesto.

—¿Les va bien mañana por la mañana?

—Perfecto —dijo Dagny.

—Haré que todos los forenses de los condados vecinos vengan con lo relevante a primera hora, en mi oficina. Eso sí, empezamos muy temprano.

—Nos encanta madrugar.

—¿Les va bien a las cinco de la mañana? —preguntó Minor.

—Lo siento —dijo Victor—. Eso no es mañana; aún es de noche.

—Podemos hacerlo —dijo Dagny.

—Podemos hacerlo —repitió él—. Igual necesitamos un par de galones de su café más cargado, pero allí estaremos.

—A las cinco en punto en 109 Brightward Road. Yo llevo el café; ustedes vengan solo. ¿Quedamos así?

—Una cosa más —dijo Dagny—. La explosión de la gasolinera fue en Franklin, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puede pedirle al forense de Franklin que traiga el informe de la autopsia del empleado de la gasolinera?

—Lo haré.

Adoraba a esa mujer. —Gracias por su . . .

—La eficiencia es la razón por la que me reelectan. No hago política. Solo hago mi trabajo.

—Bueno, gracias.

La acompañaron por el gimnasio hasta la salida. Cuando se marchó, Dagny se volvió hacia Victor.

—Me gusta.

—Es todo un personaje. No te daba pie a decir ni media.

—Ni hacía falta. Sabía exactamente lo que necesitábamos.

—Y ya que hablamos de necesidades, necesitamos dormir. ¿A las cinco de la mañana? ¿En serio? Yo eché una siesta de dos horas, pero tú llevas dos noches sin pegar ojo.

—Así van las cosas.

—No es sostenible, Dagny.

—Mantén esto andando. Envía las pruebas a los laboratorios cada cuatro horas. Fibras, cabellos, huellas dactilares… no podemos permitirnos acumularlo todo para entregarlo al final del día. La cadena de custodia lo es todo. Revisa las etiquetas y la documentación. Evalúa su nivel. Elige a las tres mejores personas que encuentres y dales vía libre para informarte directamente. Y sobre todo…

—¿Sí?

—No dejes que noten que lo estás sacando de la manga. Da la impresión de que lo tienes todo bajo control. Tienes veinticinco años y aparentas dieciséis, así que la única forma de que la gente te siga es si no les das tiempo a caer en la cuenta de lo ridículo que parece. ¿Entendido?

—Entendido.

No podía dejar de mirar las mangas de su traje, que le llegaban casi hasta los nudillos. —En serio, Victor, cuando esto acabe, te voy a obligar a comprarte trajes nuevos. Dime al menos que tienes un esmoquin hecho a medida para la boda.

—Todavía no.

—Faltan menos de dos meses.

—Bueno, igual tengo que aplazarla si seguimos metidos en este caso.

—Por Dios, espero que hayamos acabado para entonces. —Miró el reloj y le dio una palmadita en el brazo—. Tengo que salir corriendo.

Mientras salía disparada del gimnasio, le oyó gritar: —¿Qué les pasa a mis trajes?

CAPÍTULO 33

El pulgar del hombre delgado danzaba sobre los botones del mando a distancia mientras volvía a repasar los canales. Las cadenas locales y las cadenas de noticias por cable habían interrumpido su programación habitual para cubrir sin pausa sus crímenes. Hasta las celebridades hablaban de él. Anderson Cooper, que ganaba once millones de dólares al año, lo mencionaba en antena.

Desde un sillón reclinable La-Z-Boy desgastado, con un tapizado a cuadros, observaba la pantalla. A su alrededor, el desorden y la mugre se habían apoderado de la casa de poco más de cien metros cuadrados desde la muerte de Yanna, y se habían extendido sin control con el inicio de sus asesinatos. Montones de documentos judiciales. Botellas vacías de medicamentos y alcohol. Cajas de pizza. Envoltorios tirados por todas partes. Migas. Las ratas eran algo nuevo. Al menos dos, escondidas en algún rincón del caos. Las había visto un par de veces, pero las oía constantemente: el repiqueteo de sus patas sobre el entarimado.

Cambió de canal.

Y entonces le tocó el turno a Lester Holt —otro presentador de informativos nacionales—. Increíble. Un hombre famoso, adinerado, con traje en Nueva York, dedicaba minutos al aire a lo que él había hecho. El hombre delgado nunca había sido nadie. Ahora, era el centro del mundo.

La cadena enlazó con Allison Jenkins, reportera del Canal 2, en directo frente al Ayuntamiento de Bilford. El edificio no tenía relación alguna con sus crímenes, pero necesitaban un fondo, y el FBI no permitía que los periodistas se acercaran a la granja de los Hoover. Lo consideró ridículo. Aún peor: Jenkins apenas tenía información, salvo que habían dejado a "docenas" de mexicanos para que murieran en un silo. ¿Docenas? Podrían ser veinticuatro o treinta y seis. Él había matado a ochenta y seis personas. Debía saberlo.

Cambió de canal.

El Canal 7 mostraba imágenes aéreas de la granja de los Hoover, gracias a su helicóptero noticioso. Una grúa sacaba una bolsa negra del silo y la bajaba ante un grupo de agentes federales. Ellos la trasladaban a una camilla y después la subían a un camión. Usar diésel en la mayor parte del incendio había sido una buena idea: provocó un espectáculo explosivo que impresionó a la comunidad, pero conservó los cuerpos lo suficiente como para que, quizás, pudieran contarse. Entonces entenderían la envergadura de su obra.

Repasando los canales una vez más, se asombró de que todos hablaran de su crimen. ¿Qué ocurriría? Le aterrorizaba y le fascinaba no tener ni idea. ¿Lo atraparían? Suponía que sí. Casi todos los asesinos múltiples acababan siendo detenidos. Hasta el Unabomber, solo en su cabaña en mitad de Montana, terminó siendo capturado.

También podía huir. ¿Adónde? ¿A México? Sería una ironía. Ir al país de los que había matado después de acabar con tantos que habían venido aquí. Sonaba poético y sensato. No necesitaba gran cosa. Un techo. Un pequeño terreno. Podría trabajar de jornalero, si fuera necesario.

Regresó al Canal 2. Ahora Allison Jenkins lo llamaba el «Monstruo de Bilford». Le indignó. No era un monstruo: era una víctima.

Jenkins contaba la historia equivocada. Era hora de que contara la verdadera.

CAPÍTULO 34

Aunque los moteles y restaurantes de Bilford prosperaban por la llegada de los medios, la mayoría de los comercios permanecían cerrados. Casi todos los vecinos se mantenían en casa, ya fuera para seguir la cobertura o para no verla. Los pocos que se atrevían a salir caminaban por las aceras con evidente inquietud, moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando señales de peligro. Los niños bajaban de sus autobuses y salían corriendo hacia sus casas, cerrando la puerta con llave tras de sí. No parecía que un hombre hubiera cometido un asesinato en masa, sino que un virus estuviera contaminando el aire. Todo en Bilford estaba cubierto de gris, oxidado, desgastado, apagado. Hasta el sol parecía haber perdido fuerza, como si se hubiera atenuado de golpe.

Y luego estaba el Corvette rojo chillón de Diego, que parecía un payaso en un funeral mientras devoraba a toda velocidad las calles agotadas de Bilford. El orgullo que sentía por su coche nunca le había parecido tan pecaminoso; tanto, que el cuerpo empezó a temblarle y tuvo que detenerse. Mientras la ira le subía desde las entrañas, golpeó el volante con los puños hasta que le empezaron a sangrar. No estaba enfadado con el coche —el ridículo cacharro rojo no tenía culpa—, sino consigo mismo, por haber dedicado tantas horas a embellecerlo mientras el mundo a su alrededor se hundía en la fealdad. Aquel coche era todo lo que odiaba de sí mismo: vanidad, egoísmo, aislamiento. Se sentía atrapado en su interior, como si fuera una cárcel de metal y espejos.

Cuando sus llamadas a la congregación no obtuvieron respuesta, le pidió prestado el Corvette a Dagny para ir a golpear puertas y rogar que alguien le abriera. Nadie lo hizo. La comunidad lo había excluido, y aquello le confirmó, sin lugar a dudas, que nunca había pertenecido a ella.

Con la sangre aún fresca en las manos, recordó un versículo de la Biblia y lo pronunció en voz alta.

—«Son vuestros crímenes los que os separan de vuestro Dios; vuestros pecados, los que le hacen ocultar su rostro y no escucharos. Porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros dedos, de iniquidad; vuestros labios hablan falsedad, vuestra lengua urde engaños. No hay quien reclame con justicia, ni quien entable pleito con verdad. Confían en lo vano y hablan mentiras; conciben maldad y dan a luz a la iniquidad».

—Diego hizo una pausa, tratando de recordar el resto. Algo sobre huevos de víboras. Sacudió la cabeza y continuó:

—«El Señor vio esto, y le dolió que no hubiera justicia».

¿Y qué hizo Dios? ¿Se rindió? ¿Se fue a casa, cerró las puertas y lloró?

—Le quebró la voz—.

¡No! «Se vistió de justicia como de coraza, y de salvación como de yelmo; se revistió de venganza como de manto, y se envolvió en celo como en capa».

Eso es lo que hizo Dios. Eso es lo que todos podemos hacer. Eso es lo que todos *debemos* hacer. Eso es lo que aprendemos de Isaías 59. No tenemos miedo del mal; lo enfrentamos. Juntos.

En esas palabras había un sermón que podía conmover, y si lograra hacer que su congregación lo escuchara, tal vez convenciera a uno o dos. Pero quienes evitaban sus llamadas no iban a presentarse a una reunión improvisada de iglesia.

A menos que diera con la manera de llevar la iglesia hasta ellos.

Metió de nuevo el coche en la carretera y voló hacia casa. Sentado a la mesa de la cocina, garabateó apuntes en el reverso de un sobre, tachando frases enteras y reescribiéndolas cuando sonaban falsas.

Cuando terminó, abrió el portátil, clavó la mirada en la webcam y empezó a grabar.

—Me llamo padre Diego Vega, y os he fallado —dijo en español—. Mi misión no es acompañaros en los buenos tiempos, sino prepararos para los malos. Ahora mismo estamos en lo peor. Ya es tarde para que yo os guíe. Solo el Señor puede llevarnos por estos tiempos. Así que hablemos de lo que dice el Señor.

Recitó Isaías 59, agitando las manos ensangrentadas ante la cámara, la voz quebrada, aumentando el volumen con cada verso, hasta alcanzar crescendos más propios de un predicador bautista que de un cura católico. Durante toda la grabación, sus ojos no se apartaron de la cámara, como si quisieran traspasar la pantalla y entrar en los hogares al otro lado. Decididos a avergonzar a la gente hasta hacerla actuar.

Tras el fuego y el azufre, llegó el momento de la súplica.

—Solo os pido que vayáis al instituto a ver e identificar los cuerpos, y que os sentéis con los agentes que llevan el caso para dar declaraciones detalladas y completas. Me encargaré de que tengáis transporte seguro. Si me lo permitís, puedo organizar vigilancia cerca de vuestras casas. Este no es momento de esconderse ni de acobardarse por el miedo. Es momento de permanecer junto a Dios. Es fácil estar con él en los buenos tiempos. Tener virtud es hacerlo cuando todo se hunde.

—Si decidís estar con Dios y ayudar en la investigación, por favor responded a este correo para que pueda hacer lo necesario. Gracias.

CAPÍTULO 35

El Profesor seguía sentado frente al ordenador en el sótano de Beamer cuando Dagny bajó las escaleras. Antes de que dijera nada, él alzó la mano, indicándole silencio. Ella siguió su mirada, que escudriñaba el mapa en la pantalla, siguiendo cada punto mientras avanzaba hacia la escena de un asesinato. Pausó la reproducción y cerró los ojos, como si buscara una revelación profunda.

Dejó la mochila en el suelo y se sentó a su lado. Cuando intentó hablar, él le hizo callar de nuevo —una habilidad notable, teniendo los ojos aún cerrados. Tras unos minutos, movió la cabeza en gesto de negación.

—No puedo decidir.

—¿Qué es lo que no puedes decidir?

En lugar de responder, preguntó:

—¿Cómo está la morgue?

—En funcionamiento. Todo organizado.

—¿Siguen vaciando el silo?

—Sí. Lo tengo pendiente.

—¿Hablaste con el forense?

—Sí.

Le gustaba cuando el Profesor se centraba en un caso. No se andaba con rodeos.

—¿Qué más tienes entre manos?

—Quiero ver si hay grabación de la explosión de la gasolinera.

Movió la cabeza en gesto de negación.

—Hablé con la policía local. La única cámara estaba dentro de la estación y se fundió con el calor.

—Algún local de los alrededores tendrá una cámara.

—Dicen que es una gasolinera rural. Pero igual convendría que lo comprobaras.

—¿Qué es lo que no puedes decidir?

—El presidente quiere que vuelva a Washington a informarle del caso.

—¿El presidente de los Estados Unidos?

—No, de Turkmenistán.

El sarcasmo era lo más parecido al humor que el Profesor llegaba a mostrar.

—Eso es inusual.

—Pues sí que lo es. Igual que encontrar a ochenta y un inmigrantes ilegales en un silo de un pueblo de Ohio.

—¿No podrías hacerlo por teléfono? ¿O por videollamada?

—Nunca hay que desaprovechar la oportunidad de reunirse personalmente con el presidente, Dagny.

—¿No es esto algo que debería encargarse el Director?

Sonrió con calma.

—Tengo una visión más clara de los hechos.

—¿Y lo sabe el Director?

—Ni idea.

Dagny movió la cabeza en gesto de desaprobación.

—No me parece prudente.

—Al contrario. El presidente ha perdido la confianza en él.

Dagny recordó al Director: lo había conocido una vez. Había resultado bastante razonable, pese a todo. Además, les había permitido actuar sin supervisión. Enfrentarse a él ahora parecía arriesgado.

—¿Estás seguro?

Sonrió.

—Ven conmigo a Washington.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo demasiado que hacer.

—Te equivocas. Me llevaré todo el mérito de lo bueno que pase. Lo malo, ya caerá sobre ti.

—¿Y lo malo?

—Todo tuyo.

—Dime que tienes un perfil del autor.

—Tengo algunas ideas. Creo que es local. Tiene manos de mecánico. Más bien un manitas.

—¿Por qué lo crees?

—Porque modificó un silo y luego lo preparó para que explotara.

—Entiendo.

—Sospecho que no ha podido mantener un trabajo mucho tiempo. Ni siquiera le interesa. Prefiere que le dejen en paz. No es tonto, pero tampoco refinado. Algo traumático tuvo que pasarle. Probablemente exmilitar.

—¿Por qué exmilitar?

—Porque nuestro ejército atrae a los que no tienen rumbo. Les da disciplina, autoridad, confianza.

—¿Y eso dónde se nota?

—Cargó un camión con migrantes, los llevó al silo, les ordenó entregar los teléfonos y los convenció para que subieran y bajaran al interior, hasta morir. Solo alguien con autoridad y mucha seguridad en sí mismo puede conseguir eso. Y luego está la bolsa de lona de los teléfonos.

—¿Entonces la lona es cosa de militares?

—Por supuesto —dijo él.

—¿Algo más?

—Poca familia —continuó—. No cerca, al menos. Tal vez desvinculada.

—¿Físicamente?

—En buena forma. Esto exige energía. Más bien alto. Delgado, no gordo. ¿Cuándo tendrás los informes de los forenses?

La gente suele hacer una pausa al cambiar de tema, pero el Profesor nunca lo hacía.

—Mañana por la mañana.

—Duerme un poco esta noche.

—Ya veremos.

—Es una orden, no una sugerencia. Tienes mala pinta. Respecto a los forenses, supongo que tendrán algún asesinato sin resolver de hombres hispanos, pero dudo que fuera él. Aunque probablemente era un hombre cruel, no creo que fuera un delincuente hasta que algo lo desencadenó.

—¿Qué?

—No lo sé. Pero la magnitud de lo que hizo no es algo que se fragüe en una persona desde siempre. En el asesino en serie típico, esa maldad siempre ha estado ahí. Pero esto se desató. Nuestro sospechoso siempre fue un hombre malo. Pero no tanto como para esto.

El perfil no estaba mal. Pero al fin y al cabo, los perfiles no eran más que conjeturas, y ella prefería la prueba concreta. No se atrevió a decírselo al Profesor, que había hecho carrera con ese tipo de análisis de comportamiento. —¿Qué no puedes decidir? —preguntó de nuevo.

Pulsó una tecla del ordenador, siguiendo el flujo de puntos en la pantalla. Cuando los puntos coincidieron, detuvo la imagen. —Ahí es cuando ocurrió el secuestro. La NSA podría saber perfectamente si había otro teléfono cerca en ese momento. Pero mi contacto allí no hará ninguna búsqueda para mí por las nuevas medidas de seguridad y esas cosas. Gracias a ti, Edward Snowden —dijo con desdén.

—Creo recordar que alguien dijo que sería difícil conseguir esta información de la NSA sin un vínculo con el terrorismo —dijo Dagny.

—Sí, una persona muy molesta lo sugirió. Hasta un reloj parado da la hora exacta dos veces al día. De todos modos, no sé si debería pedirle al presidente que obligue a la NSA a cooperar.

«Claro que sí», pensó ella. —¿Qué inconveniente hay?

—Al parecer, usar estos datos para resolver crímenes se ha convertido en un asunto político, con las mismas tonterías de siempre sobre libertades civiles.

Dagny daba más importancia a esas libertades civiles que el Profesor. —Si no le pides al presidente, ¿cuál es la alternativa?

—Tengo un amigo que trabaja para una empresa contratista de la NSA.

—Eso suena a exageración.

—¿Que tenga acceso a esos datos?

—Que tú tengas un amigo.

—Estás de lo más encantadora cuando llevas dos días sin dormir. Si pillan a mi amigo, lo despedirán, e incluso podrían procesarlo. Nos delatará a menos que encuentre la forma de contactarlo sin dejar rastro. Hoy en día no es tan fácil como crees.

—Cómprate un móvil de prepago.

—¿Un qué?

—Claro, nunca has trabajado en un caso de drogas.

—No es mi nivel. ¿Qué es un móvil de prepago?

—Compras un móvil con crédito prepago en un Walgreens y lo tiras cuando ya no lo necesitas.

Negó con la cabeza. —Encontrarían la forma de rastrearlo. Lo relacionarían con la tienda y revisarían las grabaciones para ver quién hizo la compra.

—Entonces ponte una capucha y paga en efectivo.

—Echo de menos los viejos tiempos, cuando podías hacer lo que te daba la gana —dijo el Profesor. Se acarició la barba un instante—. Ya tengo la solución. Le lanzaré la idea al presidente y que él decida si ordena a la NSA que coopere o, por el contrario, si prefiere tapar cualquier investigación por una filtración relacionada con la consulta de mi amigo. Así podrá mantener la negación plausible.

—La marca de cualquier líder de verdad.

—No se llega a presidente siendo un *verdadero* líder, Dagny —miró su reloj—. Mi taxi debería estar a punto de llegar. Me espera un avión privado en el Aeropuerto del Condado de Bilford. Estaré en la Oficina Oval dentro de tres horas. Es posible que esta noche tengamos noticias de la NSA, para bien o para mal. Estamos cerca, Dagny.

Esperaba que tuviera razón, pero no tenía muchas esperanzas. En su perfil, el Profesor había descrito a un hombre sin trabajo, sin amigos ni familia, que vivía aislado.

No parecía el tipo de persona que llevaría un móvil.

CAPÍTULO 36

Hank Frank bebió un sorbo de agua helada de un termo de viaje extragrande y acercó el micrófono. Habló casi en un susurro. —Hoy iba a hablar del impuesto sobre las ventas. —Hizo una pausa—. Ni siquiera de todo el impuesto. Solo de medio por ciento. Ese era el tema de hoy. Tenía apuntes, hojas de cálculo y había preparado invitados para hablar de un aumento de medio punto en el impuesto.

—Todo giraba en torno a un céntimo más por cada dos dólares. —Tomó otro sorbo de agua y miró a Lucy en la sala de control, que parecía estar fijándose en él—de verdad, fijándose en él—por primera vez—. Eso es lo que hacemos, ¿no? Discutimos sobre nimiedades con furia moral e indignación inquebrantable, convencidos de que no podemos equivocarnos. Seguros de que los de enfrente son tontos, deshonestos o ignorantes. —Suspiró.

—La verdad es que no me importa el impuesto sobre las ventas, ni tener que esperar cinco días para comprar un arma, ni lo que lean en una clase de literatura del instituto. Quiero decir, tengo una opinión al respecto, claro. Y cuando os la digo, es sincera. Pueda que esté equivocado, pero todo lo que he dicho, lo he sentido de verdad.

—Pero . . . —Tomó otro sorbo de agua—. ¿Qué es lo que de verdad me importa? Lo que de verdad cuenta es mi vida con mi mujer y mi hijo. Cenar juntos. Los partidos de béisbol. Las mañanas de Navidad. Las funciones escolares. El beso que me da mi mujer al salir de casa. La sonrisa que me dedica mi hijo cuando lo recojo del colegio. Las vacaciones en familia. Todos esos momentos, y miles como ellos. Los miles de momentos que aún están por venir.

—Da igual vuestra orientación política: eso es lo que importa. Lo compartimos todos, más allá del partido al que pertenezcáis, de

vuestra religión, del color de la piel o incluso del lugar de nacimiento.

Las lágrimas empezaron a asomar en sus ojos. —Ahora sabemos que varias docenas de jóvenes podrían haber sido asesinados. Eso quiere decir que docenas de familias han perdido hijos, hermanos, padres, y decenas y decenas más han perdido amigos o seres queridos. La mayor tragedia y pérdida que uno puede imaginar, y que se vive en cientos de hogares, aquí, en nuestro pueblo y alrededores. —Hizo una pausa, abrumado por la magnitud de lo que acababa de describir, y luego prosiguió.

—Y siento una profunda vergüenza, porque esto ha pasado aquí, en nuestro pueblo, con los ojos cerrados. Hablamos de sentirnos orgullosos de Bilford, pero no existe ese Bilford. No hay sentido de comunidad. Solo grupos de gente igual que se junta y ignora al resto. Nos rodeamos de espejos, no de ventanas, y por eso no vemos casi nada.

—¿Y qué es lo que más me avergüenza? Que dentro de dos años estaré otra vez aquí, gritando sobre el impuesto sobre las ventas, sobre el aborto o incluso sobre la inmigración, porque seguiré adelante, como muchos de vosotros que habéis tenido la suerte de que un loco entre nosotros no odiara vuestro color de piel ni el lugar donde nacisteis. Todos tenemos el privilegio de olvidar. Pero hay mil personas en Bilford que no lo tienen. Os pido a todos —a cada uno de vosotros— que os acerquéis a esa comunidad con todo el amor y la ayuda que podáis. Al final del día, no somos republicanos ni demócratas, jóvenes ni mayores, blancos, negros o morenos, ciudadanos o no ciudadanos. Al final del día, todos somos humanos. Sentimos las mismas emociones y lloramos las mismas pérdidas. Hoy no hay un «ellos» en Bilford. Solo somos nosotros.

CAPÍTULO 37

Cuando Dagny llegó a la granja, los técnicos y el equipo aún trabajaban con los últimos restos del silo: pequeños trozos carbonizados de cuerpos y ropa mezclados con cadáveres de animales y excrementos, difícil de separar. Todo se había hecho con notable eficacia y profesionalidad, pero no había hallazgos sorprendentes ni pruebas concluyentes. Analizarían muestras, buscarían huellas y escanearían los restos, aunque probablemente no revelarían nada.

La voz potente de Brent la sacó de sus pensamientos. —¡Dagny!

Se giró y lo vio acercarse. Alto, atlético, atractivo, impecable con un traje bien cortado y planchado. Hoover lo habría clonado en su tiempo, si hubiera tenido la tecnología y no hubiera sido racista.

—Dime buenas noticias —dijo.

Dio media vuelta, fingiendo que se iba. —Intentaré conseguirte algunas.

—Dime solo lo que has encontrado.

Se volvió sonriendo. Siempre le sonreía. Por lo que ella sabía, sonreía siempre a todo el mundo. Era una actitud que no alcanzaba a comprender. Hacerse el feliz era agotador; mantenerlo todo el tiempo la agotaría. Tal vez sonreía porque estaba realmente contento, aunque eso le parecía imposible. La felicidad era para Dagny un concepto teórico, como un agujero negro: sabía que existían, pero estaban a varios miles de años luz.

—¿Por qué siempre me miras como si fueras una antropóloga? —dijo.

—¿Los vecinos?

—He entrevistado a todos los vecinos contiguos y hasta tres fincas más allá. Pasé la noche despertando gente. —Sacó una libreta —. Cincuenta y nueve entrevistas en treinta y una propiedades. Cuatro dieron resultado.

—¿Qué quieres decir?

Revisó sus apuntes. —Susan Marks, veintiocho años, ama de casa, vive en una granja tres fincas al sur. Iba llevando a sus hijos al colegio cuando vio una camioneta pasar con varios hombres hispanos en la caja. Iba en esta dirección. No recordaba el color. Cree que había unos ocho hombres en la caja. No se fijó en el conductor. Eso fue todo.

—¿El siguiente?

Pasó otra página. —Douglas Stills, vive al lado. Blanco, cincuentón. Dijo que la finca de los Hoover llevaba tres años vacía, embargada por el banco. Los Hoover se habían mudado a Georgetown, Kentucky. Cree que Terry encontró trabajo en la planta de Toyota. No los ha visto desde entonces. La finca estaba en ruinas, descuidada. Hace unos meses, Stills se alegró al ver una camioneta entrar en la propiedad con, textualmente, 'un montón de mexicanos atrás'. Pensó que el banco por fin la estaba preparando para la venta. Adivinó que la camioneta era negra. No se fijó en el conductor. Dijo que no usó el camino de entrada, pero supuso que los hombres estarían desbrozando parte del bosque. Eso fue todo de él.

—Espero que lo mejor lo guardes para el final. ¿El tercero?

—Maxwell Hammond. Blanco, cuarentón. Alquila parte de las fincas Baker para cultivar soja. Lo vio pasar dos veces con varios hombres de origen hispano en la caja. Estaba trabajando junto a la carretera. Dice que era una camioneta azul, unos doce hombres en la caja cada vez. Cree que el conductor era negro, pero no recuerda nada más.

—¿Negro? —Eso no encajaba con el perfil del Profesor para el asesino en serie. Ni con el de ningún asesino en serie—. ¿A qué distancia estaba de la carretera cuando lo vio?

—Unos seis metros.

Dagny asintió. —¿El cuarto?

—Harrison Baker tiene una finca dos lotes al oeste. Ochenta y un años, vive solo con su perro. Pasa la mayor parte del tiempo sentado en el porche con unos prismáticos, observando pájaros y cualquier cosa que pase. Dice que vio una camioneta venir hacia

aquí con hombres en la caja tres veces, y la misma camioneta volver vacía otras dos. No recordaba el color. Cree que era blanca, pero admite que es una suposición; no la tiene clara. Nunca se fijó en los hombres de atrás; no sabe si eran hispanos o no. Los avistamientos fueron dispersos durante los últimos tres meses, el último hace unas dos semanas. Fue lo más preciso que pudo ser con las fechas. Su porche está a unos noventa metros de la carretera, y los vio a través de una pequeña abertura entre los árboles, así que todo es un poco vago. En cuanto al conductor, dijo que era sin duda blanco y muy delgado.

—¿Blanco, no negro?

—Sí.

—¿Y delgado? Iba sentado en la cabina de una camioneta. ¿Cómo podía Baker saber si el conductor era delgado?

—Eso fue lo que le pregunté. Dijo que se notaba en la cara.

—¿Así que un hombre de ochenta años, con un vistazo de un segundo a un conductor mientras la camioneta pasaba entre los árboles, podía saber que tenía la cara delgada?

Brent se encogió de hombros. —Solo repito lo que dijo.

—Así que uno dice que era negro y otro que era blanco. —El testimonio de los testigos siempre era poco fiable.

—Podrían ser dos trabajando juntos. Ébano y marfil. Juntos en el—

—Si fuera uno solo, ¿quién era más creíble?

Sonrió. —Sabes que me quedo con el que dijo que el sospechoso era blanco.

Dagny rio. —Además de la política general, ¿alguna razón?

—Hammond tenía una pegatina de la bandera confederada en su camioneta. Ha tenido problemas con la justicia. Me miró como miraría un miembro del Klan. Baker, en cambio, es un tipo serio. Lleva un diario detallado de todos los pájaros que ve, con fechas y horas exactas. Hasta los dibuja en los márgenes. Cuando la gente me ve acercarme, noto que algunos piensan «tipo negro aterrador», aunque vaya en traje. Baker no era así. Hammond sí. Así que, si tuviera que apostar, diría que el sospechoso es blanco y delgado.

Ese parecía el consenso. —El Profesor también lo ve así: blanco y delgado.

—Un hombre gordo estaría demasiado cansado para hacer algo así, ¿no?

Si Harrison Baker pudo tachar al tipo de flaco y de mentalidad cerrada aunque solo fuera un instante, es que debe de ser *realmente* flaco. —Reúnete con Beamer y averigua qué pasa con la propiedad y el banco. ¿Por qué lleva tanto tiempo paralizada? ¿Vino alguien del banco a echarle un vistazo alguna vez?

—Claro.

Ya se alejaba cuando se detuvo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

Volvió sobre sus pasos hacia ella.

—Sé que tienes problemas conmigo.

—No tengo ningún problema contigo, Brent.

—Sí, los tienes —dijo—. Pero te pido que empecemos de cero.

Ella lo observó un instante, intentando adivinar qué escondía. Por eso no confiaba en él. Siempre parecía tener segundas intenciones.

—¿Qué?

—¿Por qué eres agente especial, Brent?

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque . . .

Ella aguardó en silencio.

—Estás buscando cómo suavizarlo, ¿no?

—Vale, entonces ¿por qué te parece que me hice agente?

—Como un trampolín hacia algo mayor. Subdirector. Director adjunto. O incluso presentarte a las elecciones al Congreso. ¿No?

Él esbozó una sonrisa.

—Si crees que eso es tan lamentable, dime tú, Dagny Gray, ¿por qué te hiciste agente especial?

—Porque quería serlo.

—Supongo que eso es más noble. ¿O es que la ambición es algo malo?

—Los ambiciosos no son de fiar. La honradez no se premia.

—Entonces, ¿crees que soy un mentiroso?

—No he dicho eso.

—¿No confías en mí?

Negó con un gesto.

—¿Cómo te atreves? Soy el único que te habla con franqueza. Al Profesor le encanta tener un caso de este calibre. Es lo único que le importa. Tú no le importas. ¿Crees que soy yo el ambicioso? El ambicioso es él. Aspira a ser director.

Le parecía ridículo.

—Venga.

—¿Qué?

—Él no quiere ser director.

—Sí que quiere.

—¿Por qué dices eso?

—Porque él mismo me lo dijo.

—¿Has hablado de esto con él?

—Sí.

El Profesor nunca le había mencionado nada.

—Es demasiado mayor. No lo aprobarían.

Le dolía que no lo hubiera compartido con ella.

—Debería haberse jubilado a los sesenta y cinco y no lo hizo, y nadie se lo impidió. Todo en él es ambición, Dagny. ¿Es que no lo ves? Y encima confías en Victor, con su ilusión de colegial por ti. Le gustas demasiado para decirte la verdad. Nunca pondrá las cartas sobre la mesa. ¿Yo? Yo sí puedo hacerlo.

—Entonces ponlas sobre la mesa, Brent.

—¿Quién lleva esta investigación? Porque creía que el Profesor se había hecho cargo.

—¿Y eso importa?

—Sí, claro. Me estás dando órdenes, y no quiero tener que obedecerte si él me pide otra cosa.

Esto iba de su lugar en la jerarquía. Quería ser el segundo, no el tercero.

—Ni siquiera estaríamos aquí si me importara lo que el Profesor quiere que haga. A veces hay que trabajar en un caso sin preocuparse por las apariencias.

—Crees que solo me importa la política, pero hay un orden de mando por algo. A veces es mejor llevar un caso con método, en lugar de andar apagando fuegos sin ton ni son. Tienes mil frentes abiertos y ese aire de suficiencia con tus supuestas habilidades. Pero llevas dos noches sin dormir, y cuando te derrumbes, ¿quién recogerá todo? Este caso es demasiado grande para ti, Dagny. Quieres gestionarlo e investigarlo a la vez. Son dos trabajos distintos.

Habría sido más fácil responder si no fuera verdad.

CAPÍTULO 38

Durante tres horas, Allison Jenkins no soltó su tablilla ni por un instante. La llevaba en los escalones del Ayuntamiento de Bilford mientras sonreía a la cámara que retransmitía sus reportajes al área metropolitana del Gran Dayton. La mantenía en la mano al pedir un café grande en Quiznos, se la metió en el baño y aún la tenía cuando salió. En un momento la apoyó en el capó de la furgoneta de Noticias Canal 2, pero sin soltarla del todo, y cuando el cámara la apartó para otro encuadre, se la llevó consigo.

Jenkins tenía el pelo negro y largo, que recogía en un moño cada vez que salía al aire. La blusa blanca bajo el traje azul marino tenía un escote justo para mantener la atención del espectador, sin que pareciera poco profesional. Medía unos diecisiete palmos, calculó él, y pesaría unos cincuenta kilos. Con veintiocho años, era más joven que Dagny: joven aún para soñar con mesas de presentación y grandes emisoras afiliadas, tal vez incluso con un puesto en una cadena nacional. Pero ya lo bastante mayor para saber que había mil mujeres como ella, trabajando en Butte, Bangor o Birmingham. Debía de haber cierta tristeza en ella, pensó. La que llega cuando los sueños empiezan a apagarse.

El hombre delgado negó con la cabeza. Era demasiado guapa para estar en una televisión local de Dayton. El mundo no era justo.

De vez en cuando, Allison Jenkins atendía una llamada y anotaba algo más en su libreta. Algo sobre lo que él había hecho, supuso. Y eso era lo más asombroso: ella pensaba en él justo cuando él pensaba en ella.

El hombre delgado bajó la ventanilla, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y se llevó uno a los labios. Lo encendió con una cerilla. Observó a su alrededor. Todas las cadenas locales de Dayton, Cincinnati y Columbus tenían una furgoneta en la ciudad. Y también había camiones con logotipos de CNN, NBC, ABC,

FOX y CBS. Incluso vio algunos de Telemundo y Al Jazeera. Algunos equipos habían elegido el Ayuntamiento como fondo; otros, el juzgado; algunos se habían instalado directamente en la calle principal. Estaba casi seguro de que su camioneta aparecía en la imagen que emitía FOX, y eso le llenó de emoción. Sonrió hacia la cámara.

Mientras el resto de la ciudad guardaba silencio, las calles del centro rebosaban de gente que había venido de todo el país para ver el espectáculo: hacían fotos a los reporteros nacionales, compartían en redes sus últimos avistamientos. Pero no había ningún mexicano por allí. No había visto a ninguno desde que saltó la noticia. Era una tontería, pensó. Ahora estaban más seguros que en meses. Ya ni siquiera le interesaba matarlos. Ahora que tenía la atención del mundo, su mente había tomado otro rumbo.

Allison Jenkins cerró otro directo y luego se soltó el moño, sacudiendo la cabeza para que el pelo le cayera en cascada más allá de los hombros. Su cámara —un hombre de mediana edad, corpulento, con una coleta desaliñada y una barba descuidada— soltó algo que la hizo reír. Alguien como Jenkins no le habría dirigido la palabra a alguien así fuera del trabajo, decidió. Pero ahí estaba ella, riéndose de algo que él había dicho. Ese era el verdadero milagro del mercado laboral.

Un hombre más joven se acercó a Allison y señaló algo en su libreta. Llevaba corbata y pantalones de vestir bien cortados. Tenía el pelo recortado con precisión y un aire atlético. El hombre delgado calculó que tendría unos treinta y pocos. Seguramente estaba colado por Allison, como el cámara. Aunque, a diferencia de él, quizá tenía opciones.

El hombre delgado observó cómo Allison y sus compañeros guardaban el equipo en la furgoneta. Apenas eran las siete y media, pero habían terminado la jornada, satisfechos con que sus reportajes se retransmitieran durante la noche, ya que no había nada nuevo que contar.

Él les daría algo nuevo que contar.

Cuando la furgoneta de noticias se movió, el hombre delgado se incorporó al tráfico con su camioneta. La furgoneta giró a la

izquierda, luego a la derecha, y él la siguió varios vehículos por detrás. El equipo fue al Applebee's de New Bilford, y el hombre delgado aparcó frente al Kroger, al otro lado de la calle, y los vio entrar en el restaurante.

Tras fumarse tres cigarrillos y una hora de espera, Allison y los dos hombres salieron del restaurante, subieron a la furgoneta y recorrieron tres manzanas hasta el Hampton Inn. El hombre delgado los siguió, aparcando al otro lado del aparcamiento del motel. La cabeza le palpitaba, y se la frotó con ambas palmas. Cuando el dolor amainó, cogió una gorra de los Cincinnati Reds del suelo de la camioneta y se la puso. Abrió la puerta de un empujón, bajó de un salto y caminó hacia la entrada del motel. Las puertas automáticas se abrieron y entró.

El joven tras el mostrador lo saludó con amabilidad.

—¿Se registra?

—Espero a un amigo —respondió el hombre delgado. Cogió un periódico del mostrador y se acomodó en una butaca del vestíbulo. En la portada había una foto del silo, y el titular rezaba: «Masacre en Bilford». Sonrió —eso le parecía correcto— y pasó las páginas. Docenas de muertos, ponía. *Docenas*.

Le enfureció. Había matado a más de ochenta personas. Todavía no entendían el alcance de lo que había hecho, lo que quería decir que no alcanzaban a comprender la magnitud del dolor que le habían causado.

Les haría entender, aunque tuviera que matar a unos cuantos más.

CAPÍTULO 39

Dagny encontró a Diego Vega en un reservado al fondo de Applebee's, con sus hábitos puestos, inmerso en el menú. Fue entonces cuando cayó en la cuenta: nunca antes había visto a un sacerdote en un restaurante. Él bajó el menú y la miró.

—¿Qué me cuentas de los Green Bean Crispers?

—preguntó—. Porque pedir los Grilled Chicken Wonton Tacos me parecería traicionar a los míos.

—¿Y tu madre nunca te hizo wonton tacos?

—Se sentó frente a él, deslizándose en el asiento.

—En Bilford hay sitios mucho más acogedores, ¿sabes?

No había elegido Applebee's por su ambiente, sino porque indicaba los puntos de Weight Watchers en algunos platos del menú.

—¿Cómo es que nunca veo a sacerdotes en restaurantes? —preguntó—. Tienen que comer, ¿no?

Él sonrió.

—No te lo esperarías: ganamos muy poco.

—Pero vosotros tenéis todas esas propiedades.

—Las vidrieras no se limpian solas, ¿sabes?

Como judía no practicante, apenas sabía nada sobre el catolicismo ni la Iglesia.

—¿Cuánto gana un sacerdote?

Era una pregunta atrevida, sin duda, pero él mismo la había abierto.

Dejó el menú y se reclinó en la silla.

—Gano veinticuatro mil dólares al año. Más una ayuda para la vivienda y otra para el vehículo, que ayudan a cubrir esos gastos.

Ella intentó imaginar cómo sería vivir con tan poco.

—Invito yo.

—¿Y cuánto gana un agente del FBI?

—¿Buscando un cambio de carrera?

—Depende de tu respuesta.

—Ciento veinticinco mil dólares. Pero es porque estoy en Washington y tengo una licenciatura en Derecho. La mayoría gana menos.

—Es un buen sueldo.

—Sí, para pagar canales de televisión que no veo y una casa a la que casi no voy.

—¿Y si trabajaras como abogada?

—Ganaba ciento ochenta y cinco mil al año cuando lo dejé. Si hubiera seguido, ahora sería socia, ganando al menos setecientos mil.

—O sea, treinta años de sacerdocio por un año de abogacía.

—Sí, pero al menos *tú* puedes mirarte al espejo.

Él negó con la cabeza.

—Menos de lo que crees.

La camarera se acercó a tomar nota, y Diego pidió los Green Bean Crispers. Dagny eligió camarones al limón y parmesano: trece puntos, justo la mitad de su ración diaria. Podría completarla con un postre.

Cuando la camarera se fue, Dagny entró en materia.

—¿Qué tal va la colaboración?

—Tengo a ciento cuarenta y dos personas dispuestas a colaborar: identificar cadáveres y dar testimonio —dijo Diego.

El número la sorprendió.

—No pueden ser todos de Bilford.

—Pedí que corriera la voz entre amigos y familiares por todo el suroeste de Ohio. Creo que vamos a saber algo de casi todos los que murieron.

—No me creo que tantos hayan respondido —dijo ella.

—Supongo que Dios me echó una mano.

—¿El mismo en el que no crees?

—¿Cómo lo explicarías si no? —Se inclinó hacia ella—. Todos siguen asustados. Necesito transporte, seguridad. Gente que los proteja, que patrulle sus barrios. Gente en la que puedan confiar.

Dagny sacó su iPhone y envió un mensaje al director Geathers:

Necesito cinco autobuses para mañana.

Segundos después, llegó la respuesta: No hay problema.

Se volvió hacia Diego.

—Te consigo los autobuses y agentes que los protejan.

—Gracias —dijo él—. Y ahora, ¿qué hago?

—Seguimos las pistas, adonde nos lleven.

—Me refiero a qué debería hacer *yo* ahora.

Había desesperación en su voz, y Dagny lo entendía perfectamente. Ella no quería soltar el caso porque lo sentía suyo; Diego no podía quedarse de brazos cruzados porque también lo sentía como suyo.

—Acompaña mañana en las declaraciones, ayuda con la traducción. Que la gente se sienta cómoda.

—De acuerdo.

—Y si quieres pensar como investigador, fíjate en esto: todas las víctimas son hombres jóvenes, indocumentados, hispanos. Eso es lo evidente. Pero ¿hay algo que no salte a la vista? ¿Venían todos del mismo pueblo de México? ¿Hicieron todos el mismo trabajo en algún momento? Tal vez el mismo coyote los trajo. O quizás . . .

—Su teléfono vibró. Miró la pantalla: número oculto. Dejó que sonara hasta el buzón—. Tenemos datos de sus teléfonos, pero no sabemos quiénes eran. Ni qué los unía.

—El teléfono volvió a vibrar. Seguía siendo un número oculto. Lo dejó ir al buzón otra vez.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Número desconocido.

Su teléfono sonó con un mensaje del Profesor: ¡CONTESTA EL MALDITO TELÉFONO!

Vibró de nuevo, y ella respondió.

—¿Hola?

—Agente Especial Gray, por fin doy con usted. Parece que avanzamos en la investigación. ¿Alguna novedad en las últimas horas?

Le costó un segundo reconocer la voz, una que solo había oído en la tele, y ni así estaba del todo segura.

—¿Señor Presidente?

Los ojos de Diego se desorbitaron al oírlo.

—Timothy me ha puesto al día sobre el caso. ¿Ha habido novedades desde que se fue?

No esperaba tener que informar al presidente desde un reservado de un Applebee's, y se le atragantaron las palabras. —Ya hemos terminado de vaciar el silo. Ahora estamos clasificando y documentando todo. También recopilamos información de los condados de la zona para ver si hay asesinatos anteriores que puedan atribuirse al sospechoso. Mañana, miembros de la comunidad hispana local darán sus declaraciones y ayudarán a identificar los cuerpos. La base de datos con los datos de las víctimas sigue ampliándose.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Así que no tenemos nada de útil —dijo por fin el presidente.

Una forma de decirlo. —Todavía no, señor.

—¿Ningún sospechoso?

—Pronto, esperamos.

El Profesor entró en la conversación. —Tenemos un buen perfil del sospechoso, señor Presidente. Creo que lo tendremos antes de

una semana.

Eso no ayudaba nada. —Pronto, en cualquier caso —dijo ella, intentando bajar el tono.

—Pero sin duda dentro de una semana —dijo el Profesor, con una severidad en la voz que le cerró el paso.

—Bueno, eso espero —dijo el presidente—. Albert, dile a Dagny cuál es el plan para mañana.

Supuso que Albert era Albert Douglass, jefe de gabinete del presidente. Hablaba con una voz profunda y autoritaria, con una cadencia del sur que tranquilizaba. Dagny imaginó que esa era la mitad de la razón por la que el presidente lo había elegido. Nadie quiere recibir malas noticias con acento neoyorquino. —Mañana, a las nueve y media, saldrá en los escalones del Departamento de Policía de Bilford para ofrecer una rueda de prensa a los medios locales y nacionales. La rueda no debe superar los veinte minutos. Le enviaremos un comunicado breve que deberá leer al principio. Por favor, no se salga del texto, Agente Gray.

—Lo siento. ¿Quieren que yo dé una rueda de prensa?

—Sí. A las nueve y media de la mañana.

Habría preferido una endodoncia. —De verdad no creo que sea la persona adecuada. El Profesor se maneja muy bien con la prensa.

—Me quedo en Washington esta noche —dijo el Profesor—. Necesitan a alguien en Bilford, y tú eres la más lógica.

Pensó en volver a intentarlo. —Quizá alguien de la Oficina de Asuntos Públicos estaría más capacitado . . .

La voz profunda de Douglass la interrumpió. —Usted es casi una celebridad, Agente Gray, además de atractiva y, según todos los informes, muy competente. Queremos que sea el rostro de la investigación.

—Creo que . . .

—Mire —interrumpió la famosa voz del presidente—. Soy el presidente, y eso me convierte en el que toma las decisiones. Usted lo va a hacer, bla bla, y todo eso.

No lo habría dicho de él que fuera fan de *Seinfeld*. —Sí, señor Presidente. —Probablemente eso es lo que debería haber dicho

desde el principio—. Después de leer el comunicado, ¿tengo que responder preguntas?

—Sí, debe responder preguntas —respondió Douglass—, pero sin responderlas de verdad.

—¿Y cómo hago eso?

—Limítese a tranquilizar —dijo él—. Todo según protocolo. Avanzamos con confianza. Tomamos todas las medidas necesarias. Bla bla, y todo eso. —Al parecer, todos eran fans de *Seinfeld*.

—¿Qué hay de los datos de la NSA? —preguntó Dagny. Era más importante que una rueda de prensa.

—El Profesor pidió acceso —explicó el presidente—, y tuve que negárselo. Los datos solo se pueden usar en investigaciones de terrorismo de origen extranjero, así que sería inapropiado usarlos aquí. Seguro que lo entiende.

—Lo entiendo. —Se lo tragó por dentro.

—Dagny, una última cosa —dijo el presidente.

—Sí.

—Aprecio su trabajo en este caso.

—Es un placer y un honor, señor. Servir a esta nación, y bajo su liderazgo. —Y añadió—: Bla bla, y todo eso.

La risa del presidente fue lo último que oyó antes del clic. Al bajar la vista, la comida ya estaba sobre la mesa. Sus gambas al limón y parmesano tenían mala pinta. —Deberíamos cambiar los platos —dijo.

—Ni lo sueñes —dijo él.

—Bueno, esas judías verdes no te van a llenar.

—¿Vas a fingir que es normal que acabes de hablar con el presidente? ¿Como si no hubiera pasado nada?

Era importante, pero quería esas judías verdes. —Podemos hacer mitad y mitad.

—Las tienes todas si admites que acaba de pasar algo raro.

—Fue raro. —Dagny empujó su plato hacia Diego y cogió el suyo—. Los presidentes son como cualquiera, pero con menos escrúpulos.

—Que tú hables con él es como si yo hablara con el Papa.

—Exactamente —dijo ella.

Era más fácil quitarle hierro al asunto después de que pasara; mientras ocurría, había estado emocionada como una adolescente. Eso la avergonzaba. Por principio, tenía a los políticos en muy baja estima.

El teléfono vibró. Era el Profesor. Contestó.

—Vamos a tener los datos de la NSA —dijo—. Tiene que oponerse públicamente, pero nos ha dado luz verde.

—¿Así que está fingiendo que no podemos acceder a ellos?

—Correcto. Pero sí podemos.

—¿Y cómo se lo están diciendo a la NSA?

—Hay una ristra de guiños detrás.

—Qué orgullo siento de ser norteamericana —dijo Dagny—. ¿Cuánto crees que tardaremos en conseguirlo?

—¿Para que todos los guiños encajen? Quizás mañana por la mañana.

Probablemente mientras ella estuviera soltando chorradas a los periodistas, pensó. —¿Por qué tengo que dar mañana esa estúpida rueda de prensa?

—Porque hay asuntos más importantes sobre la mesa que este caso, Dagny.

—¿Más importantes que un silo lleno de muertos?

—Estamos preparando el terreno para algo gordo.

Colgó antes de que ella pudiera pedirle que se explicara. Quizás Brent tenía razón, y el Profesor estaba tirando de los hilos para ser Director. Cogió una judía verde y le dio un mordisco. No estaba para tirar cohetes.

—¿En serio le soltaste un «yada yada» al presidente? —preguntó Diego.

—Sí —dijo ella—. Y le sentó de puta madre.

CAPÍTULO 40

Lo único que había en la sala de ejercicios del Hampton Inn era una máquina elíptica, una bicicleta estática y dos pesas. En cuanto quedó sola, Allison Jenkins limpió la elíptica con una toalla, se subió a ella y la puso a tope: máxima inclinación, máxima resistencia, durante treinta minutos seguidos. Al acabar, el chándal le chorreaba de sudor, pero se sentía estupenda.

Notó algunas miradas en el pasillo mientras volvía a su habitación, quizá por ser famosa, o simplemente porque no abundaban mujeres como ella en Bilford. El ejercicio físico no parecía importar mucho en el pueblo. Tampoco el cuidado del pelo ni de la piel, al menos por lo que veía Allison.

Cuando deslizó la tarjeta en la ranura, la luz parpadeó en rojo. Volvió a intentarlo, sin resultado. Le pasaba siempre, en cualquier hotel. Se dirigió con paso firme a recepción y esperó detrás de una mujer de pelo blanco que discutía con el empleado por una reserva perdida, ignorando los carraspeos de Allison, que intentaba sugerirle discretamente que terminara. Cuando la mujer por fin se fue hecha una furia, Allison avanzó.

—Mi llave no abre

El chico sonrió. —Un móvil puede hacer eso.

—¿El qué?

—Desmagnetizarla. Debe de haber tenido el móvil en el bolsillo. ¿No es usted Allison Jenkins? —le tembló la voz al decirlo. Tenía la cara llena de granos y enrojecida, era delgado y encorvado. Quizá dentro de unos años mejorara, pero por ahora era un adolescente desgarbado. Le calculó unos diecinueve y supuso que estaría ahorrando para la universidad.

—Sí.

—¿Dos de tu lado?

—¿Cómo?

—El eslogan de Canal Dos.

—Trabajando para usted.

—¿A eso te refieres?

—Nuestro eslogan es 'Trabajando para usted'.

—Sí, me cuadra. Quiero decir, me gusta que estén de mi parte.

Ella sonrió. —¿Y mi llave?

—Por supuesto —se la cogió—. ¿En qué habitación está?

—114.

—Ah, sí. Buena habitación.

—¿No son todas iguales?

Se sonrojó. Ella ya estaba acostumbrada: los hombres se trabucaban y soltaban tonterías en su presencia. —Son todas iguales —dijo él—, pero la planta baja está cerca del desayuno. Eso cuenta.

—¿Empieza a las seis?

—Seis y media —dijo pasando la tarjeta por el codificador y pulsando unos botones—. Seis y media —repitió, devolviéndole la llave—. ¿Cómo va la cobertura?

Le pareció entrañable que intentara alargar la charla, pero ya habían acabado. Se dio la vuelta para irse y chocó con su productor, Jack McDaniel.

—Lo siento —dijo, agitando la tarjeta—. Desmagnetizada.

Entregó la tarjeta al chico del mostrador, le dio su número de habitación y se volvió hacia ella. —ABC ha conseguido una orden judicial que obliga al FBI a permitir que los equipos de rodaje graben en el límite de la propiedad Hoover.

—Es estupendo —dijo ella. Por fin tendrían un buen fondo para las emisiones.

—Voy a levantarme a las cuatro para ocupar un sitio con Phil.

—¿Quieres que vaya? —Era de recibo preguntarlo, y sabía que lo rechazaría.

—Tú sales en antena, Ally. Necesitas descansar. Coge un taxi.

—Gracias, Jack.

El chico le devolvió la tarjeta. Jack se dio media vuelta. —Buenas noches, Ally —dijo mientras se dirigía a los ascensores.

—¡Eh, Jack! —le llamó.

Él se dio la vuelta. —¿Sí? —preguntó, sonriendo.

—Las cadenas van a ocupar sus posiciones y quedarse toda la noche. Así que tú y Phil deberíais ir ya. A las cuatro, solo quedará lo peor.

Vio cómo se le borraba la sonrisa. —Queremos el silo en plano. Si no, daría igual dónde estuviéramos. ¿Entiendes?

—Sí.

—Coge las almohadas de tu cama y duerme atrás de la furgoneta.

—Quizá envíe a Phil.

—Tú tienes que elegir el sitio, Jack. Si Phil se equivoca, la responsabilidad será tuya.

—Vale.

—No te vengas abajo. Podemos llegar lejos.

—Tienes razón. Salimos ya.

—Gracias, Jack. Por eso eres el mejor.

Cuando Jack entró en el ascensor, ella se volvió hacia el chico del mostrador. —¿Puedes pedirme un taxi para que me recoja mañana a las cinco y media?

Era mucho pedirle a un conserje del Hampton Inn. —No sé —tartamudeó.

Ella sonrió. —Claro que puedes. Usa la guía telefónica. Te lo agradeceré toda la vida.

—Vale —dijo él.

Le hizo un gesto amable y volvió a su habitación. La luz se puso verde al insertar la tarjeta. Abrió la puerta, encendió la luz y conectó el móvil al cargador. Cogió el mando y encendió la tele, cambiando de canal. Las cadenas afiliadas ya habían vuelto a la programación estrella, pero MSNBC estaba emitiendo uno de sus reportajes. Se subió a la cama, se recostó sobre las almohadas y se dejó disfrutar del segmento. La Masacre de Bilford era su gran oportunidad nacional. Si no era ahora, no sería nunca.

CAPÍTULO 41

El hombre flaco bajó la visera de su gorra, dobló el periódico y se acercó al mostrador. Lo miró un instante. El chico ni siquiera se dio cuenta; parecía que aún pensaba en Allison Jenkins. ¿Quién podía culparlo? Cogió la guía telefónica de un estante, la dejó sobre el mostrador y la miró un momento. Parecía abrumado ante la idea de tener que buscar un número.

—Oiga —dijo el hombre flaco—, no he podido evitar oír a la joven. Necesita un taxi. Trabajo en Red Top Cab; si quiere, puedo mandar uno de los nuestros.

—¿En serio? —El chico pareció aliviado.

—Pues claro. A las cinco y media de la madrugada, ¿no?

—Sí, señor.

—Estará aquí puntual.

Sonrió. —Gracias, amigo.

—Un placer —dijo el hombre flaco. Y lo era. A veces los problemas se resuelven solos. Esta vez, había resultado casi demasiado fácil.

CAPÍTULO 42

Dagny debería haberse quedado en el Hampton Inn. Al menos eso es lo que le rondaba por la cabeza mientras sacudía la almohada sobre la barandilla del segundo piso del Bilford Motor Inn, dejando caer cucarachas sobre una furgoneta de noticias de FOX 19 en el aparcamiento de abajo. Los demás equipos informativos habían logrado habitaciones mejores en New Bilford, pero FOX 19 llegó tarde y ahora lo estaba notando. Dagny llevaba allí desde el principio, así que no tenía excusa alguna.

La mayoría de las cucarachas cayeron sin más, pero una se agarró con todas sus fuerzas. Dagny golpeó la almohada contra la barandilla hasta que al fin soltó presa, luego entró en su habitación, cerró con llave y echó el pestillo. ¿Llevaba una noche o dos sin dormir? Dos, se dio cuenta. No era buena señal.

Fue al baño, se desnudó y abrió la ducha, esperando lo que le pareció una eternidad a que el agua se calentara antes de entrar. El agua le lavó el hollín del silo de la piel, pero apenas consiguió aliviar las preocupaciones que traía sobre la investigación. El Profesor no estaba centrado en lo que hacía, o más bien, tenía la mente puesta en otra cosa. Si estaba aspirando al cargo de Director, se equivocaba. De momento, su equipo gozaba de total independencia y apenas tenía que rendir cuentas. Supervisar toda la Oficina, en cambio, atraería un escrutinio constante. El Profesor pasaría la mayor parte del tiempo respondiendo a comités del Congreso o a preguntas de la prensa, mientras apenas podría dedicarse al trabajo contra el crimen que tanto amaba. La ambición desmedida siempre acaba en decepción. Lo que le extrañaba era que él no lo viera.

Lo único positivo que podía salir de su paso por Washington era el acceso a los datos de la NSA. En enormes servidores se almacenaban las llamadas, mensajes, correos, fotos y ubicaciones de toda una nación, y casi ningún crimen resistiría su análisis. Dagny

reconocía la importancia de la privacidad y se oponía a la recopilación masiva de datos. Pero no le importaba hacer una excepción poco ética en este caso. Al fin y al cabo, también se oponía al asesinato en masa.

Claro está, los datos de la NSA solo servirían de algo si el sudes llevaba encima un teléfono móvil.

Si el agua no se hubiera enfriado, Dagny habría estado bajo la ducha una hora o más, pero se quedó helada enseguida, así que cerró el grifo. Odiaba esos momentos de pausa en una investigación. Durante la cacería, el flujo constante de información nueva mantenía su mente en movimiento. Pararse a ducharse o a dormir le daba a su cabeza espacio para reflexionar y sentir, dos cosas que siempre acababan superándola.

Encontrarse desnuda en un baño húmedo y frío de un motel de mala muerte en Bilford, Ohio, era la mejor forma de sentir la soledad.

Cogió una toalla, se secó, se puso un chándal y se metió en la cama. Mientras revisaba su iPhone, repasó las llamadas perdidas y los correos. Su mejor amiga, Julia Bremmer, le había enviado una invitación digital para la fiesta de cumpleaños de su hija. Le hizo llorar. En otro tiempo, iban por el mismo camino: primero en la Facultad de Derecho de Harvard, luego en bufetes importantes ganando buen dinero. Dagny se incorporó a la Oficina más o menos cuando Julia se casó, y ahora apenas tenían en común un puñado de recuerdos compartidos. Intentó imaginar cómo sería organizar una fiesta de cumpleaños para una niña pequeña, pero no sabía por dónde empezar. Treinta y cinco era una edad terrible para una mujer. Uno se planta frente al edificio de la maternidad y ve cómo las grietas se extienden hasta que todo se viene abajo.

Tenía dos mensajes de voz: uno de su madre y otro del doctor Childs. Primero reprodujo el de Childs.

—He visto las noticias, así que sé que estás ocupada, pero quiero recordarte que estoy disponible por teléfono si necesitas hablar con alguien. Llámame en cualquier momento. Lo digo en serio.

—Luego escuchó el mensaje de su madre:

—Dagny, estoy viendo las noticias y espero que no tengas nada que ver con esa atrocidad en Ohio. Por favor, llámame y dime que estás trabajando en algo seguro. O, ya que no vas a llamarme, mándame un mensaje para que sepa que estás bien.

Dagny empezó a teclear un mensaje:

Segura en mi escritorio en DC

Pero lo borró al recordar que al día siguiente tenía que asistir a una rueda de prensa que habría descubierto la mentira.

Estoy bien, escribió, y luego pulsó "Enviar".

Pensar en la rueda de prensa le fastidió. Cada minuto cuenta en una investigación. Algunos hay que sacrificarlos para comer o dormir; ambos actos renuevan las fuerzas y ayudan al trabajo. Pero una rueda de prensa era todo lo contrario: solo serviría para agotarla y robarle tiempo.

Era fácil para dos veteranos encargarle la rueda de prensa, ya que no tenían ni idea de la logística que implicaba: pelo, maquillaje, ropa . . . Los hombres nunca pensaban en esas cosas, salvo para juzgar a una mujer por ellas. Dagny no era vanidosa, pero tampoco estaba acostumbrada a salir en la televisión nacional.

Si tenía que hablar con la prensa, pensó que mejor saber a qué se enfrentaba. Como el televisor del hotel no funcionaba, encendió su iPad, abrió la app Slingbox y accedió a su canal de Comcast desde casa.

Todo era sombrío. Las cadenas de pago habían entrado en modo de veinticuatro horas, repitiendo sin parar los mismos datos, adornados con especulaciones desbocadas y comentarios políticos de mal gusto. Aunque la Oficina aún no había emitido declaración oficial alguna, el sheriff Don parecía haber celebrado cuatro ruedas de prensa en el día, cada una con un fondo distinto. Sostenía que las fuerzas proinmigrantes habían cometido probablemente el asesinato masivo para ganar simpatías hacia su causa. Cuando le pidieron

pruebas, el redondo demagogo puso los ojos en blanco y acusó al periodista de tener una agenda oculta.

El sheriff no era el único que inyectaba política en la masacre. Pseudointelectuales de ambos partidos se afanaban en manipular los hechos para beneficio de sus intereses. Todo el embrollo demostraba, según ellos, que necesitábamos control de armas, aunque no hubiera evidencia de que el sudes hubiera usado un arma. No: los crímenes demostraban que los impuestos eran demasiado altos por el flujo de capital al extranjero.

Mientras los tertulianos hacían sus comentarios, las cadenas emitían imágenes del silo tomadas desde un helicóptero, seguidas de una panorámica exterior de la Escuela Secundaria de Bilford, que, según el rótulo de texto inferior, era el *Cuartel General de Operaciones para la Masacre de Bilford*. Así es como todos la llamaban: la Masacre de Bilford. Al menos le habían puesto un nombre serio, nada ridículo como El Ladrón de Chicle.

Cuando estuvo segura de haber visto todo lo que ofrecían, apagó la luz, apoyó la cabeza en la almohada libre de cucarachas y se tapó hasta la barbilla.

Tumbada en la cama, cada sonido de Bilford se colaba en sus oídos: dos hombres gritando en el aparcamiento sobre una traición; el pitido de una bocina; una puerta que se cierra de golpe; algo correteando, quizá por su suelo; pasos en el rellano; risas; un bebé llorando; los sucesivos plops de una maleta cayendo por una escalera; una pareja discutiendo, y otro portazo. Tras veinte minutos de aquello, Dagny agarró el teléfono, abrió una app de ruido blanco y subió el volumen al máximo.

Con el ruido de Bilford ahogado por la estática, su mente empezó a despejarse y cayó en el gran vacío de un negro silencioso. Su respiración se ralentizó. Sus músculos se relajaron. Se hundió en el abrazo del sueño, y de pronto giraba en un sueño.

El negro se desvaneció en gris, luego en blanco salpicado. Girando y balanceándose, empujó las piernas contra las paredes de hormigón para detener el movimiento. Al mirar arriba, vio el foco brillando desde el cuello de la grúa. Al mirar abajo, vio los cuerpos: un mosaico de huesos, carne, ceniza y tela. El cable la apartó de los

cadáveres, cada vez más alto, hasta que quedó colgando muy por encima de la boca del silo. Entonces el cable se rompió, y cayó de nuevo a la cámara del silo, hundiéndose en el cojín de cuerpos y huesos. El rostro decapitado a su lado le resultó familiar. Cuando lo enfocó, era la cabeza cercenada de Diego.

Dagny se irguió de golpe, con el corazón desbocado, cubierta de sudor. En la mesita de noche, el reloj marcaba las 3:40 de la madrugada.

CAPÍTULO 43

A las 3:40 de la madrugada, el hombre delgado estacionó su camioneta en el aparcamiento de Kroger, vacío. Sonaba "Kashmir" en la radio, y dejó que siguiera. Le traía recuerdos de cuando tenía quince años, cuando todo parecía posible y lo más grave eran Judy Gelson y seis latas de Hudepohl bajo las gradas en un partido de fútbol americano.

Su padre había sido soldador en la planta Dakota, un trabajo que antes permitía mantener a una familia aunque tuvieras antecedentes penales. Una noche, el viejo llegó a casa con un flamante Buick Skylark verde oliva y una sonrisa que nunca antes había mostrado. Fue lo único decente que se compró en su vida, y la vieja se lo dejó pasar. Sus voces subían por las escaleras hasta su habitación, donde el chico delgado yacía en la cama, pensando en Judy Gelson y en seis latas de Hudy.

A la mañana siguiente, sus padres seguían discutiendo —esa clase de pelea silenciosa que te hace tragar los huevos y la tostada a toda prisa y salir para la escuela antes incluso de que tocara hacerlo. Cada día, treinta minutos de camino a través de la cloaca que era Bilford, pasando junto a caras apagadas en casas ruinosas y entradas llenas de coches oxidadas y abollados. Gente con ropa de segunda mano, mujeres con maquillaje hasta las cejas, todos empapados en colonias baratas, intentando quitarse el tufo de Bilford. El tufo metafórico, pero también el real. Venía de la fábrica de azufre, de la planta de tratamiento de Hayes Cooperative y del vertedero que habían levantado demasiado cerca del centro del pueblo. Incluso con el sol, Bilford estaba cubierto de humo industrial y hollín, una niebla que te recordaba que ni siquiera las hipotecas de tus casuchas te dejaban escapar.

Quería escapar de Bilford.

Esa noche, cuando sus padres se acostaron, bajó de puntillas y cogió las llaves del nuevo Skylark de su padre. Lo arrancó, salió marcha atrás de la entrada de casa, avanzó en silencio durante un par de manzanas y luego pisó el acelerador, saliendo disparado del pueblo. Al incorporarse a la autopista, vio cómo el velocímetro rozaba los 100 y los superaba. Encendió la radio y subió el volumen: estaban poniendo íntegro el álbum *Physical Graffiti* de Led Zeppelin. La sexta canción era "Kashmir", y el ritmo palpitante sacudía tanto el coche que sentía la música en las manos al agarrar el volante. En ese instante, con la música a todo volumen y el coche temblando, se sintió más libre y más vivo que nunca, tanto que ni vio el coche patrulla que le seguía ni oyó sus luces intermitentes ni la sirena.

Estaba en un lío, del tipo de los que se metían los chicos. Sin detención, sin antecedentes, sin consecuencias de verdad. La policía lo dejó en manos de su padre, que le dio una soberana paliza, y ya está. La vida volvió a la normalidad. Acabó la secundaria, se alistó en la marina, formó una familia, y al final, de alguna forma, acabó de vuelta en la pestilencia de Bilford.

Ahora estaba en un problema distinto. Ahora sí habría consecuencias. Nada volvería a ser como antes.

Bilford bullía de policías, agentes, periodistas, fotógrafos, curiosos y hambrientos de morbo. Por eso había ido hasta el Kroger de Cleves. Aquí reinaba la calma. Las calles estaban vacías. Una camioneta en el aparcamiento de Kroger no levantaría sospechas.

Sacó una maleta vacía de la parte trasera de la camioneta y la arrastró por el aparcamiento, cruzó la calle y siguió por las aceras, hacia el este y luego al norte, hasta el 739 de Harrison Street, una casa que sabía que estaba vacía y aislada. Se sentó en el escalón de la entrada y esperó veinte minutos, hasta que un par de faros doblaron hacia la calle. El hombre delgado caminó hasta la entrada de la casa, y el taxi se detuvo, justo a tiempo.

El taxista era un anciano, con esos modales propios de los mayores, así que bajó del taxi de un salto y se acercó al hombre delgado.

—¿Madrugando, eh? —dijo con una alegría poco común.

—Igual que usted —respondió el hombre delgado.

—En realidad, llevo toda la noche. Usted es mi último turno, y después me voy de vacaciones.

Otra casualidad a su favor.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas.

«Dos semanas sin que nadie note su ausencia».

—¿Algún lugar especial?

—Tengo una cabaña en Michigan. Me gusta subir allí a cazar.

—A mí también me gusta una buena partida de caza.

—¿Caza mayor?

—La mayor de todas. ¿Le importaría abrir el maletero?

—Por supuesto.

El taxista introdujo la llave en la cerradura del maletero y lo abrió.

—Aquí tiene, señor.

—Y aquí tiene usted, señor —respondió el hombre delgado, sacando una pistola del bolsillo del abrigo. Apretó el gatillo y disparó tres veces al taxista.

El hombre delgado abrió la maleta y la colocó en el suelo, levantó el cuerpo del taxista por debajo de los brazos y lo metió dentro. Las piernas del cadáver sobresalían por el borde, así que intentó doblarlas contra el pecho para que cupiera. Por más que empujaba, no conseguía meter al anciano.

Sacó al anciano de la maleta y lo lanzó al maletero. Como no había dónde esconder una maleta manchada de sangre, también la metió dentro.

Ya era hora de ir a por la señorita Jenkins.

CAPÍTULO 44

A las 4:55 de la madrugada, ya había once coches en el aparcamiento de la Morgue del Condado de Bilford. Dagny aparcó en el único hueco libre.

—Vaya, hay un montón de gente madrugadora —murmuró Victor.

Al salir del coche, Dagny dio un respingo al oír un grito agónico, como de animal herido, pero solo era Victor bostezando.

—No soy de madrugar —explicó.

—No, no lo eres.

Bea Minor salió al trote por la puerta principal.

—Justo a tiempo —dijo—. Me gusta eso.

—Hasta hemos llegado pronto —respondió Victor.

—Llegar temprano es llegar a tiempo —replicó—. Llegar a tiempo es llegar tarde en mi mundo. Vamos, síganme. Me vais a ayudar con esto.

La siguieron hasta detrás de un Ford compacto. Metió la llave en el maletero y lo abrió.

Dagny echó un vistazo al interior: una cafetera en su caja, un paquete sin abrir de cuatro tazas de cerámica, una bolsa de treinta libras de café molido, una caja de filtros y una caja marrón con la etiqueta *Crema y Azúcar*.

—Dijiste que necesitabas café —le dijo Bea a Victor—. Pues aquí lo tienes.

Bea Minor había ido a Sam's Club.

—¿Compraste todo esto anoche? —preguntó él.

—Aquí no bebemos café.

—¿Y todo esto por nosotros? —preguntó.

—No, por nosotros no. Por ti. Yo no he pedido café —señaló Dagny.

—Dijiste que necesitabas café si quedábamos por la mañana —le dijo Bea a Victor.

Dagny no sabía qué era más increíble: que la oficina del médico forense no tuviera una cafetera o que Minor no hubiera pillado que Victor bromeaba al pedir café para la reunión de primera hora. Decidió disfrutar de su incomodidad en vez de pensar en las circunstancias desconcertantes que lo habían provocado.

—Lo siento —dijo—. No pensaba que tú fueras a . . .

—En Bilford tenemos muy en cuenta la hospitalidad, Agente Especial Walton.

—Y dicho esto, le puso la cafetera en las manos. Dagny cogió la bolsa gigante de Folgers, mientras Bea cargaba con el resto.

La siguieron al edificio y por un pasillo hasta su despacho. Diez hombres y mujeres de distintas edades y procedencias esperaban allí, con gesto solemne. Cada uno llevaba una pila de carpetas, algunas muy gruesas. Dagny observó que los papeles en la oficina de Minor estaban ordenados en montones impecables; había frascos con tejidos y órganos, presumiblemente humanos, todos etiquetados con esmero. En la pared, una pizarra blanca estaba cubierta de dibujos de partes del cuerpo, con anotaciones en una terminología científica impresionante y hermética.

Bea señaló el hueco libre en la mesa, bajo la pizarra, entre los montones de documentos.

—Monta la cafetera ahí —dijo.

Él dejó la caja sobre la mesa y se giró hacia los forenses, que lo miraban fijamente.

—Podemos empezar —dijo.

—Hazte el café antes —ordenó Bea.

—No hace falta —dijo.

Nadie respondió, pero todos seguían mirándolo. Dagny le hizo un gesto para que hiciera el café, por si a Minor se le ocurría ofenderse por haber ido a tanta molestia. Él dejó la caja en el suelo, abrió la tapa y sacó el bloque de poliestireno. Al separar las piezas, extrajo la cafetera y la puso sobre la mesa.

—Hay un fregadero allí —dijo Minor, señalando al fondo de la oficina. Él cogió la jarra, fue al fregadero, la llenó y empezó a volver hacia la máquina.

—Más vale que la enjuagues unas cuantas veces —sugirió uno de los hombres.

Victor asintió y volvió al fregadero, donde enjuagó la jarra tres veces antes de llenarla de nuevo.

—¿Quién quiere un café? —preguntó al grupo.

Nadie respondió.

—Vale, pues solo yo.

—Se giró hacia Dagny, buscando apoyo—. ¿Tú quieres uno?

Se quedó con una sonrisa congelada, esperanzado.

Le dejó en la duda un momento, y luego dijo:

—Sí, por favor.

Movió los labios: *Gracias*. Ella asintió.

El grupo observó en silencio mientras echaba agua en la cafetera, ponía un filtro y vertía tres cucharadas de café. Al pulsar el botón, la máquina arrancó. Se giró hacia el grupo.

—Vale, empecemos.

Beatrice Minor dio un paso al frente.

—Entre todos hemos recopilado todas las muertes inusuales de personas de origen hispano en los últimos ocho años, en un radio de doscientas cincuenta millas. Cuando digo inusuales, me refiero a que he excluido las muertes por enfermedades evidentes, accidentes

claros o sobredosis bien documentadas. En total, son treinta y cuatro. Treinta y cinco, si contamos la muerte del empleado de la gasolinera de la que preguntasteis . . . también la tenemos.

—Gracias —dijo Dagny—. ¿Quién lleva ese caso?

—Lo tengo yo —dijo una joven con bata blanca, dando un paso al frente y entregándole una pila de tres carpetas—. Está arriba.

Dagny abrió la carpeta y repasó el expediente. Las fotos a color mostraban un cuerpo carbonizado. La cabeza era lo peor: solo quedaba un trozo pequeño de la parte posterior del cráneo ennegrecido.

—Dios mío.

—Sí —respondió la mujer—. Fue un caso terrible.

Pensó un momento.

—Si hubiera estado alejado de la llamarada, se habría girado antes de que lo alcanzara. Si hubiera estado encima, lo habría quemado de abajo arriba. No veo cómo esto no podría ser algo provocado por otra persona.

—Eso es lo que encontré —dijo la mujer, repasando el informe y señalando la conclusión.

Victor preguntó:

—Entonces, ¿nadie más quiere café? ¿Seguro?

—Tenía una taza en la mano izquierda y alzó la jarra con la derecha —. ¿Solo Dagny, entonces?

Puso dos tazas en la mesa y empezó a servir. Al inclinar demasiado la jarra, derramó café por el borde, sobre la mesa, empapando algunos papeles de Minor. Corrió al fregadero, arrancó unos cuantos trozos de papel de cocina y limpió el desastre, todo ello bajo la mirada severa del grupo de forenses.

—Lo siento mucho.

—Cuando sirvas, es mejor no inclinarlo tanto —sugirió una de las mujeres.

—Sí —dijo Victor, limpiando el derrame—. Creo que le has dado justo en el clavo. —Miró a Minor—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo ella—. Seguro que consigo leer entre las manchas esos partes de defunción. —Por un momento, Dagny creyó detectar un toque de humor en la expresión impasible de Minor; al decirlo, se le dibujó una leve sonrisa en las comisuras.

Volviéndose hacia Dagny, Minor recuperó su tono profesional. —Tengo muestras de cada caso de estos expedientes en el depósito de pruebas. Con el volumen que hay, supuse que no querrías llevártelas, pero están ahí si las necesitas.

—Sí, exacto. —Dagny se volvió hacia el grupo—. Para priorizar la revisión, sería útil que avisarais si tenéis algo que pueda estar relacionado con el sujeto desconocido de nuestro caso.

Nadie dijo nada.

—Me lo imaginaba —dijo Dagny—. Gracias a todos por reunir estos expedientes, de verdad que lo agradecemos.

Pasaron veinte minutos completando el papeleo necesario para hacerse con la custodia de los expedientes. Cada condado tenía sus propios formularios, y Dagny también llevaba los suyos. Hicieron fotocopias, las graparon y las sujetaron con clips. Victor, quizá por compromiso, se tomó tres tazas de café durante el trámite.

Mientras los forenses empezaban a irse, Dagny detuvo a la mujer que había examinado al empleado de la gasolinera. —¿Por casualidad, tomaste una muestra del combustible de la estación?

—¿Cuál? —respondió la mujer—. Todos los tanques explotaron: gasolina sin plomo, súper, diésel.

—¿Cuál inició el fuego?

—No lo sabemos.

—¿Los investigadores descubrieron qué combustible se había bombeado por última vez?

—No que yo sepa. Por lo que sé, los ordenadores de la tienda se destruyeron en el incendio y no se pudo recuperar ningún dato.

—Habrán usado una tarjeta de crédito para activar el surtidor. ¿Sabes si comprobaron cuál se activó por última vez?

—La transacción no incluye información del surtidor, solo el número de la tarjeta y el importe cobrado.

Dagny sabía que el importe cobrado no permitiría identificar el tipo de combustible. Tal vez había otra forma. —¿Alguna de las prendas del empleado sobrevivió al fuego?

—Las suelas de sus zapatos. Partes de sus pantalones. Un trozo del cuello de su camisa.

—¿El cuello de su camisa?

—Está en el depósito de pruebas de Bea. Puedo ir a buscarlo.

—Por favor, sí.

La mujer salió y volvió con un frasco pequeño que contenía el trozo del cuello de la camisa. A lo mejor servía. Cada compañía de gasolina tenía un perfil químico distinto. Si la cara de la víctima había estado bañada en combustible, el cuello de la camisa podía haber conservado algo. El laboratorio del FBI podría intentar extraerlo del tejido para ver si coincidía con el combustible recogido en el silo. Pero ¿y después? Iban acumulando pruebas sólidas de dónde había estado el sujeto desconocido, pero ninguna les acercaba a descubrir quién era o dónde se encontraba ahora.

Dagny y Victor recogieron las pilas de expedientes que les habían dado los forenses y le agradecieron a Minor el trabajo. Al salir, Dagny le dio las llaves a Victor. —Tú conduces. —Así podría empezar a revisar los expedientes en el coche.

Él abrió la puerta del conductor. —Por cierto, gracias por cubrirme con lo del café —dijo.

—Gracias por dar un poco de humor al momento.

—¿Dónde vamos?

—A la comisaría de Bilford. Tengo que prepararme para una rueda de prensa.

CAPÍTULO 45

Cuando Allison Jenkins sacó su maleta por las puertas del Hampton Inn a las 5:32 a.m., el taxi ya estaba esperando. Su conductor, un hombre alto y delgado, estaba apoyado contra la puerta delantera del pasajero.

—Yo a usted la conozco —dijo el hombre delgado—. Es usted la periodista de las noticias. Abigail, algo así, ¿no?

—Allison Jenkins.

—Esto le ocurría con frecuencia: la gente juraba conocerla, pero nunca acertaba con su nombre. Y eso siempre la irritaba.

—Ah, sí, claro —respondió él.

—¿Puede abrir el maletero?

Él miró la maleta con expresión cansina.

—¿Va a algún sitio?

—No.

La maleta iba cargada de cosméticos, notas, documentos, bolígrafos, el portátil y un cambio de ropa: lo que solía llevar consigo para una cobertura en remoto.

—¿Por qué no se sienta atrás y yo se la meto en el maletero? —dijo él.

—Puedo yo sola —respondió ella.

Él le quitó la maleta de la mano.

—Soy de los conductores de antes, señora. Mis pasajeros no se preocupan del equipaje. Solo tienen que sentarse y llegar cómodos a su destino.

Abrió la puerta trasera y le hizo un gesto para que entrara. Ella, sin querer discutir, obedeció. Él abrió el maletero, metió la maleta de un

empujón y se puso al volante.

—Allison Jenkins. Bueno, bueno. Una celebridad entre nosotros. ¿Qué la trae por Bilford?

¿Es que no se daba cuenta? —Estoy aquí por la masacre.

—Claro que sí —dijo él—. Solo una cosa así traería a una dama como usted a un pueblo de atrás. ¿Adónde la llevo esta mañana?

—¿Sabe dónde está el silo?

—Sí.

—Lléveme allí mismo —dijo ella.

Él arrancó el coche de golpe, pisando el acelerador con tanta fuerza que el vehículo dio un brinco. Allison se abrochó el cinturón de inmediato.

El conductor la miró por el espejo.

—Cuesta creer que algo así esté pasando aquí, en Bilford, ¿no le parece?

Lo que le faltaba: un taxista charlatán. Sacó el móvil y empezó a revisar correos y mensajes. Él no pilló la indirecta.

—Debe salirle rentable, ¿no? —dijo él.

Era un comentario de mal gusto.

—¿Perdón?

—La noticia del momento. Seguro que está teniendo minutos en directo en las cadenas nacionales. Tiene que ser un impulso para su carrera.

Por supuesto que era bueno para ella, pero hablar de ello era de mal gusto. Lo ignoró y volvió a mirar su teléfono. Un mensaje de su productor decía que habían reservado una ubicación excelente.

—La vi en la tele ayer —prosiguió—. Le vi estupenda. Si yo fuera un jefe importante de la NBC, la contrataría sin dudarlo. La pondría en *Good Morning America* sin más. No se queda atrás en nada.

Ya era demasiado.

—Perdone, pero necesito concentrarme en unos correos que estoy recibiendo para el trabajo . . .

—¿Hay novedades en el caso? —preguntó él.

—No.

—¿Algún indicio del que lo hizo?

Ella suspiró.

—No. Perdone, pero necesito que se calle para poder concentrarme.

—Por supuesto —dijo él—. A mí también me pasa. Me cuesta concentrarme si hay ruido. No se preocupe, Ally. Me quedo en silencio.

Que la llamara Ally así, sin más, la sobresaltó. Solo sus amigos y su familia la llamaban así. Resultaba amenazador que un hombre pasara directamente al apodo.

Entró en Twitter buscando los últimos informes sobre el caso. En vez de eso, solo encontró comentarios sin información nueva. Pulsó "Redactar" y escribió: *Casi segura de que mi taxista es un maníaco. Al estilo De Niro*. Luego pulsó "Tuitear", pero el mensaje no se envió. No había cobertura: estaba en medio de la nada.

—Yo, la verdad, me deshice del móvil —dijo él—. No me gusta el efecto que tienen. Antes se vivía bien sin ellos, ¿para qué necesitamos uno ahora? Usted lo necesitará para su trabajo, supongo. Yo, para el mío, no.

—¿Y cómo le asigna la empresa los servicios si no tiene teléfono? —La había hecho hablar. Por mucho que le importara poco, en el fondo seguía siendo periodista: no podía evitar hacer preguntas.

—Llevo treinta y cinco años conduciendo. Lo único que ha hecho el móvil es facilitar que la gente pida un coche a alguien que no tiene taxi.

Las puertas se bloquearon con un clic. Ella miró el espejo retrovisor y lo vio observándola.

—Se me olvidó antes —dijo él—. Más vale prevenir, con un maníaco suelto.

«O un maníaco aquí dentro», pensó ella.

Él soltó una risa sin motivo.

—Un maníaco, o lo que sea. O ella, quién sabe. Podría ser una mujer, o incluso varios. ¿Qué opinas?

—Opino que necesito leer mis mensajes —dijo ella, sin muchas esperanzas de que pillara la indirecta.

—Quizá sean varios —dijo él—. Seguro que hay mucha gente por ahí sintiendo lo mismo. Sintiendo . . . frustración.

Tomó un desvío hacia un camino estrecho.

—Atajo —explicó.

Faltaba una hora para el amanecer y las ventanillas laterales solo mostraban una negrura total. Sesenta kilómetros de Dayton podrían haber estado en el otro extremo del mundo. Volvió a girar el coche. Allison miró por el parabrisas delantero, donde los faros iluminaban un camino de un solo carril que se perdía entre los árboles.

—¿De verdad sabes dónde está el silo? —preguntó ella.

—Mejor que nadie. —Detuvo el coche y se agachó, metiendo la mano bajo el asiento. Cuando volvió a erguirse, sostenía una pistola —. Dame el teléfono —dijo.

Se quedó paralizada. Le invadió una cascada de pensamientos: la certeza de que iba a morir, que él había matado a Bilford, y la idea de que si salía viva de aquello, tendría la historia de su vida.

—Dame el teléfono o te mato aquí mismo —dijo mientras se ponía un guante blanco.

El teléfono era su única conexión con el mundo. Al entregárselo, sintió como si soltara la cuerda con la que colgaba de un abismo. Él sacó las llaves del contacto y se las guardó en el bolsillo, abrió la puerta y salió del coche. Lo levantó por encima de la cabeza y lo estrelló contra el pavimento. Oyó cómo se hacía trizas.

Agarró el tirador de la puerta del copiloto y tiró con fuerza, luego se lanzó contra la puerta con todo su peso. No cedió. El hombre delgado se acomodó de nuevo en el asiento del conductor. —No se abrirá. He activado los seguros para niños. —Arrancó el coche, dio marcha atrás y completó un giro—. Vamos a mi casa. Mientras conduzco, quizás sientas la tentación de intentar algo. Tal

vez lo consigas y logres inmovilizarme. Tal vez alcance a detenerte con la pistola. Tal vez ambos acabemos estrellados en la cuneta. Me da igual cualquiera de esas opciones. Pero ahora mismo, eres la única persona en el mundo que conoce mi identidad, y vas a ser la única que conozca la razón. Si quieres ser la próxima Katie Couric, deberías sentarte, relajarte y disfrutar del trayecto. Por mucho miedo que tengas, entiende que te estoy haciendo un regalo.

Aunque estaba aterrorizada, decidió aceptar ese regalo.

CAPÍTULO 46

Un hombre con un problema de juego se fija en los boletos de lotería en cada caja. Un alcohólico sabe el nombre de todos los bares que pasa de camino al trabajo. Los adictos al sexo ven tentación en cada vagón del metro, en cada planta de oficinas. Pero con la anorexia es distinto. Desayuno, almuerzo y cena: los anoréxicos tienen que batallar con su enfermedad tres veces al día. ¿Funcionaría bien Alcohólicos Anónimos si el cuerpo necesitara tres copas diarias para mantenerse sano? Sería imposible.

Dagny comía un Egg McMuffin por comodidad, porque estaba rico, y sobre todo porque tenía muchos puntos de Weight Watchers. Acumular puntos ahora le ahorraba tiempo más tarde, cuando tuviera que elegir alimentos. Necesitaba menos puntos de lo habitual porque no estaba corriendo, y eso era un problema. Sus piernas necesitaban diez millas cada mañana para funcionar bien, y su cerebro también. La carrera matutina le ayudaba a ordenar las ideas, a asentar las emociones y a sentirse invencible. Llevaba varios días sin correr. ¿Cuántos exactamente? Ni siquiera lo sabía. Así de despejada tenía la cabeza sin la carrera.

Victor también comía un Egg McMuffin. Estaban en una oficina vacía de la comisaría de Bilford, frente al ordenador, esperando un correo con la declaración oficial del FBI que Dagny tenía que leer en la rueda de prensa.

—Lo genial del Egg McMuffin es el bacon canadiense —dijo él—. Es redondo, cubre todo el sándwich, y encima es fino, así que no aporta muchas calorías. Si le pones salchicha, lo domina todo. Te deja el sándwich grasiento. Quieres carne en cada bocado, pero también probar el huevo y el queso. Por eso es el sándwich perfecto para desayunar.

Ella apenas le prestaba atención. La mayor parte de su atención estaba en buscar maneras de salir del paso si le hacían preguntas en

la rueda de prensa.

—Si estuvieras en *The $25,000 Pyramid* —continuó—, y Fran Drescher dice "sándwich de desayuno", noventa y nueve de cada cien personas dirán Egg McMuffin. Tiene ese impacto. Si dice "pañuelos", la mayoría dirá Kleenex, pero algunos dirán Puffs. El Egg McMuffin es más universal que el Kleenex.

—Bacon, huevo y queso —dijo Dagny.

—¿Qué?

—Habrá mucha gente que diga "bacon, huevo y queso".

—B-bueno —tartamudeó—. No tantos como eso.

Su correo emitió un pitido. Abrió el archivo de Word y pulsó "Imprimir".

—Vamos —dijo, cogiendo los papeles.

Al salir hacia la puerta principal de la comisaría, vio su reflejo en una ventana. Parecía una mujer que no dormía más de cuatro horas desde hacía tres días. No era la imagen que el Bureau quería dar en todas las televisiones y periódicos del país. Dagny dio la vuelta y recorrió la comisaría, evaluando a las cinco mujeres que trabajaban allí.

—¿Qué haces? —preguntó Victor, siguiéndola.

—Buscando a quién pedírselo —dijo ella.

La primera mujer llevaba mucho maquillaje. Dagny la descartó al instante. Las dos siguientes parecían indiferentes a su aspecto. Se veía reflejada en ellas, pero no le servían ahora. La cuarta parecía tener unos sesenta años: estaba bien arreglada y era atractiva, pero el lápiz de labios rojo indicaba un maquillaje poco natural. La quinta, una oficial uniformada, llevaba el pelo en una coleta. Tenía las mejillas sonrosadas de forma natural, y los labios también. No tenía ojeras, aunque en su escritorio había fotos de niños pequeños. Dagny arrimó una silla a la suya.

—Perdona que te pregunte, pero ¿te has maquillado?

—¿Se ve? —dijo, mortificada.

—No, no se ve. Así que si llevas algo, está perfecto.

La mujer sonrió.

—¿Te lo pongo?

—Necesito que me lo pongas tú. No sé hacerlo. Al menos, no como tú.

—Claro.

Abrió el cajón del escritorio y sacó su neceser.

—Además, necesito que acabes en cuatro minutos. Tengo que dar una rueda de prensa a las nueve y media.

—No hay problema. Me conformo con dos minutos por la mañana, entre el primer cambio de pañal y el desayuno.

Dagny cerró los ojos mientras la mujer le aplicaba el maquillaje. Se sentía como si estuviera en otro mundo, sentada en un Sephora de South Beach, escuchando el murmullo de las olas. Cuando los abrió, Beamer estaba ajustando la radio, que crepitaba.

—Te toca en dos minutos —dijo.

La mujer le entregó el espejo. Dagny se miró, le dio las gracias y cogió los papeles. Recorrió la comisaría con paso firme, repasando la declaración que tenía que dar. Era pura palabrería, lo cual le venía bien. Odiaba dar información sobre la investigación al público. Si tuviera voz en el asunto, negaría que hubiera siquiera una investigación, o una ciudad llamada Bilford.

Victor le sostuvo la puerta.

—¿Lista?

—Lista para acabar con esto.

Un podio estaba en lo alto de las escaleras frente a la comisaría. Ella se acercó. Detrás de ella, sentados, había una fila de hombres blancos con cargos municipales: el jefe de policía, a quien Dagny conocía, y muchos otros que no. El alcalde, seguro, varios concejales y otros líderes civiles, supuso. Ni un solo hispano entre ellos. La típica imagen de cara al público del Bureau.

Al otro lado del podio, un mar de flashes y cámaras, y rostros que bajaban por las escaleras, llegaban hasta la calle de enfrente. Cuando se acercó al micrófono, la multitud se inclinó al unísono con

tal sincronía que Dagny tuvo que reprimir una sonrisa, por si acaso. Colocó los papeles en la superficie inclinada del atril y los alisó con los dedos, aunque no tenían ni una arruga. Y entonces empezó.

—Toda nuestra nación llora la pérdida de tantas vidas, que han dejado huérfanas a familias en Bilford y sus condados vecinos. Esta mañana hemos confirmado más de ochenta muertes en lo que no puede calificarse de otra forma que como una auténtica atrocidad masiva. Todas las víctimas parecen ser hombres hispanos, de entre quince y cuarenta años.

No dijo gran cosa más. Transmitió el pésame a las familias y aseguró al público que el presidente había ordenado al FBI emplear todos los recursos a su alcance en esta investigación. Para desagrado suyo, también tuvo que anunciar la puesta en marcha de un número gratuito y una recompensa de 100.000 dólares por cualquier pista que condujera a la detención del responsable. Ahora, cualquier loco podía desviar recursos valiosos del Bureau en una cacería de fantasmas.

Los reporteros le gritaban preguntas sin parar. Juntos formaban una verdadera cacofonía. Dagny pensó en pedirles que levantaran la mano y hablaran por turnos, pero prefirió no hacerlo. Mientras no entendiera lo que preguntaban, podía dar cualquier respuesta que se le ocurriera. Se inclinó hacia el micrófono.

—Sobre eso, el presidente está plenamente comprometido con la detención del asesino. Ha recibido el informe y sigue de cerca la situación. Siguiente.

Más preguntas, alzando la voz.

—Sí, el jefe de policía de Bilford ha colaborado en todo momento con la investigación, y le estamos muy agradecidos. Todos los agentes bajo su mando han prestado una ayuda excepcional. En especial, el oficial John Beamer, como enlace con nuestro equipo, ha resultado clave.

—Esperaba que ese halago le sirviera en el futuro.

Más preguntas, lanzadas a gritos. No entendía ni una.

—Demasiado pronto para decirlo —dijo, respondiendo a una pregunta que nadie había hecho.

Más voces se alzaron.

—No en este momento —dijo.

—Gracias por las preguntas —dijo Dagny—. Lamentamos que se nos haya acabado el tiempo.

Y con eso, dio por concluida la rueda de prensa. Se acercó a Victor, que esperaba junto a la puerta de la comisaría.

—Buena jugada —susurró.

—Gracias.

Le pasó el móvil.

—Te llama el Profesor.

Regresó a la comisaría y entró en una sala de interrogatorios vacía.

—¿Algo de la NSA? —preguntó.

—No han encontrado nada. Parece que el desconocido no llevaba teléfono.

Justo lo que temía.

—No se nos da ni un respiro.

—Vuelvo a Bilford esta noche —dijo—. Mientras tanto, no me la fastidies.

—¿*Tu* investigación?

—Puedes quedártela cuando se líe.

Sonrió.

—Te veo esta noche.

—Una cosa más. Bien hecho en la rueda de prensa.

—¿La viste?

—No. Pero si hubieras hecho las cosas mal, ya lo sabría.

Dagny colgó y le contó a Victor lo de la NSA.

—Tal vez su búsqueda es demasiado estrecha —dijo él.

—¿Qué quieres decir?

—Buscaban metadatos de móviles cerca de cada secuestro, ¿verdad? Pero si el tipo es lo bastante listo como para dejar el móvil en casa, deberían buscar uno que no se moviera ni un centímetro antes y después de cada secuestro.

—Probablemente sean cien mil móviles.

—Claro. Pero el móvil que buscan tendría que estar inactivo en todos los secuestros. Así que eso descartaría a la mayoría.

—Entonces tal vez tengamos miles de móviles.

—Quizá. Incluso menos.

—Llama al Profesor y pídele que lo intenten.

—Merece la pena intentarlo.

—¿Qué más tengo que hacer?

—Vuelve al instituto. Asegúrate de que todo sigue adelante.

—Hurgó en su mochila y sacó el fragmento del cuello de la prenda, de la oficina del forense. También encontró la colilla que había recogido en la granja y se le había olvidado—. Haz que analicen el ADN de la colilla y comparen este combustible con el diésel del silo.

Se los entregó.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Diego está llevando a las familias al instituto para que declaren e identifiquen a los fallecidos. Asegúrate de que todo salga bien.

—Lo haré.

—Quiero analizar lo que tienen en común las víctimas. ¿Puedes enviarme por correo la base de datos tal como está?

—Claro. ¿Adónde vas?

—A ver una gasolinera.

CAPÍTULO 47

El cloroformo tiene un olor dulce, y eso fue lo último que Allison Jenkins percibió antes de que sus brazos se quedaran sin fuerza y perdiera la visión. Horas después, despertó en un dormitorio, atada a una silla junto a una cama de dos plazas. En el extremo opuesto de la habitación había un escritorio pegado a la pared. Sobre él, un tablero de corcho sujetaba recortes de prensa, fotografías y mapas. Allison intentó leerlos, pero estaban demasiado lejos. La puerta al fondo estaba cerrada, y supuso que también estaría asegurada por fuera. A la izquierda, una ventana con la persiana bajada. Junto a ella, dos estanterías llenas de pequeños trofeos, cintas y varias fotografías enmarcadas. Una de ellas parecía ser de una graduación escolar: el chico llevaba birrete y una bata negra.

Estaba en el dormitorio de un chico joven.

Le habían atado las manos con una cuerda a la espalda de la silla, y los tobillos, cruzados, a las patas del asiento. Una cadena de acero atravesaba la cuerda, pasaba entre sus piernas, le rodeaba el torso por debajo de los brazos y le ceñía el cuello. El candado que cerraba la cadena le colgaba bajo la barbilla, como un colgante pesado.

La boca se le había secado y la cabeza le daba vueltas. Sobre el escritorio, un vaso de agua. La condensación resbalaba por el cristal, brillando bajo el delgado haz de luz que se filtraba por una rendija de la persiana. Se impulsó hacia delante, intentando arrastrar la silla hasta el vaso, pero no logró moverla ni un centímetro.

Oyó pasos que se acercaban a la puerta, y de pronto esta se abrió de golpe.

Era un hombre de cabeza pequeña, barbilla casi inexistente y pelo lacio y grasiento, peinado hacia atrás. Los ojos, estrechos y hundidos, apenas se distinguían bajo el flequillo pegajoso. Llevaba la espalda ligeramente encorvada, y los brazos le colgaban largos,

como si no tuvieran huesos. Sonrió con malicia, mostrando dientes amarillentos y torcidos. Una camisa a cuadros rojos y negros le colgaba holgada del torso, metida con esmero en unos vaqueros azules, que a su vez desaparecían dentro de unas botas de cuero desgastadas.

El hombre era alto, feo, con manchas en la ropa y la espalda encorvada. Todo eso, sí, pero sobre todo era delgado. No débil ni desnutrido, sino hecho de huesos finos y órganos pequeños. Una caja torácica estrecha, pulmones reducidos y, en lo más hondo, un corazón diminuto.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

Negó con la cabeza y soltó una risa seca. Arrastró la silla del escritorio, la giró y se sentó a horcajadas, con el respaldo delante, a escasos noventa centímetros de ella.

—¿Sabes qué te dan por tu primer asesinato? —preguntó.

Negó con la cabeza.

—La pena de muerte. ¿Y por el segundo?

Volvió a negar con un movimiento lento.

—Nada.

Respiró hondo, sin dejar de mirarla.

—Eres una chica guapa, Ally. Podría hacerte cualquier cosa, y nadie me detendría. Si yo fuera tú, estaría aterrorizada. Pero yo no soy tú. Yo soy yo. ¿Y sabes qué siento?

»Me siento libre.

—Dijo tras entrelazar las manos y crujirse los nudillos.

Allison Jenkins no era libre. Estaba inmovilizada, a escasos noventa centímetros de un asesino en serie con una especie de obsesión por ella y nada que perder. Lo único que le quedaba era la voz. Había entrevistado a suficientes hombres para reconocer a un hablador cuando lo veía, y aquel lo era. Tal vez eso bastara para salvarle la vida.

—¿Qué buscas? —dijo.

—Quería que el mundo tuviera sentido, pero eso ya quedó atrás.

—¿Por qué mataste a todos esos hombres?

Negó con la cabeza.

—Inténtalo otra vez.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa.

—¿De quién es esta habitación?

No dijo nada.

—¿Tienes un hijo? —insistió.

Sus ojos se posaron en las fotos del chico de la pared.

—No —dijo—. No tengo un hijo.

»Nunca lo tuve.

—Añadió, sin dejar de mirarlas.

Su voz revelaba nostalgia. Ella se preguntó quién era aquel chico y qué significaba para su captor. Bajo la fachada de monstruo, tal vez aún latía un corazón humano.

—¿Cómo te llamas?

La miró fijamente, y sus ojos se endurecieron.

—Dime qué debería hacer contigo, Allison.

Intuyó que su respuesta podía salvarle la vida, así que eligió cada palabra con cuidado.

—Soy periodista. Mi trabajo es contar historias. Puedo contar la tuya, exactamente como tú quieras. La gente ya está juzgándote, formándose una imagen de quién eres. No dejes que otros escriban tu historia. Cuando se cuente lo de Bilford, puede sonar justo o injusto. Yo puedo hacer que suene justo.

—Habló como si estuviera vendiendo una noticia a un redactor jefe.

Durante un minuto o dos, la miró en silencio, como si su mente repasara mil posibilidades. Era como si una moneda hubiera sido lanzada al aire y cayera en cámara lenta, alternando entre cara y cruz. Al final, esbozó una sonrisa.

—Sí, Allison. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Se levantó, arrastró la silla al otro extremo de la habitación y la metió debajo del escritorio.

—Hasta mañana —dijo al salir por la puerta.

—¿Adónde vas? —gritó. Pero él ya había desaparecido.

CAPÍTULO 48

La gasolinera Canter's era ahora un gran agujero. La explosión había quemado todo lo que estaba sobre el suelo, y la EPA había exigido que excavaran todo lo que estaba debajo. Una valla metálica rodeaba el terreno con carteles de diversas advertencias.

Dagny escaló la valla y saltó al otro lado. No había una razón real para hacer esto; no había pistas que encontrar *en* el terreno. Pero el sospechoso había estado allí, y estar dentro de la valla la hacía sentir más cerca de él.

De camino al lugar, Victor le había transmitido dos informaciones difíciles de conciliar. Primero, las tarjetas de crédito vinculadas a al menos tres de los fallecidos mostraban grandes compras en Canter's Gas el día de la explosión. Segundo, la gasolina en el cuello de la camisa del empleado no coincidía con el combustible diésel que hizo explotar el silo. Tal vez el sospechoso había llenado la mayoría de sus tanques con diésel, pero luego usó gasolina para el último, ya que era un mejor acelerante. Quizás el empleado había salido a cuestionarlo sobre las grandes compras, y el sospechoso lo roció con gasolina, le arrojó un fósforo y todo el lugar explotó. Posible, pero improbable, pensó. Ese tipo de cosas solo ocurre en las películas. *MythBusters* incluso lo había desmentido.

Mirando dentro del agujero, Dagny divisó un montón de botellas de cerveza y envoltorios de sándwiches, restos de una noche de travesuras adolescentes. Cuando vives en la Ohio rural, beber cerveza y comer comida chatarra en un enorme agujero en el suelo se encuentra entre tus mejores opciones sociales, supuso.

No había nada alrededor de Canter's excepto la rampa de entrada a la autopista. Sin testigos. Sin tráfico. Sin banco con una cámara en el cajero automático; sin gasolinera rival con su propio sistema de seguridad. Solo terrenos vacíos propiedad de

especuladores, que esperaban que los suburbios llegaran hasta ellos. Por eso el sospechoso había elegido Canter's.

Ya no puedes ser un asesino en serie en la ciudad. Tienes que ir al campo si no quieres ser atrapado.

Volvió a trepar la valla, subió al coche y condujo más allá de la entrada de la autopista por si acaso el sospechoso hubiera tomado caminos secundarios de regreso a Bilford. Diez minutos después, vio sus primeros signos de vida: un semáforo real, con un McDonald's en una esquina y un Wendy's en otra. Dagny entró en el Wendy's y entró. Estudió el recuento de calorías en el menú y pidió un sándwich de pollo a la parrilla. Junto con el Egg McMuffin del desayuno, obtendría la mayoría de los puntos que necesitaba para el día.

Una cámara de video colgaba sobre la cocina, apuntando a los clientes que hacían pedidos. Dagny se dio la vuelta y miró el tráfico que pasaba por la ventana delantera. Si el sospechoso hubiera tomado el camino secundario, estaría en la grabación de seguridad. La cajera colocó su sándwich en una bolsa y se lo entregó. Ella, a su vez, mostró sus credenciales y pidió hablar con el gerente.

El gerente —no mayor de veintidós años, supuso— estaba instalado en una oficina entre las ventanillas del autoservicio, encorvado sobre horarios en papel y listas de empleados, garabateando y borrando marcas indescifrables en ellos. Cuando Dagny pidió ver los archivos de video, él se quedó paralizado durante más de un momento, pareciendo buscar en sus reservas algún consejo de su formación gerencial. Finalmente, preguntó si podía hablar con su gerente regional. Ella le dijo que no era necesario, y él cedió.

La grabación de vigilancia estaba respaldada en un servidor remoto, pero era accesible desde una computadora en la parte trasera del restaurante. Él condujo a Dagny hasta la terminal e inició sesión. Ella se sentó frente al monitor mientras el gerente permanecía detrás. La interfaz era intuitiva. Una columna a la izquierda enumeraba fechas, y al hacer clic en un triángulo delante de cada una de ellas, se desplegaba un submenú de clips por hora.

—¿Tienen dos semanas de grabación? —dijo Dagny, sorprendida.

—Solía ser una semana —dijo él—. Pero siguen añadiendo capacidad, y el precio sigue bajando.

Un día, todo sería grabado y guardado, y no habría necesidad de libros de historia.

Abrió el submenú del día de la explosión de la gasolinera, se desplazó hasta la hora posterior a la explosión y presionó "Reproducir". Tres personas hacían fila en el mostrador. El tráfico pasaba por la ventana detrás de ellos. Una cliente dudaba en su pedido, frotándose la frente mientras parecía vacilar entre varias opciones.

Presionó un botón para duplicar la velocidad de reproducción, pero los coches pasaban demasiado rápido para que pudiera identificar alguno, así que volvió a reducir la velocidad a tiempo real.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el gerente.

Ella dio su mejor suposición. —Una camioneta que transporta barriles de combustible.

Mientras lo decía, una pasó por la pantalla.

Detuvo el video y retrocedió, reproduciéndolo de nuevo a la mitad de velocidad. Era una camioneta negra con al menos cinco barriles en la parte trasera. La matrícula no era visible. El conductor era una mancha delgada. En total, la camioneta estuvo en pantalla durante menos de dos segundos. Dagny la detuvo y reprodujo la secuencia nuevamente, pero no ayudó. Después de una tercera reproducción, dejó que continuara. La camioneta salió del encuadre y luego volvió a entrar cuando giró hacia el estacionamiento de McDonald's al otro lado de la calle y entró en el carril del autoservicio.

La camioneta estaba demasiado lejos de la cámara de Wendy's para proporcionar algún detalle útil. Pero el McDonald's tendría cámaras, y una en la ventanilla del autoservicio estaría apuntando directamente a la cara del sospechoso. Era la oportunidad que había estado esperando.

Llamó a Victor y le pidió que organizara un equipo forense de video del Bureau para que viniera al Wendy's. Antes de irse, usó su

propio iPhone para grabar el metraje de Wendy's de la camioneta del sospechoso.

Se terminó su sándwich mientras cruzaba la calle hacia el McDonald's. Al entrar por la puerta, abrió sus credenciales y pidió a la mujer detrás de la caja que llamara a su gerente. La cajera regresó con una mujer delgada de mediana edad con un traje de negocios azul. Se presentó como Margorie Davies, la propietaria de la franquicia. Davies le dio a Dagny un recorrido por el restaurante, señalando cada una de las cámaras de seguridad. Dos de ellas apuntaban directamente a las ventanillas del autoservicio, capturando los rostros de los clientes cuando pagaban sus pedidos, y nuevamente cuando los recogían.

—¿Por cuánto tiempo se archivan las grabaciones?

—No lo sé. Nunca hemos tenido que usarlas —respondió Davies.

Al igual que la grabación de Wendy's, el metraje de McDonald's se almacenaba de forma remota y se accedía a través de un portal de Internet. Dagny siguió a Davies hasta su oficina, donde se sentó en su computadora, abrió la pantalla de inicio de sesión del servicio y la miró durante unos segundos. —No recuerdo la contraseña —dijo —. Nunca hemos tenido que iniciar sesión.

Tomó media hora navegar por el árbol telefónico del sitio de seguridad, verificar las credenciales necesarias y obtener una nueva contraseña. Dagny inició sesión en el programa, navegó hasta la fecha de la explosión de la gasolinera y encontró la carpeta vacía. Al desplazarse por las fechas del calendario en el lado izquierdo de la pantalla, vio solo tres días de metraje guardado.

Un joven en India respondió a su llamada a la línea de servicio al cliente de la empresa de seguridad. —Solo veo tres días de metraje —dijo ella—. ¿Eso significa que solo hay tres días de metraje almacenado o que esta cuenta solo tiene acceso a los últimos tres días?

—No entiendo la diferencia, pero de verdad quiero ayudar.

La diferencia era abismal. —¿Se han sobrescrito las grabaciones o simplemente están bloqueadas al titular de la cuenta?

—No están disponibles —dijo—. Pero de verdad quiero ayudar.

A Dagny le entraron ganas de estamparle, pero se contuvo y pidió hablar con su supervisor. El representante accedió, pero colgó durante la transferencia. Volvió a llamar, siguió los menús automáticos, habló con otro agente y finalmente la pasaron con un gerente que le aseguró que haría lo posible por ayudarla.

—Puedo confirmar que han eliminado las grabaciones —dijo el hombre.

—¿Pero ya se han sobrescrito?

—No se lo puedo decir.

Era posible que los expertos forenses recuperaran las grabaciones borradas de los servidores de la empresa de seguridad. Pero cada segundo nuevo de grabación amenazaba con sobrescribir lo ya eliminado. —Da igual qué servidor o disco estén usando para esta cuenta: tienen que desconectarlo del sistema ya —dijo.

—No puedo hacerlo sin poner en riesgo la grabación de hoy. Se produciría una interrupción al cambiar los sistemas, y podríamos ser responsables.

—Puedo conseguir el consentimiento del cliente.

—No es suficiente. Hay otros clientes en ese servidor, y sus grabaciones podrían quedar expuestas.

—Le garantizo que lo que dejen de grabar las cámaras no es tan importante como lo que intentamos salvar.

—No puedo hacerlo sin una orden judicial.

—¿Dónde están los servidores?

—En Albany, Nueva York.

Dagny se apuntó la dirección. —Tendrá una orden judicial en menos de una hora.

Dagny cogió una hoja del escritorio de Davies, redactó una declaración jurada y la firmó. Hizo una foto con el móvil, la envió por correo al asesor jurídico del Bureau y le indicó que contactara con un fiscal federal en Albany para que solicitara una orden de emergencia *ex parte* en el centro de almacenamiento.

El móvil vibró: el equipo de videoanálisis forense ya había llegado a Wendy's. Cruzó corriendo la calle y golpeó en la puerta corredera trasera de una furgoneta negra sin distintivos, con ventanas tintadas y varias antenas. La puerta se abrió y salieron

cinco técnicos. Tras las presentaciones, Dagny les ordenó descargar y analizar el vídeo de Wendy's mientras esperaban la orden judicial para las grabaciones de McDonald's.

Media hora después, ya tenían la orden. Un agente en Albany la entregó a la empresa de seguridad mientras el equipo forense del FBI accedía en remoto a los servidores desde la parte trasera de la furgoneta, revisando archivos eliminados en busca de las grabaciones del día de la explosión de la gasolinera. Como los metadatos de los archivos eliminados estaban corruptos, tuvieron que reproducir el principio de cada clip para determinar su marca temporal, un proceso tedioso. Dividieron la tarea, cada técnico a cargo de un lote de archivos. El técnico principal conectó a Dagny a un terminal para que también pudiera ayudar.

Tardaron tres horas en revisar todos los clips eliminados, que no llegaban más allá del día *después* de la explosión de la gasolinera.

Fue un mazazo. Si hubiera investigado la explosión de Canter's un día antes, habrían tenido una foto del asesino.

Dagny se detuvo un instante, luego dio instrucciones al equipo. La carretera hacia Bilford estaba llena de restaurantes de comida rápida, farmacias y gasolineras, y debían revisar las grabaciones de cada uno, aunque era poco probable que alguna hubiera captado algo más que una imagen borrosa de la camioneta negra.

Cuando el equipo se fue, Dagny volvió al coche y revisó el móvil en busca de mensajes. Victor le había enviado un documento actualizado con las víctimas, así que sacó el iPad de la mochila para estudiarlo en una pantalla más grande. La información —recopilada de teléfonos, declaraciones de testigos y pruebas físicas— era abrumadora. Las columnas incluían llamadas, contactos, direcciones, fechas de nacimiento, familiares, mensajes, fechas estimadas de secuestro y muerte, estado civil, redes sociales, salud, estado de los cadáveres, pruebas biológicas, color de pelo, ojos, peso, altura, coche, ordenador, teléfono, empleo, relaciones pasadas e incluso el coyote que había traído a la persona a EE. UU., si se conocía.

La combinación de variables era abrumadora. La base de datos incluía 387 direcciones, 813 familiares, 419 empleadores y 1.543 contactos. Contenía 250.345 mensajes y 597.452 correos. Al hacer

clic derecho en el encabezado, Dagny veía cuántas entradas distintas había por columna: treinta y siete ciudades de origen; siete colores de pelo; cinco estados civiles (incluido "es complicado", tomado de Facebook). En la columna de coyote, solo había tres.

Tres entradas. Tres era mucho más manejable que cientos o miles. Tres era una pista con potencial.

Se desplazó por la columna de coyotes. Unas dos terceras partes estaban vacías —o bien habían cruzado la frontera sin ayuda de pago o el coyote era desconocido. El resto se repartía, más o menos a partes iguales, entre tres nombres.

Delgado. Erickson. Sánchez.

Llamó a Victor. —¿De dónde sacamos la información sobre los coyotes?

—De las entrevistas a testigos. ¿Y en la gasolinera?

—Un día tarde. ¿Y la colilla de cigarrillo?

—Sin huellas. Hemos extraído ADN, pero no hay coincidencias en CODIS. ¿Crees que el coyote es importante?

—Tal vez. ¿Dónde está Diego?

—Aquí mismo.

—Pásamelo.

Un momento después, Diego estaba al teléfono.

—Antes de que yo entrara, hablaste con un coordinador de empleo para trabajadores indocumentados, ¿verdad?

—Ty Harborman.

—Dile que necesitamos hablar. Estaré de vuelta en el instituto en una hora.

CAPÍTULO 49

No había nada nuevo en la televisión aquella tarde, solo el parloteo vacío de las mismas figuras vacías, repetido en bucle sin fin. Nadie respondía a las preguntas que de verdad importaban. ¿Estaban cerca de dar con él? ¿Había aparecido algún testigo? ¿Había dejado huellas o ADN? ¿Cuánto tiempo más iba a durar aquello? Eran esas preguntas las que lo mantenían en ascuas.

El hombre delgado apagó el televisor y se puso la chaqueta. Era hora de acercarse al epicentro de la investigación, verlo con sus propios ojos. Como la policía seguramente andaría tras una camioneta negra y un taxi desaparecido, decidió ir a pie. Aprovechó la hora de camino para trazar un plan.

Un plan. Ya iba siendo hora. Había matado al primer grupo de mexicanos de impulso, sin entender por qué lo hizo, salvo que estaba furioso, confuso, y se sentía traicionado. Ahora veía aquellos asesinatos como un intento de expiar sus propios pecados. Puesto que había ayudado a que llegaran mexicanos a Bilford, consideraba su deber deshacerse de algunos.

Con aquellos cadáveres, recordó el silo de la granja Hoover. Terry Hoover lo había tapiado cuando el banco le embargó la finca, así que ahora no era más que una tumba de hormigón. El hombre delgado había robado un elevador de tijera para hacer labores de mantenimiento en la propiedad, y lo usó para subir los cuerpos hasta la cima del silo, donde los arrojó al fondo, dieciocho metros más abajo. Debería haber sentido remordimientos por lo que había hecho, pero se sentía bien.

Si hubiera parado entonces, quizás nada habría pasado. Con el tiempo, podría haber olvidado aquellos asesinatos. La vida habría seguido como antes.

Pero no quería que la vida siguiera como antes.

Mató al segundo grupo para recuperar la sensación de liberación que había sentido la primera vez. La cólera que llevaba dentro fue remitiendo mientras morían, y se sintió lleno de vida como nunca antes.

Cuando mató por tercera vez, esperaba que la sensación perdiera intensidad, pero no fue así. Al contrario, el creciente número de víctimas lo hacía sentirse más poderoso, y eso era justo lo que necesitaba.

La cuarta vez, los puso a trabajar primero —reparando la escalera que subía por el silo y construyendo una plataforma en su parte superior—. Tras abrir un orificio en el centro, los mandó bajar con el pretexto de que limpiarían el piso inferior. Escuchó sus gritos y súplicas durante horas antes de abandonarlos a su suerte. Ya no bastaba con matarlos; necesitaba oír el terror en sus voces rebotando dentro del silo, su tumba de hormigón.

En unas semanas, había más de ochenta cadáveres en el silo, y nadie había notado que faltaban. Era suficiente para que el hombre delgado dudara de su propia cordura. ¿Sería todo un sueño? ¿Una alucinación?

La bola de fuego lo convirtió en algo real, y eso era justo lo que quería. También lo hizo famoso, aunque solo de forma anónima. Nadie sabía quién era. Nadie entendía lo que le había ocurrido.

Mientras el hombre delgado se sentaba en la ladera rocosa desde donde se veía la Escuela Secundaria de Bilford, pensó en la historia que Allison le ayudaría a contar: una historia sobre la paternidad, sobre haber sido víctima, y cómo había logrado alzarse sobre todo ello. La gente lo entendería. La historia sería benévola con él. Mucho después de su muerte, hablarían de su lucha, de sus penurias, de su gran hazaña.

Y si Allison no era capaz de ver la belleza de lo que había hecho —si no alcanzaba a ver la poesía de todo aquello—, la mataría y buscaría a otra periodista que sí pudiera.

Sacó los prismáticos de su funda y observó la escena en la escuela secundaria. Dos docenas de furgonetas sin distintivos estaban alineadas cerca de las puertas del gimnasio. Se preguntó qué serían. ¿Laboratorios móviles para analizar cabello, fibras,

huellas y ADN? ¿Habrían encontrado alguna prueba concreta sobre él? Aunque había sido un delincuente toda su vida, había logrado esquivar los arrestos, así que sus huellas no estarían en ninguna base de datos gubernamental, salvo que el ejército hubiera digitalizado archivos viejos, lo cual dudaba. Un laboratorio tenía su ADN por la prueba de paternidad, pero, hasta donde él sabía, nunca había entrado en un caso judicial. Los de dentro de las furgonetas se afanaban en vano, pensó. Más dinero de los contribuyentes tirado a la basura.

Un Corvette rojo entró en el aparcamiento y se dirigió a un punto de control, donde alguien sacó una placa por la ventanilla y se la entregó a un guardia. El guardia se la devolvió y lo dejó pasar. El hombre delgado siguió el coche con los prismáticos, viendo cómo aparcaba. Al abrirse la puerta, salió Dagny Gray. Había visto su rueda de prensa esa mañana y se había quedado prendado de su figura esbelta. Ella había expuesto sus palabras con elocuencia y aplomo. Se alegraba de no haberla matado. Un hombre con traje negro y cuello blanco salió de la escuela y se acercó a Dagny. Un sacerdote. Llevaba el pelo muy corto y una barba de un día. Hispano. Le resultaba familiar. Lo había visto hacía apenas un par de días, pero no vestido de cura.

El sacerdote y Dagny se detuvieron junto al Corvette. Era un coche típicamente americano, y eso arrancó una sonrisa al hombre delgado. El sacerdote se apoyó en el guardabarros trasero, hablando, mientras Dagny asentía. Ella dijo algo; él respondió. Ella negó con la cabeza, y el sacerdote soltó una carcajada. Luego habló él, y ella asintió.

El sacerdote la acompañó hasta la puerta del copiloto, pasando el brazo por detrás de su espalda, con la mano rozando apenas su cintura, hasta que la retiró de golpe. Y de nuevo, cuando le abrió la puerta, su mano se cerró alrededor de la manga de ella, justo por encima del codo, mientras entraba en el coche. Dos veces el sacerdote la había tocado, con una familiaridad que nada tenía que ver con la castidad de un hombre de Dios. Dos veces había profanado su sotana.

El hombre delgado estrelló los prismáticos contra la ladera rocosa y se levantó de un salto. Mientras regresaba a casa, pensó en el sacerdote impío, y recordó dónde lo había visto antes.

CAPÍTULO 50

Mientras conducían hacia Dayton, aún notaba el tacto de Diego en el brazo y en la cintura. Su amiga Julia le había confesado que, al cabo de dos años de matrimonio, ya ni sentía el roce de su marido. Dagny nunca había tenido una relación lo bastante larga como para acostumbrarse a la mano de un hombre, por breve o casual que fuera el contacto. Se frotó el brazo, como si quisiera borrar aquella huella.

Iban a Dayton porque Harborman se negaba a hablar con Dagny, pero había aceptado volver a hablar con Diego, esta vez bajo la protección de la confesión. Eso quería decir que Diego tendría que llevar todo el interrogatorio. —Tenemos que repasar cómo actuar —dijo ella—. ¿De qué memoria dispones?

—Pues se me olvida —respondió él. Esperó un instante, a ver si ella reía; como no lo hizo, añadió—: Pero bastante buena, creo.

Que fuera bastante buena no bastaba. Cualquiera puede hacer una pregunta; el arte del interrogatorio consiste en saber qué preguntar después. Había asistido a innumerables conferencias sobre el tema en Quantico. A veces, un agente veterano compartía lo aprendido en toda una carrera con una anécdota. A veces, un psicólogo resumía estudios de dudosa solidez científica. Otras veces, un profesor ponía vídeos de sus alumnos respondiendo preguntas por dinero. Se habían escrito tratados enteros sobre el arte de interrogar, y Dagny había leído muchos. Servían más para dormirse que para aprender. Al final, la única forma de dominar el interrogatorio era practicarlo cientos de veces. Solo entonces empezabas a entenderlo de verdad.

Pero Dagny no podía darle a Diego esa experiencia. Tras una hora de instrucción, intentó resumírselo. —Hay dos cosas clave en una entrevista. Primero, hay que ir tras lo que intentan decir. Segundo, hay que ir tras lo que intentan ocultar. Eso significa hacer

las preguntas de seguimiento que el sujeto está esperando, sin olvidar volver a las que evita.

—Dagny, esto es justo mi trabajo. La confesión es eso.

—No, Diego. En la confesión la gente confiesa sus pecados. En el interrogatorio, los oculta.

—¿Qué oculta Harborman? ¿Crees que está metido en los asesinatos?

—Probablemente no. Pero ha ganado la vida colocando trabajadores indocumentados en empleos ilegales. Por mi experiencia, no es un pasado que invite a la sinceridad. Todo el mundo tiene secretos, Diego. Seguro que ni una sola confesión que hayas escuchado ha sido totalmente sincera.

Cuando aparcaron en el aparcamiento trasero de la parroquia de San Pablo, Dagny notó que tensaba las manos sobre el volante. —¿Te pone nervioso Harborman? —preguntó.

—No, estoy bien. —Su mirada se desvió hacia la puerta trasera de la iglesia, y ella comprendió que no era la persona, sino el lugar, lo que lo inquietaba. Su exilio en Bilford no era solo cuestión de trabajo comunitario. Algo lo había echado de allí.

Él la guió por la puerta trasera y por un pasillo. A ambos lados había oficinas, y todas las caras se alzaron al pasar ellos. —¿Diego? —gritó alguien, pero él hizo caso omiso. Atravesaron varias puertas, y la última daba a la catedral. Aquella majestuosidad le robó el aliento. De niña iba a un templo reformista en los suburbios de St. Louis. Tenía techos de paneles desmontables y paredes móviles sobre raíles, que permitían ampliar el santuario para acomodar a los fieles de ocasión, que solo aparecían en septiembre y octubre.

Diego le tiró del brazo. —Con el tiempo, acabas viéndolo como otro lugar más.

—Cuesta creerlo —dijo ella—. Muéstrame dónde hablarás con él.

La llevó a un confesionario al otro lado del santuario. —Esto parece de toda la vida. ¿Y el Concilio Vaticano II?

—La gente puede confesarse cara a cara si quiere, pero muchos prefieren mantener la separación.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Supongo que para no tener que mirarme directamente. ¿Quieres probarlo?

Diego corrió la cortina de un lado de la cabina, y Dagny entró. Él ocupó su lugar al otro lado.

—¿Qué tal?

Ella vio el atractivo de estar separada del sacerdote y se preguntó si el doctor Childs aceptaría algo así. —Así que esto es confesarse —dijo.

—¿Algo que quieras confesar? —dijo desde el otro lado.

—Que me parece ridículo.

—Felicidades —dijo—. Acabas de confesar tu primer pecado.

—¿Sería pecado que me llamaras para que pudiera escuchar mientras Harborman habla contigo?

—Mucho, sin duda.

—¿Lo harás igualmente?

Hizo una pausa larga, para mantener el suspense. Como no veía su rostro, no sabía qué decidiría.

—De acuerdo —dijo.

Eso la sorprendió. —¿De verdad lo harás?

—A veces lo incorrecto es lo correcto. Déjame buscarte un sitio donde esconderte.

Dagny lo siguió hasta una oficina vacía en la parte trasera de la iglesia. —Solía ser mía —dijo—. Un tiempo mantuvieron mi nombre en la puerta. Luego, un día, lo quitaron. Ahora es una oficina de paso.

Se sentó al escritorio, sacó el teléfono del bolsillo y miró la hora. Harborman llegaría en cualquier momento. —Buena suerte.

—Gracias. —Salió a esperar al confesionario.

Miró alrededor. Estanterías vacías, cajones vacíos, paredes desnudas. ¿Cómo habría sido aquello cuando Diego estaba allí? ¿Habría fotos en las paredes? ¿De quién? ¿De familia? ¿Tendría? ¿Qué libros llenaban las estanterías? ¿Solo teología? ¿Quizá alguno sobre restauración de coches? ¿Qué más? Sabía tan poco de él que ni siquiera podía imaginar cómo habría sido aquella oficina. Y aun así, confiaba en él para interrogar a un testigo clave en el caso más importante del país.

Sonó el teléfono. Contestó, puso el altavoz en silencio y se lo llevó al oído.

—¿Padre Vega? —dijo un hombre.

—Sí. ¿Eres tú, Ty?

—Cuando hablamos la última vez, no tenía ni idea de que estaba pasando algo así.

—Te aseguro que yo tampoco lo sabía.

—Ya teníamos al sheriff encima, y ahora hay cinco millones de agentes federales por ahí merodeando. No quiero que mi negocio acabe metido en todo esto, padre.

—No creo que pase, Ty.

—No tengo trabajo. No tengo ni un céntimo. ¿Lo entiendes? Estoy hecho polvo.

—Si pillamos al que ha hecho esto, se acaba la investigación y todo vuelve a la normalidad.

—Nada volverá a ser igual —dijo Harborman—. Cosas así no se olvidan así como así.

—Necesito tu ayuda, Ty.

—Vas a contárselo todo a los investigadores, ¿verdad? Todo lo que diga aquí.

—No.

—Lo harás. Ya verás como sí.

—No. Voy a protegerte. Les daré lo que me digas sin decir que eres tú quien lo ha contado.

La mentira sonó convincente para Dagny, pero Harborman no dijo nada.

—Por favor —suplicó Diego.

Harborman suspiró. —¿Qué quieres?

—Necesito que le eches un vistazo a otra lista.

Dagny oyó cómo el papel crujía mientras Diego se lo pasaba al otro lado de la cabina.

Al cabo de un minuto, lo oyó decir: —Cristo, tienen un montón de datos.

—Y aun así no hay forma de entenderlo —respondió Diego—. Sé que trabajas con coyotes. ¿Reconoces a alguno de la lista?

—¿Dónde está eso?

—Última columna.

—Ya lo tengo.

Un minuto después, Dagny lo oyó hojear las páginas.

—Cristo.

—¿Qué pasa?

—Esto es grave.

—¿Qué pasa, Ty?

—Los que aparecen en tu lista son todos jefes míos: Delgado, Sánchez y Erickson . . . He colocado gente para todos ellos. Aunque se os ha pasado alguno. Aquí, por ejemplo, Alberto Sánchez: entró con Erickson. Y Roberto Rico, que era de Delgado. También hay unos que entraron con un grupo llamado Mario, que reconozco, pero eso no viene al caso porque . . .

—¿Puedes anotarlos? —preguntó Diego.

—Ni de coña dejo mi letra en nada. Escucha: hay un grupo que ha traído más gente que todos los demás juntos, y no está en tu lista. Todos sus clientes, que yo sepa, han conseguido evitar la masacre. No creo que sea casualidad.

—¿Quién? —preguntó Diego.

—Diablo Rico.

—¿Diablo Rico? ¿Has trabajado con ellos?

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Son como la mafia. No juegan limpio.

—¿Y mandan gente cerca de Bilford?

—Mandan gente a todas partes. Incluso a Bilford.

—¿Pero ninguno de los de la lista ha pasado por ellos?

—No lo sé con certeza. Solo sé que han traído a mucha gente, porque tengo clientes que me han dicho que ya no me necesitaban porque estaban tratando con un tío de Diablo Rico.

—¿Qué clientes?

Hubo una larga pausa. —No te lo voy a decir. Si empiezan a hacer preguntas y eso me lleva hasta mí, estoy muerto.

—¿Es Diablo Rico tan peligroso?

—No son solo malos. Están como una cabra.

—¿Quién es Diablo Rico? ¿Quién lo manda? ¿Tienen base?

—Ni idea. Para mí no es más que un nombre.

—¿Cómo sabes que están como una cabra si no sabes quiénes son?

Se hizo un largo silencio.

—Ty, no te voy a delatar. No les diré quién eres. Creo en la santidad de esta confesión. Creo en el juicio de Dios. Por favor, ayúdame.

Harborman suspiró.

—Hace unos años, un cliente importante me dijo que ya no me necesitaba. Que le habían bajado el precio. Fui a verlo en coche, por si podía recuperarlo con mejores condiciones. La reunión fue bien, y volvió a contratarme. Cuando llegué a casa, mi perro yacía en la mesa de la cocina, hecho pedazos. Una nota en la encimera decía: 'Perdiste el contrato. No insistas'. Firmado: 'Diablo Rico'. ¿Crees que eso es malvado?

—Como sacerdote, diría que sí —dijo Diego—. ¿Quién era el cliente?

—Ni hablar.

—Pero podrían llevarme hasta Diablo Rico.

—Y entonces estaríamos muertos. Si los quieres, tendrás que encontrarlos por tu cuenta.

Hubo una larga pausa.

—De acuerdo —dijo Diego—. ¿Cómo podría dar con ellos?

—No puedes. Eres un sacerdote.

—Entonces, ¿y el FBI? ¿Cómo podría localizarlos?

Harborman suspiró de nuevo.

—Supongo que enviaría a un agente mexicano a cruzar la frontera y hacerse pasar por un migrante rumbo a Estados Unidos.

—¿En qué parte de México?

—Cualquier localidad fronteriza valdría.

—¿Y qué tendría que hacer exactamente? ¿Cómo podría dar con ellos?

—No lo sé. Tendrías que buscar un café lleno de viejos e indagar con discreción dónde encontrar a un coyote.

—¿Lo mencionaría directamente?

—¿*Usted*, padre?

—Me refiero al agente.

—Si nombras a Diablo Rico, pensarán que sabes demasiado. Haz saber que necesitas la mejor protección posible y que el dinero no es problema. Sé vago con los detalles. Pensarán que huyes de la justicia.

—Y después, ¿qué haría?

—Padre, sigue hablando como si fuera usted quien lo va a hacer.

—Juega a que sí. Supongamos que lo hiciera.

Era posible que Diego solo estuviera planteando una pregunta hipotética, útil por si la Oficina enviaba un agente a México para hacerse pasar por cliente de coyote. Pero Dagny, por su tono, dedujo que no se trataba de una suposición abstracta: en realidad, estaba pensando en ir él mismo a México.

—Con todo respeto, padre, no puede pasar por mexicano. Olería a gringo y desconfiarían.

—¿Qué tendría que hacer para no levantar sospechas?

Harborman gruñó.

—Tendría que dar la impresión de ser ingenuo.

—Eso no será difícil. Soy ingenuo.

—No, parecerá asustado. Y eso les dice que sabe lo suficiente como para temer. Lo que indica que no es ingenuo. Y entonces sabrán que no es quien dice ser.

—¿Y si piensan eso?

—Lo destriazarán como hicieron con mi perro.

—Entonces —Diego hizo una pausa—. Supongo que mejor parecer ingenuo. ¿Qué debería decir sobre el dinero?

—Dígales que necesita ir a Estados Unidos y que pagará lo que haga falta. Le darán una cifra que no le parecerá excesiva a un estadounidense, pero que sería imposible para alguien como usted. Debe mostrarse sorprendido. Tendrá que preguntar si ese es el mínimo que pueden ofrecer, con un tono suplicante, sumiso. Quizá la

bajen un poco, quizá no. Dirá que no sabe si podrá reunirlo, pero que lo intentará. Necesitará una semana para conseguir el dinero. Si se creen su actuación, se lo darán.

—¿Y luego?

—Y luego se va.

—Pero no habré aprendido nada.

—Le decía cómo sobrevivir a la reunión. No sé cómo obtener la información que busca.

—Entiendo.

Dagny tenía cien preguntas más para Harborman, pero Diego lo dejó marchar. Un minuto después, entró en la oficina y se sentó frente a ella. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba, y dijo:

—Escúchame.

Ella negó con la cabeza.

—La respuesta es no.

—Solo escúchame —repitió.

El viaje de vuelta a Bilford fue una larga discusión. Las súplicas chocaban con la exasperación; la pasión se enfrentaba a la lógica.

—Ni siquiera sabemos si Diablo Rico tiene algo que ver con esto —dijo Dagny.

—Son el mayor proveedor de mexicanos en la región, y ninguno acabó en el silo. Harborman tiene razón: o están implicados en los asesinatos o conocen al asesino, y el asesino les tiene miedo.

—O Harborman no tiene ni idea de lo que dice.

—Creo que sí.

—O el mismo Harborman está metido. —Detuvo el coche en el arcén de la autopista—. Dame tu teléfono.

Diego obedeció. Ella buscó los datos de contacto de Harborman y envió su número al Profesor por mensaje. **Averigua dónde estaba este tipo durante los secuestros**, escribió. Devolvió el teléfono a Diego.

—Voy a hacerlo, Dagny.

—Hay más de novecientos agentes hispanos en el FBI, y todos están mejor preparados que tú para esto. ¿Por qué demonios iba a

permitir que lo hicieras?

—Porque el FBI no puede investigar en México sin el consentimiento de las autoridades mexicanas, ¿verdad? Apuesto a que eso lleva tiempo, diplomacia y negociaciones, y aunque te permitieran hacer la operación, probablemente alguien en la burocracia esté en nómina de Diablo Rico y los alerte. ¿No crees? Solo funciona si se hace a espaldas de las autoridades.

Tenía razón. Si la Oficina quería investigar en México, necesitaba la aprobación de la Policía Federal Ministerial, y había muchas probabilidades de que alguien allí filtrara la información a Diablo Rico. Una operación encubierta en México tenía más posibilidades de éxito que una oficial.

Pero eso no significaba que Diego tuviera que hacerlo.

—Te matarán, Diego.

—Tal vez.

—¿Por qué arriesgarías tanto?

—¿Qué sentido tiene ya seguir viviendo? —Lo dijo sin dramatismo, pero fue la frase más desgarradora que jamás había oído.

—Para cada instante que te queda por vivir —respondió ella.

—Si no hago esto, esos momentos solo estarán llenos de arrepentimiento y vergüenza —El teléfono de Diego sonó—. El Profesor ha respondido.

—¿Qué dice? —preguntó Dagny.

—«No estuvo ni cerca de los secuestros. No uses el teléfono de Diego para asuntos del Bureau». ¿Ves? Harborman no está metido.

—Que su teléfono no estuviera cerca de los secuestros no significa que sea inocente ni que no estuviera implicado. Solo quiere decir que su móvil no estaba en el lugar.

—Voy a México, Dagny.

—No tendrías ni idea de cómo arreglártelas allí, Diego. No sobrevivirías.

—Entonces ven conmigo. Tú podrías guiarme.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Bueno, primero tendría que explicar por qué me ausento de Bilford dos días en plena investigación.

—No tienes que decir que vas a México. Di que vas a poblaciones fronterizas de Texas a investigar sobre rutas de migración.

—Ya tenemos agentes allí que podrían encargarse.

—Entonces di que vas a ponerles al día y darles instrucciones.

—¿Me estás pidiendo que mienta al Profesor?

—Sí.

Mentir al Profesor estaba mal. Abandonar Bilford para ir tras una quimera en plena investigación estaba mal. Ayudar a un sacerdote a intentar burlar a una organización criminal asesina estaba mal. Todo aquello era un error.

A veces, lo que está mal es lo correcto.

CAPÍTULO 51

El Profesor se sentó encima del escritorio del profesor de gimnasia, con las piernas colgando, los dedos crispados, la calva brillante de sudor y las venas marcándosele en las sienes. Dagny, Victor y Brent permanecían de pie frente a él, apartando la cara para evitar la saliva que le salía al hablar. Durante quince minutos, el Profesor les echó en cara sus fallos: todo lo que ignoraban, sus carencias físicas y mentales. Normalmente, Dagny lo habría interrumpido para reconocer de entrada sus defectos y así pasar página, pero en esta ocasión tenía un montaje que llevar a cabo, y empeorarle el mal humor no ayudaría a que saliera bien.

—¡Vivimos en una era de vigilancia constante, geolocalización y pruebas forenses de ADN! ¡Es inconcebible que este tipo siga libre! —gritó con la cadencia rígida de un dictador alemán—. ¡Hasta ahora, vuestro rendimiento es inaceptable! Si no lo atrapamos en una semana, mi credibilidad se irá al traste y todo esto se vendrá abajo. ¡No se trata solo de las vidas que ya se han perdido, sino del futuro mismo de la Oficina! ¡O hacemos historia . . . o pasamos a la historia!

Era mucha hiperbole, pero la reunión con el presidente había subido la presión. Para bien o para mal, el presidente juzgaría su desempeño según cómo se resolviera el caso. Si Brent tenía razón y aspiraba a ser Director, tenía que atrapar al sospechoso . . . y cuanto antes.

Victor fue el primero en aprovechar un resquicio en el aluvión de reproches.

—Todavía están procesando las pruebas del silo. Puede que aún haya esperanza . . .

—La esperanza es cosa de débiles —masculló el Profesor.

Dagny no sabía si era una frase hecha anticuada o si se la acababa de inventar. Miró a Brent. Él negó con la cabeza: *Estás loca si crees que voy a hablar ahora*.

Si no decía algo ya, el Profesor volvería a la carga y perderían lo que quedaba de la reunión.

—Quiero seguir otra pista —dijo.

—¿Qué pista? —gritó.

—Diablo Rico es una de las principales bandas de coyotes de la zona. Ninguno de los muertos parece haber pasado con ellos. Quiero ir a Texas a ver qué puedo averiguar.

—Adelante —dijo, lo que sorprendió a Dagny, que esperaba una pelea—. Llévate a Brent.

No podía llevarlo, claro, porque iba a llevar a Diego. Tocaba mentir otra vez.

—No es necesario. Ya he coordinado un equipo de agentes de varias oficinas de campo de Texas . . .

Brent la interrumpió.

—Estuve un tiempo en Texas, seguro que conozco a varios. Me gustaría ir a echar una mano . . .

—Otra vez, no hace falta —dijo Dagny—. Victor está supervisando la recogida de pruebas físicas. Necesitamos que Brent se encargue de las entrevistas a testigos.

—De acuerdo —dijo el Profesor—. No quiero que muchos del equipo estén fuera. Dagny, no puede llevar más de uno o dos días.

—Entendido —dijo. Podrían ser tres días con el viaje, pero no era momento de discutirlo.

La reunión se alargó otros treinta minutos, tiempo suficiente para que el Profesor siguiera dirigiendo a base de reproches y se desviara a temas ajenos, como el bateador designado, el Código Hays o la teoría de los temperamentos de Jung. Estaba a mitad de una frase sobre Alejandro Magno cuando salió hecho una furia de la habitación.

Permanecieron en silencio.

—No creo que vuelva —dijo Victor.

Brent se giró hacia Dagny.

—¿Por qué no me llevas a Texas? Podría ayudarte . . . tengo buenas conexiones allí.

La adulación parecía la mejor jugada para calmar la situación.

—El núcleo de la investigación sigue en Bilford, y no me gusta dejar al Profesor solo al mando. Te necesito aquí para que no haga ninguna locura.

—Sí, bueno . . . supongo que sí.

—El asunto de Texas es solo poner los puntos sobre las *i* y las *t* en su sitio. Pero probablemente no llevará a ninguna parte.

Asintió despacio.

—Lo entiendo. Solo quería asegurarme de que todo está bien entre nosotros —dijo, señalando de uno a otro.

—Estamos genial, Brent.

—De acuerdo. Recogió sus cosas.

Victor esperó a que Brent se fuera y entonces le preguntó:

—¿Cuál es la verdadera razón por la que no querías que viniera a Texas?

—Voy a llevar a Diego a México para averiguar más sobre Diablo Rico.

—Eso suena muy arriesgado. ¿Y cuál es el plan?

—Él va a hacerse pasar por un mexicano que quiere cruzar a Estados Unidos.

—¿Y tú?

—Estaré escuchando por un auricular desde una furgoneta, tal vez.

—¿Y si algo sale mal? ¿No necesitas un equipo, mejor si es táctico?

—Necesitaríamos la aprobación de las autoridades mexicanas, lo que sería difícil de conseguir y exigiría que el caso saliera a la luz en la Oficina, lo que descartaría la participación de Diego.

—Bueno, no debería estar metido en esto —dijo Victor—. Yo no estoy preparado para hacer lo que le pides, y soy agente especial.

—Nunca lo conseguiríamos como parte oficial de la investigación —dijo ella—. Demasiadas autorizaciones, demasiadas posibilidades de avisar a Diablo Rico. Además, Diego está decidido a hacerlo conmigo o sin mí. Tiene más posibilidades si estoy yo.

—Diego tiene ganas de morir.

—Diego quiere dar un sentido a su vida.

—Esa es la forma heroica de decir que quiere morir —dijo—. ¿Por qué no me dejas ir, al menos? Tres siempre son mejores que dos.

—No, eres demasiado importante para venir. Te necesito aquí.

—Esa es la misma frase que le soltaste a Brent.

—Pero ahora sí que lo digo en serio.

No era un cumplido. La gestión que Victor hacía de la recogida y el análisis de las pruebas físicas era lo mejor con lo que contaban. Había descifrado el código del teléfono que los llevó hasta los cadáveres, y tal vez lograra descifrar el que les condujera al agresor. Dagny cogió su bolso y se lo colgó al hombro.

—Nos vemos pronto, Victor.

—Más te vale, Dagny. Más te vale.

CAPÍTULO 52

El hombre delgado estaba sentado a la mesa de la cocina, con la mirada clavada en la primera hoja en blanco de un bloc. Los dedos de su mano derecha rodeaban un bolígrafo Uniball azul, apretándolo más con cada minuto que pasaba sin escribir. A los cuarenta y ocho minutos, lo soltó y lanzó el bloc al suelo con un manotazo.

El reloj del horno daba las 12:37. Abrió la nevera y sacó un paquete de queso americano Kraft. Bastaría. Rasgó la solapa del envoltorio, retiró tres lonchas del plástico y las metió entre dos rebanadas de pan Wonder Bread Classic White. Durante un instante, se quedó ausente. Costaba concentrarse con el sacerdote católico dando vueltas en su cabeza. El falso sacerdote, más bien. Aquel hombre no era santo: solo otro emigrante mexicano.

Estaba preparando un sándwich para la chica. Se le pasó por la cabeza tostarlo: poco hay más decepcionante que un sándwich de queso frío. Pero ¿qué consideración le debía? Ninguna. No le debía nada. Ella no era más que una parásita, intentando colgarse de su nombre.

Un dolor agudo le taladró la cabeza y cayó al suelo de la cocina. Las convulsiones habían empezado tras descubrir la verdad sobre el chico y empeoraban con el tiempo. Con las palmas de las manos apretadas contra las sienes, se retorció en el suelo, boca arriba. Los ojos se le cerraron y no podía abrirlos. Se mordió la lengua con fuerza y soltó un grito.

El dolor fue retrocediendo poco a poco, hasta desaparecer en los rincones más oscuros de su mente. Se enjugó las lágrimas, se levantó y miró el sándwich de queso frío. La chica sería la voz a través de la cual contaría su historia, si alguna vez encontraba la manera de escribirla. Ella tenía que ver algo bueno en él, aunque él mismo luchara por sentirla.

Sacó la mantequilla de la nevera, echó una cucharada en una sartén y encendió el fuego.

CAPÍTULO 53

Si hubieran estado en una misión oficial del FBI, podrían haber volado directos a Brownsville en uno de los aviones de la Oficina, pero la naturaleza encubierta y no autorizada de su operación les obligó a tomar un vuelo comercial con American Airlines, con escala en Dallas. No llegaron a Brownsville hasta las 11 de la noche, y ya era medianoche pasada cuando registraron su entrada en el Comfort Suites. Diego se retiró a su habitación, Dagny a la suya. Tarde y con el saldo de puntos de Weight Watchers por los suelos, salió al pasillo y cambió dos billetes de un dólar por un paquete de Twinkies de Hostess en la máquina expendedora. Le sentaron como una losa. Así no se podía vivir.

La cama estaba cálida y mullida, y la arrastró al sueño. Soñó que Victor era su hijo y Brent su marido. Estaban en terapia de pareja con la doctora Childs, que trataba de que hablasen de sus problemas de confianza, pero Dagny la ignoraba mientras jugaba al Angry Birds en el móvil. Entonces el Profesor irrumpe en la consulta, se acerca a la estantería y empieza a lanzarles libros, gritando que ya era hora de volver al trabajo. Cuando se queda sin libros, clava la mirada en Dagny, le grita que mentir no es digno de ella y la acusa de traición.

Se despertó a las cinco de la mañana siguiente, hecha polvo. Había pasado demasiado desde su última carrera, así que se calzó las Nike, cogió su iPhone y salió a las calles de Brownsville. Texas no era más que autopistas y vías de servicio, y ella se mantuvo en las segundas, corriendo paralela a la US 77, hacia el sur, en dirección a la frontera. Pasó junto a una tienda de neumáticos de saldo y luego por un Chili's. Las calles laterales estaban desiertas, pero la autopista zumbaba de tráfico. Fue pasando álbumes en el móvil hasta que dio con la banda sonora de *Magnolia*. Aimee Mann la llevó más allá de Dillard's, en el Sunrise Mall, una clínica quiropráctica y un

Whataburger que le trajo recuerdos de sus tiempos en la universidad en Rice, en Houston. Había Whataburger en cada esquina en Texas.

Se sentía bien correr —lanzarse hacia delante, avanzar al ritmo pulsante de la música. Cada pisada era una unidad que podía contarse, sumarse, hasta que las decenas se convertían en cientos y los cientos en miles. A veces corría para pensar en un caso. Esta vez, corría para huir de uno. No había silos, ni móviles, ni furgonetas de prensa, ni pruebas. Solo música, el ritmo de sus pasos y el zumbido suave del tráfico en una cálida mañana de Brownsville. Era glorioso.

Dagny Gray tenía treinta y cinco años y seguía siendo tan rápida como siempre. No era poco. Al menos tenía eso.

A las siete y media, ya estaba de vuelta en el hotel, cambiada y lista para la farsa matinal. A las ocho, una veintena de agentes de campo de distintas oficinas de Texas se reunieron con ella en la sala de conferencias del hotel. Les mostró una presentación en PowerPoint con los hechos básicos del caso y les explicó la posible relevancia de Diablo Rico. Ninguno había oído hablar de la organización, lo que revelaba mucho sobre la eficacia de Diablo Rico . . . y muy poco sobre la competencia de la Oficina. A las once, los envió a dispersarse por el sur de Texas, en busca de información sobre la red de coyotes.

El resto del día lo dedicaron a preparar el del día siguiente. Eso incluía colocarle a Diego el micrófono y transmisor más pequeños del Bureau, probar el dispositivo desde distintas distancias, ensayar el encuentro con él y repasar distintos escenarios y opciones. También implicaba tomar medidas de seguridad.

Dagny sabía que las empresas de seguridad privada que antes patrullaban Irak y Afganistán ahora aceptaban cada vez más contratos en México. Llamó a un exagente que había trabajado con Halliburton, y este le dio los datos de contacto de Vance McGilligan, de Blackspotted Security. Buscó el nombre de la empresa en Google y encontró un artículo del *Washington Post* sobre los beneficios en alza de la compañía gracias a su filial mexicana. El artículo señalaba que los extranjeros no podían portar armas como parte de un equipo de seguridad en México, por lo que la empresa debía asociarse con

ciudadanos mexicanos. Llamó a McGilligan, le explicó la naturaleza de la operación y sondeó su capacidad para apoyar un rescate. Él le dio un presupuesto de 60.000 dólares: dos agentes de Blackspotted, cinco mexicanos armados y un camión blindado. Dagny le dijo que necesitaba unos minutos para valorarlo y que le devolvería la llamada.

Como no era un gasto autorizado por el FBI, tendría que pagarlo de su bolsillo. Eso implicaba vender algunos activos —algo que no tenía tiempo de hacer. Aunque lo tuviera, financiar un operativo paramilitar no autorizado en un país extranjero era algo que podía desencadenar una crisis diplomática si algo salía mal. También podía acabar en la cárcel.

Decidió no financiar personalmente un grupo de asalto ilegal para una incursión contra una organización criminal en un país extranjero y llamó a McGilligan para explicarle su decisión. Él la ayudó a diseñar un plan para una operación en solitario y se ofreció a prestarle un arma y una furgoneta blindada, lo que ella aceptó.

Más tarde, cenó con Diego en Chili's, donde anotó discretamente los puntos de su Ensalada de Pollo Santa Fe en su app de Weight Watchers. Él pidió el Flatbread de Pollo Chipotle, que apenas probó, con la mirada sombría de un hombre condenado a muerte.

—No estás obligado a hacer esto —le recordó ella.

—Te lo juro —dijo él—. No quiero hacerlo. Pero *tengo* que hacerlo.

Después de cenar, volvieron a su habitación y repasaron el plan un rato más. A las diez, le dijo que descansara, y ella regresó a la suya. Al meterse en la cama, cogió el mando y encendió la tele. Analistas en CNN especulaban sobre el secuestro o asesinato de Allison Jenkins. Cuando la mostraron en pantalla, Dagny reconoció a la periodista que había intentado entrar en la finca de Hoover con el sheriff Don. Llamó a Victor, que le confirmó que la investigación ahora incluía la desaparición de Jenkins, aunque no había pruebas que la relacionaran con los asesinatos anteriores. Le dolía estar en Brownsville mientras en Ohio pasaban cosas.

Tras la llamada, apagó la luz y se tapó con las sábanas. La mente le empezó a dar vueltas, no hacia el sueño, sino hacia pesadillas sobre la operación del día siguiente. Que no pudiera imaginarse un final feliz para contrarrestarlas era mala señal.

Encendió la luz y el portátil, en busca de distracción: primero en la columna de consejos Dear Prudence de *Slate*, luego en unos vídeos de Funny Or Die. A medianoche, llamaron a su puerta.

Miró por la mirilla y vio a Diego al otro lado. Abrió.

—Vi la luz bajo tu puerta —dijo él.

—¿No puedes dormir?

—No. ¿Y tú?

—No —dijo ella—. Pasa.

Él se sentó al borde de la cama. —¿Has estado alguna vez en una situación peligrosa?

Ella se rió.

—Ya sé. Pregunta tonta. —La miró con ojos inquisitivos—. ¿Cómo fue?

Se sentó a su lado. —¿A cuál te refieres? ¿Cuando un asesino en serie me secuestró? ¿O cuando la mafia me disparó? Una vez me apuñalaron en un arresto que salió mal. Otra, me quedé atrapada en una casa en llamas.

Él se rió. —Vale, ya lo pillo. Estás hecha a esto.

—No —dijo ella—. Nunca te acostumbras. Pero si lo haces muchas veces, descubres que eres más fuerte de lo que pensabas. Una vez, incluso escalaba un silo de hormigón cuando explotó, y de milagro sobreviví. Y tú también.

Diego sonrió. —Parece que fue hace una eternidad. —Su voz temblaba, algo que ella nunca le había oído—. Entonces, ¿cuál es el truco? ¿Cómo haces para no asustarte?

—¿En serio?

—Sí.

—No le doy mucho valor a mi vida, así que no le temo a la muerte —dijo Dagny—. No tengo vínculos importantes con nadie, así que tampoco me preocupa cómo lo llevarían. Y solo me siento alguien cuando resuelvo un caso, así que mi cabeza siempre está puesta en eso.

—Entonces, ¿la respuesta es autodesprecio y soledad?

Ella asintió.

—Pues de eso no me falta —dijo él.

Algo lo había roto por dentro. —¿Qué te pasó? —le preguntó.

—La vida —dijo, con un ademán vago.

Guardaron silencio un instante. —Cuéntame.

Él alzó la cabeza y la miró fijamente. Lo normal en ella era evitar ese tipo de miradas, pero esta vez le sostuvo la vista. Iba a tener lugar una conversación de verdad, justo el tipo que solía hacer que Dagny huyera.

—Crecí a unas dos horas al norte de aquí, en Corpus Christi —comenzó—. Mi padre era electricista. Mi madre era ama de casa y luego trabajó de camarera. Ambos eran maravillosos, pero nunca llegué a entenderlos, y ellos tampoco me entendieron del todo. Algunos niños parecen tener una especie de telepatía con sus padres. Nosotros teníamos problemas para expresarnos con palabras.

»Mis padres eran muy religiosos —continuó—. Así que pasé gran parte de mi vida en la iglesia. Tenía un fuerte sentido de comunidad. Hoy la ciudad es mayoritariamente hispana, pero entonces era más o menos a partes iguales. Fuera de la iglesia, Corpus Christi se dividía. Pero dentro, todos éramos católicos. Había algo especial en eso.

»Cuando mi madre empezó a trabajar, empecé a ir a la iglesia después del colegio. Con el tiempo, me pidieron que fuera monaguillo. Llevaba las velas y tocaba la campanilla del altar durante la misa. Me sentía como una estrella de rock. Cada día iba al lugar más importante de la ciudad y formaba parte de lo más sagrado que ocurría allí.

»Uno de los sacerdotes, el padre Tisch, me dijo que era especial. Que quería ser mi mentor. Tenía once años. Que un hombre como él viera algo en mí . . . no te imaginas lo mucho que lo necesitaba. En el colegio nunca encajé. Me acosaban. No tenía amigos. En casa, mis padres me cuidaban, me trataban sin maldad, pero nunca me mostraron cariño. Nadie me había dicho antes que

valía algo. Y ahora, este hombre al que admiraba quería pasar tiempo solo conmigo.

»Ya te imaginas lo que pasó.

Dagny asintió.

—A los quince, me fugué a Houston. Viví en la calle. Hice de todo por sobrevivir, cosas que aún intento olvidar. Estuve en una pandilla un tiempo, aunque no fue tan emocionante como suena. Principalmente, me plantaba en la esquina y gritaba si veía a un policía.

—¿El tatuaje de escorpión en la espalda?

Él sonrió. —Sí, me lo tatué entonces.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Houston?

—Seis meses. Un día me vi en medio de un tiroteo con una pandilla rival. Salí corriendo por un callejón, crucé dos calles y me subí de un salto a un autobús que me llevó de vuelta a Corpus Christi.

—¿De vuelta con tus padres? —preguntó Dagny.

Él asintió. —Estaban tan aliviados de verme que ni siquiera pensaron en enfadarse.

—¿Sabían que te habían abusado?

—No. No podía hacerles ese daño.

—¿Qué daño exactamente?

—Destruirles su Dios. —Hizo una pausa—. Ellos necesitaban la iglesia. Y yo también, la verdad.

—¿Volviste a la iglesia? —Le parecía impensable.

—Sí. Saqué el título de secundaria, me presenté al Seminario San Carlos de El Paso y me aceptaron.

—¿Y el padre Tisch?

—Hicimos como si no hubiera pasado nada. Él mismo me recomendó para el seminario.

—El seminario, ¿cuánto tiempo dura?

—Ocho años. Terminé a los veinticinco y fui ordenado diácono. Seis meses después, me ordenaron sacerdote. Pedí que me destinaran de vuelta a Corpus Christi y me lo concedieron. Durante un año cumplí con todo lo que debía hacer un sacerdote, pero todo ese tiempo estuve esperando.

—¿Esperando qué?

—Valor y oportunidad. Y entonces me confiaron la misa de Pascua. Cuando llegó el momento de la homilía, dije lo que llevaba nueve años y medio preparando.

—¿Qué dijiste?

—Después de leer las Escrituras, miré a la congregación abarrotada. Estaba nervioso, tardé en empezar, y notaba cómo empezaban a inquietarse. Carraspeé y les dije con claridad que nuestra iglesia se había corrompido, que había una podredumbre que había que purgar. Les conté que el padre Tisch me había abusado cinco veces por semana en su despacho. Dije que sospechaba que no era el único niño que había sufrido abusos en la iglesia, y pedí a los demás que habían pasado por lo mismo que se acercaran a mí.

No era difícil imaginar la voz de Diego retumbando en una catedral abarrotada mientras decía aquello. Pero no lograba imaginar la reacción que tuvo. —¿Cómo fue?

—Me pusieron el mote de quien arruinó la Pascua. Pero doce chicos vinieron a hablarme la semana siguiente. En los dos años siguientes, monté una organización en Texas para ayudar a chicos en situaciones similares. Denunciamos a treinta y ocho sacerdotes y los destituyeron.

—Eso es genial.

—Me granjeó un traslado a Dayton, Ohio.

—Te castigaron por tus problemas.

—Me dijeron que en Ohio había una población hispana en aumento y que allí necesitaban mis habilidades. Y sí, supongo que fue un castigo.

Era una historia extraordinaria y triste. —El discurso que diste en Pascua… ¿Fue esa la razón por la que regresaste a la Iglesia y entraste en el sacerdocio? ¿Lo hiciste solo para poder pronunciarlo?

—Fue parte de la razón, pero no toda. La Iglesia puede ser una institución maravillosa, que ofrece comunidad y apoyo, pero se había corrompido en lo más profundo. La única forma de arreglarla, pensé, era desde dentro. Ojalá hubiera habido alguien en la Iglesia

dispuesto a ayudarme cuando era víctima de abusos. Pensé que tal vez yo podría estar ahí para el próximo niño.

El sacrificio parecía inmenso. —Dejaste atrás muchas cosas al regresar a la Iglesia.

—No realmente. Estaba en una mala racha. Metido con malas compañías, solo en una ciudad enorme. Sin un céntimo, sin techo. Al regresar a la Iglesia, no dejaba atrás más que miseria.

—Y a una oportunidad de amor.

Diego negó con la cabeza. —Ni siquiera habría sabido cómo hacerlo bien.

—No creo que eso sea verdad.

Se sonrojó. —No fui a Bilford por vocación de ayudar a la comunidad inmigrante. Fui porque huía de algo.

—¿Qué cosa?

Suspiró. —Se llamaba Katrina.

—¿Como el huracán?

Se rio. —Podría haberlo sido.

—¿La querías?

—Sí.

—Eso es un problema para un sacerdote.

—Mucho más grave si es una monja.

—¿Katrina era monja?

—Era novicia entonces. —Dagny no entendía el término, pero él lo aclaró antes de que pudiera preguntar—: una religiosa en formación. Dejó el convento cuando nos enamoramos.

—¿Quería que abandonaras la Iglesia?

—Lo habría hecho al momento, con tal de estar con ella. Pero ella no quería que renunciara a la Iglesia. Para ella, era demasiado importante. Y por eso tuve que dejarla.

—No entiendo.

—Me di cuenta de que la Iglesia le daba una alegría y un sentido que yo no podía ofrecerle. Así que corté con ella y me fui a Bilford. Les dije a los dirigentes que iba para ayudar a la comunidad, pero fue una salida precipitada. Rompí muchos compromisos. La congregación se enfadó. Pero mi esperanza era que Katrina regresara al convento, y que todo hubiera valido la pena.

—¿Regresó?

—Sí.

—Pero la amabas, ¿no?

—Sí.

—¿Y todavía la quieres?

Tras una pausa, asintió. —Sí.

Era un sacrificio enorme para un hombre que no tenía fe del todo, pensó Dagny. —Es una historia triste, Diego.

—Soy un hombre triste.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Mañana, pondría su vida en sus manos. Hoy, le entregaba la historia de su vida. Cuando alguien revela secretos así, lo justo es devolverle una confesión.

—En el instituto empecé a tener problemas con la comida —dijo Dagny—. No, eso es decirlo como una cobarde. Me hice anoréxica. Es una palabra que me cuesta pronunciar. *Anorexia*. Tanto me cuesta que ni siquiera la pienso. Así de rota estoy. En el instituto, empecé a pasarme hambre. Empeoró en la universidad, y tuve que ingresar en un centro de tratamiento. Otra vez: forma cobarde de decirlo. Ingresé en un hospital psiquiátrico. Mejoré, y creí que ya había acabado con eso. Pero volvió en la facultad de Derecho. Mejoré, y luego tuve una recaída en Nueva York, cuando trabajaba como abogada. Otras dos recaídas más en el FBI. Ahora tengo treinta y cinco años, y entiendo que esto es lo que siempre seré. No hay cura. No lo superaré. Lo único que puedo hacer es hacer frente a esto.

Se inclinó hacia ella y le tocó el brazo. Hay gente que sabe tocar a otra persona de forma que transmita consuelo. Dagny no sabía hacerlo, pero él sí.

—No me había dado cuenta —dijo él—. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy en terapia, contra mi voluntad. Es una condición para mantener mi empleo. Lo odio.

—¿Por qué?

—Porque sé que no puedo arreglarme, así que solo me recuerda lo rota que estoy. —Estaba siendo más sincera emocionalmente de lo que nunca había sido.

—Pero ahora comes, ¿no? Quiero decir, te he visto . . .

—Me he entrenado para ver la comida como combustible. Pero no sé cuándo estoy saciada, así que recurro, por absurdo que parezca, a Weight Watchers. Me indica cuántos puntos necesito al día para mantener el peso, y llevo la cuenta para no quedarme corta.

—¿Y funciona?

—Más o menos. Al final del día como mucha comida basura solo para cumplir con el mínimo.

Le retiró la mano del brazo. Probablemente ni lo notó, pero Dagny sí. —¿Y cómo te sientes cuando comes? —preguntó.

—Si lo pienso, siento sobre todo vergüenza y asco. Por eso hago todo lo posible por no pensar en ello. Cuando me veas comiendo una hamburguesa, será porque mi mente está intentando convencerse de que está en un surtidor de gasolina.

—¿Llegas a ser feliz? —Era el tipo de pregunta que a la mayoría de la gente ni se le habría ocurrido hacer.

—A veces —dijo ella—. Cuando corro, de vez en cuando siento alegría. También cuando navego. Y siempre que resolvemos un caso.

—¿Y el resto del tiempo?

—El resto del tiempo intento hacer como si no estuviera triste. —Le confesaba a un sacerdote al que apenas conocía cosas que ni en terapia ni a su amiga más íntima se atrevería a decir—. Estoy en esa edad en la que, si quieres tener hijos, el tiempo se te echa encima. Y más si no tienes pareja en el horizonte. Ni siquiera sé si quiero tenerlos, Diego. Supongo que lo que más me entristece es no saber lo que quiero, porque a estas alturas ya debería tenerlo claro. Los hombres tienen ventaja: pueden tener hijos a los cincuenta sin tener que enfrentarse a estadísticas sobre riesgos de malformaciones. A mis treinta y cinco años, sigo tan perdida como siempre. Lo único que entiendo es mi trabajo, y no basta para hacerme feliz. —Al oírse, se dio cuenta de lo ridículo que sonaba todo aquello frente a su historia y se echó a reír—. Me da vergüenza, Diego. Tú viviste dificultades reales, y yo aquí quejándome de no haber superado mis angustias de adolescente.

Él tomó su mano y la envolvió con las suyas. —Escucha, he oído suficientes confesiones para saber que todos cargamos con nuestro

propio dolor, y que ninguno es más importante que otro. —Soltó su mano—. Todos estamos perdidos, buscando un sentido. Por eso el mañana es tan importante para mí. Cuando fui a Bilford, dije que iría a ayudar a la gente. No cumplí con lo que prometí, y ahora tengo que reparar el daño. Tengo que poner las cosas en orden.

Se levantó y se dirigió a la puerta. —Será mejor que intentemos dormir —dijo.

Diego tal vez dudara de su fe, pensó ella, pero era sin duda el hombre más sacerdotal que había conocido. Le abrió la puerta. Él se giró hacia ella y la miró. La intensidad de su mirada casi la obliga a retroceder, pero le sostuvo la mirada.

—Me siento mucho mejor, Dagny. Gracias —dijo. Posó la mano en su nuca y la atrajo despacio hacia sí.

El beso fue suave, profundo y prolongado. Al soltarla, ella estudió su rostro, buscando una explicación a lo que acababa de ocurrir.

Se encogió de hombros. —No lo sé —dijo—. Me pareció lo correcto. Buenas noches.

Dagny cerró la puerta tras él, apagó la luz y se acostó dándole vueltas a lo que había pasado.

CAPÍTULO 54

El Río Grande dibujaba meandros tan pronunciados que había zonas de México justo al norte de territorios texanos. Solo el trazado caprichoso del río decidía dónde se pagaban impuestos, bajo qué leyes se vivía y qué destino tenían las personas. La tierra era idéntica, el clima igual, pero todo lo demás cambiaba por completo.

En Brownsville, por ejemplo, las carreteras tenían carriles marcados, los coches se mantenían en ellos y los conductores usaban el intermitente para cambiar de carril. En Matamoros, México, las líneas se habían borrado y nadie intentaba seguirlas. Los conductores se abrían paso donde querían, como si el orden no existiera. Y aunque había muchas razones para aquello, pensó Dagny, la principal era que el Río Grande discurría de un modo determinado.

Ella se abrió paso como si fuera una más, y Diego hacía muecas y chillaba con cada sacudida y chirrido. El GPS iba guiándolos hasta el Mini Super El Rey, una pequeña tienda de alimentación de color amarillo chillón que anunciaba Corona Extra y Tecate Light. Dagny dobló la esquina, entró en un solar con césped rodeado de muros de ladrillo tras la tienda y aparcó junto a la furgoneta blanca sin marcas que McGilligan les había dejado. Diego saltó del coche y cerró la puerta metálica. Dagny palpó bajo el guardabarros trasero derecho de la furgoneta y encontró una cajita imantada. Sacó la llave y la usó para abrir las puertas traseras. Diego abrió el maletero del Chevy Impala de alquiler, sacó una bolsa de deporte grande y la lanzó a la parte trasera del vehículo de McGilligan. Subieron a la furgoneta, cerraron las puertas y encendieron la luz del techo.

Había un maletín negro de carcasa dura en el suelo, cerrado con combinación. Lo abrió tras ajustarla a 7-8-3, sacó un monitor y lo colocó en el asiento del copiloto, un reloj que le dio a Diego, y una Glock 23 con funda de hombro que se colocó.

—Es una pistola grande —dijo él.

—Me gustan las armas grandes —dijo ella—. Y no puedo negarlo.

Cuando él sonrió por el comentario, pensó que tal vez fuera la única sonrisa del día.

Diego abrió la bolsa de deporte, sacó ropa más andrajosa —una vestimenta raída y manchada que bien podría traer de una travesía por México hasta la frontera— y se cambió. Ella volvió a ver el tatuaje de escorpión en su espalda e intentó imaginar cómo habría sido a los quince años el hombre que tenía delante.

Le colocó el micrófono oculto y le dio 2215 dólares en billetes de distintos valores, todos arrugados. Era probable —quizás seguro — que Diablo Rico le quitara ese dinero al enviarlo a buscar más. Si fuera dinero de la Oficina, no habría sido un problema, pero era suyo, así que le dolía. Con un sueldo público, 2215 dólares era mucho. Aunque, si al final solo perdían el dinero, saldrían bien parados.

Diego cerró los ojos y respiró hondo.

—Bien. Vamos a hacerlo.

Abrió las puertas traseras, saltó al suelo y cerró la puerta corredera. Ella dio marcha atrás para salir del solar, y él volvió a subir a la furgoneta. McGilligan había programado el GPS con la ruta recomendada, y ella la siguió.

El plan era aparcar en un solar abandonado y vallado al otro lado de la ciudad. La mayoría de los solares en Matamoros estaban vallados, al parecer. Diego dejaría la furgoneta y seguiría un itinerario prefijado hasta llegar a un bar llamado El Gallo Rojo. Al entrar, hablaría con el camarero, conocido por mandar clientes a Diablo Rico.

Condujeron en silencio, cargados con las revelaciones de la noche anterior y el beso confuso que vino después. Una misión ideada por conocidos ahora la llevaban a cabo amigos cercanos, o tal vez algo más. Ella quería que él saliera de la misión, pero no

podía pedírselo. Tenía que ser él quien lo decidiera, y sabía que no lo haría.

Una vez aparcados, Dagny sacó un bastón de la bolsa de deporte y se lo dio a Diego.

—Cojea del pie derecho —dijo, recordándole dónde fingiría la cojera. Él asintió—. Seguiré tu posición en el monitor. Muévela de vez en cuando para que la señal no se corte. El reloj, que McGilligan les había dado, llevaba un transmisor GPS oculto. Recuerda, no hablo español desde el instituto, así que no entenderé casi nada de lo que digas. Lo grabaré para descifrarlo después, pero eso no te servirá si te metes en un apuro. Si me necesitas, la palabra clave es . . .

—Cincinnati.

—No una, sino varias veces, por si hay fallos de transmisión. El micrófono está en la hebilla del cinturón, así que no la tapes.

—De acuerdo.

Diego sacó una mochila gastada de la bolsa de deporte, se la colgó al hombro y abrió la puerta trasera de la furgoneta. Ella lo agarró del brazo y lo atrajo en un abrazo.

—Estarás bien —dijo, alegrándose de que el abrazo le hubiera ocultado las lágrimas.

CAPÍTULO 55

Mientras Diego se alejaba cojeando de la furgoneta, se sentía como un astronauta a la deriva, separándose de la estación espacial. —¿En qué me he metido? —murmuró, y al recordar que Dagny podía oírlo, añadió rápidamente—: Es broma, es broma, solo bromeo.

Pero no lo era. Estaba asustado.

A pesar de sus raíces mexicanas, era la primera vez que pisaba México. No tenía excusa. Cuando vivía en Corpus Christi, habría sido sencillo hacer una escapada de un día hasta la frontera. Pero nunca lo hizo, ni siquiera cuando otros de la iglesia le pidieron que los acompañara en sus salidas. No sabía por qué siempre se negaba. Tal vez le daba miedo México. No el crimen, ni el peligro, ni nada parecido a Diablo Rico. Le daba miedo, quizá, el conocimiento: el de las condiciones reales, el de la arbitrariedad del destino, el de cuánta suerte había tenido, por muy difícil que le hubiera resultado su vida.

Respiró hondo y siguió adelante, recorriendo el itinerario que se había marcado, pasando junto a casas y negocios en ruinas que ya había visto en Google Street View esa misma mañana. Un pequeño edificio rosa de una planta, con tejado plano, tenía un cartel de vinilo fijado en la fachada con clavos: **Iglesia Cristo Evangelica Biblical Del Esp. Santo**. Era una iglesia, tan sagrada como las grandes catedrales que conocía, e incluso más. Un aire acondicionado de ventana sobresalía de la fachada; como todo lo que tenía valor en Matamoros, iba protegido con una reja de hierro para evitar que lo robaran.

Una madre caminaba con su hijo pequeño por la acera en dirección a Diego. Llevaba dos bolsas de lona llenas de la compra, y el niño iba sin que lo sujetara. Debía de tener unos seis años, con un mechón de pelo que le tapaba los ojos. En la mano sostenía una pequeña pelota de goma que lanzaba al suelo y recogía con un ritmo

marcado. Cuando pasaron junto a él, la pelota dio en una grieta y salió despedida a la calzada, justo cuando una furgoneta de reparto giraba en la bocacalle. Diego soltó el bastón y agarró al niño del brazo, impidiendo que saliera corriendo. La furgoneta frenó en seco, y Diego soltó al crío. El niño recogió la pelota y siguió caminando con su madre. Ninguno de los dos dijo nada. Diego recogió el bastón y siguió cojeando hacia adelante.

—Un niño ha salido corriendo a la calle y una furgoneta ha frenado en seco —dijo, por si Dagny estaba escuchando—. Todos están bien.

—Ojalá pudiera responderme.

El Gallo Rojo tenía un gallo de madera pintada, de metro y medio de altura, en el tejado plano. Le faltaba la cabeza, y Diego se preguntó cuánto tiempo llevaría así. Respiró hondo y abrió la puerta metálica abollada.

Dentro estaba a oscuras, tanto que Diego tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran para distinguir algo. Cuando por fin pudo ver, el local era más grande de lo que esperaba. Había una docena de mesas plegables, cada una con cuatro o seis sillas, y casi todas estaban ocupadas por hombres de aire duro que dejaron de hablar y lo miraron. Les devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, sin sonreír, mientras cojeaba hacia la barra.

El cantinero lo miró de arriba abajo y dijo con voz áspera:

—No te conozco.

—Déjame invitarte a tomar algo y ya me conocerás. Ponme una Mahou.

Era una cerveza española popular que no pensaba beber.

—Veinte pesos.

Diego metió la mano en el bolsillo y deslizó un billete mexicano sobre la barra. El cantinero cogió el dinero, sacó una botella de la nevera y le quitó el tapón.

—¿Qué buscas aquí?

Diego miró a los clientes del bar, que ya habían vuelto a sus conversaciones, y luego susurró:

—He oído que puedes ayudar a establecer contactos.

—¿Y eso qué es lo que has oído?

—Sí —respondió en voz baja.

El cantinero apoyó las dos palmas en la barra y se inclinó hacia delante.

—¿A quién estás buscando?

—Quiero cruzar al norte y necesito al mejor guía que haya. Solo quiero hacerlo una vez.

El cantinero lo escrutó de arriba abajo.

—No pareces capaz de pagarlo.

—He estado ahorrando para esto —dijo Diego—. He oído que hay un grupo que se llama Diablo Rico.

El cantinero soltó una carcajada, y varias miradas se volvieron hacia ellos.

—Ahora sí que sé que no puedes pagarlo.

Diego esperó a que los clientes apartaran la vista, sacó un billete de cien dólares del bolsillo y se lo metió discretamente en la mano al cantinero.

—Quizás subestimas lo que significa este viaje para mí.

El cantinero echó un vistazo al billete estadounidense y asintió.

—Vale, vas en serio. Dame otro igual y te ayudaré.

Sabía que tenía que fingir la protesta nerviosa justa para parecer creíble.

—¿Otro? Esto debería ser más que suficiente.

—El primero ya me ha llamado la atención. Ahora, ¿quieres la reunión o no?

Diego volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó otros cien dólares. Abrió la palma para que el cantinero lo viera, luego cerró los

dedos en torno al billete.

—Te lo daré cuando me consigas la reunión.

El cantinero sonrió, se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido. Dos hombres fornidos se levantaron de una mesa y se acercaron.

—Llevad a este tío con los jefes —dijo, arrebatándole el billete a Diego.

Ambos eran más altos que Diego, y también más anchos y fuertes. Uno de ellos le agarró el brazo y lo empujó hacia la puerta. Esto, lo supo en ese instante, era el punto de no retorno.

En cuanto salieron del bar, el segundo hombre perdió la paciencia con su cojera y le agarró el otro brazo para obligarlo a ir más rápido. Los dos lo hicieron trotar por un laberinto de callejones traseros. Si pretendían despistarlo, lo estaban consiguiendo.

Se detuvieron frente a un edificio estrecho y alargado, de bloques de hormigón sin pintar. No tenía ventanas ni señales en las paredes, solo una puerta de acero y una pequeña caja metálica colgada a la derecha. Uno de los matones pulsó un botón de la caja y dijo la palabra *calico*. La puerta zumbó, y el otro empujó para abrirla.

Un tercer matón lo registró al otro lado de la puerta. No detectaron el micrófono que llevaba en la hebilla del cinturón. Diego respiró aliviado.

Lo empujaron por un pasillo largo y estrecho que zigzagueaba sinuosamente. A ambos lados, habitaciones repletas de literas y matones, todos con armas repartidas por el cuerpo: cinturones tácticos, fundas en los muslos, navajas en las botas. Al pasar, muchos estiraban el cuello para observarlo. Estaba en una fortaleza de hormigón, armada hasta los dientes. Si gritaba "Cincinnati", Dagny no podría hacer nada. "Hay mucha gente aquí", murmuró.

Al fondo del pasillo, una puerta roja. El primer matón llamó con los nudillos y la abrió de un empujón. Tras un escritorio metálico, un hombre menudo rebuscaba entre montones de papeles. Bigote negro, un cigarrillo colgando de los labios. Tardó más de un minuto

en levantar la vista. Cuando lo hizo, asintió hacia la silla que tenía enfrente. Otro matón empujó a Diego hasta sentarlo.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y clavó los ojos en Diego. —¿Es esta una especie de broma?

Un matón cerró la puerta con llave. Los dos se colocaron tras Diego, con los brazos cruzados.

El inicio no podía ser peor.

—¿Disculpe?

—¿Es esto alguna broma? —repitió—. ¿Y encima estás lisiado?

—Me las apaño para andar —dijo Diego, desconcertado—. Pero no puedo cruzar el desierto así. Escuché que podían ayudarme a llegar.

El hombre lo escudriñó.

—¿Cuánto hace? ¿Un mes? Hicimos nuestro trabajo. Te metimos en los Estados Unidos sin problemas. Lo que pase después no es cosa nuestra.

—Hay un error —dijo Diego—. Nunca he estado aquí. Me está confundiendo con otro.

El hombre lo examinó un instante más, luego cogió el cigarrillo entre los dedos.

—Perdone. Me he equivocado. Dígame qué quiere.

—Tengo familia en Ohio. ¿Ha estado al tanto? Ahora es peligroso para ellos, y necesito estar allí, con ellos.

—¿Quiere ir a Ohio?

—Sí.

El hombre lo miró con más atención.

—También fue a Ohio.

—¿Quién?

—¿Por qué quiere ir a un sitio donde matan a gente como usted?

—Porque tengo familia allí. Me necesitan.

—Entonces deberían mudarse, ¿no cree?

—Puedo pagarle por un viaje seguro. ¿Puede garantizar que estaremos a salvo en Ohio?

—¿Solo para usted?

—Y para mi familia.

El hombre esbozó una sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Paco.

—Paco, ¿es un hombre adinerado?

—Tengo algo.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

—Enséñemelo.

Diego metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de billetes. Lo alzó para que el hombre lo viera.

—Muy bien, Paco.

El hombre hizo un gesto a uno de los matones, que se acercó y le arrebató el dinero de la mano.

—¿Eso significa que me llevarán?

El hombre se recostó en la silla, tomó el cigarrillo y aspiró una bocanada.

—Seis mil dólares. Considérelo su depósito.

—¿Seis? —Diego intentó controlar el tono: indignación creíble, pero contenida—. ¿Seis mil?

—Ese es el precio, Paco. Si ha conseguido dos, podrá conseguir otros cuatro, ¿no?

Podría salir vivo del edificio, pero no había ido allí a pasar un trámite: quería información.

—¿Qué obtengo por seis?

—Llegará a salvo a Ohio.

—¿Y cuando llegue? ¿Mi familia estará protegida?

—No puedo garantizar nada.

Diego se recostó en la silla y lo observó.

—He oído que las personas que han llevado a los Estados Unidos sobrevivieron a la masacre. Pensé que tal vez tenían alguna conexión que protegía a sus clientes.

El hombre sonrió.

—¿Y se lo creyó?

—Esperaba que lo fuera.

El hombre entrecerró los ojos.

—No creo que pueda ayudarle, Paco. Mis hombres ya pueden acompañarlo a la salida.

Guardó el dinero en un cajón. Uno de los matones lo levantó de la silla.

Sabía que tenía que quedarse si quería más información.

—Puedo conseguirle diez mil dólares, si puede garantizar protección. Si puede mantener a mi familia a salvo.

El hombre señaló la silla otra vez. El matón lo empujó hacia abajo.

—No puede conseguir diez mil dólares.

—Tardaré unos días —dijo Diego, fingiendo desesperación—, pero si puede garantizar seguridad, los conseguiré.

—Le diré una cosa, Paco. Si nos trae cincuenta mil dólares, garantizo su seguridad.

—Es demasiado —Diego fingió desolación—. No puedo reunir esa cantidad.

—Su familia quiere estar a salvo. Estoy seguro de que sus amigos también. Si reúnen cincuenta mil, garantizo su seguridad.

—¿Cómo?

—Matando al responsable de la masacre. Lo dijo con la cadencia de quien está habituado a dar órdenes así.

—¿De verdad puedes hacer eso?

—Claro que sí.

—¿Y quién es? —Desde la mañana de su sermón sobre cabras y ovejas, Diego no paraba de buscar a alguien que pudiera responder

esa pregunta.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Creo que puedo reunir cincuenta mil de la comunidad de Ohio —dijo Diego—. Mucha gente dará algo, y unos cuantos, mucho, con tal de acabar con este monstruo. Pero si quiero que la gente me envíe el dinero, tengo que convencerlos de que esto dará resultado. —Esperaba que pareciera creíble.

El hombre se quedó callado un instante. —El que está matando gente en Ohio solía encontrar trabajo a nuestros clientes. Ya no trabaja para nosotros, pero tiene suficiente sentido común como para no meterse con nosotros. Por eso nadie de nuestros clientes ha sufrido daño.

—¿Sabes dónde vive?

—Claro.

Diego decidió insistir. —¿Puedes decírmelo?

—Paco, estás buscando seguridad, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces harías bien en dejar de hacer preguntas.

—¿Puedes decirme cómo es? Para que mi familia pueda mantenerse al margen. ¿Es mexicano?

—No me hagas perder la paciencia.

Diego no podía rendirse; necesitaban más información. —¿Acaso mis dos mil dólares no valen ni siquiera eso?

El hombre metió la mano en el cajón de abajo del escritorio. Diego esperaba que fuera a por su dinero, pero en vez de eso sacó una pistola. La amartilló y lo encañonó. Si Dagny pudiera rescatarlo, ahora sería cuando gritaría "Cincinnati".

—Uso esta pistola para deshacerme de problemas, Paco. No seas un problema. Vuelve dentro de una semana con cincuenta mil dólares. No me decepciones. —Les hizo una seña a los matones, que lo levantaron de la silla. Uno de ellos desbloqueó la puerta.

Diego miró atrás, hacia el hombre. Él volvió a aspirar del cigarrillo y soltó una bocanada de humo. —Diles que tengan cuidado con un hombre delgado. —Soltó una risotada mientras los matones arrastraban a Diego fuera de la oficina.

CAPÍTULO 56

Su español de instituto le servía para seguir frases pronunciadas con claridad y lentitud, pero casi todo lo que oía Dagny llegaba tan rápido que era como si hablasen en otro idioma. Sabía que habían mencionado dólares una y otra vez. Y luego, al final, la palabra *pistola* —clara, nítida—, y ella sabía que significaba *gun*. El corazón ya se le había acelerado, y tras aquella palabra le dio un vuelco que no cesó hasta que, un par de minutos después, oyó la voz de Diego en el auricular.

—Ya salí de allí, Dagny. Todo está bien.

Mirando la pantalla del GPS, Dagny anotó las coordenadas de la sede de Diablo Rico y siguió el avance del marcador de Diego por el mapa. Tardó veintidós minutos en regresar al solar donde ella estaba aparcada, aunque le parecieron horas. Subió a la parte trasera de la furgoneta y abrió las puertas de par en par mientras Diego abría la verja.

Él saltó a la parte trasera de la furgoneta y le sonrió.

—Por fin se ha acabado —dijo, abrazándola.

Detrás de él, una furgoneta blanca se detuvo frente a la verja abierta, impidiendo la salida. Cuatro hombres de complexión fuerte estaban de pie en la caja.

—Te han seguido —dijo Dagny.

Los hombres de la caja de la furgoneta sacaron las armas. Ella empujó a Diego hacia abajo y cerró de un tirón la puerta trasera de la furgoneta justo cuando empezaron a disparar.

—¡No lo sabía! —gritó él por encima del estruendo de los disparos.

Dagny se sentó al volante.

—¡Agárrate! —le gritó, arrancó la furgoneta y metió la marcha atrás —. Vamos a chocar.

Con la vista clavada en la pantalla del retrovisor trasero del salpicadero, pisó a fondo el acelerador y lanzó la furgoneta directa hacia la otra.

—Oh, por favor, Dios mío —murmuró Diego, agachado en el suelo.

Chocó de frente con la furgoneta, la hizo girar noventa grados y tiró a los hombres al suelo. Giró el volante, metió la marcha y aceleró a fondo.

Mirando por el espejo lateral, Dagny vio que retrocedían hacia un acceso y daban la vuelta para perseguirlos. Pulsó el botón de la ventanilla, sacó la pistola de la funda y frenó de golpe. Se asomó por la ventanilla y disparó a las ruedas. Un tiro alcanzó la rueda delantera izquierda, y la furgoneta se desvió hacia una valla de hierro al borde de la carretera.

Dagny pisó el acelerador, giró hacia una carretera de seis carriles y se coló entre los coches, obligándolos a apartarse. Diego tomó asiento en el lado del copiloto.

—Me estás asustando —dijo.

—Prefiero sortear el tráfico que las balas.

Vio una patrulla de la policía de Matamoros delante y enfiló una calle residencial, colándose entre los coches aparcados a ambos lados. Al llegar al final de la manzana, vio en el retrovisor cómo la furgoneta blanca entraba en la calle.

—Nada es fácil.

Giró a la izquierda en una intersección, luego a la derecha en la siguiente, y aceleró por una estrecha calle que discurría entre los muros de hormigón gris de dos fábricas abandonadas.

—Lo siento, Dagny. De verdad creía que me había convencido.

Pasaron por delante de un callejón a la izquierda. Ella frenó de golpe, metió la marcha atrás y metió la furgoneta en el callejón.

—¿Qué hacemos? —preguntó él.

—Ahora atacamos nosotros. Oyó el chirrido de los neumáticos. Con edificios a ambos lados del callejón, no veía quién se acercaba, pero supuso que era Diablo Rico en la furgoneta blanca. Metió la marcha, pisó a fondo el acelerador y lanzó la furgoneta hacia la calle. Calculó a la perfección el momento: la furgoneta cruzaba justo delante, y la embestida la lanzó contra el muro de hormigón del otro lado. Dagny retrocedió, enderezó la furgoneta y salió a toda velocidad. Al doblar la esquina, vio cómo la furgoneta inmóvil quedaba atrás.

Miró a Diego, que temblaba. Era una reacción comprensible tras todo lo ocurrido.

Tomaron la ruta más enrevesada posible de vuelta al solar donde habían dejado el coche de alquiler, y solo cuando estuvo segura de que habían despistado a sus perseguidores le dejó abrir la verja. Tras entrar y cerrar tras de sí, él se puso la ropa de siempre. Limpiaron el interior de la furgoneta. No podían hacer nada con el exterior: faros destrozados, capó abollado, parachoques trasero roto, puertas llenas de golpes. Unas cincuenta abolladuras, algunas con balas aún alojadas. Dagny dejó una nota en el asiento del conductor:

> Siento el destrozo; a ellos les fue peor.
> Intentaré arreglártelo.

No tenía ni idea de cómo arreglárselo a McGilligan.

Se montaron en el coche de alquiler y salieron del solar. Mientras conducían hacia Brownsville, ella escrutaba las calles, por si veía rastro de Diablo Rico.

—Sigues nerviosa —dijo Diego.

—Es más fácil eliminarse un tatuaje que quitarse de encima a estos tipos —dijo ella. Habían estado en México menos de ocho horas, pero parecía un mes.

La cola en la frontera parecía que iba a durar otro mes. Metió el Impala en la cola, estiraba el cuello para ver el principio. Había al

menos cincuenta coches delante. Encendió la radio y sintonizó emisoras hasta que encontró un informativo de NPR.

Bilford seguía siendo la primera noticia, aunque ya no trataba de unos ochenta chavales mexicanos, sino de la desaparición de Allison Jenkins, la guapa presentadora en ascenso de Dayton, Ohio.

—Por fin tienen una chica blanca de la que hablar —dijo Diego.

Veinte minutos de noticias sobre Jenkins solo revelaron dos datos. Primero, que había desaparecido. Segundo, que su móvil había aparecido hecho pedazos en medio de una carretera. El resto era contexto, especulaciones y un análisis sobre por qué su desaparición eclipsaba las muertes de los jóvenes indocumentados hallados en el silo.

Avanzaban lentamente en la cola. Dagny no dejaba de mirar el retrovisor por si veía la furgoneta blanca abollada, aguantando la respiración hasta que el agente del puesto de control mexicano les hizo señas para que pasaran.

Diego soltó un suspiro de alivio.

—Se siente bien estar en casa.

Todavía no estaban en casa. Aunque ya habían pasado el control mexicano, el estadounidense estaba a seis coches de distancia. Una agente fronteriza joven se acercó al coche. Llevaba un chaleco negro con las letras *CBP* y una insignia dorada en el pecho. Una pistola y otros utensilios colgaban de su cinturón. Se inclinó junto a la ventanilla de Dagny y le indicó que bajara la ventanilla. Dagny obedeció.

—¿Van a los Estados Unidos?

—¿Adónde más iba a ir? —Sí —dijo Dagny, sacando la cartera.

La agente fronteriza alzó la mano. —Todavía no hace falta. Eso lo harán en la estación.— Miró a Diego—. ¿Está de visita en nuestro país?

—Mi país —dijo.

Sonrió. —Por supuesto. En fin, solo les avisaba de que han sido seleccionados al azar para una inspección con perro. Voy a traer a Cassandra para que huela el coche.— Se fue y volvió al momento

con un pastor alemán sujeto con correa, que guio alrededor del vehículo. Dagny observó al animal mientras olfateaba por fuera, metiendo el morro en los pasos de rueda, por debajo del coche y en todas las aberturas. Cuando terminó, la agente entregó la correa a un compañero e hizo un gesto a Dagny para que bajara la ventanilla otra vez.

—Vale, para que lo sepan, el perro ha detectado drogas en su coche, así que tenemos motivos fundados para registrarlo. Voy a pedirles que me acompañen a un área de retención mientras hacemos el registro.

—El perro no dio la alerta —dijo Dagny—. Lo vi todo.— Conocía bien el adiestramiento canino policial.

—Ha dado una alerta pasiva por narcóticos en su vehículo, señora. Ahora mismo necesito que los dos salgan del coche.

Un agente se acercó al lado de Diego. Tenía la mano apoyada en la empuñadura de su pistola, dentro de la funda.

Las alertas pasivas se usan solo para detectar bombas; los perros están adiestrados para ladrar si detectan drogas. —Miente —dijo Dagny—. Seguramente porque mi amigo es hispano y está haciendo perfil racial.

—Señora, si no coopera, la sacaremos del coche por la fuerza. Si sigue obstaculizando, se enfrentará a cargos penales.

Dagny sacó su placa del FBI del bolsillo y se la enseñó a la agente. —Ha sido un día muy largo. Por favor, déjenos pasar.

La mujer negó con la cabeza. —Otra vez, señora, y por última vez: le pido que salga del coche.

Dagny miró a Diego, abrió su puerta y salió del coche. Él siguió su ejemplo.

—Sigan al Agente Jasper hasta la estación fronteriza, donde podrán esperar mientras registramos el vehículo.

—Me quedo aquí mismo y veo cómo registran mi coche.

—Otra vez, voy a tener que insistir en que—

—Me quedo aquí mismo —dijo Dagny con firmeza—, a menos que quiera ser acusada de impedir una investigación penal.

—¿Qué delito? —dijo la mujer.

—Registros e incautaciones ilegales en la frontera. Discriminación racial. Colocación de pruebas.

—No hay ninguna colocación de pruebas —replicó la mujer.

—Eso es lo que necesito comprobar. Si me obstaculiza, la detendré ahora mismo —dijo Dagny.

—Vale —gruñó la mujer. Alargó el brazo hacia el interior del coche y pulsó los botones para abrir el maletero y el capó. Junto con su compañero, registró el vehículo, levantando la tapicería y haciendo que Cassandra olisqueara por todas partes. Mientras tanto, los demás coches entraban al país sin inspección con perro.

Tras dos inspecciones completas, la agente terminó el registro. —Parece que no hay drogas ahora mismo —dijo—. Debió de ser algún residuo de marihuana de un uso anterior que detectó Cassandra. No es raro en coches de alquiler.

—Debería darle vergüenza. Todo esto es una farsa —dijo Dagny, señalando el puesto de control entero.

—Esta "farsa" es lo que mantiene nuestro país a salvo —respondió la mujer con desdén.

—No tiene ni idea de lo que mantiene a salvo a nuestro país. Ni se lo imagina.— Dagny se subió de nuevo al coche y le hizo un gesto a Diego para que hiciera lo mismo. Condujeron hasta la caseta de control y les dieron paso por el cruce fronterizo.

Mientras entraban en el centro de Brownsville, Diego se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso?

—Todo eso, y ni una vez pidieron ver mi identificación.

Ella negó con la cabeza. Estaban de vuelta en Estados Unidos, sin duda.

CAPÍTULO 57

Arrastrando su maleta por el aparcamiento del Aeropuerto Internacional de Dayton, Dagny notó que Diego no iba a su lado. Se detuvo y se volvió. Él permanecía inmóvil, a unos seis metros de distancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Él se acercó y le tiró las llaves. —Tengo que terminar unos asuntos antes de volver a Bilford.

—Diego, no puedo llevarte el coche.

—Me alquilaré uno. Nos vemos en uno o dos días. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la recogida de equipajes. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Él no volvió la vista.

Fue un final inesperado para su viaje, y le dio vueltas durante el trayecto de vuelta a Bilford. Tras las confesiones mutuas, el beso en el hotel y haber estado a punto de morir varias veces, imaginaba que un sacerdote tendría mucho en qué pensar. El beso la había sorprendido. Le había devuelto la sensación de estar enamorada, aunque no lo fuera realmente. Surgió, supuso, de la intimidad de la noche y del estrés de lo que estaban viviendo, pero tal vez hubiera algo más. Diego era guapo, inteligente, amable y, al parecer, valiente. Por cualquier medida, era un buen partido.

Bilford estaba tal como lo había dejado: lleno de furgonetas de prensa, curiosos morbosos y agentes de la ley, y a pesar de todo ello —o quizá por eso mismo—, todo parecía vacío y desolado. Con suerte, los curiosos e investigadores desaparecerían en cuestión de semanas, pero Bilford nunca volvería a ser el mismo. Su nombre quedaría para siempre asociado a una atrocidad. Redefinir la imagen de una ciudad era difícil. Recordaba que una vez leyó que Hamilton, Ohio, había añadido un signo de exclamación a su nombre en los ochenta, pero la Junta de Nombres Geográficos de EE. UU. —una organización federal real desde 1890— se negó a reconocerlo, y

Rand McNally no lo puso en sus mapas. Al final, la ciudad eliminó el signo. Hamilton siempre sería Hamilton, y Bilford siempre sería el pueblo de la masacre.

Dagny enseñó su credencial en el puesto de guardia tras el instituto y aparcó. Habían pasado tres días desde la última vez que estuvo allí, y temía lo que pudiera haber ocurrido en su ausencia. Era como lo que sienten los padres cuando se van de fin de semana y dejan a sus hijos con los abuelos.

El abuelo McDougal estaba sentado en el escritorio de la oficina del profesor de gimnasia, alternando entre papeles de una pila enorme y Fritos de una bolsa grande. Ella se quedó en la puerta un minuto entero antes de que él levantara la vista. —Menos mal que estás viva —dijo—. Ir a por Diablo Rico en Matamoros no es broma.

—¿Te lo dijo Victor?

El Profesor frunció el ceño. —No, pero ahora estoy enfadado porque no lo hizo.

—Entonces, ¿cómo lo supiste?

—Sigo tus movimientos por el GPS de tu teléfono.

—¿Tenías a la NSA vigilándome?

—No necesito a la NSA para eso. Ejerciendo mi discreción administrativa, hice instalar un parche en tu teléfono para poder rastrearte en todo momento.

—¿Solo a mí?

—Y a Victor y Brent, por supuesto.

Estaba indignada. —Eso es una invasión de la privacidad.

—La privacidad es algo que existió solo como una abstracción intelectual entre 1965 y 2001. Y estás cambiando de tema. Cuéntame sobre Diablo Rico.

Había demasiado que hacer para perder el tiempo discutiendo sobre libertades civiles. —Diego se hizo pasar por un posible migrante. —Metió la mano en su mochila y sacó su grabadora mp3 —. Grabé el encuentro.

—Ponla para mí.

—Está en español.

—Solo ponla.

Presionó "Play". En varios puntos de la grabación, el Profesor asintió y sonrió. Cuando terminó, dijo: —Diego lo hizo bastante bien.

—Te perdiste la parte donde nos siguieron de regreso y tuvimos un tiroteo en las calles de Matamoros.

—Ah, ser joven —dijo con nostalgia—. Bueno, a la luz del tiroteo, supongo que no podemos pagarles los cincuenta mil y terminar con esto.

—Diablo Rico afirma que el sujeto desconocido solía colocar a sus clientes en empleos. Si la NSA tiene los números de teléfono utilizados por Diablo Rico, pueden buscar llamadas a Ohio. Si hay varias llamadas a un solo número, probablemente sea el sujeto desconocido. Puedo jurar una declaración jurada para la orden.

—La Sección 702 de la Ley de Enmiendas FISA permite a la NSA rastrear comunicaciones extranjeras *sin* una orden judicial. Las llamadas de Diablo Rico casi con certeza están contenidas en los registros de la NSA. —Hizo una mueca—. Sin embargo, he hablado con varias personas en la NSA, y no tienen idea de quién es Diablo Rico, por lo que no pueden aislar sus llamadas.

—Tengo coordenadas geográficas de su sede. La NSA podría simplemente buscar llamadas originadas desde esa zona.

El Profesor sonrió. —Así que, después de todo, el viaje valió la pena. Finalmente, algo que la NSA puede usar.

—Creo que deberíamos obtener una orden judicial del tribunal FISA, solo para estar seguros.

—Como cuestión de principios, no lo haremos. Ya hay suficiente interferencia judicial en las investigaciones hoy en día.

—Eres sorprendentemente neoconservador en este tema de la vigilancia para ser un tipo que fue degradado hace treinta años por oponerse a registros ilegales durante la investigación de los Weathermen.

—Esto no es remotamente similar. La NSA no irrumpe en los hogares de las personas. No invade propiedades. Las personas no son dueñas de las líneas telefónicas que transmiten sus llamadas. No son dueñas de Internet que envía sus correos electrónicos. Cuando pones tus comunicaciones a través de la propiedad de otros, estás renunciando a esas comunicaciones y a cualquier privacidad

asociada con ellas. Si quieres hablar en privado con alguien, invítalo a tu casa.

—¿Qué hay de cuando tú y yo hablamos por teléfono sobre un caso?

—Eso es completamente diferente —dijo.

—¿Cómo?

—No estoy por encima de la hipocresía, Dagny. Llamaré inmediatamente a la NSA sobre Diablo Rico.

—Me perdí este asunto de Allison Jenkins mientras estuve fuera.

—Chica guapa. Parece tu yo de hace veinte años.

—Tengo solo treinta y cinco, ¿eh?

Alzó la bolsa de Fritos y se la ofreció abierta. —Sirve, que es tuyo.

Metió la mano y cogió lo que equivaldría a dos puntos en Weight Watchers. —Ni de coña compensa lo de mi edad.

—Jenkins tenía que encontrarse con su equipo de prensa al filo de la granja Hoover por la mañana, pero no apareció. Encontraron el móvil hecho pedazos: pinta a secuestro. Brent lleva la búsqueda. De momento, ni rastro de pruebas físicas.

—En los informativos creen que es el mismo desconocido.

—Puede ser. O puede que sea un perturbado con una fijación.

—Tú que eres el perfilador, ¿qué opinas?

Se recostó en la silla, como si entrara en modo reflexivo. —Creo que está todo conectado.

—¿Por qué secuestrarla? No encaja con su forma de actuar —dijo ella—. Ir a por una chica estadounidense . . . ¿Y si ella lo tenía localizado?

Sacudió la cabeza con fuerza. —¿Insinúas que una presentadora de televisión iba detrás de un tipo que lleva años burlándonos? Imposible. Mi apuesta es por una obsesión, y eso nos beneficia. Quiere decir que está pendiente del caso en las noticias, viendo cómo avanza. Le da morbo sentirse protagonista.

—¿Y eso por qué nos favorece?

—Si está enganchado al colocón de la fama, entonces tenemos un punto débil. Podemos usarlo en su contra.

Se levantó y cogió la mochila.

—¿Adónde vas?

—A por Allison Jenkins.

—Vale.

Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo. Algo no encajaba. Parecía demasiado fácil. —Entonces, ¿no te molesta que te mintiera sobre por qué iba a Texas?

—Claro que no. Contaba con que me mintieras, con que tuvieras intención de meterte en Matamoros. Tu mentira me dio margen para negar con credibilidad si algo salía mal. Fue un gesto educado, lo más leal que podías hacer por mí. Cuando Victor dijo que estaba en Nueva York mientras te ayudaba a encontrar los cadáveres, me dio una alegría. Le mentí al presidente: le aseguré que no usaría datos de la NSA para rastrear al desconocido, y eso era justo lo que quería que hiciera. Mentir es el aceite que mantiene engrasadas las ruedas. Es una de mis cosas favoritas del mundo. Te miento constantemente.

Dagny no sabía cómo tomar aquello. —¿Sobre qué me mientes?

Él hizo caso omiso. —Ve a ayudar a Brent a encontrar a Allison Jenkins. Miente cuanto haga falta si con eso avanzas.

—Gracias, Profesor. Ha estado genial hablar contigo.

Ya le estaba mintiendo.

CAPÍTULO 58

Lo curioso es que Jake Finney de hecho había pilotado un tanque durante años. Cada día, sesenta toneladas de acero y metal retumbaban por las carreteras iraquíes, de tierra y asfalto, bajo su control. Ahora, en cambio, tenía las manos cruzadas sobre el regazo, porque solo el sheriff Don conducía el tanque del condado de Bilford. Como buen soldado que era, Finney permanecía en silencio junto al sheriff Don, un hombre grande haciendo grandes cosas, así que, claro está, merecía ser quien lo condujera.

Tras el tanque, un camión blindado; como el tanque, un regalo del Departamento de Seguridad Nacional. Y tras este, la furgoneta de noticias del Canal 6. El Canal 6 era su canal favorito: ofrecía la cobertura más equilibrada de sus logros. Otras cadenas, en cambio, daban voz de vez en cuando a grupos minoritarios que cuestionaban el supuesto amor del buen sheriff por su país.

Tardaron una hora y media en recorrer ocho kilómetros, en parte por la lentitud del tanque y en parte porque al sheriff le costaba tomar las curvas. Cuando llegaron al 1230 de Homestead Drive, Finney verificó la dirección en la orden judicial cuatro veces para asegurarse de que era correcta. En la última operación se habían equivocado, allanando una casa equivocada por un error de lectura en la dirección. El papeleo posterior había sido una pesadilla.

Doce agentes con equipo táctico SWAT saltaron de los vehículos y aterrizaron en el jardín delantero. Se agruparon alrededor del sheriff, que dio la orden. Al haber drogas de por medio, se daba por hecho que los ocupantes iban armados y eran peligrosos, así que la entrada sería sin aviso previo. Eso significaba derribar la puerta principal con un ariete y lanzar granadas aturdidoras por las ventanas laterales. Los del interior no sabrían qué les había caído encima.

Todos entrarían con las armas en ristre. Unos llevaban AK-47, otros M16. Más regalos del Departamento de Seguridad Nacional, para que los barrios estuvieran seguros.

A Jake Finney le correspondía el honor de portar el ariete y dirigir el operativo en el interior. El sheriff Don, como siempre, se quedaría fuera, dando su versión a la prensa.

Con una palmada, el equipo se separó del grupo y pasó a la acción. Finney corrió hacia la puerta principal con el ariete —una gruesa barra de epoxi y acero de setenta y cinco centímetros—, agarrado por las asas. Lo levantó hacia atrás y en alto, y lo estrelló contra la puerta, que cedió de inmediato.

—¡Vamos! —gritó.

En cuanto entraron, explotaron granadas aturdidoras en las habitaciones a ambos lados de la entrada. Un perro salió corriendo de una esquina, ladrando y saltando. Finney alzó su AK-47 y disparó una ráfaga contra el animal hasta que cayó muerto. Parecía un terrier, y yacía inmóvil, con charcos de sangre extendiéndose por la alfombra del salón.

Se dirigió a la cocina, donde una anciana estaba junto a unos fogones llenos de ollas. Un cucharón en el suelo; lo había soltado. Un agente le puso las manos a la espalda y le puso las esposas, y la empujó al suelo.

—¿Dónde está el resto? —le gritó.

La mujer debía de tener unos setenta años, era menuda y frágil. No dijo nada. Solo lloraba.

Sonaron pasos en la escalera, y Finney guió al equipo hasta la base de la escalera. Un hombre estaba a mitad de los peldaños, gritando:

—¿Qué está pasando?

Llevaba pantalones de vestir y camisa de botones. El pelo negro, corto y cuidado.

Finney lo agarró de un tirón y lo lanzó al pie de la escalera, donde otro agente le puso las esposas y lo tiró al suelo, junto al perro muerto.

—¿Por qué están haciendo esto? —gritó el hombre.

Finney se arrodilló a su lado y le gritó:

—¿Hay alguien más aquí, señor?

El hombre lloraba. Finney le agarró el hombro y lo zarandeó.

—¡Respóndame! ¿Hay alguien más aquí?

—¡No! —gritó—. ¿Por qué están haciendo esto?

—¿Dónde están las drogas, señor?

—¿Por qué mataron a mi perro? —sollozaba—. No hay drogas. Se han equivocado de dirección. ¿Por qué mataron a mi perro?

—¿Dónde están las drogas, señor?

El hombre se deshizo en llanto. Dos agentes lo levantaron del suelo y lo sacaron. Otros dos escoltaron a la anciana hacia fuera. Finney hizo una señal a sus hombres para que destrozaran la casa.

Vaciaron cada cajón. Rajaron cada colchón. Perforaron las placas de yeso. Arrancaron las tablas del suelo. Abrieron los retretes y destrozaron las bañeras. El equipo sabía cómo buscar drogas. Lo habían hecho mil veces.

Tras quince minutos de destrucción, un agente le tendió un sobre.

—Estaba en el escritorio del tipo. —dijo con una sonrisa—. Efectivo.

Finney abrió el sobre y contó lo que había dentro: sesenta y tres dólares. Le dio la vuelta y vio unas palabras escritas a mano: *Beneficios de venta de garaje*.

—Seguid buscando.

Cuando terminaron, habían destrozado todas las habitaciones y perforado todas las paredes. No había drogas. Su objetivo ya se había deshecho de ellas. Quizá sabía que iban a por él.

Finney salió al porche delantero, donde el sheriff Don hablaba ante la cámara de noticias. Le sonrió y siguió hablando:

—Hace unas dos semanas, recibimos un chivatazo de que un inmigrante ilegal estaba vendiendo marihuana a menores en el instituto. Tras investigar, descubrimos que este traficante trabajaba para B&R Landscaping. Allanamos B&R hace dos días y obtuvimos su lista de clientes. Para nuestra sorpresa, el concejal Kepner era cliente habitual del negocio ilegal de jardinería. Y el traficante había trabajado aquí, en el 1230 de Homestead Drive, haciendo trabajos de jardinería y quién sabe qué más, al menos en tres ocasiones.

Todo aquello era una sorpresa. El sheriff no había mencionado que Kepner era concejal, y lo había presentado como un traficante de drogas, no como un cliente de jardinería.

—Estoy pasmado ante la desvergüenza de este crimen —continuó el sheriff Don—. El señor Kepner fue elegido por la buena gente de Bilford para honrar y proteger la ley, no para quebrantarla. Hay buenos estadounidenses que necesitan trabajo, y . . . —Sacudió la cabeza y se cubrió los ojos, ocultando las lágrimas a la cámara—. Quiero decir, la gente aquí ya ha sufrido bastante, con esta economía, por el amor de Dios. Eso es todo por hoy.

Se retiró del micrófono, y el equipo de noticias empezó a guardar el equipo. Finney se acercó al sheriff de vuelta al tanque.

—Sheriff, yo creía que el señor Kepner era un traficante de drogas.

—Bueno, no sabemos bien en qué andaba. Pero metía dinero en manos de un traficante. Si era un caso de blanqueo o no, se sabrá con el tiempo.

—¿Pero un concejal?

El sheriff Don se volvió hacia Finney y le puso las manos en los hombros.

—En esta causa justa, inevitablemente nos toparemos con gente con poder. No podemos permitir que sus títulos o su política interfieran en lo que hay que hacer. Concejal o no, hay que tratarlo como a cualquier otro ciudadano que incumple la ley.

Había algo de razón en aquello que bastaba para mantener la fe de Jake Finney.

CAPÍTULO 59

. . . . . .

—Es el mismísimo diablo. —El oficial John Beamer cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

Dagny y Brent estaban sentados en la sala de conferencias de la comisaría de Bilford, revisando los expedientes sobre la desaparición de Jenkins. Habían hecho un descanso para ver el directo de la última redada del sheriff Don.

—¿Quién es el concejal Kepner? —preguntó Dagny.

—Es un buen hombre que pensaba presentarse contra el sheriff en las próximas elecciones —respondió Beamer.

Brent alzó la vista de los expedientes. —¿Por qué iba a creer el sheriff Don que podía salir impune con una maniobra política tan burda?

Beamer suspiró. —Porque siempre se sale con la suya. Aquí a la gente le gusta que la policía haga cumplir la ley. Dirán que Kepner no debió contratar a indocumentados y que se lo tiene merecido.

—Deberías presentarte contra él, John —dijo Dagny—. Lo digo en serio.

Negó con la cabeza. —No podría.

—Sí que podrías.

—No tendría ninguna posibilidad, Dagny.

—Eres un oficial joven y brillante, con unos principios firmes. Un chico del pueblo. Guapo y con buena labia.

—Sí, bueno… —se interrumpió un momento.

—¿Qué?

—No ganaría.

—Dame una razón por la que no podrías.

—Porque . . .

—¿Por qué, entonces?

Beamer alzó las manos, negó con la cabeza y cerró la puerta.

—Porque soy gay, ¿vale? —dijo en voz baja.

No se le había pasado por la cabeza. —No tenía ni idea.

—Bueno, no lo voy diciendo por ahí.

—Quiero decir, vives hecho un desastre, y todo ese merchandising de *Star Wars* que tienes en casa.

—No todos somos así.

—¿Tus compañeros lo saben? —preguntó Brent.

—Algunos sí. No hablo de eso. No se acepta en Bilford. Por eso es absurdo pensar en presentarme contra el sheriff Don. Tendrías que ser un héroe de guerra o algo así para superar el hecho de ser gay en unas elecciones aquí.

—Bueno, es una lástima —dijo Dagny—. Bilford se pierde a alguien como tú.

—Es lo que hay. Volvió a suspirar.

—Tengo que ir a informar al jefe. Buscadme si necesitáis algo.

Cuando se fue, Brent metió un DVD en el ordenador de Dagny y vieron las imágenes del vestíbulo del Hampton Inn de la mañana en que desapareció Jenkins. A las 5:31, Jenkins apareció en pantalla, arrastrando su maleta por el vestíbulo y saliendo por las puertas automáticas. No había cámaras fuera del hotel que captaran lo que pasó después.

—¿Cómo iba a llegar a la granja de los Hoover? —preguntó Dagny—. ¿Tenía un coche de alquiler?

—No —dijo él—. Es un misterio. Pensamos que habría llamado a un taxi, pero conseguimos los registros de su móvil y no había llamadas a ninguna compañía.

—¿Quizás pidió al hotel que llamara por ella?

—Comprobamos el registro de llamadas de recepción y de su habitación. No hubo ninguna llamada a compañías de taxis, ni desde uno ni desde otro.

—¿Uber?

—No hay servicio de Uber por aquí, ni de Lyft.

—Bueno, no iba a ir andando desde New Bilford hasta la granja de los Hoover. Alguien tenía que ir a buscarla.

Volvió a reproducir la grabación del vestíbulo del hotel. —¿No había nadie en recepción?

—Estaba en el baño cuando ella se fue —dijo Brent—. Hablamos con él. Dice que no la vio ni le habló.

—¿Y el recepcionista de la noche anterior?

—Todavía no hemos hablado con él.

—¿Por qué no?

—Porque estamos desbordados y tenemos que priorizar.

—A lo mejor Jenkins le pidió que llamara a un taxi la noche anterior.

—No lo hizo. ¿No lo comprobamos? Revisamos los registros del hotel.

—Podría haber usado su móvil.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—A lo mejor tenía el número de una compañía guardado en el móvil y era más fácil darle al botón que marcar todos esos dígitos con el teléfono del hotel.

Brent pareció buscar una réplica, pero no la encontró.

—Vale, tienes razón. Vamos a hablar con él.

CAPÍTULO 60

El hombre delgado trataba de enroscar la cámara de vídeo al trípode, pero no le salía. —Nunca he hecho esto antes —le dijo a Allison.

Era una suerte que no lo hubiera hecho antes, pensó ella. Significaba que no se excitaba grabando sus asesinatos, así que tal vez tenía algo más reservado para ella. Tenía la boca amordazada, así que no podía decirle que la estaba girando al revés.

Al final, probó a girar la cámara en sentido contrario y encajó. —Error de principiante —dijo—. Me han dicho que es una buena cámara y que nos dará buenas tomas. Suficientemente buenas para todos los medios, espero. —Se acercó a ella y desató la bufanda que le cubría la boca—. Vas a ser famosa, Ally. Famosa en todo el mundo. —Un instante después, añadió—: Casi tan famosa como yo.

Sus brazos, torso y piernas seguían inmovilizados en la silla. —¿No vas a desatarme también el resto? —preguntó.

Él sonrió, se pasó la mano por el pelo grasiento y le dio una bofetada en la cara. La mejilla le ardía. —Hay cien formas en que esto puede acabar, y solo en una sales viva. Sería mejor que te mantuvieras en mis buenas gracias.

Lo observó mientras trasteaba con la cámara, apretando botones y ajustando el zoom del objetivo. ¿Quién era aquel hombre? En su breve carrera como periodista, había cubierto algunos asesinatos, pero todos habían sido por disputas familiares o negocios malogrados. Este era su primer asesino en serie. Tenía forma humana, pero no encontraba nada humano en él más allá del aspecto. —Sabes, ni siquiera conozco tu nombre —dijo.

Él sonrió. —Me gusta que sigas actuando como periodista. Eso funcionará bien. —Apretó el botón de "Grabar" en la cámara de vídeo y se encendió una luz roja. Allison sonrió: un reflejo

automático ante una cámara encendida—. Estoy intentando que salgamos los dos en plano. ¿Cómo lo llamáis?

—Un plano de dos —dijo Allison—. Necesito ir al baño otra vez. —Odiaba tener que pedirlo, porque cada vez él la vigilaba en el váter.

—Cuando acabemos, si haces las cosas bien.

—¿Bien en qué?

—En hacer que el mundo me adore.

«Vaya tarea», pensó.

Arrancó tres hojas rayadas de un bloc y se las puso en el regazo. En ellas, una serie de preguntas estaban garabateadas con letra infantil: había preparado un guion para la entrevista.

—Voy a probar el sonido —dijo—. Dame una introducción.

Respiró hondo y miró a la cámara. —Soy Allison Jenkins, en directo desde la casa de—

—¡Corten! —gritó él—. Necesitas meterle empuje, Ally, o esto no funciona. Quiero que parezca un auténtico informativo.

Forzó una sonrisa y volvió a intentarlo, fingiendo entusiasmo. —Soy Allison Jenkins, en directo desde la casa del asesino del silo.

—Mejor —dijo él—. Me gusta eso de 'asesino del silo'. —Rebobinó y reprodujo la cinta. Aparentemente satisfecho, giró el monitor de la cámara para que quedara frente a ella—. ¿Qué te parece?

Tenía un aspecto horrible. El pelo apelmazado y grasiento, ojeras oscuras y la mejilla aún roja del golpe. Si salía viva, aquello sería un buen material para su portfolio. —Se ve bien —dijo.

Cogió el mando a distancia de la cámara, se sentó frente a ella y acercó la silla para quedar en plano. —He escrito tus preguntas —dijo—. Me guiarán por toda la historia.

—No puedo pasarlas con las manos atadas.

—Yo te las pasaré. —Sonrió e inclinó la cabeza, acercándose para leer las notas—. Esto va a quedar genial. —Apretó un botón del mando y la luz roja se encendió—. Bien, Allison. Empecemos.

Miró a la cámara e imaginó que hablaba al mundo entero. Esta vez, el entusiasmo no era fingido. —Soy Allison Jenkins, en directo desde la casa del asesino del silo, con una entrevista exclusiva.

Tardó media hora en contar su historia. Respondió con largas intervenciones a cada pregunta que ella leía, y aunque sus palabras sonaban ensayadas, también parecían sinceras. La primera parte —antes de los asesinatos— era desgarradora y conmovedora: en un momento dado, él empezó a llorar, y ella, arrastrada por la emoción, también se echó a llorar. Aquel hombre había sufrido una herida inimaginable. La prensa debería haber contado lo que le ocurrió, pero no lo hizo; era una de esas tragedias silenciosas que nadie conoce, o al menos lo habría sido de no haber empezado a matar.

Toda simpatía que pudiera sentir por él se esfumó cuando describió su caída en el asesinato, presentándola alternativamente como algo accidental, involuntario, necesario, impulsivo, premeditado, catártico, pero siempre genial y poético. Se deleitaba en los detalles de cada muerte espantosa con un orgullo enfermizo. Cuando respondió a la última pregunta que había escrito, estaba tan llena de asco y desprecio hacia él que le entraron ganas de escupirle.

El hombre delgado le sonrió. —Fue perfecto, ¿no crees? Ahora todo el mundo entenderá por qué tuve que hacerlo.

Ella lo miró fijamente. —No tenías que hacer nada de esto. —Las palabras le salieron de lo más hondo, de la parte más humana y menos ambiciosa de su alma.

Él se inclinó hacia ella, y su rostro se contrajo de rabia. —Acabo de explicártelo con toda claridad. ¿Aún no lo entiendes?

Había cometido un error y tenía que arreglarlo. —No, sí lo entiendo. Tiene sentido.

—Acabas de decir que no.

—Me equivoqué. Sí que lo tiene.

El hombre se quedó paralizado un instante, y luego empezó a temblar. —¿Sabes qué? Has sido una distracción ridícula, y todo esto ha sido una pérdida de tiempo. —Alzó la voz—. Te he dado toda mi atención, el regalo de mi historia, y lo único que has hecho es engañarme con tu belleza y tu educación. ¡Te abrí mi corazón!

Se acercó al armario y sacó del estante una gruesa cuerda enrollada.

—Por favor, no. ¡Por favor! Entiendo lo que me has contado. Sé lo que significa tu regalo.

Avanzó hacia ella con la cuerda en la mano. —Ya es demasiado tarde, Allison. Estábamos viviendo un momento maravilloso y lo has echado a perder.

Le colocó la cuerda alrededor del cuello y tiró con fuerza. Sintió un instante de dolor, y luego todo acabó.

CAPÍTULO 61

. . . . . .

—A ver, ¿cómo va esto? —Matthew Darrow se secó el sudor de la frente—. ¿Necesito un abogado o algo así, o solo hablamos un momento?

—Estamos hablando con todo el mundo en el hotel —dijo Brent, dándole una palmada amistosa en el brazo al chico, con un trato cercano que Dagny nunca adoptaba—. Solo escúchanos y cuéntanos lo que recuerdes. No tiene ninguna complicación.

Le irritaba que aún no hubieran interrogado a Darrow. Cualquiera que hubiera trabajado en el hotel durante la estancia de Allison Jenkins debería haber sido citado de inmediato. Hasta en las investigaciones más grandes, siempre se colaba algo.

—¿Estabas de servicio en recepción la noche anterior a la desaparición de Allison Jenkins? —preguntó Dagny.

—Sí, estaba de servicio.

—¿La llegaste a ver esa noche?

—Tuvo problemas con la llave electrónica, así que tuve que reprogramarla.

—¿Tienes idea de la hora?

—No lo recuerdo. Pero no era muy tarde.

—¿Después de la cena?

—Creo que sí, pero no estoy seguro.

—¿Puedes recordar lo que dijo?

—¿Quieres que recuerde toda la conversación?

—Sí —dijo Brent.

—Todo lo que te acuerdes —añadió Dagny.

—Se acercó con la tarjeta en la mano y dijo algo así como: "Parece que tengo problemas con la llave electrónica". Le expliqué que eso pasaba de vez en cuando y que no tenía más que reprogramarla. Así que lo hice y se la devolví.

Sabía que aún quedaba algo más por sacar. —¿Cómo supiste para qué habitación reprogramarla? ¿Le pediste el nombre?

—No hizo falta. La conozco de la tele.

—¿Consultaste su número de habitación?

Hizo una pausa. —No lo recuerdo. Supongo que sí. A lo mejor se lo pregunté.

—¿Y después?

—Creo que volvió a su habitación.

—¿Nada más?

Negó con la cabeza, pero de pronto se detuvo. —Bueno, en realidad me pidió un taxi para la mañana siguiente.

Por fin. —¿A qué hora de la mañana?

Darrow se mordió el labio. —No estoy seguro. Sí, muy temprano. A lo mejor a las cuatro y media.

—¿Y después qué pasó? —preguntó Dagny.

—Creo que volvió a su habitación.

—¿Y reservaste el taxi?

—Imagino que sí.

—Pero no usaste el teléfono del hotel —dijo Brent.

Se encogió de hombros. —No me acuerdo.

—¿Podrías haber usado tu móvil? —preguntó Dagny.

Sacó el teléfono del bolsillo y revisó el registro de llamadas. —Aquí no aparece. —Se lo pasó a Dagny. Las únicas llamadas que hizo esa noche fueron a "Mamá" y a "Tony".

—¿Quién es Tony?

—Un amigo del instituto. Quedamos en el Steak 'n Shake al salir del trabajo esa noche.

—¿Entonces no llamaste un taxi para la señorita Jenkins? —preguntó Brent.

—Podría jurar que yo . . . —Un destello de lucidez cruzó su mirada—. No, no llamé. Había un hombre en el vestíbulo que trabajaba para una empresa de taxis. Dijo que se encargaría él.

Casi nunca venían a la mente los detalles importantes de golpe. —¿Quién era ese hombre? —preguntó Dagny—. ¿Lo habías visto antes, en alguna otra ocasión?

—No, nunca.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—No.

—¿Mencionó la empresa para la que trabajaba?

—No lo creo.

—¿Y cómo era físicamente?

Se rascó la cabeza. —Lo único que recuerdo es que era muy delgado.

—¿Qué ropa llevaba? ¿De qué altura? ¿Tenía barba? ¿Acento?

—Lo siento. No me acuerdo de nada.

«No pasa nada», pensó Dagny. —¿Dónde está el vídeo de vigilancia de esa noche?

—Empaquetamos todo el sistema y lo trajimos al instituto —respondió Brent.

Tardaron veinte minutos en volver al Instituto Bilford y otros diez en repasar el listado hasta dar con la caja que contenía el disco duro con la grabación de vigilancia del Hampton Inn. Brent la sacó de la estantería, y conectaron el disco al portátil de Dagny en la oficina del profesor de gimnasia.

La cámara mostraba la coronilla y la nuca del recepcionista, y una vista clara de todos los que se acercaban al mostrador. El indicador de tiempo en la parte inferior del video marcaba la duración: nueve horas y media. Ojalá el chico se acordara mejor de la hora en que habló con Jenkins. Ajustó la velocidad de reproducción hasta alcanzar 16x.

A las 8:11, una mujer joven y atractiva se acercó al mostrador, seguida por un hombre con traje. —Esa es Allison Jenkins y su productor, Jack McDaniel —dijo Brent.

Dagny pausó el vídeo y señaló a un hombre sentado en una butaca del vestíbulo. Tenía la cara oculta tras un periódico. —Ese es el hombre del que hablaba el chico. —Volvio a pulsar "Reproducir", y vieron al recepcionista reprogramar las tarjetas para Jenkins y McDaniel. Al salir del plano, el hombre bajó la visera de su gorra de los Reds, dobló el periódico y se dirigió al mostrador. La gorra le tapaba todo salvo la boca y la barbilla.

—Está delgado, desde luego —dijo Brent—. Es él, el sospechoso.

Cuando el hombre salió del encuadre, ella retrocedió la grabación hasta verlo entrar en el vestíbulo del hotel. Lo observaron coger un periódico y dirigirse a una silla.

Dagny repasó despacio la secuencia de nuevo hasta dar con un fotograma en el que el hombre había levantado ligeramente la cabeza y quedaba a la vista la punta de la nariz. —No hay más remedio, esto es lo mejor que vamos a conseguir. —Hizo una captura de pantalla y se la envió por correo al Profesor.

Brent se frotó la barbilla. —Así que está en casa, viendo lo que cuentan de su crimen. La ve en las noticias, se encapricha de ella, la sigue al hotel y luego se apaña para recogerla al día siguiente.

—Tendría que haberse hecho con un taxi —dijo Dagny—. Querría que ella subiera sin resistencia, para que no hubiera ningún escándalo que un empleado pudiera ver.

—Quizá sea conductor de taxi. Si hubiera robado un coche, ¿no lo habría denunciado la empresa a la policía?

Ella trataba de imaginar cuándo no se habría denunciado el robo. La voz áspera de un octogenario soltó una posibilidad. —Quizá el conductor fuera dueño del coche y estuviera a punto de marcharse de vacaciones.

Giraron y vieron al Profesor en la puerta. —La NSA sigue analizando sus datos, intentando identificar llamadas desde Diablo Rico a Ohio —dijo—. Mientras tanto, ese taxi es nuestra mejor pista. Hay seis empresas de taxis que operan en Bilford. Sepárense y encuentren el que falta.

CAPÍTULO 62

El hombre delgado había cargado muchos cuerpos en los últimos meses, pero ninguno tan liviano como el de Allison Jenkins. Se la cargó al hombro, bajó por las escaleras de su casa, echó un vistazo al jardín delantero desde la ventana y la llevó hasta la parte trasera del taxi robado. Introdujo la llave en la cerradura, abrió el maletero y, de pronto, un hedor a cadáver en descomposición le golpeó en la cara. El tufo era tan asfixiante que soltó a Allison y cayó al suelo.

—Jesucristo —murmuró. Se le había olvidado el conductor. Un error estúpido. Peligroso. Sacó las maletas del maletero, hurgó en el bolsillo del taxista y sacó el móvil. Sin batería. ¿Qué coño significaba eso? ¿Podrían rastrearlo hasta su casa? Ese tal Snowden había dicho que eran capaces de rastrear casi cualquier cosa.

El cadáver del taxista tenía la piel verdosa y el rostro hinchado, grotesco.

—Te lo mereces, por lo que me has hecho —dijo.

Agarró a Jenkins, la lanzó encima del cuerpo del viejo y cerró el maletero de un portazo.

Salió corriendo hacia la puerta del copiloto de su camioneta, sacó una pistola de la guantera y se la metió bajo el brazo. Volvió al taxi de un salto, se puso al volante y arrancó.

Le daba vueltas la cabeza. Hundió la frente en el volante. ¿Acaso el teléfono del viejo era un problema? Él sabía que el gobierno rastreaba teléfonos. ¿Lo estarían rastreando hasta su casa? ¿Venían ya a por él? Apagó, salió corriendo hacia su casa, encendió la tele y se sentó.

Una periodista en directo frente al Hampton Inn informaba del secuestro de Allison Jenkins. La cadena emitió una foto fija del hombre delgado en el mostrador de recepción.

—Mierda —murmuró—. Mierda, mierda.

—Ya saben lo del taxi. Y estarán buscándolo.

Había que largarse. Los bancos embargaban casas diez veces más rápido de lo que las vendían, y él conocía al menos cien viviendas vacías en el condado. Las fue repasando mentalmente y se quedó con las más aisladas.

Salió disparado escaleras arriba y metió ropa y lo imprescindible en una bolsa de deporte. Esa perra de Dagny Gray le obligaba a huir de su casa. Era lo último que le quedaba en la vida, y ahora tenía que dejarla para siempre. Ella le había arrebatado algo importante, y él le iba a arrebatar algo importante a ella. Casi echando humo de rabia, bajó corriendo, salió por la puerta principal, arrojó la bolsa en la caja de la camioneta, se subió y arrancó rumbo a matar a un hombre.

CAPÍTULO 63

Las dos primeras compañías de taxis no dieron resultado: ningún taxi desaparecido, ni rastro de un conductor delgado. Ya era de noche. Dagny miró el reloj del salpicadero: las nueve y media. Otro día a punto de acabarse. Abrió la aplicación de Weight Watchers y comprobó que llevaba cero puntos acumulados ese día. Al revisar los registros, vio que ayer también había tenido cero. Aquello no parecía un sistema que fuera a durar mucho.

Fue al autoservicio de un Wendy's y pidió un Doble con todo. Aparcó en el aparcamiento del restaurante y se comió la hamburguesa mientras revisaba los correos y los mensajes del móvil. Uno de su madre solo ponía: Llámame.

Dagny le había escrito a su madre antes, pero era la primera vez que su madre le enviaba un mensaje. Algo no iba bien. Marcó el número de su madre.

—Dagny, me alegro tanto de que hayas llamado. Pensé que tenías el teléfono estropeado, parece una eternidad lo que ha pasado.

—¿Qué ocurre, mamá?

—¿A qué te refieres?

—Me escribiste un mensaje.

—Ah, sí, ya puedo hacerlo. Me he comprado un iPhone.

—¿Un iPhone?

—Sí, y es muy bueno. Lleva el logo de Microsoft.

—Eso no es un iPhone.

—Claro que lo es. Tocas la pantalla para hacer todo. Pone que es de HP.

—Tienes un teléfono inteligente. No todos los teléfonos inteligentes son iPhones.

—Bueno, estoy bastante segura de que sí lo es. Y tú, ¿qué tal?

—Estoy bien.

—¿Y sana?

—Sí —Dagny miró la hamburguesa doble con queso que apenas había tocado.

—Te vi en las noticias, ¿sabes?, pero no llamé porque sé que odias que te llame. Siempre te enfadas cuando hablamos.

La enfadó precisamente porque era verdad. —¿Quieres decirme algo más, mamá?

—¿Estás en peligro?

—No.

—¿Vas a atrapar a ese hombre?

—Sí.

—Bien.

Era solo una palabra, pero fue tan afectuosa e incondicional que la pilló por sorpresa. Le costó un instante responder, pero al final consiguió decir: —Gracias, mamá.

—Te quiero, Dagny.

—Yo también te quiero, mamá.

Por segunda vez en dos semanas, se encontraba sentada en el aparcamiento de un Wendy's en Bilford, comiendo la hamburguesa y llorando.

La empresa de taxis Red Top tenía una sede cerca de la casa de Dagny en Virginia: cuatro bahías de garaje para mantener la flota, surtidores para repostar y entre treinta y cuarenta taxis rojos en el patio en todo momento. La filial de Red Top en Bilford, Ohio, sin embargo, estaba situada detrás de un centro comercial en New Bilford y carecía tanto de bahías como de depósitos de combustible. Solo había dos taxis aparcados delante. Dagny se estacionó junto a uno y entró en un pequeño edificio de una sola sala.

El hombre tras el mostrador leía el periódico. —No sabía que aún se leyera en papel —dijo Dagny.

—¿Y cómo si no consigue los cupones? —Era un hombre de mediana edad, con bigote y complexión ancha. La gorra le tapaba unas entradas pronunciadas—. ¿Busca un taxi, señora? —Hasta en Ohio, los despachadores de taxis sonaban como neoyorquinos.

—Algo así —sacó su identificación y la dejó sobre el mostrador —. Soy la agente especial Dagny Gray.

—Marcus Wells —respondió tras mirarla y devolverle la identificación—. ¿Va de lo del silo?

—Así es.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Cuántos conductores tiene?

—Diez.

—¿Tiene fotos de los conductores?

—¿Piensa que alguno estuvo involucrado?

—Ni idea, señor Wells. Simplemente intento completar algunos datos.

—Tengo copias de sus licencias en las fichas personales.

—Me sirve.

Se inclinó, abrió un cajón del archivador, sacó una pila de expedientes y los dejó sobre el mostrador. Mientras los hojeaba, Dagny contó seis nacionalidades y siete con patillas. Ni uno solo era especialmente delgado.

—¿Falta algún taxi, señor Wells?

—No.

—Solo he visto dos en el aparcamiento. ¿Es toda la flota?

—No, señora. Tenemos doce. Los conductores los alquilan y se los llevan a casa por la noche. La empresa guarda dos de reserva, por si hay mucho servicio y necesitamos más chóferes.

—¿Sus conductores usan los taxis para cosas personales?

—Sí, señora.

—¿Ninguno está desaparecido?

—He hablado con todos hoy. Todos excepto Arthur Mavis. Está de vacaciones.

—¿Vacaciones?

Revisar los horarios reveló que Mavis había empezado sus vacaciones la misma mañana en que desapareció Allison Jenkins. Una llamada a su móvil fue directamente al buzón de voz. Su hijo, que aparecía como contacto de emergencia, dijo que no sabía nada de su padre desde que se fue de vacaciones, y le dio la dirección de la cabaña en Petoskey, Michigan. Dagny llamó al Departamento de

Policía de Petoskey y les pidió que fueran a comprobar la cabaña. Veinte minutos después, informaron de que no había indicios de que hubiera entrado nadie recientemente. Mavis nunca había llegado a la cabaña. Probablemente nunca salió de Bilford.

Dagny llamó al Profesor, le explicó lo sucedido y le dio el número del móvil de Mavis para que la NSA localizara su última posición registrada. —Entre el teléfono de Mavis y Diablo Rico, creo que la NSA ya tiene buenas pistas —dijo Dagny.

—Lamentablemente, van más despacio de lo que esperaba.

—¿Por qué?

Guardó silencio un instante antes de responder. —Insisten en obtener una orden judicial para cada registro.

—Creo que alguien muy listo ya sugirió que hacía falta una orden para esto.

—Muy gracioso. No conozco a nadie tan listo.

—Supongo que ya no hay facilidades. ¿Quieres que firme una declaración?

—Ya he firmado una por ti. Imité esos garabatos que tú llamas firma.

—Gracias. Tras colgar, llamó a Brent y a Victor para ponerles al día de lo que había averiguado. El caso casi estaba resuelto y ella lo sabía.

Agotada, Dagny regresó al Bilford Motor Inn. Tomó su mochila, subió las escaleras hasta el rellano del segundo piso y encontró el cadáver de Diego tendido delante de la puerta de su habitación.

CAPÍTULO 64

Dagny soltó la mochila y corrió hacia Diego. —¡Diego! —gritó, pero él no se movió. Se arrodilló a su lado y le puso la mano delante de la nariz. No respiraba. Comenzó a llorar. Le buscó el pulso en la muñeca con dos dedos, pero no había nada. Tenía un agujero de bala en la frente. Los ojos abiertos. Las manos heladas. —Diego —murmuró entre sollozos.

Se apoyó en la barandilla del balcón y cayó al suelo. Era su culpa que estuviera muerto. Lo había dejado involucrarse demasiado en la investigación. Era un sacerdote; no tenía por qué estar escalando silos ni reuniendo información sobre Diablo Rico.

Diablo Rico. Quizás habían avisado al hombre delgado. Quizás por eso lo habían matado.

Cerró los ojos y respiró hondo. No podía permitirse venirse abajo. Sacó el teléfono del bolsillo y envió un mensaje a Beamer, al Profesor, a Brent y a Victor: Diego muerto en Bilford Motor Inn. ¡Corran!

Al mirarlo, notó que no había sangre en el suelo a su alrededor. Quizá no se veía bien bajo las tenues luces fluorescentes del alero del motel. Iluminó el suelo con la linterna de su iPhone y volvió a mirar. Ni rastro de sangre. Le habían disparado en otro lugar y lo habían dejado allí como advertencia.

Dagny se recompuso. Aquello era una escena del crimen y tenía que actuar. Subió las escaleras para coger los guantes de la mochila, pero esta había desaparecido. Si el hombre delgado la había estado esperando, podría habérsela llevado cuando corrió hacia el cuerpo. Si había sido así, no podía haber ido muy lejos. Bajó corriendo y rodeó el aparcamiento del motel. No había rastro de nadie. Ya se había ido.

Volvió corriendo junto a Diego para protegerlo. Arrodillada a su lado, estudió los rasgos de su rostro. El leve gemido de sirenas

lejanas se convirtió en un estruendo cuando una hilera de coches de policía y ambulancias invadió el aparcamiento del motel.

Beamer subió las escaleras al frente del grupo. Cuando vio el cuerpo, murmuró: —Dios mío, lo bastante alto para que Dagny lo oyera.

Beamer se arrodilló a su lado. —Lo siento, Dagny.

Solo quedaba el trabajo. —Establezcan controles en las carreteras a tres, cinco y diez kilómetros de aquí. Pidan apoyo a las comisarías cercanas para los perímetros exteriores. En el motel, nadie entra ni sale. Todos los huéspedes deben quedarse en sus habitaciones. No queremos que contaminen la escena. Que limiten sus movimientos. No pueden usar las escaleras libremente. Que todos usen el lado izquierdo para preservar la mayor parte del pasillo. Necesitaremos declaraciones de testigos. El Profesor debe de estar trayendo agentes para las entrevistas, pero es posible que haya que reforzarlos con sus hombres. Tras las entrevistas, sacaremos a los huéspedes por las ventanas traseras para evitar contaminar el rellano y el aparcamiento. Supongo que ya habrá avisado al equipo forense del Bureau. Y si sus hombres pueden hacerse con las grabaciones de seguridad del motel, se lo agradecería.

—De acuerdo —dijo él—. Reuniré a mis hombres.

—Y después de eso —dijo Dagny—, tendrá que tomarme declaración, antes de que olvide algo. —Al pensarlo mejor, añadió—: Olvídelo. La haré ahora mismo.

Sacó su iPhone, activó la grabadora de voz y empezó a dictar. No había mucho que contar, pero tuvo que interrumpirse dos veces por los sollozos. Al guardar el teléfono en el bolsillo, sus ojos volvieron a Diego.

No llevaba el cuello clerical, solo unos vaqueros desgastados y una camiseta. Se preguntó si por eso se había quedado en Dayton: para dejar atrás sus obligaciones sacerdotales. El pelo parecía más corto. Se había cortado el pelo. Justo cuando iba a empezar una nueva vida, se la habían arrebatado. Alargó la mano para acariciarle el rostro, pero se detuvo. No era el hombre al que había besado dos días antes. Ahora era una prueba.

Así se quedó sentada contra la pared, frente a su habitación en el Bilford Motor Inn, entre un entumecimiento catatónico y sollozos convulsivos. El padre Diego Vega no había sido solo un buen hombre. Había sido un santo de verdad, de esos cuya discreta entrega y heroísmo los hacen demasiado buenos para ser canonizados.

El leve contacto de la mano de Victor en su hombro la sacó de sus pensamientos. Se levantó y aceptó su abrazo. En su trabajo, los abrazos solo llegaban en momentos de tragedia, y llegaban demasiado a menudo. —Era un gran tipo —dijo Victor.

Brent se acercó con su propio abrazo. —Lo siento, Dagny —le susurró al oído.

Cuando se apartó, el Profesor estaba detrás de él. —El equipo de respuesta está en camino —dijo—. Hay que establecer puntos perimetrales y tomar declaraciones de testigos.

—Beamer ya está estableciéndolos —dijo ella.

—También he pedido que cuatro drones vigilen desde el aire. Estarán operativos en minutos. En cuanto a los metadatos, las órdenes judiciales ya están aprobadas. La NSA está rastreando los datos. Espero tener las coordenadas de la base del sospechoso en menos de una hora. He pedido equipo SWAT, y quiero que tú lideres la operación, Dagny, si te sientes con fuerzas.

Esta era su forma de dar un abrazo, pensó.

Asintió. Si algo había aprendido en el Bureau, era a posponer el duelo. —Creía que no usábamos equipos SWAT, Profesor. ¿Qué pasó con lo de que un equipo pequeño es mejor?

—No me importan los equipos SWAT si siguen mis órdenes. —Sonrió—. Cuando lo atrapemos, todo cambiará para nosotros. No se trata de los cuerpos del silo ni de la chica de las noticias. Es una oportunidad para cambiar cómo vigilamos el país.

Durante años, el Profesor había estado marginado en el Bureau, y aquel ascenso sería la confirmación de su trabajo y la victoria sobre sus rivales. Sería el Director más viejo en la historia de la organización, probablemente el más inteligente, casi con seguridad el menos corrupto. Como todos los Directores que lo habían precedido, padecía el defecto personal de ansiar el cargo. Y lo

deseaba tanto que ni siquiera tenía un pensamiento para el hombre muerto en el rellano, el que le había llevado el caso. Le daba asco.

Tuvieron que dejar el rellano del motel cuando doce miembros del Equipo de Respuesta Forense del Bureau llegaron para comenzar el análisis. Dagny se alejó lentamente de Diego. Sabía que la próxima vez que lo viera le parecería un desconocido. La ciencia forense tenía el poder de vaciar un cuerpo de su alma.

Mientras bajaban las escaleras hacia el aparcamiento del motel, pensó en su mochila y en que su iPad estaba dentro. Había guardado casi todas sus notas allí. Era probable que el sospechoso la revisara, y si lo encendía, la ubicación se registraría en su cuenta de iCloud. Sacó su iPhone y abrió la aplicación Buscar iPhone. En su cuenta, el iPad aparecía como "desconectado". Tocó "Notificar cuando se encuentre" para recibir una alerta si el sospechoso lo encendía.

Seis furgonetas blancas se detuvieron junto al motel, y nuevos equipos de agentes del FBI acudieron al aparcamiento en masa. John Beamer se acercó a Dagny. —Parece que ya están aquí tus refuerzos —dijo—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Ponlos al día sobre lo que han hecho tus hombres y ofréceles ayuda si la necesitan.

Asintió brevemente. —¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo, aunque un temblor en su voz desmentía sus palabras. Hizo un gesto hacia el bullicio que los rodeaba—. Solo cobra realidad cuando todo esto desaparece.

Victor le dio un toque en el hombro. —Vamos a reunirnos en el instituto para preparar el operativo.

CAPÍTULO 65

Había seis camiones nuevos aparcados en la zona detrás del pabellón deportivo del centro. Uno era un tanque. Los demás eran vehículos blindados camuflados: dos furgonetas de FedEx, dos vehículos postales y una furgoneta de una empresa de mudanzas llamada Helping Hands. Dagny se preguntaba cómo el Profesor había conseguido reunir aquel material en tan poco tiempo. Aunque ella creyera que llevaba la investigación, al final era él quien movía los hilos.

Estacionó el Corvette de Diego junto a una furgoneta postal falsa, enseñó la placa al guardia y entró. Decenas de técnicos y agentes seguían analizando las pruebas del silo. Se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba ninguno. Victor había hecho un trabajo increíble organizando todo. Ella no habría sido capaz de hacerlo. Con un poco de suerte, sin embargo, todo ese trabajo quedaría en nada.

Brent estaba de pie delante del vestuario de hombres. Le indicó con un gesto que se acercara.

—El Profesor consiguió esos vehículos muy rápido —dijo ella.

—Todavía no has visto nada. Sígueme.

Dagny nunca había estado dentro de un vestuario de hombres, y no estaba segura de que aquello fuera uno: parecía más bien un arsenal. Habían apartado todas las taquillas para dejar espacio a una docena de estantes llenos de armas y equipo. Recorrió con la mirada las ametralladoras, pistolas, escopetas, granadas aturdidoras, chalecos antibalas, cinturones, cascos, visores, máscaras antigás, botes de gas, ropa de camuflaje, botas y cámaras infrarrojas. —¡Cielos, Brent! ¿Esto es Bilford o Faluya?

Él sonrió. —Creo que la consigna es más vale prevenir que curar.

—¿Quién se va a poner todo esto?

—El CIRG está enviando a su equipo nacional. —CIRG era el Grupo de Respuesta a Incidentes Críticos. El Profesor había llamado a los mejores—. Llegarán en menos de una hora.

—¿Y quién los dirige?

Brent soltó una risa. —El Profesor dice que tú.

—¿Y eso por qué, exactamente? —Le sonaba raro al decirlo, pero era una pregunta sincera.

—Supongo que eres la única persona en quien realmente confía.

Era una responsabilidad enorme. El teléfono vibró y bajó la vista, esperando una alerta de ubicación de su iPad. Pero solo vio un mensaje de su madre: ¿Qué es HDMI? Lo guardó en el bolsillo.

Permanecieron en silencio, esperando al Profesor. Durante ese rato, no dejó de pensar en Diego y en la culpa que crecía dentro de ella por su muerte.

Un estruendo retumbó cuando la puerta del vestuario se abrió de par en par. El Profesor entró cojeando, con una pila de papeles en la mano. —¡Tenemos las coordenadas!

Victor entró tras él.

El Profesor le entregó la pila a Dagny. Ella la hojeó, tratando de entender aquellas páginas llenas de datos incomprensibles. —¿Trae esto un glosario?

Victor se acercó, tomó los papeles y echó un vistazo antes de explicar. —Hubo docenas de llamadas desde Diablo Rico a distintos puntos de Ohio, pero solo una coincide con la última posición del móvil de Arthur Mavis. —Había dos ubicaciones marcadas con un círculo en la página: ambas indicaban 39.48747 de longitud y 84.595838 de latitud—. Si lo superpones en un mapa, obtienes la casa del sospechoso: 4587 Kiggens Way, en Rhodes, Ohio, justo al norte de New Bilford. Es propiedad de un tal Harold Fisher.

—¿Qué sabemos de él?

—Exmiembro de la Armada —dijo el Profesor—. No llegó a hacer carrera. Ha ido de un empleo a otro. Su último trabajo declarado fue en una empresa de desahucios que ayuda a los bancos a gestionar inmuebles vacíos.

—Hablé con su último jefe por teléfono —dijo Victor—. Fisher renunció hace unos meses y no quiso explicar por qué. Le pedí que lo describiera, y me dijo: "Muy delgado". Fue lo primero que dijo, de verdad.

—En cuanto llegue el equipo del CIRG, asaltaremos la casa de Kiggens Way —dijo el Profesor—. Puede que Allison Jenkins aún esté viva, así que será una operación delicada. Quiero francotiradores en los árboles, y que eliminen a Fisher si tienen un tiro claro. Me instalaré en la furgoneta de mudanzas, que está equipada con monitores que recibirán las transmisiones en directo desde las cámaras integradas en los cascos de los agentes. Podré hablarle a Dagny por el auricular y dirigir la operación.

Era por eso que tenía que dirigir la redada. No era que confiara en ella para llevar la operación, sino para tenerla a sus órdenes. —¿Hablas en serio? —dijo ella.

Él sonrió. —Mi cerebro irá contigo.

—Es como si fuera tu dron.

—Exactamente —respondió él, sin pillar el sarcasmo o haciéndose el despistado.

Habría seguido insistiendo, pero en ese momento llegó el equipo del CIRG: veintidós hombres y seis mujeres, todos expertos en maniobras tácticas. Victor pidió prestado un proyector del trastero del material audiovisual del centro, lo conectó a su ordenador portátil y proyectó una imagen satélite de la propiedad de Fisher en la pared blanca del vestuario. El Profesor se colocó delante de la pantalla y ladró órdenes como el Patton de George C. Scott.

La casa se hallaba en un claro del bosque. Acercar alguno de los camiones llamaría la atención, así que tendrían que aparcar a cubierto y acercarse a pie. Pasando de una vista satélite a otra, el Profesor identificó los árboles más fáciles de escalar para los francotiradores, que ocuparían posiciones primero. El resto avanzaría por el lado oeste de la propiedad, ya que no había ventanas en esa fachada. Una vez que el equipo alcanzara la pared oeste, la mitad correría por delante de la casa y la otra mitad por detrás, y ambas despejarían las ventanas lanzando granadas aturdidoras y de gas lacrimógeno al interior.

—Y lo más importante: si tienen a Fisher en la mira, ¡disparen a matar! Puede que Allison Jenkins aún esté viva, y no podemos permitir que Fisher le haga daño. La agente especial Dagny Gray está al mando, y todos deben obedecer sus órdenes. ¡Adelante!

Todos buscaron entre los uniformes de los estantes para encontrar el que les quedara mejor. Las mujeres se llevaron los suyos al vestuario de chicas. Un televisor de pantalla plana colgaba de la pared. CNN seguía emitiendo en directo desde Bilford, incluso en plena noche.

Mientras se cambiaban, una de las mujeres le preguntó a Dagny: —¿Has hecho algo así alguna vez?

—He participado en redadas SWAT.

—No, me refiero a si has vivido algo *como esto* antes.

—No de esta manera.

Mientras se vestía, su teléfono volvió a vibrar. Otro mensaje de su madre: Da igual, ya lo he buscado en Google.

—¿Y tú vas a mandar allí? —No era realmente una pregunta; era una sentencia.

—En realidad, el anciano de noventa años de la otra habitación será quien mande —dijo Dagny—. Él me dará las instrucciones.

La mujer puso los ojos en blanco. Ya verás cuando sea Director, pensó Dagny.

La figura corpulenta del sheriff Don Marigold apareció en la pantalla y captó la atención de Dagny. CNN estaba emitiendo imágenes de una rueda de prensa celebrada esa mañana en los escalones del juzgado. La leyenda inferior rezaba: *El Sheriff Don Anuncia Detenciones*.

Dagny se acercó a la tele y subió el sonido.

—Y por eso —dijo el sheriff—, me complace anunciar que hemos detenido a Juan Sánchez, propietario de Bilford Ford, por emplear a inmigrantes ilegales, por lo que es cómplice de la reciente masacre y de la desaparición de Allison Jenkins. Si el señor Sánchez no hubiera atraído y explotado a esos jóvenes indocumentados, nunca habrían venido aquí y probablemente estarían vivos hoy. Si no hubiera habido una masacre, Allison Jenkins seguiría a salvo. Y ese

es mi mensaje para el resto de la comunidad empresarial de Bilford: si habéis contratado trabajadores sin papeles, iré a por vosotros y responderéis de lo ocurrido. En Bilford hemos pecado. Ha llegado la hora de cumplir la voluntad del Señor. Y seguiré haciéndolo, pase lo que pase por boca de los herejes. Amo a América. Amo al pueblo de Bilford. No detendré esta cruzada.

«Alguien tiene que parar esta cruzada», pensó Dagny. Su teléfono volvió a vibrar.

Harold Fisher acababa de encender su iPad. Abrió Buscar mi iPhone y localizó su posición. Sonrió. Lo iban a atrapar.

Volvió a mirar al sheriff engreído en la tele. Si el sacrificio de Diego tenía que significar algo, no le bastaría con atrapar a Fisher. Tenía que hacer caer también al sheriff Don.

En un instante, supo cómo hacerlo. Al momento, deseo no haberlo pensado siquiera. Era una locura, una imprudencia total, completamente inapropiado y probablemente ilegal.

Pero también era lo correcto.

Llamó a John Beamer. No fue fácil convencerlo.

CAPÍTULO 66

Dagny climbed into the fake moving van with Brent, Victor, and the Professor while the CIRG team filled the other trucks. Taking a seat across from Victor, she noticed for the first time that he was wearing civilian clothes. "You're not joining the raid?"

"I know my strengths."

"Tech support," the Professor said. "Lord knows we don't want a gun in his hand."

As they rode, Dagny studied the faces of the team, wondering what they would think of her when it was all over. The Professor was smiling in silent satisfaction, certain, it seemed, that victory would deliver to him control over the entirety of the FBI. Until Brent had mentioned it, it hadn't occurred to her that the Professor would want to be Director. She felt silly now for having missed it. He was an elderly man with no children. The Bureau had been his life's obsession. It was his identity, and it would be his legacy.

Brent was thumbing through the ammo on his belt pocket. He was right, of course—she had been unfair to him. There was no reason for it. Dagny had repeatedly flouted the FBI's rules in ways small and big. Brent, by contrast, was the model special agent, loyal to the Bureau and its rules. For perhaps the first time, she saw this as a virtue. A Bureau full of lone wolves could never function. The world needed more Brents than Dagnys.

Victor, laptop open, was studying the geography of the raid. He was a great kid and fiercely loyal to her, having risked his career to join her in Bilford. Without his efforts, they never would have found the silo or the bodies inside it, and they never would have made the connection to Diablo Rico. She hoped he and his bride-to-be would have children, and that he'd find joy in them. She hoped he would never make the Bureau his life.

Dagny rode with a pit in her stomach, eager to bring this all to a close and afraid of what that would mean.

The convoy parked out of sight of the house. Everyone exited the vehicles and huddled around the Professor, who reviewed the plan for the final time. The snipers were dispatched to their stations, while the Professor and Victor retired to the inside of the van so they could watch their progress unfold through the magic of the helmet-cam. Dagny and the others huddled low, waiting for authorization to move on the house.

After a few minutes, the Professor's voice rang in her ear. "Snipers are in place. Begin ground operation."

She scanned the assembled team, all outfitted in fatigues, armed for combat. Their eyes were trained on her, waiting for instruction. Brent, usually dapper in a suit, smiled at her. He looked at home in his war clothes. It seemed wrong that battle wear was so comfortable while law enforcement clothing was stiff and stifling.

"Let's go," Dagny said.

She led the team on a crawl toward the house. There was a palpable energy from the collective adrenaline of the group. Brent sidled up next to her. "These are the moments we live for, right?" he said. She was too filled with dread to respond.

The team split at the west wall of the house. She led her half around the front, while Brent took his around the back. One of the CIRG members bashed in windows with a Hallagan tool, while another tossed flash grenades and teargas into the home. The Professor continued to bark instructions in her ear, but she couldn't hear him over the noise. Everyone donned their masks, and the strongest man in the group knocked down the front door. She entered the house with her pistol drawn, and the others followed.

"Fan out!" she shouted, but the CIRG team was ahead of her; they'd done this before, many times.

Dagny walked through the entry toward the kitchen. "Check the closet!" the Professor yelled, and she opened the coat closet in the foyer and rifled through the coats. It was empty. She continued into the kitchen.

“Where is everyone else?” the Professor said. “I can’t see them. Check the pantry.”

A CIRG agent came around from the dining room and beat her to the pantry door. Empty. He opened another door to the basement, and two more CIRG agents followed him down. “Spin around; I can’t see what’s behind you,” the Professor barked, and Dagny complied, turning toward the family room. The television was on—more cable news about Bilford. She walked into the room and moved the curtains that hung at the window.

“The garage! Try the garage!” She spun around, opened the door to the garage, and peered in. It was empty. There were cabinets lining one of the walls; CIRG agents had already opened them.

“What’s upstairs?”

Dagny walked back through the kitchen to the foyer, and the steps that went upstairs. Brent was walking down them.

“What did you find?” she asked.

“Evidence of confinement. Ropes, chains, tape. A video camera on a tripod.”

The Professor shouted in her ear. “I don’t care about any of that. I want Fisher!”

“No Fisher?” she said.

“Nobody,” Brent replied.

The Professor shouted, “What about the basement!” She circled around to the kitchen. A CIRG agent was coming up the steps from the basement.

“Anything?” Dagny asked.

“No,” she said.

One of the snipers came running up to her. “We found the driver and the newsgirl in the trunk of the taxi outside.” She followed her outside to the taxi and peered into the open trunk. Jenkins’s body lay on top of the dead cabbie’s. The newswoman’s neck was bruised and abraded, and there were rope burns on her wrists, but there was no decomposition—her death was recent. The cabbie’s body was in worse shape, green and bloated, with bloody foam leaking from his nose and mouth. Dagny filled with sadness. They’d

come close but hadn't managed to save anyone. Not the boy in the silo, who managed to scream for help moments before the silo's explosion. And now not Allison Jenkins, who had probably been killed only hours ago. If she'd been only a little bit better at her job, both might have been saved.

"I don't care about this," the Professor said. "I want Fisher. Has anyone checked to see if there is an attic, for Christ's sake?"

CAPÍTULO 67

Harold Fisher estaba sentado en un viejo baúl de madera, escuchando los ruidos de abajo: botas que repiqueteaban en el suelo y en las escaleras, cristales haciéndose añicos, puertas que se venían abajo, explosiones de granadas de estruendo, gritos.

En la mano derecha sujetaba su arma, una Springfield XD-S, cargada con siete balas de 9 mm Luger. Era suficiente para acabar con un pequeño grupo, pero no con un ejército entero, y por lo que se oía, un ejército entero venía hacia él.

El ático tenía unos seis metros de largo por cuatro de ancho. En el centro alcanzaba los dos metros y medio de altura, pero a los lados bajaba hasta apenas sesenta centímetros. Del suelo partían vigas de madera que ascendían en ángulo de cuarenta y cinco grados para sostener el techo. Si venían a por él, esas vigas les entorpecerían el avance. En la pared del fondo había un armario estrecho, de casi dos metros de alto pero solo treinta centímetros de ancho. Fisher se acercó de puntillas, abrió la puerta y miró dentro. Solo había una escoba. La retiró y la apoyó contra la pared, luego entró en el armario. Si no hubiera sido tan delgado, ni siquiera habría entrado.

Fisher cerró la puerta casi del todo, dejando una estrecha rendija para ver lo que se acercaba. El pecho se le agitó. Durante mucho tiempo había ansiado esta confrontación final. Ahora que Dagny Gray y su ejército estaban justo debajo de sus pies, todo era demasiado. Cabía la posibilidad, pensó, de que no lo encontraran: de que no registraran el ático, o de que, si lo hacían, pasaran por alto el armario. Cerró los ojos y rezó a Dios, pidiendo perdón por lo que había hecho y por lo que fuera a hacer si lo descubrían.

El estruendo seguía abajo. ¿Cómo lo habían encontrado? ¿Acaso cuando encendió el iPad? ¿Había podido rastrearlo? Su propia

curiosidad lo había traicionado. Si tan solo no hubiera cogido aquella mochila en el descansillo del motel.

Oyó cómo abrían el panel del techo que daba al ático. Una mano asomó y lanzó un pequeño objeto negro al interior. Explotó con un estallido que sacudió la puerta del armario; Fisher la sujetó para que no se abriera. El humo invadió el espacio. Otra granada cayó más cerca del armario. Fisher mantuvo la puerta cerrada y la notó temblar al detonar. El ático quedó completamente lleno de humo.

Fisher escuchó pasos en la escalera. No veía a través del humo y supuso que ellos tampoco lo veían. Mientras el humo se iba disipando, distinguió a tres oficiales con uniformes de camuflaje y cascos. Se preguntó si uno de ellos era Dagny. Había tenido suerte de que su llave ya no funcionara en el Bilford Motor Inn. Hoy, pensó, ella no tendría la misma suerte.

Al abrir el armario un poco más, sacó el cañón de la pistola por la rendija y miró por la mira. Ya eran cinco los oficiales, y uno se dirigía al armario. Apretó el gatillo y disparó.

CAPÍTULO 68

Cuando Dagny entró en la casa, Brent la esperaba en la puerta.

—El Profesor pregunta si alguien ha mirado en el ático —dijo ella.

Negó con un gesto.

—Tienes que ver esto.

Ella lo siguió a la salita, donde los agentes del CIRG estaban apiñados frente al televisor. El Canal 2 emitía en directo desde una casa en Bilford. Uno de los agentes subió el sonido.

En la pantalla, John Beamer subía los escalones de la casa, vestido con todo el equipo táctico, hablando por un micrófono que le tendía un periodista y leyendo de su teléfono.

—Hace unos treinta minutos, iniciamos una operación para detener a Harold Fisher, el presunto responsable de la masacre en Bilford.

Dagny oyó al Profesor maldecir por el auricular. Estaba siguiendo la emisión desde la cámara de su casco.

—Como era previsible —prosiguió Beamer—, el Sr. Fisher opuso resistencia y disparó contra nuestros agentes. Afortunadamente, falló. Su acción obligó a responder con fuego, y murió en el intercambio. Ahora estamos recabando pruebas en el lugar. Lo ideal habría sido que el Sr. Fisher enfrentara juicio por sus crímenes contra nuestra comunidad, pero lo más importante es que ha terminado su oleada de violencia.

Volvió a oírle maldecir, esta vez con más fuerza.

—Nada de esto habría sido posible sin la colaboración de la Oficina Federal de Investigación, que debe llevarse todo el mérito de lo ocurrido hoy. En concreto, Timothy McDougal es la mente detrás del éxito de esta operación. Sin su intuición, no habríamos

encontrado los cadáveres en el silo, no habríamos identificado al Sr. Fisher como el responsable y aún andaría suelto. Creo que hablo en nombre de toda la ciudad al agradecer al Sr. McDougal por todo lo que ha hecho por nosotros.

El Profesor soltó una retahíla de maldiciones que Dagny nunca había oído, palabras que parecían sacadas de otro siglo.

Alguien apagó el televisor, y los agentes empezaron a marcharse.

—¡Esperen! —gritó Dagny—. ¡Esto sigue siendo el lugar de los hechos! ¡Hay que documentar las pruebas!

—Está muerto —dijo Brent—. No habrá juicio.

—Pero es el procedimiento.

—A nadie le importa ya el protocolo —dijo él—. A nadie le importa nada. Ya perdimos.

CAPÍTULO 69

Dagny se sentó con el Profesor, Brent y Victor en la mesa del rincón del Chili's de New Bilford. Brent pidió un café; Victor, una porción de tarta de manzana; Dagny, una hamburguesa con queso extra. El Profesor no pidió nada y la miró fijamente, con la rabia bullendo bajo la piel. Ella lo supo al instante: él ya estaba al tanto.

—No lo entiendo —dijo Victor—. ¿Cómo dio con Fisher? ¿Y por qué no nos incluyó en la redada? Pensaba que era de fiar.

—A veces —dijo el Profesor, sin dejar de mirar a Dagny—, la gente tiene intereses ocultos y está dispuesta a ser desleal para salirse con la suya.

Le dolió oírlo. No tenía nada que decir.

—Es un imbécil —dijo Brent—. No solo fue desleal, sino que actuó con una pésima decisión. Esto estaba fuera del alcance de la policía de Bilford. No tienen la formación para operaciones así. Si hubiéramos dirigido nosotros la redada, habríamos capturado a Fisher con vida. Lo aseguro.

El Profesor no apartó la mirada de Dagny. —No logro entender cómo Beamer supo dónde estaba —dijo—. ¿Tienes alguna idea al respecto, Dagny?

—No lo sé —mintió ella.

—Le preguntaría, pero dudo que me lo contara —dijo el Profesor—. Vaya conveniencia que Fisher haya muerto. Si llega a haber juicio, Beamer habría tenido que dar explicaciones sobre cómo lo encontró. Pero ahora, ya no tiene que hacerlo.

Dagny dio un mordisco a su hamburguesa. —¿Nadie va a comer más?

El Profesor se levantó de la mesa. —Claro que no.

Brent también se levantó. —Esto me supera. Vuelvo al hotel.

Salió hecho una furia, dejando a Victor a solas con Dagny. Él se giró hacia ella. —¿Qué acaba de pasar?

—El Profesor está enfadado conmigo.

—¿Por qué?

Pensó en dar largas, pero Victor merecía la verdad. —Le di a Beamer las coordenadas de la redada y le pedí que la encabezara sin contar con nosotros.

Él se echó hacia atrás en la silla. —¿Y el Profesor lo sabe?

—Al parecer, lo sospecha.

—¿Cómo conseguiste las coordenadas?

—Fisher me robó la mochila en el motel.

—¿Y rastreaste el iPad?

Asintió. —¿Estás enfadado conmigo?

Se quedó pensativo, con la cabeza ladeada. —No. Acercó el plato de tarta, pinchó un trozo con el tenedor y se lo llevó a la boca.

—¿Por qué no?

—Dagny, no me importa quién se quede con el mérito. Un asesino peligroso ya no podrá matar. Eso es lo único que cuenta. Todo lo demás es política. Si querías que Beamer venciera al sheriff Don en las próximas elecciones, la verdad es que me parece un gesto noble.

Siempre veía más de lo que ella creía posible.

—Tenías que saber que esto enfurecería al Profesor y podría arruinar sus aspiraciones de convertirse en Director —continuó—. Así que supongo que le enviaste a Beamer el discurso que leyó, con un mensaje, agradeciendo al Profesor por su ayuda en la investigación, para intentar paliar el daño.

—Si lo palió o no, ya lo veremos.

—Fue una temeridad, desde luego. Confiar en que la policía de Bilford se encargara de esto. No tienen la formación necesaria. Imagina que no hubiera salido bien.

—Lo sé. Fue la decisión más arriesgada que había tomado como agente especial. Y ya había hecho muchas cosas temerarias.

—Me sorprende que Beamer aceptara.

—Le dio una manera de vencer al sheriff Don. Era la única manera de lograrlo. ¿En serio no estás enfadado conmigo?

—No —dijo, llevándose otro trozo de tarta a la boca—. Para mí, lo único que importa es el daño que evitamos. Sé que crees que soy

ingenuo con todo esto.

—No —dijo ella—. Estoy segura de que eres el más sabio de los tres en estas cuestiones. Dio otro mordisco a la hamburguesa y observó a Victor. Con veinticinco años, estaba tan lejos de los métodos maquiavélicos del Profesor como lo está un chico de su edad. —Ten cuidado, Victor. Todo en este trabajo está pensado para cambiarte. Rezo para que no lo haga. El Bureau necesitaba más agentes como Brent que como Dagny, pero sobre todo, necesitaba agentes como Victor.

El teléfono vibró. Lo cogió y vio el número de Diego iluminarse en la pantalla.

CAPÍTULO 70

Cogió el teléfono.

—He visto las noticias. Dijiste que lo pillaríamos . . . y lo conseguiste. No tengo palabras para agradecértelo.

Sonaba igual que él. —¿Quién es?

—Soy Diego, Dagny.

—Esto no tiene gracia. ¿Quién demonios eres?

—Soy Diego. ¿No me oyes bien? Voy de vuelta a Bilford.

No tenía sentido. —Nos vemos en el colegio.

—¿Quién era? —preguntó Victor.

—No estoy segura —dijo—. Pero dice que es Diego. —Hizo una seña al camarero y pagó la cuenta mientras Victor se zampaba el resto de su tarta.

Diez minutos después, estaban de vuelta en el aparcamiento del colegio. Dagny esquivó al guardia de la entrada e irrumpió en el gimnasio, con Victor pisándole los talones. Agarró del brazo al primer técnico que vio.

—¿Dónde está el padre Vega? —exigió.

El hombre los condujo hasta una camilla de acero inoxidable. Sobre ella, un cadáver cubierto con una sábana blanca. —Retírela —dijo Dagny. El hombre quitó la sábana, descubriendo el cuerpo desnudo y sin vida de Diego—. Dale la vuelta al cuerpo.

—Lo siento —dijo él, sin entender a qué venía aquello.

—Dale la vuelta al cuerpo. Necesito ver su espalda.

Frunció el ceño, pero obedeció. Cuando vio que la espalda del cadáver estaba limpia, rompió a llorar.

—¿Qué pasa? —dijo Victor.

—Diego tiene un tatuaje. Este no es Diego . . . no es él. —Se limpió las lágrimas—. Está vivo, de verdad. —Lo abrazó, y aunque sorprendido, Victor le devolvió el abrazo.

—Si ese no es Diego —dijo él—, entonces quién es?

—No lo sé.

—Es idéntico a él. Casi parece su gemelo.

El teléfono empezó a sonar. Se separó del abrazo y respondió. —Estoy fuera —dijo Diego—. ¿Qué pasa?

—Ya salimos.

Dagny salió corriendo del gimnasio, con Victor siguiéndola a la carrera. Empujó las puertas con fuerza, buscó a Diego en el aparcamiento y fue directa hacia él. Al abalanzarse sobre él, casi lo tira al suelo.

—Estabas enfadada por teléfono —dijo él.

—Gracias a Dios que estás vivo.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella se separó del abrazo. —Pensábamos que estabas muerto. Encontré tu cuerpo frente a la puerta de mi habitación de hotel.

—¿Mi cuerpo?

—Es tu vivo retrato —dijo Victor.

—¿Quién?

—Un hombre muerto en una camilla dentro —dijo ella, haciendo un gesto con el pulgar hacia el colegio—. ¿Dónde has estado?

—Dejé la Iglesia, y luego fui a ver a Katrina.

A Dagny le dolió oírlo, y le sorprendió. Habían compartido un instante entre la vorágine del caso. Si alguna vez pensó que había algo más, se había equivocado. —¿Y qué pasó?

Negó con la cabeza. —No quiso verme.

—Lo siento, Diego. Espera . . . ¿has dicho que dejaste la Iglesia?

—Sí.

—¿Por qué?

Se echó a reír. —Si alguien debería entender por qué no encajo en la Iglesia, eres tú.

Negó con la cabeza. —No conozco a nadie que tenga más derecho a estar allí que tú.

—Es muy bonito de tu parte, pero hay otra vida esperándome fuera. —Hizo una pausa—: ¿Has dicho que viste un cadáver que se parecía a mí? No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—¿Puedo ver el cuerpo?

Dagny no quería volver a mirarlo. —¿Puedes acompañarlo tú, Victor?

—Claro —dijo Victor. Mientras caminaban hacia el colegio, le preguntó a Diego—: ¿Quién es Katrina?

CAPÍTULO 71

El aire frío le golpeó de pronto a Diego. —Había olvidado cómo era esto —dijo, mirando el mar de camillas que llenaba el gimnasio, en busca de su otro yo.

—¿Quién es Katrina? —insistió Victor.

No sabía cómo responder. —Es una de las razones por las que quiero dejar el sacerdocio.

—¿La amas?

—Sí.

—¿Pero no te quiso ver?

—No.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

Si ya no lo amaba, necesitaba oírlo de sus labios. Solo así podría estar seguro de que era verdad.

Victor se detuvo y se giró hacia él. —Uno hace lo que tiene que hacer, supongo. Pero es una pena que vayas a dejar el sacerdocio. No soy muy religioso, pero si hubiera más curas como tú, quizás sí lo sería.

—Gracias. Es muy amable de tu parte.

—¿Estás seguro de que quieres verlo?

No quería, pero sabía que debía.

—Sí.

Victor lo guió entre el gentío, las mesas y las camillas. —Es este —dijo, tomando las puntas de la sábana blanca que cubría el cuerpo —. Esto te va a resultar raro.

Deslizó la sábana hasta la cintura.

El cuerpo no solo tenía su misma estatura y complexión. No era un simple parecido, ni siquiera una coincidencia inquietante. Diego

estaba viendo su propio rostro muerto frente a él.

—¿No llevaba documentación?

—Ninguna.

—No entiendo nada.

—¿Y si tuvieras un hermano gemelo? —preguntó Victor.

—No —dijo—. Imposible. Mis padres habrían . . .

Se interrumpió. ¿Se lo habrían ocultado? ¿Habría sido adoptado?

Victor se acercó a uno de los técnicos y volvió con una libreta y un cojín de tinta.

—Vamos a probar una cosa —dijo—. Dame el pulgar.

Diego extendió la mano derecha. Victor le pasó el pulgar por la tinta y lo presionó contra el papel. Luego hizo lo mismo con la mano del cadáver. Acercó ambos impresos a los ojos y los examinó.

—¿Son iguales?

—Los gemelos idénticos no tienen las mismas huellas, pero suelen parecerse. Pueden tener las mismas formas generales, los mismos remolinos . . . —Victor le dio el papel—. No soy experto, pero a mí me parecen muy parecidas.

Las líneas dibujaban remolinos y crestas similares. ¿Tanto como para significar algo? No lo sabía.

—¿Y el ADN? ¿Es concluyente?

—Sí.

—¿Puedes hacerlo por mí? ¿Podrías incluirlo en la identificación del cuerpo?

—Por supuesto —dijo Victor. Llamó a una técnica y le explicó lo que pasaba.

Ella le subió las mangas y le colocó una goma alrededor del brazo. Mientras le clavaba la aguja, Diego miró al hombre que podría ser su gemelo y pensó en la soledad que siempre había llevado dentro.

Retiró la aguja y pasó la sangre a dos viales.

—Ahora necesito una muestra bucal. Abre la boca.

Él obedeció, y ella frotó el interior de sus mejillas.

—Ya está.

Diego se giró hacia Victor.

—¿Me avisarás en cuanto los tengas?

—En cuanto los tenga.

—Gracias, Victor.

—De nada.

Empezó a cubrir el cuerpo.

—Espera —dijo Diego—. ¿Puedo quedarme un momento a solas?

—Por supuesto.

Victor dejó la sábana y se apartó.

Diego se inclinó sobre el cadáver. Si era su hermano, ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué había venido a Bilford? ¿Venía a buscarlo? Alargó la mano para tocar la mejilla de su otro yo.

—¡No puede tocarlo! —gritó una técnica, pero Victor alzó la mano y la detuvo.

Diego se acercó al cadáver y susurró:

—Cuando Rebeca estaba embarazada de los gemelos de Isaac, los niños se combatían dentro de ella. Entonces preguntó al Señor: '¿Por qué me sucede esto?'. Y el Señor le respondió: 'Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos se dividirán de tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor'. No sé si eres mi gemelo, pero si lo eres, te prometo que te serviré, y a cuanto hayas dejado.

Por mucho que Diego se alejara de la Iglesia, la Biblia siempre sería su forma de hablar. Tomó la sábana blanca y la extendió sobre la cabeza del cadáver.

Sintió la mano de Victor en el hombro y se giró.

—Gracias.

Victor asintió. Se encaminaron hacia la puerta.

—Sabes, me ha sorprendido lo de Katrina —dijo—. La verdad es que pensaba que entre tú y Dagny había algo.

Diego sonrió. Había algo, sí. Pensó cómo explicarlo.

—Es una mujer increíble, pero estar con ella sobre todo me hacía recordar lo que sentía por Katrina. Supongo que no tiene mucho sentido.

—Sí, lo entiendo —dijo Victor—. Anoche llamé a mi novia y le dije que no íbamos a casarnos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Cuanto más tiempo pasaba con ella, más sentía atracción por otra persona. Eso no puede ser buena señal.

—¿Vas a buscar a esa otra persona?

Victor movió la cabeza. —No. No funcionaría, por muchas razones. Pero el hecho de que estuviera pensando en ella me hizo ver que aquello había sido un error.

Diego se paró en la puerta del gimnasio y le puso la mano en el hombro. —Llevo años huyendo del amor, y eso me ha hecho sentir miserable y solo. No dejes que el orgullo te impida ser feliz. No te rindas solo porque cueste. Los problemas que tienes no pueden ser más grandes que los de un sacerdote y una monja. Vámonos ya de aquí. Hace un frío terrible.

CAPÍTULO 72

Dagny estaba apoyada en el capó del Corvette de Diego cuando los hombres salieron de la escuela. Trató de adivinar qué pasaba por su mente: ¿tristeza? ¿confusión?

Se acercó. —No entiendo nada de lo que acabo de ver.

—Yo tampoco —dijo ella.

—O es una coincidencia increíble, o no sé nada de dónde vengo.

—Parece que esto hay que mirarlo. —Sacó las llaves del coche del bolsillo y se las dio a Diego—. Me da rabia devolvértelo. Me había cogido el gusto.

Metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves del coche de alquiler. —Llévate este.

Cogió las llaves. —Gracias, Diego.

—Bah, no es para tanto.

—No —dijo ella—. Gracias por todo. Fuiste tú quien detuvo a Fisher. Sin ti, no habría pasado.

Se sonrojó. —Eso no es cierto —dijo, aunque sabía que sí lo era —. ¿Y ahora qué? Supongo que te vas de vuelta a DC.

—Vamos a tardar unos días en terminar con esto.

—¿Y luego?

—Y luego buscaremos otro.

—No me imagino pasando la vida así.

—Pensaba pedirte que lo intentaras. Tendrías madera de agente, Diego.

Movió la cabeza. —Con una vez me basta.

—¿Y qué harás? Si al final no te haces sacerdote.

—Ni idea.

—Bueno, tal vez podrías volver con Katrina —dijo Dagny. Quizás ella no mereciera otra oportunidad con él, pero Diego sí que merecía una con ella.

—Tal vez. —Diego la miró a los ojos—. Supongo que esto es un adiós. —Se inclinó y la abrazó—. Gracias —susurró—. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—Te echaré de menos, Diego.

—Y yo también. —Se apartó, subió al Corvette y arrancó. Victor le pasó el brazo por los hombros.

—Parece un tío estupendo —dijo.

—Podría ser el mejor hombre que he conocido.

Lo vieron alejarse. Cuando se fue, Victor se volvió hacia Dagny. —¿Cómo llevas los puntos?

—Voy retrasada. —No recordaba la última vez que los había anotado—. Igual necesito un sistema mejor.

Pasaron los días siguientes cerrando el caso. Los cuerpos identificados y reclamados se entregaron para los funerales. El resto fueron incinerados. Los técnicos quedaron liberados. Las camillas se desmontaron. El equipo fue devuelto. Dagny y Victor pasaron la mayor parte del tiempo revisando pruebas, decidiendo qué había que conservar y qué podía tirarse.

La policía de Bilford entregó cuatro cajas con pruebas recuperadas en la redada en la que murió Fisher. Dagny encontró su mochila entre el contenido.

Victor encontró una cámara de vídeo entre las pruebas. La llevaron hasta la oficina del profesor de gimnasia y conectaron el cable HDMI del TV a la cámara. Dagny cambió la entrada del televisor y pulsó 'Reproducir'.

Allison Jenkins estaba sentada y atada a una silla frente a Fisher. Tenía el pelo despeinado y ojeras. Una mano roja marcada en la mejilla sugería que le habían dado una bofetada. —Esto es Allison Jenkins, en directo desde la casa del asesino del silo, con una entrevista exclusiva. —Lo dijo con una energía sorprendente, dadas las circunstancias—. ¿Podría decirle al país quién es usted?

—Mi nombre es Harold Fisher —dijo Fisher—. Y soy estadounidense.

Jenkins miró los papeles sobre su regazo y leyó —¿De dónde es usted?

—Nací en Bilford.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Mi padre trabajaba en Dakota Ironworks. —Fisher miró a la cámara—. La mayoría sois demasiado jóvenes para haber oído hablar de ello. Era otro país entonces. Una época en que los hombres trabajaban con las manos y sabían construir cosas. Mi padre soldaba hierro de seis a cinco cada día, y luego volvía a casa y me pegaba por lo que hacía mal.

—La mayoría de las veces, me lo merecía. —Recogió un papel del suelo, lo miró, lo dejó y siguió—. La disciplina severa de mi padre me hizo hombre. Ya no se hacen hombres así, porque todo el país se ha vuelto blando. Mi padre me enseñó a defenderme. Me enseñó que la vida no era fácil, y que cada día de dolor es otro día de vida. Me enseñó que la justicia es orden, y que ser un hombre es defender algo.

—Me costó mucho aprenderlo. De adolescente, bebía y fumaba marihuana. A veces robaba en tiendas: alcohol o revistas. Mi padre siempre se enteraba y me pegaba hasta que no podía hablar. Entonces corría con mi madre. Ella me cuidaba y me suplicaba que me portara bien. Cuando cumplí dieciséis, me dijo que iba a dejar a mi padre. Le pedí ir con ella, pero se negó. Dijo que necesitaba la guía de mi padre, y tenía razón. —Hizo un gesto a Allison para que hiciera la siguiente pregunta.

—¿Qué pasó después de que se fuera su madre?

—Mi padre se volvió violento. Una noche me apuñaló en la pierna. Al siguiente, yo le clavé uno en la suya mientras dormía. El viejo se lo sacó y sonrió. 'Por fin', dijo. 'Por fin eres un hombre'.

—Después de eso, ya no me pegó. Acabé el instituto y me alisté en la marina. La mejor decisión de mi vida. Me enseñó la importancia de la estructura y la rutina. Me dio sentido de responsabilidad. —Hizo un gesto a Allison de nuevo.

—¿Cuándo se enamoró?

—Cuando estuve destinado en Filipinas, conocí a una chica que se llamaba Malaya. Era hermosa, delicada y cariñosa. No

esperábamos que quedara embarazada, pero no la abandoné. Estuve con ella cuando dio a luz al niño al que pusimos David, y los llevé a los dos de vuelta a Estados Unidos cuando acabé mi destino. Nos casamos aquí, en Bilford, y entré a trabajar en la planta de Dakota, como había hecho mi padre.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Malaya murió cuando David tenía ocho años, y me quedé solo con él. Le di a ese chico todo lo que sabía, todo mi cariño. Cuando cerró la Dakota, hice trabajos sueltos por aquí y por allá, cualquier cosa para sacarle adelante.

»David era un buen chico. Se graduó en Bilford High con mejores notas que las mías. Trabajó un tiempo en el Olive Garden y lo llevaba bien. Ahorraba para ir a la universidad. Conoció a unos estudiantes universitarios, y cuando la policía los detuvo por fumar marihuana, también detuvo a David. Lo metieron en prisión un mes. El día de su liberación, apareció el INS y anunció que lo deportarían a Filipinas: se lo llevaron en el acto.

—¿Cómo pudieron hacer algo así? —leyó Jenkins con precisión.

—Dijeron que no era su padre. Que su madre era una prostituta que se acostaba con quien fuera. Dijeron que la fecha de nacimiento y el peso de David indicaban que lo habían concebido antes de que mi barco llegara a Filipinas. —Su voz se elevó, llena de rabia—. Dijeron que aquel chico al que yo había criado no era ciudadano estadounidense, aunque había crecido en Estados Unidos siendo hijo de un hombre que sirvió a su país con honor.

—¿Qué hizo entonces?

—Contraté a una abogada, y consiguió una libertad condicional para David y una suspensión de deportación de nueve meses. Lo traje de vuelta a casa conmigo. Pero cuando lo miraba, ya no me reconocía en él. Y al pensar en su madre, ya no veía a una mujer hermosa, delicada y cariñosa. Solo veía a una mujer que se acostaba con quien fuera. Veía suciedad, engaño.

»Y aquel chico que había vuelto conmigo —continuó— no era más que una mentira. Había dedicado mi vida a esa mentira. No había nada de mí en él. Eso me enfureció, y en un arranque de ira, lo golpeé hasta matarlo.

Allison Jenkins lo miró fijamente. Él la miró y con un gesto le pidió que continuara. Ella bajó la vista a su lista. —¿Por qué lo mató?

—Yo no lo maté. Este país lo hizo. Este país al que yo había servido. Me obligó a matarlo. David era mi hijo hasta que llegó el INS. Malaya era mi amor hasta que llegó el INS. A nadie le habría importado David si la inmigración no fuera un problema en este país. Y solo lo es porque miles de mexicanos han entrado por nuestras fronteras.

»Y siendo justo, yo contribuí a que pasara. Había contratado a esos mexicanos para que cuidaran casas embargadas, y también les había encontrado otros trabajos. ¿Ves la ironía, Allison, a que sí? Si no lo hubiera hecho, David seguiría siendo mi hijo, Malaya mi amor, y todo estaría bien. Tenía que deshacer lo que yo mismo había hecho. Así que empecé a matarlos.

Pasó varios minutos describiendo sus asesinatos con detalles sádicos y una satisfacción evidente. —Pero entonces comprendí que a ninguno de ustedes les importaba, ni yo les importaba —dijo, mirando a la cámara—. Así que lancé una llamarada al cielo, y de pronto, me vieron. Enviaron a toda la élite bien vestida a Bilford, con sus cámaras y sus teorías. Y aun así, siguen sin entenderlo. Esta historia no es del asesinato de unos mexicanos. Es de lo que todos ustedes me hicieron. Son todos unos monstruos. Se merecen morir.

»Si me matan, resucitaré como Cristo y los aplastaré a todos. —Su voz, cada vez más alta, temblaba de furia—. Se retorcerán en las profundidades del infierno por lo que han hecho. Se pudrirán en medio de su inmundicia. Mis manos están limpias. La sangre está en las suyas. Y ahora vivirán con esto, igual que yo tuve que vivir con lo que ustedes me revelaron.

Se volvió hacia Allison y sonrió. —Perfecto, ¿verdad? Ahora todos entenderán por qué tuve que hacerlo.

Allison lo miró fijamente. —No tenía por qué hacer nada de esto.

El hombre delgado se inclinó hacia ella, el rostro contraído por la rabia. —Acabo de explicarlo todo con toda claridad. ¿Todavía no lo entiende?

—No, lo entiendo —dijo ella, apresurándose a añadir—. Tiene sentido.

—Acaba de decir que no.

—Me equivoqué. Sí que tiene sentido.

Fisher se quedó inmóvil un instante, y luego su cuerpo empezó a temblar. —¿Sabes qué? Ha sido una distracción ridícula, y todo esto ha sido una pérdida de tiempo. —Alzó la voz—. Le he prestado toda mi atención, le he regalado mi historia, y todo lo que ha hecho es manipularme con su belleza y su compostura. ¡Le abrí el alma!

Desapareció de la pantalla y volvió con una cuerda. Dagny detuvo la reproducción.

—¿Qué hacemos con esto? —dijo Victor.

—Enterrarlo en el archivo.

—¿No querrá la gente verlo?

—Por eso lo enterramos. No se cumplen los deseos de los asesinos.

Guardaron la cámara en la última caja numerada del archivo. Al día siguiente, llegaron camiones a llevarse todo. La morgue volvió a ser gimnasio; las armerías, vestuarios. Recibió al entrenador en su despacho, agradeció a la directora Geathers su hospitalidad y envió a Victor de vuelta a Washington.

Dagny se quedó en Bilford otros tres días. Tardó ese tiempo en ayudar a John Beamer a montar de nuevo su tren modelista.

CAPÍTULO 73

Diego dio un último sermón, sin permiso, a una multitud apiñada en la trastienda de Barrio Burrito. Improvisó un rato sobre Eclesiastés 3 y luego les anunció que era hora de irse. Le dieron comida, regalos y lo inundaron de abrazos.

Al llegar a casa, metió lo que le quedaba en una maleta y dejó la llave sobre la encimera para que el casero la encontrara. Había regalado casi todo en Craigslist; no habría valido mucho si hubiera intentado venderlo.

Metió la maleta en el maletero del Corvette y se dirigió por última vez a Dayton. Cada pocos minutos, palpaba el sobre en el bolsillo del abrigo para asegurarse de que seguía allí.

El Convento McPherson era una mezcla de estilos colonial y gótico: una combinación de ladrillo y madera con toques de arquitectura americana y renacentista. Aparcó frente a la entrada principal, al otro lado de la calle, deseando, como tantas veces antes, tener un coche menos llamativo.

La entrada del convento estaba bloqueada por una verja alta de hierro. Un intercomunicador permitía a los visitantes pedir acceso. La última vez, había pulsado el botón tantas veces que ya no era bienvenido.

Observó cómo entraban y salían las hermanas del convento. Entre ellas estaba Katrina, pero sabía que no debía acercarse. Así que esperó a la Hermana Cathy, porque siempre había sido amable con él y porque era más libre que las demás.

Cuando vio a Cathy regresando de hacer recados, Diego salió disparado del coche y corrió hasta ella.

Ella se volvió y dio un brinco. —Bueno . . . *tú* no deberías estar aquí.

—Lo sé —dijo él—. Pero necesito un favor.

—No puedo dejarte entrar.

—No necesito que lo hagas. Solo necesito que aceptes esto. —Se lo tendió, pero ella no quiso cogerlo—. ¿Por favor? —suplicó.

—Esto es un error, seguro —dijo ella, agarró el sobre y se lo llevó adentro.

Diego volvió a su coche y se quedó mirando. Vio a los niños volver del colegio. Observó cómo el tráfico de la hora punta atascaba las calles. Vio cómo se encendían las farolas. Se quedó mirando hasta que se durmió, y no despertó hasta que Katrina golpeó la ventanilla del copiloto al día siguiente.

Él alargó el brazo y desbloqueó la puerta desde dentro. Ella la abrió y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Leíste la carta? —dijo él.

Ella no dijo nada, solo asintió. Por fin se volvió hacia él. —¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?

—Te amo, Katrina.

—Lo sé, Diego.

—Sé que también me amas.

—Yo amo a Dios.

—Podrías amarnos a ambos.

—El amor de Dios es mejor. Él nunca me abandonó.

—Yo tampoco te abandoné. No del todo. Por eso estás aquí.

—¿Qué quieres que haga?

—Ven conmigo a Texas.

Ella movió la cabeza, negando. —Tienes cosas que resolver con tu familia. Vete, regresa, y entonces hablamos.

Diego movió la cabeza. —Quiero que vengas. *Necesito* que vengas.

Katrina seguía moviendo la cabeza. —Fue una carta bonita, pero no tanto. —Suspiró—. ¿De verdad era tu hermano?

—Es mi gemelo. Lo dijo la prueba de ADN.

—¿Cómo llegó a Bilford?

—Creo que me estaba buscando. Y que un coyote lo ayudó a pasar la frontera.

—¿Entonces era de México?

—Parece que sí.

—¿Pero tú eres estadounidense?

—No lo sé. No sé nada ahora mismo. Solo sé que te amo. Por favor, ven conmigo.

—Diego . . .

—¿Me amas?

—Esa no es una pregunta justa.

—¿Me amas?

—La última vez que te lo dije, me rompiste el corazón.

—Esta vez no lo haré.

—Me estás pidiendo que renuncie a mi sueño.

—Te estoy pidiendo que empieces uno nuevo. —Sintió que se le cerraba la oportunidad—. Has estado en el convento un tiempo ya. ¿Eres feliz?

—Estoy contenta.

—Dios quiere más para ti.

—Diego, si ni siquiera crees en Dios.

—Sí creo.

—Solo lo dices.

—No, lo digo en serio. He hecho cosas últimamente en las que sentí que alguien me guiaba.

—Por supuesto que te está guiando, Diego.

—Y me ha guiado hasta aquí, sentado contigo, pidiéndote que vengas a Texas.

—Fuiste a Bilford porque no confiaste en que yo decidiera por mí misma. ¿Entiendes lo enfadada que me dejó eso?

—Sí. Antes no lo entendía, pero ahora sí.

—No quiero que vuelvas a hacerlo nunca más.

—No pienso hacerlo.

Movió la cabeza en señal de negación, luego la ladeó y le asomó una leve sonrisa. —De acuerdo. Iré contigo.

Diego se inclinó y la besó. —Te espero aquí mientras haces la maleta.

Abrió la puerta del acompañante y cogió una maleta que había en la acera.

—¿Ya sabías que vendrías?

—La verdad es que fue una carta muy buena —dijo ella.

CAPÍTULO 74

Se reunieron en casa del Profesor, en Arlington. Él estaba sentado tras un escritorio que parecía haber crecido desde la última vez. O tal vez fuera él quien se había encogido.

Brent y Victor estaban en el sofá frente a él. Victor movía un expediente en el aire. —Henderson Equity es un fondo de cobertura con sede en Short Hills, Nueva Jersey. La cartera está diversificada, pero si analizas la composición, verás que—

—Esto tiene pinta de ser un caso sin cadáveres —dijo el Profesor.

—No hay cadáveres, pero hay—

—Quiero cadáveres. —Miró a Brent—. ¿Y tú? ¿Qué tienes?

—Una niña desaparecida en Jackson, Wyoming. Tiene siete años—

—¿Están sus padres divorciados?

—No.

—¿Hay problemas de custodia?

—No.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace tres días.

—Entonces ya es demasiado tarde, probablemente.

—Para salvarla, puede. Pero no para coger al tipo.

—¿Por qué tendríamos que encargarnos? ¿Qué tiene de especial este caso?

—La niña es negra —dijo Brent—. Y pobre. No hay muchas como ella en Jackson. Los medios no le dan importancia. La policía local no está movilizando todos los recursos. Es una oportunidad de hacer algo útil.

El Profesor suspiró. —Supongo que tiene su valor. Pero es un caso demasiado menor para nosotros—

—Podríamos resolverlo en una semana —dijo Brent—. Salir en portada y pasar al siguiente.

—Quizás.

—Tengo un caso —dijo Dagny—. Cuatro asesinatos en Lexington, Kentucky, en los últimos tres meses. Dos estudiantes y dos universitarias. Una de ellas—

—Esta vez no eliges —dijo el Profesor—. Ya hemos aceptado bastantes de tus casos últimamente.

—Es un buen caso.

—He dicho que no. —Se levantó—. Brent, vuela a Jackson hoy. Tienes cuarenta y ocho horas para lograr algo. Si no, supongo que tendremos que ocuparnos del estúpido caso financiero de Victor.

—Puedo ir con Brent —dijo Dagny.

El Profesor negó con un gesto. —Este es el caso de Brent. Si te necesitamos, te avisaremos.

Victor miró a Dagny. Ella asintió. Este era su castigo. Habían estado preguntándose cómo se manifestaría.

El Profesor los acompañó a la puerta, pero pidió a Dagny que se quedara. Cuando Victor y Brent se fueron, se volvió hacia ella. —Te propongo un trato.

—¿Cuál es?

—Dime cómo supiste dónde estaba Fisher.

Sabía que aquello lo estaba matando. —¿Me servirá para que me perdones?

—De ninguna manera. Pero puedes volar a Lexington y husmear por ahí. A ver si tu caso supera al de Brent.

Era lo más parecido al perdón que podía esperar. —Fisher me robó la mochila cuando dejó el cuerpo en el motel. Al encender mi iPad, pude rastrearlo.

—No me lo digas.

—No bromeo.

Él sonrió. —Me alegra oírlo.

—¿Por qué?

—Porque fue pura suerte. Si me hubieras superado, me habría preocupado.

—Entonces, ¿puedo ir a Lexington?

—Puedes ir mañana. Es justo que Brent tenga ventaja. Mismo plazo para los dos.

—Gracias.

El Profesor frunció el ceño. —Las cosas no volverán a ser como antes, ¿lo entiendes? Ya no confío en ti. Ni siquamente sé si me caes bien.

—Lo entiendo. Salió al porche y miró atrás, hacia el Profesor. Él estaba en la puerta, moviendo la cabeza.

—Me has herido, Dagny —dijo, y cerró la puerta.

Mientras conducía a casa, aquellas últimas palabras le daban vueltas en la cabeza. Le resonaban dentro mientras hacía la maleta para el viaje del día siguiente y mientras se preparaba una ensalada para un almuerzo tardío.

Picoteó la ensalada mientras revisaba facturas y correo basura, y devolvía llamadas y correos de conocidos que habían visto su rueda de prensa en Bilford. Al terminar, se sintió aburrida y triste. Cogió un cupón de DSW de su montón de correo basura y fue a Pentagon City, donde se compró tres pares nuevos de zapatillas. Al volver, se calzó un par nuevo y salió a correr.

El sendero de Mount Vernon estaba abarrotado de gente, bicicletas y cochecitos. Ella los veía como obstáculos de videojuego. Adelantar a un corredor: dos puntos. Un ciclista: cinco, a menos que fuera tándem, en cuyo caso, doce. Los cochecitos: veinte puntos. En un momento, Dagny pasó junto a una mujer haciendo malabares en un monociclo; se anotó cien puntos por aquello.

Cuando llegó a la isla Thomas Jefferson, Dagny llevaba 682 puntos. El trayecto de vuelta le dio otros 421. Una ducha de veinte minutos le sirvió para planear la estrategia del viaje a Lexington. Cerró el agua, cogió una toalla y se secó. Al pisar la alfombra del baño, se quedó mirándola un instante. Todos sus instintos le decían que la ignorara, pero sabía que eran malos. Dejó caer la toalla y se subió a la báscula.

Cincuenta y tres kilos y medio. Tres por debajo de su objetivo. Podría haber sido peor, pero debería haber sido mejor.

Se envolvió con la toalla, fue a su dormitorio y llamó por teléfono. —Quiero pedir una cita —dijo.

—¿Me dice su nombre?

—Dagny Gray.

—¿Está usted dada de alta con el Dr. Childs?

—Sí, lo estoy.

—¿Le viene bien el viernes a las ocho de la mañana?

Ya estaría de vuelta de Lexington para entonces. —Perfecto.

Tras colgar, Dagny miró el reloj. Eran las 19:15. Se vistió deprisa, cogió las llaves y condujo al Target de Potomac Yard. Cogió un carrito y se fue a los pasillos de juguetes. Disfraces de superhéroes, Legos de *Star Wars*, vestidos de Elsa… nada le parecía adecuado. Un estante lleno de pistolas Nerf llamó su atención. Agarró la más grande y la metió en el carrito. Luego añadió cinta adhesiva, una tarjeta de cumpleaños y un rollo de papel de regalo antes de dirigirse a la caja.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó el cajero mientras pasaba los artículos.

—Una niña —respondió Dagny.

Empujó el carrito hasta su coche, abrió el maletero, desenrolló el papel y colocó el juguete encima. Rasgó el papel con las manos y le puso bastante cinta hasta que el regalo quedó más o menos bien envuelto. Rebuscó en la guantera, encontró un bolígrafo, escribió unas líneas rápido en la tarjeta y la metió en el sobre.

Estaba a solo cinco minutos de Old Town. Dagny entró en un callejón empedrado y aparcó delante de una casa de ladrillo de tres plantas. Con el regalo y la tarjeta en la mano, subió corriendo los escalones y llamó a la puerta. Oyó pasos apresurados y el clic del pestillo. Cuando se abrió, Julia Bremmer estaba allí, con el teléfono pegado al oído.

—Oye —dijo al teléfono—. Te llamo luego.

—Siento haberme perdido el cumpleaños de Emily —dijo Dagny.

Julia sonrió y abrazó a Dagny. —Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

—Pasa —dijo Julia.

EPÍLOGO

Dos meses después . . .

—Son las diez y treinta y cinco, y están escuchando *The Hank Frank Show*. Atendemos a Ted, en la línea tres. Ted, ¿qué tal?

—¿Permiso para hablar claro, Hank?

—Adelante.

—A mí Beamer me parece un tipo correcto, como a cualquiera, pero andan rumores de que es gay.

—Ted, no ha habido quien defienda más al sheriff Don Marigold que Hank Frank. Quien me sigue sabe que digo esto de corazón. Don es un gran hombre, un auténtico estadounidense. Pero el trabajo principal de un sheriff es mantener el condado a salvo, y quizá toque un relevo joven, con ganas y energía. Ahora bien, como saben, no comparto la llamada agenda gay. No sé si John Beamer es gay o no, pero sí sé que ni el sheriff Don ni el FBI encontraron a Harry Fisher. Si hubiera otro loco suelto en Bilford, quiero un sheriff que lo atrape, no uno que haga detenciones de cara a la galería que no resuelven nada. Lo que Beamer haga en su vida privada es cosa suya. Proteger este condado es cosa del cargo, y ha demostrado que puede hacerlo. Así que si Beamer logra las firmas necesarias para una revocatoria en primavera, cuenta con mi voto.

Frank pulsó un botón para cortar la llamada. —Ahora, amigos, tengo que deciros que esta mañana estaba hecho una furia al leer en el periódico que en el capitolio estatal hay quienes quieren imponer un impuesto anual sobre los coches, como el de Kentucky. A ver si lo entiendo: ¿pagamos el impuesto de compra, y encima tenemos que pagar cada año por el coche hasta que no valga un céntimo? A eso yo lo llamo impuesto perpetuo, y pueden contar con que haré todo lo posible por pararlo. Uno de mis aliados es el senador estatal Max Winger, y hablaremos con él tras este descanso.

AGRADECIMIENTOS

Si pensaste que no iba a darle las gracias primero a mi esposa, estás loco. Kate Miller es una mujer brillante, cariñosa y apoyadora, la única persona a la que confío mis primeros borradores, y una compañera de vida excepcional. No sería nada sin ella.

Mis hijos, Freeman y Calvin, son mi alegría, me hacen reír y me dan un sentido en la vida cada día. Aunque mejor no lo lean, al menos durante los próximos diez años.

Mis padres, Joel y Linda Miller, tienen todo el derecho a llevarse el mérito de cualquier cosa buena que haya en mí. Son mis mayores admiradores, y no les podré agradecer nunca lo suficiente. Stephanie Sellers seguro que es responsable de la mitad de mis ventas en Texas. Tengo una suerte increíble de ser su hermano.

Pedí a amigos y fans de *The Bubble Gum Thief* que leyeran un borrador de este libro como lectores de prueba, y dieron sugerencias fantásticas. Gracias a Jill Sopko, Brian Mason, Brad Monton, Aimee Landis, David Mortman, Michael Rich, Lynn Wagner, Jeb Brack, Gail Anderson, Kate Craig, Matt Tauber, Vickie Krevatin, Jordan Lusink, Stephanie Wakeman, Deborah Cochrane, Carol Gibbs, Lori Parr, Mikhael Shor, Michael Bronson, Vipul Vyas, Lisa Stewart, Jory Lockwood, Jim Bates y Heather Har-Zvi. Os lo agradezco de corazón. El escritor Michael J. Sullivan y su esposa, Robin, dieron consejos excelentes sobre cómo hacer una lectura beta.

El Grupo de Escritores de Arlington, bajo la dirección de Michael Klein, siempre será mi hogar, aunque no pueda asistir.

Mi encantadora agente, Victoria Skurnick, tuvo paciencia mientras escribía este libro, ayudó a mejorarlo y lo vendió. Intentaré no hacerte esperar tanto con el próximo, Victoria.

Gracias a JoVon Sotak, Jacque Ben-Zekry y a todo el equipo de Thomas & Mercer por vuestro apoyo y por hacer tanto por acercar a los escritores a los lectores. Y gracias a mis compañeros escritores

de Thomas & Mercer, muchos de los que me han dado consejos y apoyo. Es maravilloso formar parte de una comunidad así.

Mi editor, Bryon Quertermous, dio sugerencias excelentes que mejoraron y pulieron el libro, y me recordó que no todo lo que escribo merece quedarse. Valerie Kalfrin no solo resolvió problemas de la trama y corrigió cientos de erratas, sino que además evitó que llamara Davis a tres personajes distintos. La correctora Stacy Abrams arregló cosas que yo jamás habría visto.

Busco inspiración en el mundo real, y me resultan de gran ayuda quienes escriben sobre él. Radley Balko siempre destaca por su periodismo riguroso, y su libro *Rise of the Warrior Cop: The Militarization of America's Police Forces* es fantástico. *Illegal: Life and Death in Arizona's Immigration War Zone*, de Terry Sterling, fue una lectura excelente y reveladora. Eileen Kelley y el *Cincinnati Enquirer* hicieron una serie maravillosa sobre inmigrantes en el suroeste de Ohio.

Seguro que me dejo a muchas personas a las que debería dar las gracias, y pido disculpas por no mencionarlas.

SOBRE EL AUTOR



Jeff Miller empezó a crear historias de niño usando un Apple IIc, y desde entonces no ha parado de escribir. Su primera novela, *The Bubble Gum Thief*, inició la serie protagonizada por Dagny Gray. Jeff vive en Cincinnati con su mujer y sus dos hijos pequeños, en una casa llena de piezas de Lego. Puedes visitarlo en www.jeffmillerwrites.com.